

File

[illegible] II

Trans III Nos. 1 – 3 – 4 – 5 – [illegible]

(vermont [illegible])

" IV –

" V – " 1 – 2 – 3 – 1922

Las Antillas

Director: Sergio Cuevas Zequeira

AÑO II

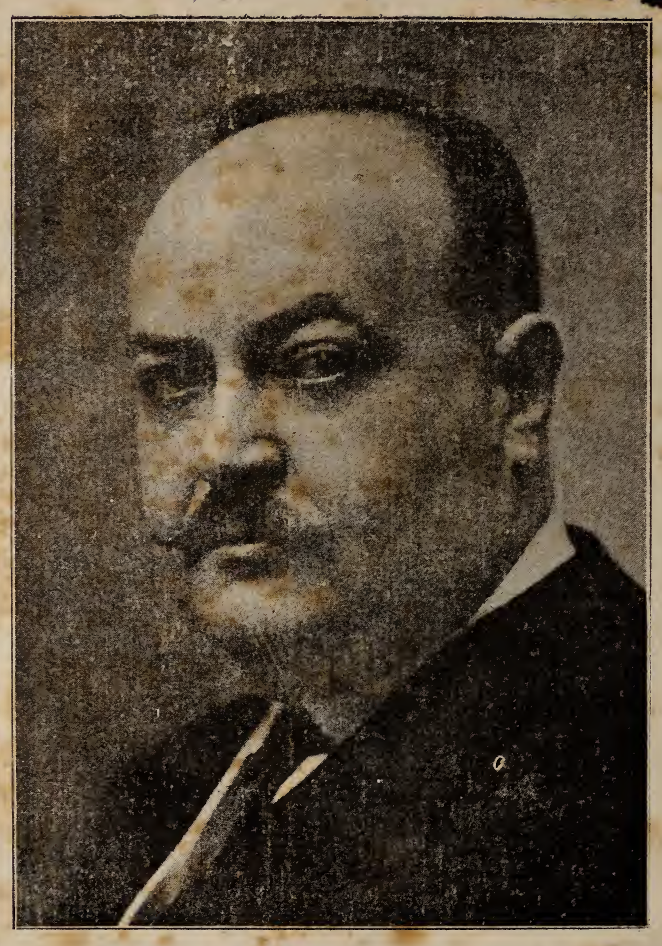
Tomo III. Enero, 1921. Núm. 1

SOBRE EL INGENIO AMERICANO

Para la revista "LAS ANTILLAS"

D. Juan Valera, en la dedicatoria de sus deliciosas "Cartas Americanas", hizo notar, con razón, que la América española dista mucho de ser mentalmente infecunda. Desde antes de la independencia,—escribe—compite con la metrópoli en fecundidad mental. En algunos países, como en Méjico, se cuentan los escritores, por miles, antes de que la República se proclamase. Después, y hasta hoy, la afición a escribir y la fecundidad han crecido. En ciencias naturales y exactas y en industria y comercio, la América inglesa ya independiente, ha florecido más; pero en letras, es lícito decir sin jactancia que, así por la cantidad como por la calidad, vence la América española a la América inglesa.

Pero es preciso reconocer que, después de la desunión política entre España y la América española, atizados los odios circunstanciales por la influencia de intereses extraños, y favorecidos por cierto pesimismo, engendrado por la ignorancia dela historia común y por el influjo de superficiales estudios psicológicos, (en los que no poca parte han tenido los franceses, que en general no pueden comprender a España, porque no la aman) unos y otros hemos sido contagiados por absurdos prejuicios. Así, como el citado Valera decía: "Los americanos supusieron que cuanto malo les ocurría, era trasmisión hereditaria de nuestra sangre, de nuestra cultura y de nuestras instituciones. Algunos llegaron



Dr. Adolfo Bonilla y San Martín, Ilustre polígrafo Español, Profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad Central.

al extremo de sostener que, si no hubiéramos ido a América, y atajado, en su marcha ascendente, la cultura de Méjico y del Perú, hubiera habido en América una gran cultura original y propia. *Nosotros, en cambio, imaginamos: ya, que las razas indígenas y la sangre africana mezclándose con la raza y sangre españolas, los viciaron e incapacitaron; ya, que bastó a los criollos el pecado original del españolismo para que en virtud de ineludible ley histórica, estuviesen condenados a desaparecer y perderse en otras razas europeas, más briosas y entendidas.*''

Tal pesimismo fué, no obstante, cosa moderna, porque no se pensó de esa manera en la época de la unión. En prueba de ello quiero transcribir un interesantísimo texto de cierto español de últimos del siglo XVI: el doctor médico Juan de Cárdenas, cuya ''Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias'', se publicó en Méjico el año de 1591, y ha sido reimpreso en la misma capital en 1913. Y nótese que el doctor Cárdenas nació en Constantina de Andalucía, en 1563:

''Para dar muestra y testimonio cierto de que todos los nacidos en Indias sean a una mano de agudo tracendido y delicado ingenio, quiero que comparemos a uno de los de acá con otro recién venido de España, y sea esta la manera: que el nacido en las Indias no sea criado en algunas de estas grandes y famosas ciudades de las Indias, sino en una pobre y bárbara aldea de indios, solo en compañía de cuatro labradores; y sea asimesmo el ''cachupín'' o recién venido de España, criado en aldea, y júntense éstos, que tengan plática y conversación el uno con el otro; oiremos, al español nacido en las Indias hablar tan pulido cortesano y curioso, y con tantos preámbulos de ''delicadeza y estilo retórico'', no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta; al contrario, verán al ''chapetón'' como no se haya criado entre gente ciudadana, que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea. Pues ver el modo de proceder en todo del uno tan diferente del otro; uno tan torpe, y otro tan vivo, que no hay hombre, por ignorante que sea, que luego no eche de ver cual sea ''cachupín'' y cual nacido en Indias. Pues venga agora una mujer de España, y entre en conversación de muchas damas de las Indias; al momento se diferencia y conoce ser de

España, solo, por la ventaja que, en cuanto al trascender y hablar nos hace la española gente nacida en Indias, a los que de España venimos. ¡Pues pónganle a decir un primor, un ofrecimiento, o una razón bien limada y sacada de punto! Mejor viva yo, que haya cortesano criado dentro de Madrid o Toledo, que mejor la lime y componga. Acuérdome una vez, haciéndome oferta cierto hidalgo mejicano, para decirme que en cierta forma temía poco la muerte teniéndome a mí por su médico, sacó la razón por este estilo: —Devanen las Parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarle, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que le habrá bien añudar. Otro, ofreciéndome su persona y casa a mi servicio, dijo:—Sírvase vuestra merced de aquella casa, pues sabe que es la recámara de su regalo de vuestra merced.'' A este mismo modo y conforme a esta delicadeza son las razones de los hombres que en Indias nacen, y esto es cuanto al hablar, pues en el entender y trascender, no se muestran menos aventajados, pues verdaderamente entiendo que a ninguna cosa de las que se ponen a intentar y hacer (''si hasta al fin perseverasen en ella'') nos dejan de hacer ventaja. Y esto bien claro se muestra en los lindos ingenios que todos a una mano muestran en estas escuelas de las Indias, donde *si el premio de sus trabajos no les faltase, serían monstruos de naturaleza.''* Así decía el doctor Cárdenas en 1591 y entiendo que sus palabras constituyen uno de los primeros intentos de estudios psicológicos del hombre hispano-americano: Atribuye él las expresadas cualidades, a que ''los nacidos n Indios son generalmente sanguinos'', es decir: de complexión caliente y húmeda, con mezcla de colérica; lo cual, a su juicio, trae consigue, entre muchas virtudes, una falta no pequeña. ''Y es que como son humores calientes, delgados y ágiles, que con facilidad se mueven, así causan mudanza y variedad en los hombres, haciéndoles poco perseverantes en sus cosas; y así realmente podemos decir, que en esta tierra sobra en los hombres la viveza y falta la constancia y perseverancia en lo que se ponen a hacer.''

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTIN.

MUSA PATRIOTICA

Los memorables acontecimientos desarrollados en España desde aquella heroica jornada de Mayo en que Daoiz y Velarde iniciaron la resistencia nacional declarando guerra a muerte a los franceses invasores, tuvieron en Cuba inusitada e ingente resonancia, no sólo porque la inesperada nueva de aquellos sucesos llegaba en sazón propicia a remover vicisitudes, sino también y muy principalmente, porque un estrecho vínculo de solid ridad moral, intacto aún, hermanaba a la colonia con su metrópoli.

Por eso, al bando y alocución del Marqués de Someruelos, notificando a sus gobernados el rompimiento de hostilidades entre España y Francia respondió un fervoroso movimiento de adhesión a la dinastía legítima, y se siguieron hechos de tan elocuente significación como el donativo de cuatro millones de reales enviados a la península para las necesidades de la campaña emprendida, los motines en que peligraron vida y hacienda de los franceses residentes en la Habana, y más adelante, en Julio de 1810, la ejecución, bajo el apremio de las iras populares, del infortunado Manuel Rodríguez Alamán, joven e imprudente emisario del ministro Azanza, enredado, menos por malicia que por gratitud al rey intruso, en el temerario empeño de buscarle adeptos entre los más influyentes ciudadanos de la América Española.

Congruentemente con estas manifestaciones de exaltada devoción a Fernando VII, la iglesia, por mano de su más eminente jerarca en la isla, tocaba a rebato con el somatén de reiteradas pastorales contra "los enemigos de la patria y de la religión", y la poesía amontonando flores a los pies de los héroes de Madrid y Zaragoza y esgrimiendo contra el "corso feroz más que Tiberio" el aguijón de la sátira, contribuía a enardecer los espíritus

y fundir las voluntades en un sólo sentimiento de repulsión al usurpador extranjero.

Si no tan alta que pueda ponerse en línea con la de Quintana o Gallego, la inspiración valiente de Zequeira le dió alientos para elevarse muy por encima de la plebe innúmera de copleros, que, "como moros sin señor", se entraron en aquella oportunidad por las columnas de los periódicos disparando a roso y velloso contra el vencedor de Austerlitz la artillería, nada mortífera, de sus versos empecatados.

De las batidas que estos malsines literarios solían dar a las Piérides infelices, puede ayudarnos a formar idea lo que a 17 de Julio de 1808, "en celebración de la plausible exaltación al trono de España del señor don Fernando VII" se le ocurrió decir al más humilde de sus vasallos, y es como sigue:

"Ahora es ocasión, Castalio coro
Templemos bien tus liras soberanas
Porque en sus consonancias, con decoro
Decantemos las glorias Carpetanas.
Y ahora sacro Apolo, tu tesoro
Franquées a las súplicas humanas
Mi voz enriqueciendo y la de cuantos
Rindan al nuevo Sol, líricos cantos.

Ya del Iberio éxtasis las sombras
Disipa el explendor de un regio día
Que en frondoso laurel, verdes alfombras
Difunde en ambos polos su alegría;
Feliz suelo que Eliseo hoy te nombras
Por la dulce y benéfica armonía
De las auras suaves, entonando
Vivas y aplausos a tu rey Fernando!"

Y así por el propio estilo y con el mismo tono continúa el señor Leoncio Plumb, autor de las precedentes estrofas, hasta agotar con interminable serie de octavas, antes que el caudal de su vena poética, la paciencia del mísero leyente.

Pero a todo hay quien gane, y al bueno de don Leoncio le

salió un victorioso rival en la persona del Licenciado Casto Tiller, que en "El Aviso" de 22 de Noviembre publicó el siguiente "Soneto Acróstico a la deseada venida de nuestro"

A-caba de llegar al suelo hispan
D-eseado girasol del cristianism
O-bservarás su dulce patriotism
R-esaltar en el mozo y el anci n;

A-caba de llegar ¡oh Soberan!
D-onde te prodigamos un heroism
O-puesto a la vileza y egoism
F-ormidable del corso más tiran:

E-ntretanto, Fernando esclarecid
R-atificamos todos con anhel
N-o dejaros, mi Rey, en el olvid;
A-ntes bien, con lealtad, amor y zel.
N-osotros te tenemos esculpid
D-onde a todos nos llenas de consuel.

O VII

Ya antes, en 20 de este, para las letras funestísimo Noviembre de 1808, otro "vasallo", que al de marras nada tenía que envidiar, había desfogado sus patrióticas iras en los términos que verá el lector, por el soneto que a continuación transcribo:

Feroz Vulcano, ¿qué es lo que pretendes?
Quieres que tu perfidia aguante el cielo?
Quieres que no te impida mi desvelo
Vender mi Patria? No, que ofendes
Mi lealtad; pues por qué enciendes
Las piras del engaño en este suelo?
Retírate, que protegido por mi zelo
Destruiré tu coloso. No me entiendes?
Tenaz prosigues en tu vano intento?
La justa causa contra tí camina.
Oye los gritos del vasallo atento
Que sediento en venganza te fulmina.
Los rayos del furor, porque su aliento
Es tal, que por su Rey busca tu ruina

El reverso de esta medalla nos lo ofrece, como más arriba dejo indicado, el estro vigoroso de Zequeira, que si no fué un Tirteo, ni alcanzó a emular la exaltación sublime del divino Herrera, acertó a traducir, fijándolo definitivamente en unos cuantos versos afortunados, el sentir unánime de sus conciudadanos ante aquella gran crisis a que se vió sujeta la familia hispana en los primeros años de la pasada centuria.

Los pérfidos manejos de Bonaparte para, socapa de amistad y alianza adueñarse del territorio nacional y suplantar en el solio a los Borbones, el alzamiento de Madrid y las fieras represalias que por mandato de Murat ensangrentaron calles y plazas de la ciudad heroica, inspiraron a la indignada musa del poeta esta exclamación:

¿De esta suerte, decid, hircanos tigres
De la amistad faltáis al juramento?
Dó está la fe pactada, la paz santa
A el español imperio prometida?
¿Dó la noble confianza encarecida?

Y cuando rememora los combates épicos del Parque de Artillería, y se refiere a los inmortales paladines que en ellos sucumbieron, después de sentida depreciación para que mantengan vivo en el corazón de sus hermanos "el fuego asolador" de la venganza, declara, encareciendo merecidamente el sacrificio de aquella hecatombe sólo a la de las Termópilas comparable:

Que si a la Grecia eternizó Leonidas,
Daoiz y Velarde ilustrarán a España.

Pero más robustos aún, y más vehementes son los acentos que a la lira de Zequeira arranca la dantesca evocación de Zaragoza, asediada, reducida a escombros, con sus defensores resistiendo estoicos el empuje de las huestes enemigas, hasta que

La asoladora fiebre al fin abate
Como hórrido huracán los altos pinos,
Los héroes que jamás rindió el combate.

"Zaragoza", agrega luego el poeta con envidiable sobriedad,

No era ya Zaragoza, ¡oh Dios, qué asombro!

Pero ni aún convertido en un montón de ruinas este baluar-

te del patriotismo, consiguió el sitiador Lefevre intimidar a los zaragozanos, que tras obstinada y ruda resistencia lo obligaron a retirarse con su ejército hacia las faldas de los Pirineos, y conquistaron, juntamente con el laurel del triunfo, timbres que ilustren la futura historia, como con feliz expresión dijo Zequeira.

Mas no sólo con la noble majestad de este y otros poemas análogos prestó su autor un eco perdurable al grito de execración de sus contemporáneos contra José I, sino que poniendo además en su arco la flecha del sarcasmo por acomodarse a los cánones en uso, en célebre soneto erizado de sangrientas burlas, motejó nada menos que de "novelero rimbombante" al más grande capitán de los tiempos modernos.

Por el fuego de la animosidad con que está escrito, parece gemelo del precedentemente citado, otro soneto que sin firma de autor apareció en "El Aviso" de 18 de Diciembre de 1808, y que reproduzco a continuación para cerrar con él este acápite dedicado a la musa patriótica, porque amén de que merece ser conocido, creo sin vacilación alguna, que, si fué escrito en Cuba, únicamente a la pluma de Zequeira cabe atribuir su paternidad.

RECETA ESPECIAL PARA FABRICAR NAPOLEONES

Es infalible

Coge un puño de *tierra corrompida,*
Un quintal de *mentira refinada,*
Un barril de *impiedad alambicada*
Y un azumbre *de audacia,* bien medida
La *cola del Pavón* coge extendida
Y del Tigre la *garra ensangrentada.*
Del *corzo* el corazón, y la taymada
Cabeza de la zorra envejecida.
Todo esto bien cosido en un talego
De exterior halagüeño hermoso y blando.
Arrimarás de la ambición al fuego:
Déjalo que se vaya incorporando
Y tú verás sin duda cómo luego
Sale un *NAPOLEON* de allí volando.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA.

DISCURSO

Pronunciado en el Liceo de Guanabacoa el año 1917, por el Dr. Mariano Aramburo y Machado

---

Hubo un tiempo en que todos los cuidados y los esmeros de la sociedad en orden a la instrucción pública se reservaban exclusivamente para la cultura superior. Prelados y cabildos, magnates y corporaciones civiles rivalizaban en desprendimiento para fundar y dotar centros de altas enseñanzas facultativas, y por do quiera surgían y florecían Universidades populosas, con su complicada jerarquía académica, con sus fueros de jurisdicción y sus propios tribunales, con sus soberbios claustros de maestros y doctores, con sus millares y millares de alumnos uniformados, con sus solemnes disputas y sus vistosas ceremonias y sus costumbres pintorescas, que daban tono y fama y eran el orgullo y la gloria de la ciudad en que tenían su asiento las célebres escuelas.

El Estado no intervenía en la obra sino para autorizarla, otorgando la real licencia necesaria para la fundación, sin ayudarla con subsidio alguno: la iniciativa social era tan poderosa que no había menester de ningún socorro de la hacienda pública.

Mientras con tal liberalidad y entusiasmo tanto se preocupaban los antiguos de la enseñanza universitaria, era de ver, por vía de doloroso contraste, el abandono de la instrucción popular, la carencia absoluta de toda escuela donde se administraran los rudimentos de la cultura general humana. Como si no fuera preciso formar antes el hombre que el sabio, y el ciudadano antes que el facultativo, aquellas sociedades antiguas, desconocedoras de esta elemental verdad de economía pública, vivían contentas con ese desequilibrio, y al paso que en las alturas de la sabiduría brillaban focos potentísimos de ciencia luminosa, hombres emi-

nentes que habían cursado largos estudios durante diez, doce y a veces veinte años académicos—pues habéis de saber que la Universidad atraía tanto y tanto retenía que la vida escolar se prolongaba a voluntad del alumno cuanto a éste le era dable, y había estudiantes que continuaban siéndolo después de graduados, y no salían de las aulas sino después de cumplidos los cuarenta años de su edad—; mientras esto ocurría en las alturas, allá en las bajas capas sociales, en el más extenso mundo que formaban los hombres de trabajo manual, artesanos, obreros y menestrales, las sombras de la ignorancia dominaban sin contradicción, dueñas y soberanas de todo el campo.

Verdad es que desde tiempos muy remotos la Iglesia, que en esto como en otras cosas supo anticiparse al Estado, en los atrios de las catedrales y a la sombra de las abadías y de los monasterios, sostenía escuelas que en cierto modo pudiéramos llamar primarias; pero importa saber que también esa educación elemental estaba tan rigurosamente encaminada y dirigida a la universitaria que en aquellas aulas eclesiásticas, como en las de los dómines o preceptores privados esparcidos después por todas partes, no se enseñaba más que la gramática latina, es decir, que aparte del catecismo, toda la cultura que en tales centros se administraba reducíase a la lengua clásica citada, instrumento necesario para entrar y vivir en la Universidad, donde no se hablaba otro idioma porque cualquiera que no fuese el latín se consideraba indigno de la majestad de la ciencia y del mismo decoro del estado académico.

Por muy absurdo que os parezca este régimen tantos siglos ha vivido que hasta los comienzos del pasado no empezó a caer para dar lugar al que ahora conocemos. Todavía a principios del siglo XIX era un caso de asombro encontrar en un pueblo alguna persona que supiera escribir, fuera de los facultativos. Ha sido en nuestros días, como quien dice, cuando, al calor de ideas más justas, más generosas y más políticas, los poderes públicos han venido a entender la obligación que les incumbe en orden a la educación nacional, han tomado sobre sí la honrosa carga de mantenerla, y con los recursos del fisco y bajo la tutela del Estado se han difundido las escuelas primarias, comprendiendo en sus cunas todas las varias disciplinas que necesita el ser humano para vivir en sociedad civilizada.

El progreso de esta vasta organización no ha sido ni fácil ni rápido. Lentamente se ha venido perfeccionando el sistema desde el establecimiento de las escuelas oficiales, primero con la gratuidad de la enseñanza, después haciéndola obligatoria, más tarde con la inspección pedagógica y la multiplicación de las aulas y el adelanto de los métodos y de la higiene escolar, y hoy por fortuna no hay ya pueblo que aspire a llamarse culto que no mire la escuela primaria como el más hondo cimiento de la disciplina social.

Nosotros hemos sido testigos de la pacífica revolución que en nuestra patria operaron los pedagogos Mr. Fry y Mr. Hanna en los años del primer gobierno interventor, y a pesar de no pocas deficiencia de que aun adolece nuestra escuela, podemos ya medir la enorme distancia recorrida en corto tiempo.

Pero la educación popular, señores, no se adquiere toda en la escuela primaria, ni el Estado solo puede cumplir de una manera cabal el complicado y costoso ministerio de educar al pueblo; es también indispensable el concurso de la iniciativa particular, la franca y resuelta cooperación de los organismos privados que por su historia, por su composición y por sus fines representan autoridad en el concierto social.

Mirad lo que hoy sucede. Un joven sale de la escuela, a los doce o catorce años, y si no cursa una profesión superior, si ha de emplear su actividad en un oficio mecánico, jamás vuelve a estudiar y olvida en la adolescencia lo poco que pudo aprender en la infancia; y entre ellos no faltan quienes ansiosos de más claridad en sus conocimientos, afanados por ampliar los rudimentarios que aprendieron en la escuela, vénse privados de todo adelanto porque no hay ningún establecimiento que les brinde, en las condiciones adecuadas, la mayor cultura que apetecen.

En muchas naciones europeas, Suiza la primera entre ellas, para satisfacer esta necesidad se han creado las escuelas complementarias, cuya existencia, si ya no quedara explicada con lo dicho, sería ampliamente justificada con estas sabias palabras de M. Guéniat, uno de sus más constantes propagadores en la Confederación Helvética: "Si no fundamos esta institución nos pareceremos al labrador que después de haber sembrado cuidadosa-

mente su campo, deja ahogarse la planta entre malas yerbas. La escuela primaria siembra; la complementaria vela por la fructificación.''

Difícilmente podría expresarse con mayor propiedad la naturaleza y el fin de esta institución, arraigada ya en las naciones más cultas del continente europeo; pero para caracterizarla bien, para que todos los oyentes salgan de aquí con un concepto exacto del instituto, añadiré que esa escuela se propone recordar, ordenar, esclarecer, fijar y ampliar los conocimientos y los hábitos adquiridos en la escuela primaria. Viene a ser como una segunda enseñanza, pero harto diferente de la que con este nombre se conoce entre nosotros, viciada por la errónea tendencia que lleva a su profesorado a aprisionarla más al modo universitario que al de la primera enseñanza, olvidando que la secundaria no es sino una prolongación de la escuela infantil, con grado superior de la cultura general. Agregaré aún que la educación propia de la escuela complementaria se da en dos o tres años, que bastan tres o cuatro profesores y que las clases deben ser nocturnas, para que a ellas puedan asistir los jóvenes trabajadores.

He aquí, señores del Liceo, un objeto digno de vuestra iniciativa; he aquí, señores de la nueva junta directiva, una empresa digna de vustros afanes. Dejad como señal de vuestro tránsito por el gobierno de esta casa esa creación utilísima; fundad la escuela complementaria. Ella no es muy costosa, y si algo os faltare, el gobierno municipal de esta villa, hoy presidido por funcionarios de tan probado civismo como el doctor Beltrán y mi querido compañero de colegio el señor Aurelio Ferrer, sabrá completar vuestros recursos. Y por mi parte, sabed que estaré siempre dispuesto a ayudaros con mi pobre consejo, a suministraros cuantas ilustraciones necesitéis para llevar a cabo el proyecto, a cooperar con vosotros en la organización de vuestra escuela complementaria. No vaciléis: que sean para Guanabacoa los primeros frutos de la nueva escuela, para este Liceo la gloria de su fundación, para vosotros la satisfacción de haber servido al progreso nacional, dando ejemplo a los demás Liceos de la isla, que no tardarán en imitarlo.

Y mientras vosotros gocéis de los beneficios que ha de de-

rramar la escuela, yo también me sentiré dichoso pensando que no faltará quien alguna vez recuerde que por aquí pasó una noche un hombre de buena voluntad, un verdadero amante de su patria, a la que sirve sin ruído y sin alarde, llamado para sembrar ideas, y que os trajo esta de la escuela complementaria y la depositó en vuestro campo, confiándola a vuestro amoroso cuidado. La siembra está hecha, señores. A vosotros toca ahora cultivarla.

EL TEMPLO ABANDONADO

¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos?
(G. Núñez de Arce. La Duda.)

Mi cielo está vacío,
mi templo está desierto,
y todo en él. exhala
el aroma de olvido de lo muerto.

Ni un solo ser penetra
en su recinto obscuro,
salvo las sabandijas
que suben y descienden por el muro.

En soñolienta ronda
espectros mudos, graves
—recuerdos de recuerdos—
se encogen y se alargan por las naves.

La araña del fastidio
tendió por las paredes
que la humedad socava,
el polvoriento encaje de sus redes.

El ara está caída,
sin voz el campanario
y ya ni las cigüeñas
anidan en su hueco solitario.

Por la quebrada puerta
de tarde en tarde el viento
se cuela y se dilata
en prolongado y lúgubre lamento.



Emilio Bobadilla, ilustre literato fallecido recientemente

¡Oh pobre templo mío
abierto ayer a todo,
y hoy sordo y taciturno,
cerrado para siempre a piedra y lodo!

Emilio Bobadilla (*Fray Candil.*)

Portorriqueño no; Puertorriqueño

(*PARA DON ENRIQUE ZORRILLA*)

Cuartillas leídas por su autor en el
Ateneo de San Juan de Puerto Rico.

Del sustantivo simple ''vega'' se deriva muy naturalmente el adjetivo, simple también, ''veguero'', cambiando la ''a'' de vega en ''e'' y agregando la terminación correspondiente.

Pero cuando del sustantivo compuesto ''Vega Baja'' se va a derivar un adjetivo gentilicio aplicable a las personas y a las cosas de esa población, la primera voz de ese compuesto no se cambia ni se altera ni se toca, y solamente en la segunda voz se hacen las alteraciones y adiciones que deban hacerse; y se dice ''vegabajeño'', pero no ''veguebajeño''.

Así también, y por el mismo razonamiento, del nombre ''Puerto'', que también es simple, se deriva el adjetivo ''porteño'', y el cambio del diptongo ''ue'' por la vocal ''o'' está justificado precisamente porque el nombre primitivo ''puerto'' no está formando un nombre compuesto en unión de otra palabra.

Pero cuando del sustantivo compuesto ''Puerto Rico'' va a derivarse un adjetivo gentilicio aplicable a las personas y a las cosas de esta Isla, la primera voz de ese nombre, como la voz ''vega'' en el caso de ''Vega Baja'', no se altera ni se cambia ni se toca y así es como debe decirse ''puertorriqueño'' sin tocar para nada el primer miembro del compuesto, y no ''portorriqueño'', y menos ''porterriqueño'', extremo este último, al cual, en verdad nadie ha llegado todavía, pero que no es menos absurdo que ''veguebajeño'' o que ''portorriqueño.''

La "u" de la palabra veguero no desempeña papel ninguno fonético, y por eso no me referí a ella; o de otro modo: el papel que desempeña se reduce a conservarle a la "g" su sonido suave; hace casi las veces de un signo ortográfico como el del acento en la palabra "cármenes", que no se escribe cuando la misma palabra está en singular.

La índole y el genio de nuestro idioma conspiran a que se formen de aquel modo los plurales, los diminutivos, los aumentativos, y en general, las palabras derivadas de otras que son compuestas; y ello es así más especialmente cuando la primera de esas palabras es un sustantivo como ocurre con las voces "vega" y "puerto" en los nombres Vega Baja y Puerto Rico.

Las únicas tres palabras nuestras que escapan excepcionalmente a esa regla general son "hijodalgo", "quienquiera" y "cualquiera" cuyos plurales se contraen exclusivamente a su respectivo primer término. Y también escapan a la misma regla, aunque no en el grado que esas tres palabras, algunas que pluralizan ambos términos, como "ricashembras" y "gentileshombres." El desuso, no obstante, en que van cayendo unas y otras, indica la tendencia de nuestro idioma a entrar totalmente en vías más expeditas y apropiadas.

En los vocablos compuestos, la letra antepuesta suele aparecer con alguna alteración o elisión como en "carricoche", "barbilindo". "cuatralbo"; y dicho se está que, cuando esto sucede, la alteración sufrida por la primera voz, al formar la compuesta, persiste y subsiste en las derivadas de ésta, pero cuando no, nó.

La Gramática de la Real Academia sienta la regla terminantemente en el caso de la formación de plurals, diciendo: (Inciso "b" del párrafo 33, edición de 1917) "Cuando la primera de dos voces unidas para formar una sola pierde o cambia alguna letra no se altera en el plural." Puesto que la Corporación de Inmortales al enunciar esa regla establece una distinción, también a los simples mortales nos será permitido distinguir sentando una regla que diga: "Cuando la primera de dos voces unidas para formar una sola no pierde ni cambia ninguna de sus letras, tampoco la pierde ni la cambia al formarse el plural de dicha palabra compuesta." Ejemplo de lo que dice la Academia está en las

palabras, por ella misma citadas. "jocoserias", "tragicomedias" y "boquirrubios"; ejemplos de la segunda regla podrían ser "bocamangas" (que nunca es "bocasmangas" ni "boquimangas" ni "bucalmangas"), "viaductos" (que nunca hace "viasductos") y "ferrocarriles" (que nunca se dice "ferroscarriles" ni "ferreoscarriles.")

Lo que es cierto con respecto a los plurales, hágase extensivo por analogía a todas las palabras derivadas, y se tendrá la razón de por qué la palabra "puerto" en el nombre "Puerto Rico", no debe convertirse en "porto" al formar el derivado "puertorriqueño."

¿Y cómo siendo esto así, la Real Academia Española, desde 1869 dió carta de naturaleza en su diccionario al adjetivo "portorriqueño" con menoscabo del "puertorriqueño" que era el más apropiado; y sin atender (razón "de fuerza" que apuntó nuestra culta escritora doña Ana Roqué, y a la cual dió todo su relieve el ilustrado historiador de Puerto Rico don Cayetano Coll y Toste) al "uso" inmemorial de los buenos hablistas de nuestra isla, que escribieron siempre "puertorriqueño" y no "portorriqueño"?

La única razón que pudo asistir a la docta Compañía está en que el adjetivo "porteño" se deriva del sustantivo "puerto" y se aplica gentiliciamente a personas nacidas en algunas poblaciones costeras como Puerto de Santa María, en España, y hoy además, Buenos Aires, en la Argentina. Pero, aun para aducir este argumento, sería necesario partir del supuesto de que la palabra "porteño" existía, gramaticalmente, antes de que existiera la palabra "portorriqueño", y la realidad es muy otra.

La hidalga y amable cortesía de don Jacinto Octavio Picón, Bibliotecario de la Real Academia, quien al comprender, simplemente por mi acento al hablar, que yo "iba de América", ordenó que se me facilitaran todos los medios para curiosear y escudriñar los más íntimos rincones de aquella noble morada, me permitió recientemente hojear con algún cuidado todos los diccionarios publicados por la Academia, y de las notas que tomé entonces derivo las conclusiones a que llego ahora.

La palabra "porteño" no subió al diccionario hasta el año 1884 (entonces se aplicó solo al Puerto de Santa María, y más tarde se hizo extensiva a Buenos Aires) en la duodécima edición, es decir, quince años después que la palabra "portorriqueño"; y no me parecería exagerado asegurar que fué ésta la que sirvió de madrina a aquélla en cuanto a recibir carta de naturaleza en el léxico. Me confirma en esta opinión el hecho de que existen poblaciones que, geográficamente, valen y representan más que el Puerto de Santa María, y sin embargo carecen,, aun hoy de su correspondiente adjetivo gentilicio en la citada obra.

Una curiosidad que encontré en los diccionarios más viejos—me parece éste el momento apropiado para decirlo—fué el vocablo "porto" como equivalente a "puerto", pero siempre con esta nota al pie: "anticuado"; así lo encontré figurando hasta la quinta edición; en la sexta, publicada en 1822, desapareció para siempre. ¿Pretendería renacer un poco subrepticiamente en 1869 con nuestro gentilicio "portorriqueño"? Me parece más apropiado pensar que fué "porteño" lo que movió a los Académicos a escribir "portorriqueño"; porque aunque aquella palabra no estaba todavía en el diccionario estaba ya en la vida y en la realidad y de ahí la tomaron ellos para hacer la nuestra. No se fijaron en que también estaba circulando ya "puertorriqueño", y que, sin profundizar mucho en la cuestión y juzgando sólo por el sitio donde circulaba y por las personas que lo hacían circular, reunía más condiciones de viabilidad y más quilates de propiedad. Pudieron, por lo menos, naturalizarlas a ambas como ha ocurrido con "santiaguino" (de Santiago de Chile) en contraposición a "santiagués" (de Santiago de Compostela); pero así tendrán que acabar por hacerlo si prestan oídos a la razón y a la fuerza, y si nosotros persistimos en llamar apropiadamente a las cosas por sus nombres.

Nosotros hemos tenido hablistas de primera magnitud como Acosta, Brau, Muñoz Rivera y de Diego que no han usado uniformemente las mencionadas palabras. Pero se podría asegurar que Brau y de Diego escribían "portorriqueño" "porque" así lo escribía la Academia (y en verdad no andaban en mala compañía); y que Acosta y Muñoz escribían "puertorriqueño" "a

pesar de que" así no lo autorizaba la Academia." Y tenían razón los dos últimos; y es preferible, en último análisis, estar con la razón a estar con la Academia.

Para nuestro Ateneo el asunto se decidió desde que sus fundadores, entre los cuales había notabilidades del calibre de Eizaburu, Tapia, el mismo Acosta Larrinaga, Ferrer, Acuña, Rossy, Cuevas, Asenjo, Lugo Viña, y muchos más, lo bautizaron, y lo bautizaron bien: Ateneo Puertorriqueño.

E. FERNANDEZ VANGA.



LA GUERRA CONSIDERADA DESDE EL PUNTO DE VISTA BIOLOGICO (1)

POR EL PROFESOR VICTOR DELFINO

Mis amigos, compañeros míos:

El tema que voy a desarrollar esta noche, es, como está anunciado, "la guerra." Mas, no hablaré aquí como sociólogo, ni hablaré, como profano que soy en achaques de esa índole, como periodista, sino, simplemente, pondré al alcance de ustedes unas pocas reflexiones que el fenómeno de la guerra ha merecido de parte de un biólogo célebre y muy acreditado en los fastos científicos.

Hace dos mil quinientos años que Pitágoras, el filósofo de Samos, el fundador inolvidable de la escuela itálica, había observado y escrito que, todos los fenómenos del mundo vivo y el hombre, que es uno de ellos, están en una íntima relación, guardan una estrecha relación con el medio cósmico. Para Pitágoras, las leyes que rigen todas las relaciones entre los fenómenos de la Naturaleza, son abstractas, son números, siendo éstos los únicos que tienen fijeza y explican el resto de los seres por ser su razón y su causa. Así que, los números sólo tienen existencia verdadera; y la unidad que los engendra y constituye a todos, goza de la plenitud del ser y constituye, pues, la realidad por excelencia, llegando a ser más tarde, con los Eléatas, Dios.

Pitágoras quedó olvidado hasta no hace mucho tiempo, en

(1) Conferencia pronunciada en la Sociedad Tipográfica Bonaerense, en la velada organizada el 1o. de julio de 1917, por el Ateneo O. de Almagro.—(Versión taquigráfica de S. R. y K.)

que hubieron de imponerse las ideas de los filósofos, físicos, químicos y demás científicos sobre la mecánica general. Estas ideas, difundidas gracias a la enorme publicidad que ha alcanzado la obra científica realizada en todas las naciones, llegaron hasta los campos de la Biología; llegaron hasta los campos de la Biología, digo, y se consideró esta ciencia como una rama de la mecánica general. Y Augusto Comte, el célebre fundador de la escuela positivista, dividió a la Biología, nombre que usó para significar una ciencia nueva que estudiaba el mundo vivo de los animales y las plantas, dividió a la Biología n Biología estática o anatómica, que estudia las formas y se despreocupa de las nociones de espacio y tiempo; la cinemática y la dinámica, que no son otra cosa que la Fisiología, la cual estudia los fenómenos que se dan en la materia viva, en función del espacio y del tiempo, traduciendo analíticamente, mediante representaciones gráficas, los resultados de la observación.

La Biología, entonces, pasa a ser una rama de la mecánica general; y los fenómenos biológicos fueron considerados, ora en el individuo como fisiológicos, ora en la colectividad como sociológicos.

La Sociología no resulta ser, pues, más que una rama de la Biología general.

Esa es la concepción actual de los fenómenos biológicos; y en la determinación de estos fenómenos biológicos no se hace intervenir las voluntades extrahumanas o fenómenos extrafísicos, acciones del mundo trascendental, sino que todo parece regulado y medido por leyes fijas, determinadas, aunque no bien conocidas todavía, como que no pueden expresarse en forma matemática. Sin embargo, no escapan tampoco a leyes más o menos medidas, determinadas.

Claudio Bernard fué uno de los fisiólogos a los cuales cupo el honor de esta tarea. Y la guerra, entonces, nos aparece como un fenómeno general, un fenómeno general biológico, que puede ser estudiado, como todos los fenómenos del mundo vivo, mediante la observación, la experimentación y el raciocinio; un raciocinio que mañana, otro día, no sabemos cuándo, alcanzará las prerrogativas del raciocinio lógico, deductivo, estrictamente matemático. La guerra no puede substraerse, como fenómeno que es y que se

observa en el mundo de los seres vivos—plantas, animales y hombre—no puede substraerse, digo, a las leyes del determinismo científico, y debe estudiarse, entonces, científicamente. Eso es lo que trataremos de exponer ahora en líneas generales.

Hasta ahora, el fenómeno de la guerra y otros muchos han sido patrimonio de los diplomáticos, de los hombres de gobierno, de los estadistas y de los sociólogos a la violeta, los cuales, especialmente los diplomáticos, hacen sencillamente el papel de mortícolas, como dice mi querido amigo Rafael Dubois; de medicastros que pretenden curar una enfermedad con una panacea, sin conocer la etiología, sin conocer el desarrollo evolutivo del "morbo", cuando así no se llega a nada. Cierto es que Balzac dijo de los diplomáticos, hace ya mucho tiempo, que era la gente más huera en materia de ciencia, ¡como que no tienen ninguna! No se ha modificado hasta hoy ese concepto de Balzac.

Hay que someterse, pues, a las leyes imperiosas, implacables y a las veces terribles de la naturaleza, leyes que el hombre no puede desconocer ni violentar en ninguna forma; y lo que puede hacer es seguirlas y beneficiárselas en algunos casos, como beneficia de la mayoría o de la casi totalidad de las fuerzas físico-químicas. No las beneficia todas porque hay un coeficiente de pérdida, que no es aprovechable porque no ha alcanzado en sus mecanismos que ha discurrido o inventado, a reparar ciertas deficiencias, ciertas fallas. Ese coeficiente se pierde necesariamente hasta en la máquina más perfeccionada.

Las causas que han motivado, determinado esta escasez o brevedad de criterio de los hombres de gobierno, al considerar el fenómeno de la guerra, son muchas, especialmente las que conciernen a la limitación del medio biológico.

Muchos hombres creen que el medio biológico es sencillamente el medio en que viven, crecen, evolucionan y mueren; que el medio biológico termina en este nuestro planeta, y, a veces se reduce a una pequeña localidad, a una pequeña zona. ¡Claro!, se despreocupan absolutamente de las influencias generales del mundo exterior, como se despreocupaban también, razonando un poco apresuradamente, de otras influencias, muy notables, que conciernen al individuo, a su medio interno, y otras que conciernen a su medio anterior, o sea la herencia ancestral.

Pero las limitaciones más lamentables de este criterio bioló-

gico que discutimos aquí, y que se emplea comúnmente para discurrir en materia de guerra y otros fenómenos sociólogo-biológicos, se deben, sencillamente, a la limitación que se pone a las causas del mundo cósmico, las más variadas, que influyen sobre el hombre y, por extensión, sobre la humanidad (1). Esas causas son determinadas por dos grandes factores: uno, el movimiento de la Tierra alrededor de su eje, que, como todo el mundo sabe, se cumple en las veinticuatro horas del día, movimiento, entonces, diurno, rotatorio; y otro, el movimiento de traslación anual, que se efectúa alrededor del Sol, en los trescientos sesenta y cinco días del año. El movimiento de la Tierra sobre su eje determina el ciclo nocturno y diurno, y con estos ciclos se provee, entonces, a los fenómenos generales de la nutrición y de la reproducción, la cual no es sino un fenómeno producido por el exceso de la nutrición que se xpande, se difunde. Con estos ciclos, decía, se determinan los fenómenos de la nutrición y de la reproducción en el mundo de los seres vivos—plantas, animales.—Las plantas, como todos saben y conocen, sintetizan, a beneficio del proteón, de la energía solar, parte de los elementos substraídos de las substancias, inorgánicas primero, que pasan a ser orgánicas después por síntesis; y éstas aumentan en los organismos vivos en el proceso anabólico y crece así todo el torrente de la vida, que se difunde y pasa. Los animales hacen lo contrario: analizan, descomponen las substancias de los vegetales; de manera que hacen un trabajo negativo, con respecto al de los vegetales y contrario.

Dos fenómenos importantes, determinados por el ciclo nocturno y por el diurno que ocasiona el sencillo movimiento rotatorio de la Tierra sobre su eje; con estos dos fenómenos se explica toda la evolución y progresión de los seres vivos.

Otros fenómenos no menos importantes y que influyen en

(1) Nuestro eminente amigo el doctor don Salvador Velázquez de Castro, catedrático de Terapéutica de la Universidad de Granada, académico correspondiente de la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid, ha sistematizado estas ideas, formando con ellas un robusto cuerpo de doctrina en sus interesantísimas "Nociones de Medicina Astronómica" (Nueva doctrina de las crisis.) Comunicación al Congreso de Sevilla, 1917, de la "Asociación Española para el Progreso de las Ciencias."

la vida del individuo y de la especie, son los determinados por el movimiento de la Tierra alrededor del Sol: movimiento traslatorio.

Las estaciones, como todos saben, ocasionan perturbaciones, desviaciones en los fenómenos fisiológicos que se dan en el ser vivo; y también determinan otros que son más que desviaciones: son perturbaciones profundos en estos mismos fenómenos de la fisiología normal, y se tienen, así, fenómenos patológicos. Así, hay enfermedades de estación, trastornos diversos de la materia viva, determinados por simples influencias de las estaciones: enfermedades "a frigore" determinadas por perturbaciones atmosféricas bruscas con el variar del gradiente atmosférico: todo esto determina fenómenos biológicos, como se ha dicho.

Estas influencias del mundo cósmico sobre nuestro pequeño planeta, son bien conocidas; pero no lo fueron hasta que las estudió mi muy querido amigo el profesor Rafael Dubois, actualmente catedrático de fisiología general y comparada, en la Universidad de Lyón; no eran conocidas, digo, hasta el año 1887, en que avanzó unas pocas opiniones, que fueron recibidas con frialdad y hasta impugnadas por autores no muy versados en Biología experimental. Pero el profesor Dubois no desmayó ante estas contrariedades y siguió su campaña tendiente a demostrar que la guerra es un fenómeno normal en las sociedades humanas, y no sólo en ellas sino también en las sociedades animales.

En este orden de ideas, el movimiento rotativo de la Tierra sobre su eje ocasiona desplazamientos progresivos, migraciones. Se ha observado desde antiguo—se tienen referencias desde los timpos prehistóricos—que todos los pueblos que han asentado sus reales en la vieja Europa procedían de Oriente; todos los pueblos sin excepción; no sólo en los tiempos prehistóricos, si que también en los protohistóricos y en los históricos.

Estas migraciones, pues, se efectuaron de Oriente a Occidente, en un sentido contrario al del movimiento de la Tierra, que marcha de Occidente a Oriente.

Este es el hecho establecido.

Las migraciones animales y vegetales se hacen, de otra parte, en el mismo sentido; y se sabe perfectamente que las aves en

general, entre las cuales el fenómeno migratorio ha sido bien estudiado, bien averiguado, con la estación, emigran por falta de alimento—causa brusca de emigración—emigran buscando climas más propicios, más templados. ¿Y en qué sentido lo hacen? Abandonándose contra la dirección del viento. Se sabe que los vientos más favorables y constantes, producidos, naturalmente, por diferencias de temperatura entre el polo y el ecuador, soplan del ecuador al polo; y las aves marchan en sentido contrario: del polo al ecuador. Una observación interesante.

Con los peces pasa lo mismo, sumándose a esto que influye mucho en sus migraciones la variación de la tensión eléctrica de la atmósfera.

Todas estas son observaciones recientes del profesor Dubois.

Con respecto a las sociedades humanas, las migraciones se han producido siempre en el sentido expresado, en el sentido contrario al movimiento de la Tierra, vale decir, en el sentido anticinético (de "anti", ante; "cínesis", movimiento.)

Alguno podrá objetarme que, en realidad, han existido ciertas migraciones que se han desplazado en sentido contrario; en lugar de hacerlo de Oriente a Occidente, lo han hecho de Occidente a Oriente. Cabe advertir a este respecto que estos desplazamientos han sido efímeros, irregulares, no estables. Eso se observa también en la historia de los hechos humanos; podría citar una cantidad de ejemplares; pero se tiene como muy característico el caso de las ocho cruzadas, 1096 a 1270, realizadas, como se sabe, la primera, por los franceses y germanos, hoy enemigos acérrimos, ayer aliados; la segunda, por los mismos; la tercera, los franceses, ingleses y germanos; la cuarta, por franceses e italianos; la quinta, por franceses y húngaros; la sexta, por los germanos; la séptima y octava, por los franceses.

Y bien: ¿qué ocurrió con los cruzadas, cuyo objeto era rescatar el famoso santo sepulcro y libertar a los cristianos de Constantinopla del poder omnímodo de la media luna? Han fracasado. ¡Saliendo de Occidente y llegando a Oriente, han encontrado allí su sepulcro! No han tenido absolutamente ningún resultado con respecto a los fines que perseguían aquellos guerreros.

Existen aún otros casos de invasiones típicas. Se me ocurre la conquista de la Galia y la Bretaña por Julio César. Fué efímera. Solo duró dos siglos dicha dominación. Lo mismo ocurrió con la pretendida invasión de Aníbal con sus cartagineses a Roma. Y la ocupación de España por los moros fracasó igualmente.

Y, por último, viniendo a las más modernas y azarosas de Napoleón, que llevó sus huestes triunfantes por toda Europa, fracasó también cuando las lanzó contra la Europa Central, contra la Rusia y contra España. Efímera y temporal fué, igualmente, la ocupación de Bélgica por los españoles. No ocurre lo mismo con la ocupación de los bárbaros, los antiguos, los medioevales, que ocuparon diversas sedes, dando al traste con el Imperio romano de Occidente, en 476. Y ¿por qué ocurrió esto último? Porque estos bárbaros venían de Oriente y se dirigían a Occidente—hunos, vándalos, alanos, burgondos, suevos, hérulos, los godos, los visigodos, ostrógodos, etc.,—y allí se establecieron. Todo esto está perfectamente averiguado y en la mente de todos.

Ahora, estas inducciones teóricas tienen su correlación experimental. ¿Es una ficción—se preguntará cualquiera—este movimiento, esta reacción anticinética a que aludimos, o tiene su existencia real? ¿Es una fuerza ciega—se preguntará todo el mundo— esta anticinesis, que hace que los mismos alemanes de Guillermo II, por ejemplo, se precipiten contra los belgas, y esos mismos tudescos traten constantmente de lanzarse sobre Calais y amontonar cadáveres sobre cadáveres en el Iser?

Yo me explico esta fuerza como una fuerza ciega, resultante del bioproteón, ya que no pueden darse estos impulsos bárbaros, irregulares, desordenados, de la anticinesis, que no llevan a ningún fin en esta forma brutal y agresiva. La anticinesis se justifica únicamente o podría justificarse en la naturaleza, cuando se hiciera en forma regular, canalizada, como, por otra parte, ocurre con las migraciones ordinarias de los pueblos, que necesitan justamente como una válvula de seguridad, de esta migración, para gastar el exceso de energía, de reacción anticinética.

Ahora, ocurre preguntar: ¿Se puede poner coto, se puede poner un reparo a los desmanes de esa fuerza ciega que amenaza asolarle flagelando al mundo; de esta fuerza ciega que quebranta, sino nacionalidades, millares de individuos; que produce heca-

tombes, que ocasiona luto y más luto en Europa, en Asia y hasta en América? Todo hace prever que, tratándose de una fuerza y en atención a lo ya dicho de que el hombre puede beneficiarse de las fuerzas de la naturaleza y no ir en su contra porque su poder es muy mezquino, todo hace prever, digo, que aprovechando de los conocimientos que se tienen de otras fuerzas, también ciegas, pueda el hombre atemperar la reacción anticinética, para que no se produzcan los fenómenos bruscos de la migración y para que esta migración se haga pacíficamente, armoniosamente.

Vamos a ver como se puede lograr ese resultado. Pero antes, quedé con ustedes en decir que la anticinesis es un fenómeno demostrado por comprobaciones experimentales en el laboratorio. Yo he tenido ocasión de experimentar el fenómeno y observarlo en diversas especies animales y vegetales, y procediendo según la técnica de mi estimado amigo el profesor Rafael Dubois.

Si se dispone sobre una platina movible una vasija en la cual se contengan animales acuáticos—puede hacerse la experimentación con animales terrestres y aun aéreos—si se dispone, decía, un pez o un batracio, animando el todo de un movimiento giratorio circular, más o menos rápido, se observa este hecho curioso: que el animal marcha, no en el sentido de la corriente, sino en el sentido contrario. Esa reacción del animal se llama reacción anticinética: va contra la corriente.

Desde luego, esta experimentación puede hacerse igualmente con "estrellas de mar" y hasta con un brazo de este animal. También pueden hacerse experimentaciones de esta índole, con anfibios, con batracios y hasta con mamíferos, y mamíferos que no se hallen en su estado normal; por ejemplo: en una marmota en estado de invernación. Este animal, profundamente alterado en su fisiología, con caquexia fisiológica, pónese también en sentido contrario a la corriente, al del movimiento que impulsa el disco sobre el que reposa.

Alguien ha observado también este fenómeno en vegetales; por ejemplo, en cebollas germinadas: han visto que la radícula de la planta se pone también en sentido contrario de la corriente impulsora.

Ahora bien: haciendo girar, por un cierto tiempo, la platina, se observa en el animal de experimentación que, después de ha-

berse opuesto a la marcha en sentido de la corriente, comienza á flaquear y no se opone del todo cuando le sobreviene la fatiga fisiológica, sino que la cabeza se halla en anticinesis y persiste en ese estado, sobreviniendo períodos de paro más o menos bruscos, más o menos duraderos. Después, es el cuerpo el que se resiste al movimiento en sentido contrario, y, por último, cuando el animal ha perdido casi totalmente sus fuerzas, y que simula o parece agonizar, pónese en el sentido de la corriente, llamándose a este fenómeno de homocinesis (de "homo". igual; "cinesis". movimiento"). Marcha, entonces, el animal en el sentido de la corriente del movimiento. Es un fenómeno curiosísimo. Se activa este fenómeno homocinético, cuando se intoxica al animal con alcohol, morfina o cocaína.

Y ahora, se me ocurre relacionar este hecho con la retirada tudesca del Marne. Saqueando los alemanes las bodegas del Norte de la Francia (Champagne, Soissons), seguramente este hecho hubo de precipitarlo, por lo menos, favorecer su retirada, su marcha en homocinesis.

Ahora, de todo lo dicho fluye que no puede detenerse de ninguna manera la reacción anticinética de las sociedades humanas; que el fenómeno de la guerra, presentado así, presentado en la forma en que lo presenta la Biología, es un fenómeno normal, aunque no necesario en su producción como invasión, como reacción violenta al medio cósmico; hay que adaptarlo y adaptar los seres o individuos en que la guerra se presenta. Y para que la reacción anticinética se produzca normalmente, ¿qué habrá que hacer?

Sencillamente, es lo que ocurre con un río: cuando la presión de la corriente de agua alcanza un cierto valor; cuando el acúmulo de las aguas se hace grande, es inútil ponerle represas y trabas para contenerlo sino tiene a su lado un vertedero: las aguas se acumulan y dan al traste con esas frágiles esclusas que nosotros queremos oponerles, se desbordan e inundan brutal y violentamente la comarca, con perjuicio de los comarcanos o ribereños. Eso mismo ocurre también con las invasiones humanas, con esas invasiones bruscas, violentas, accidentales.

La guerra actual no puede imputarse al Kaiser. La voluntad de un hombre ¡qué puede contra este fenómeno inevitable que nos

asombra y mueve a todos! No puede imputarse tampoco a Albión. pretendiendo mantener su sobada hegemonía marítima. No puede imputarse tampoco a la noble Francia. Es un fenómeno natural, que debió producirse así por falta del conocimiento científico de las leyes que lo rigen, para seguirlas y no tratar de oponerse a ellas como nos oponemos.

Resultado de todo esto y moraleja final, es que no hay que oponerse en ningún caso a las leyes de la naturaleza sino seguirlas. Y, en cuanto a esta reacción anticinética a que me refiero, canalizarla, encauzarla para que pueda beneficiarse sencillamente, como se beneficia el hombre de otras energías naturales, como las caídas de agua, de la hulla blanca, en una palabra. Eso y no otra cosa es lo que cabe hacer

Por lo demás. se ha visto que los hombres, al ser desplazados de Oriente a Occidente, desde el terciario y el cuaternario, cuando han encontrado vallas, montañas y ventisqueros o mares, la migración se ha detenido. Se difundió la navegación trasatlántica y alcanzó una gran difusión este medio de transporte. Y, entonces, con el descubrimiento de América, pudieron los hombres de la vieja Europa. seguir su línea anticinética, viniendo a poblar las naciones de América, y ocuparon—es digno de notarse—primero, la América del Norte, luego la del Sur. Los anglosajones en Estados Unidos y Canadá; los germanos después; los franceses la Luisiana; los españoles en Nueva España (México); y posteriormente, los españoles y portugueses la América Meridional; y los franceses.—es curioso notarlo—, trataron de perforar el itsmo de Panamá, para ir a ocupar la Indochina. pasando por sus posesiones del Océano Pacífico.

Eso es lo que. en mi sentir, cabe hacer, y, de otra parte, lo que ha sido propuesto también por Dubois en varias ocasiones en que se lamentaba de que los hombres de saber no se ocupen con mayor empeño de estas cuestiones.

El profesor Delfino lee la siguiente comunicación:

"El hambre o simplemente la carestía prolongada, con la fatiga. constituyen, en ciertos casos, el procedimiento más sabio y más seguro para resistir victoriosamente a los "poussées" violentos de las andas anticinéticas. que están ciertamente en relación

con las grandes manchas solares. Su influencia perturbadora no puede prolongarse indefinidamente y la fatiga es el mejor medio, como lo demuestra la experimentación. (Ver mi nota sobre "la anticinesis rotatoria". "Comptes rendus de la Société de Biologie", t. LXXVIII, p. 617, 3 décembre, 1915)" de transformar la anticinesis brutal invasora en homocinesis liberatriz."

(Se ha establecido, también por el coronel Delauney, una relación muy curiosa entre los casos sucesivos de anexiones de colonias por Francia y las manchas solares. Se ha visto que este fenómeno de anexión responde sencillamente a un período bien conocido, a un ciclo limitado o ley undecenal—se produce cada once años—y cada once años, también, hay un máximo observado en la declinación magnética y un máximo en la actividad de las manchas solares.)

Y es lo que está pasando justamente en Europa, por igual, a todos los ejércitos de las naciones en lucha: se agotan los hombres en las trincheras, especialmente en las de los ejércitos que llevan dirección anticinética. No hay otra forma para que vuelva otra vez la dirección normal, porque el desgaste fisiológico, como ocurre con los animales en el laboratorio, ha de modificar su marcha anticinética, contraria a los intereses de la civilización (leyendo.)

"También se puede, mediante el "vis a tergo", favorecer la progresión, hasta el mar más próximo de las masas que no han sabido resistir a su arrebato violento y no han querido contentarse con su forma pacífica, durante los períodos de calma."

(Se refiere también aquí a la destrucción de las ratas, las que también siguen su progresión anticinética, activada por la dirección de los ejércitos de Oriente a Occidente. Se trata de ratas pestosas, que nos pueden infectar a Europa y por ende toda la América.((Sigue leyendo.)

"Es necesario destruir las ratas por otras razones más, pues difícilmente podemos imaginarnos los estragos que causaría la llegada de una sola rata pestosa de esa Asia, patria de todos los azotes y a la cual nuestros enemigos se esfuerzan en estos momentos en reabrirle las puertas del Oriente, yendo a anegarse, allí como todos los Occidentales que han seguido esta dirección, las ocho cruzadas, por ejemplo. El Kaiser—nos dice el profesor Du-

bois, en una de las muchas cartas que nos escribiera—sigue exactamente la marcha de la segunda cruzada, cuyos restos, de regreso en Europa, fundaron la Prusia. En el Este y en el Norte, los germanos se han ,'parado'' en anticinesis, y en el Este marchan en homocinesis; éstos son dos signos de una fatiga excesiva que, como tengo la esperanza, les será funesta, alcanzándose así el triunfo de la libertad.'' (Crf. R. Dubois: ''Pour détruire les rats des tranchées.'' ''Comptes Rendus de la Socité de Biologie''. ''Séance du 8 janvier, 1916. Tome LXXIX, pág. 4.)

Sin pretender que las energías tudescas o cualquier otra, se agoten en las trincheras, tengo para mí que, bien averiguado y estudiado el fenómeno de la guerra, conviene a los intereses generales de la humanidad y de la civilización, favorecer, por todos los medios posibles, el que se produzca la anticinesis; pero una anticinesis armónica; que los pueblos se desplacen en sentido contrario al movimiento de la Tierra; pero que esta anticinsis se haga regularmente; que sea como el ejercicio de una función fisiológica necesaria al equilibrio y a la armonía del mundo. Así únicamente se podrá conseguir una paz duradera, una concordia eterna entre los hombres, para que, a la postre, a todos nos ilumine el advenimiento del reino humano ideal y sea la luz en la mente y el amor en los corazones; para que podamos decir al fin: Amor, ¡esperanza única! Amor, ¡esperanza última! Arriba, Amor!

He dicho.

EL MAR CARIBE

Al Dr. Cuevas Zequeira.

La cuenca misteriosa que besa "El Orinoco"
y "El Golfo Mexicano" inunda de calor;
recibe del "Atlántico" los besos del "Alisio",
y todo cuanto es onda del Polo al Ecuador.

Allí del soplo ardiente del "Indico Oceano"
se anima el abanico que engendra el "Aquilón";
y en raudos torbellinos, violentos huracanes,
adquieren las tormentas las fuerzas del "Ciclón."

El fondo misterioso del ancho "Mar Caribe"
es antro de volcanes, por siempre en erupción;
es centro de la Tierra y centro de los mares,
de entrambos hemisferios el seísmico pulmón.

El manda entre sus ondas calórico hacia el Norte,
y toma entre sus ondas calórico del Sur;
El es el dinamismo eléctrico-magnético,
el conductor marino que se transforma en luz!

No hay mares donde el iodo y el fósforo sumados,
obtengan más "por ciento" de vida y de salud;
ni donde cloro y sodio obtengan más pureza,
ni más intenso brillo el insondable azul.

Yo he visto entre el nublado de noches de tormenta
las crestas espumosas del antillano mar,
orlarse de centellas de inusitado brillo,
como un espectro bello de "Aurora Boreal."

LAS ANTILLAS

He visto a la distancia hincharse el oleaje,
cual furia arrebatada a impulsos de Satán,
haciendo de un altivo gigante acorazado,
los restos miserables de un nuevo "Leviatán."

El se tragó la escuadra que enviara Bobadilla,
cargada de oro puro al Rey Conquistador;
salvándose tan solo la carabela "Aguja",
en donde se necontraban las joyas de Colón.

La historia de naufragios que oculta el "Mar Caribe",
se oculta a los designios de todo historiador;
la helénica Leyenda que hablara de "La Antilla",
no acusa un solo dato del mar de mi región.

Yo sé que el Sol del Trópico en él se mira a diario,
y brilla con más fuego sobre su linfa el Sol;
y sé que no hay "Adriático" más bello cuando duerme
que "El Mar de las Tres Islas"; "Caribe" o de "Colón."

Si Cuba y Puerto Rico; Haití, Santo Domingo,
son dueños de esos mares: ah! pueblos de mi amor!
¿Por qué del "Archipiélago" no hacer un solo pueblo
Estado poderoso de la Antillana Unión?

AMIAMA GOMEZ.
(Dominicano).

Habana, Enero de 1921.

LEYENDA PUERTORRIQUEÑA

UNA VISITA DE ULTRATUMBRA

I

Doña Leonor Ponce de León, la hija más pequeña del conquistador del Boriquén, casó con el doctor don Antonio de la Llama Vallejo. sucesor en el gobierno de esta isla, del licenciado Caraza; y a la vez su juez de residencia.

Vallejo era todo un hombre, buen mozo, altivo, cumplidor de sus deberes,y amante cariñoso de doña Leonor, la que correspondía con su entrañable afecto de criolla vehemente a los pulidos extremos de su enamorado galán.

Fué preciso dar tregua a sus coloquios de amantes esposos, porque Vallejo tenía que llevar a la Corte, personalmente, el juicio de residencia de Caraza, para resolver ante el Consejo de Indias algunos puntos oscuros, de la gobernación de este prócer y astuto letrado. Por tanto, embarcó Vallejo en la carabela Santa María de los Remedios de Juan de Alaminos, y quedó doña Leonor sumida en acerbo llanto en el rincón solitario de su hogar, consolándose únicamente ante el milagroso Cristo de los Ponce, cuando postrada de rodillas en la iglesia de Santo Tomás de Aquino le pedía al Redentor un feliz viaje para su consorte y un pronto regreso a sus suaves y acariciadores brazos.

I I

Cada mañana iba la consecuente dama con el vago ensoñar de su forzada y tediosa soledad, a espiar el horizonte marítimo y vislumbrar tal vez la señal indicadora del retorno de su querido Vallejo. Tiempo perdido. Después de tres meses de angustia e insomnios, vinieron nuevas de España de que la nave de Alaminos

había zozobrado frente a las costas de Portugal, ahogándose el gobernador Vallejo y salvándose tan solo parte de la tripulación.

Fué tan rudo el golpe de la infeliz doña Leonor, que melancólica y febril, postróse en cama y negóse a tomar alimentos y a recibir visitas. Después de aguda enfermedad, quedó la consecuente dama postrada en honda pena y se apoderó de ella una profunda tristeza por lo que se pasaba todo el día recogida en el lecho, con la cabellera destrenzada, rezando por el eterno descanso de su desgraciado esposo y rogando al cielo que dispusiera de su vida para ir a reunirse con su marido en la eterna mansión de los justos.

III

Toda la familia se desesperaba del abatido estado de doña Leonor, esperando de un momento a otro un fatal desenlace. Un día, a plena luz, según cuentan viejos pergaminos apolillados, entró en la casa un hombre, de buena presencia, vestido a estilo de los médicos de la época, con cuello alto y guantes grises, desconocido en la ciudad, y se encaminó rectamente al aposento de doña Leonor, sin anunciarse ni tomar un guía, ni hablar a nadie de la servidumbre, y cerró la puerta tras él.

IV

¿Qué pasó entre el desconocido visitante y la melancólica dama? No lo dicen los antiguos papeles. Pero nadie vió salir del aposento al extraño doctor, que se evaporó como visión fugaz. Y la desconsolada viuda, rehabilitada por aquella célica visita, comenzó a consolarse, se curó de su neuropatía y volvió a hacer vida regular entre sus adeptos y familiares.

Y termina el cronista de la Catedral, don Diego de Torres Vargas, narrador de este suceso, diciendo, "que Dios busca los medios, que sabe que más importan para nuestro remedio." A lo que podemos añadir, que este hecho maravilloso y sobrenatural, se explica hoy por algunos filósofos aceptando la comunicación de los seres del mundo invisible con los de la tierra; de lo que dan testimonio probatorio algunos escritores, considerando esas apariciones como manifestaciones reales de la vida psíquica entre unas y otras entidades. Allá, ellos!...

Hay autores, más fisiólogos que psicólogos, que consideran estas manifestaciones como una auto-sugestión mental del propio individuo, negando en absoluto los fenómenos de la vista a distancia, los sueños premonitores y la telepatía, considerándolo todo ello como trastornos y desequilibrios del sistema nervioso.

La ciencia, que ha transformado el mundo, sacará incólume la verdad del seno de todos estos hechos maravillosos, como hizo de la astrología, la astronomía y de la alquimia charlatana la química científica. "La tierra, dice un gran pensador, es un punto sombrío con alrededores ilimitados de humo y espacio, y todo el infinito se estremece cuando tocamos un átomo."

CAYETANO COLL Y TOSTE.

Santurce, Puerto Rico.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DR. SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA EN EL ACTO DE APERTURA DEL TORNEO DE AJEDREZ DEL CENTRO DE DEPENDIENTES

"Señores: Cuando hace apenas breve rato un distinguido miembro de esta sociedad me hizo el honor de dirigirse a mi hogar para solicitar que yo concurriera a esta fiesta e hiciera en ella uso de la palabra, tuve un momento de vacilación, pero después contesté afirmativa y valerosamente que sí, que vendría. porque pensé que se me iba a presentar la ocasión, para mí quizá única en la vida, de darme el placer francamente criollo, sin dejar de ser profundamente humano, de hablar de una cosa que no entiendo. (Risas.)

Hasta ahora, cuando yo subía a la tribuna lo hacía con una confianza extraordinaria. Dijo alguien de mí un día que yo me sentía en la tribuna como en mi casa, y es porque siempre hablaba de cosas que entendía. El secreto, por consiguiente, estaba en que dominaba el asunto completamente, muchísimo antes de subir a la tribuna, porque no hablaba sino de materias de enseñanza, de cosas que se relacionaban con mi cátedra, de asuntos que estaban íntimamente ligados con la índole general de mis estudios. Pero hasta Jesucristo sufrió un día el estímulo de la tentación y no es de extrañar que yo lo haya sufrido también: he sentido una voluptuosidad intensa pensando en que esto puedo decirlo, ¿verdad? viene a ser para mí como nupcias con una joven y bellísima doncella.

Voy a hablar, me dije, por primera vez en mi vida de una cosa que no entiendo, voy a abrazar por primera vez en la tribuna a una entidad superior por su novedad a todas las que se me han presentado anteriormente en igual sitio,

Y me dejé convencer, y aquí estoy, contando, claro está, con la habitual, inevitable y sempiterna benevolencia de los que me escuchan.

Después que salió de mi casa el amable joven que estuvo a visitarme, a tentarme para que viniese a departir con vosotros en esta solemnidad, me quedé pensativo, preguntándome qué podría yo deciros y puesto luego en camino hacia esta casa, recogiendo mis ideas, llegué a esta conclusión: lo primero que voy a decir esta noche al concurso que me aguarda es algo muy sencillo, pues se reduce a estas simplicísimas palabras: ¡Qué cosa tan hermosa es la asociación y qué institución tan grande es la que esta noche aquí nos congrega!

La Asociación de Dependientes me produjo siempre una impresión gratísima—y aquí apareció, señores, el sociólogo que permanentemente llevo conmigo, y esta es la válvula de escape a donde voy a parar para salir airosamente de este compromiso.—Sí, señores aquí apareció el sociólogo, recordando a aquellos millones de infusorios que, merced a una labor intensa de millares de años levantan a veces archipiélagos maravillosos de islas de coral, donde luego llega a establecerse una civilización.

La Asociación de Dependientes es algo de eso: los dependientes del comercio se congregaron un día: los eminentemente minúsculos en apariencia y no en realidad, sumaron sus actividades; los que parecían pesar y valer poco se reunieron con otros hombres humildes como ellos, y como los infusorios reunidos a los infusorios levantan en maravillosa conjunción archipiélagos de coral, así ellos levantaron esta Asociación que está a la altura de las primeras, y que nos autoriza a responder de una manera intensamente grata a todas las interrogaciones que se hagan sobre las virtualidades de nuestra raza, porque somos tan buenos como los mejores, trabajamos cuando queremos lo mismo que los mejores, y sabemos levantar instituciones tan altas como las mejores. (Aplausos.)

A veces parece que nos rodea una atmósfera deprimente, parece que hay en el espíritu de muchos hombres la idea de que los latinos, los que venimos de la tierra de los conquistadores, de los propagadores de la civilización en América, estamos llamados a una eterna e inevitable inferioridad.

Y, señores, cuando paso por frente a esta casa, y recuerdo esos juicios, me detengo ante ella muy regocijado, porque quisiera mostrarla a esos ilusos, para enseñarles cada vez que sea necesario, de lo que somos capaces, y probarles cuánto valemos cuando ponemos a la obra la recia voluntad heredada de nuestros padres, que la sangre latina revive en nuestras venas y nos alienta a repetir los milagros del pasado, que si un día vinieron de Europa las naves maravillosas de los conquistadores, portadoras de los dones miríficos de la civilización, hoy vuelven a cruzar el viejo derrotero colombino en las próvidas naves del comercio y de la industria, los hijos del pueblo colonizador, para aunar a las nuestras sus energías y crear, unidos, instituciones tan vigorosas como esta, demostrando que la raza, ni anulada ni empequeñecida, solo pide un día, una hora, un instante quizá para desarrollar sus indómitas energías que están vivas y potentes, porque somos capaces de emprender aun viajes gloriosos y de realizar las hazañas que la Historia tiene acaso reservadas a nuestro orgullo, para nuestra gloria. (Aplausos.)

Y como soy tan profundo e intensamente latino—es un atrevimiento que yo así me exprese—pero en fin..., si, como aquel glorioso Menéndez Pelayo que exclamó un día en presencia de un libro viejo escrito por un poeta inmortal: soy latino, digo: yo también lo soy, yo siento los latidos de mi raza en todas las palpitaciones de la civilización americana y en todas las instituciones que son su gloria, en todas las instituciones que son su orgullo. Por eso, aprovecho cualquier momento, cualquier ocasión que se me ofrece para manifestar mis ideas a este respecto, para alentar y robustecer el sentimiento de unión que debe a todos nosotros inspirarnos de un modo vigoroso, y para recordar como acabo de hacerlo, que si un día vuestsos padres y nuestros padres cruzaron los mares ignotos para realizar inenarrables hazañas, todavía los hijos de unos y otros podemos dar cima a nuevas y gloriosas empresas, podemos llevar a cabo hechos memorables y fecundos, podemos volver a escalar las cumbres de la Historia, y sentirnos poseedores de grandes destinos. (Aplausos.)

Y ahora, saliendo de este campo étnico, que es mi campo, que es la esfera donde yo me siento ensanchado el pecho, ancho el corazón, robusto el brazo y vigorosa la palabra, y entrando en

el vuestro, que ya no es mi campo, yo me decía ha poco: En el Centro de Dependientes, que es una gloriosa institución por lo que vale y representa, se congregan esta noche los ajedrecistas que de él forman parte, para iniciar un torneo de este interesantísimo juego. Y entonces me pregunté por primera vez en la vida lo que nunca me había preguntado:—y por eso que a mí ahora me ocurre, podemos afirmar que por viejos que seamos, y no vayáis a creer que lo soy tanto..... (Risas) siempre podemos aprender algo nuevo—¿qué es el ajedrez? Nunca me había hecho esta pregunta. He tenido amigos ajedrecistas, he leído con interés en muchas ocasiones, noticias referentes a los torneos de ajedrez, y sin embargo, debo confesar que nada sé de este juego, porque en realidad jamás había detenido mi pensamiento en la investigación de lo que es y significa esta forma de la actividad humana. Y ahora, después que contraje el compromiso de venir a hablaros, comprendí que mi primer deber era el de recojer mi pensamiento, para ver lo que yo sabía del ajedrez, y llegué a la triste conclusión de que no sé nada.

Después evoqué ciertos vagos recuerdos acerca de su historia de la que aquí se os ha hablado con gran elocuencia y amenidad, y me dijo: el ajedrez es un juego inventado por un perspicaz psicólogo que buscó al crearlo la manera de dirigirse a la conciencia de un gobernante para hacerle comprender que no se puede prescindir de los pequeños en la brega de la vida, y ved, señores, cómo por doquiera que vamos nos encontramos con los pequeños como factores de la Historia.

Se nos dijo hace un momento que un Rey, quizá olvidadizo de lo que representaban sus vasallos, quizá demasiado engreído con su autoridad y su poder, necesitó un día que un hombre, más avisado que los otros de su pueblo, inventara el juego de ajedrez, para hacerle comprender de un modo evidente y claro que no hay rey, ni dama, ni torre que estén bien defendidos cuando los peones no están satisfechos.

¡Qué profunda lección de democracia dada a través de la noche de los tiempos por un psicólogo que indudablemente merecía ocupar un alto puesto en el recuerdo de los hombres! Y luego, dicen que a la lección primera acompañó una segunda, una hermosa lección de economía; dicen que el rey, agradecido al ama-

ble autor de aquella lección indirecta, pues las lecciones recibidas indirectamente son las más agradables, porque enseñan sin herir el amor propio, le ofreció darle el premio que pidiera, sin limitación alguna, y entonces el ingenioso inventor de quien me ocupo, para demostrar al Rey que las promesas de los grandes deben ser reservadas y discretas, le propuso que le pusiera un grano de trigo en el primer cuadro del tablero, dos en el segundo y que así los siguiera multiplicando sucesivamente, y que éste sería su único premio.—El Rey, ignorante de lo que representaban las cantidades y los números, le dijo que aquella era una merced muy pequeña, e inmediatamente ordenó que lo complacieran; más cuando fueron a darle lo pedido se encontraron con que en todos los graneros de la nación no había trigo suficiente para satisfacer ni siquiera la décima parte del premio ofrecido; y así recibió la mente real la segunda lección: aquella de que debemos ser muy fieles guardadores de los bienes públicos y muy parcos en hacer promesas, al parecer pequeñas, pero que luego pueden convertirse en eminentemente ruinosas.—Ya véis, pues, que la historia del ajedrez es grandemente simpática y altamente sugestiva.

Luego observamos que este juego, a través de todos los tiempos, es la diversión más grata de los grandes, de los poderosos y de los intelectuales, a diferencia de lo que pasa con otros juegos que han ido descollando entre entre nosotros y que se han convertido en privilegio triste de los imbéciles y de los degradados.—Por el contrario, este juego ha permanecido incólume, inmaculado a través de los siglos, siendo la distracción, si es que puede llamársele distracción, de los cerebros mejor organizados y así hemos visto cómo los grandes ajedrecistas han ido en el correr del tiempo, destacándose en todos los pueblos, siendo, desde luego, hombres verdaderamente eminentes; hemos visto como Joaquín Greco difundiera el ajedrez en Europa, siendo algo así como un precursor de Capablanca y demostrando ante todos los pueblos de aquella parte del mundo, la significación altísima de este juego regio, reconocido como el mejor y más noble de todos.

Y como no quiero decir esto sin probarlo, voy a exponer las ideas que su consideración me sugiere, y que después de todo no son mías, sino conclusiones nacidas de hechos que todos vosotros

conocéis mejor que yo; y ahora se da, señores, un caso muy original: siempre que yo subo a la tribuna, la inmensa mayoría de los que me escuchan conocen menos que yo el tema de que hablo, como sucede, por ejemplo, en mi cátedra universitaria; pero aquí se da el caso insólito de que yo sea precisamente el menos conocedor, entre todos los presentes, del tema de mi discurso. Pero en fin, apesar de ello ,allá voy...

Algunas veces me he acercado a una mesa de ajedrez y he visto a dos hombres detenidos frente a una jugada, meditando cuidadosa y persistentemente antes de decidirse a cambiar la posición de un caballo o de un alfil. Se ha dado el caso, allá en los días de mi juventud, de haber ido yo, por ejemplo, a una botica, que solía por entonces ser asilo bondadoso de ajedrecistas empedernidos, y desde las primeras horas de la noche he podido observar el mismo cuadro, el de dos hombres meditabundos, indecisos, que no acertaban a mover una pieza de las que en el tablero tenían delante, y, lego yo en la materia, jamás me daba cuenta de la importancia que para el éxito final del juego, podía tener un simple cambio de posición de cualquiera de aquellas figurillas. Por eso, extrañando aquella incomprensible inmovilidad, íbame a dar una vuelta por las calles de la población, a hacer una visita, o a escuchar la retreta, y cuando volvía, y encontraba a los dos ajedrecistas en la misma posición, tan indecisos como al principio, yo, con la sangre juvenil y criolla que llevaba en las venas, es decir, señores, la juvenil que llevaba entonces, porque la criolla la llevo todavía, censuraba que aquellos hombres estuvieran horas enteras detenidos ante unas cuantas piezas de ajedrez, sin atreverse a mover una sola, y luego de contemplarlos un rato, acababa por tildarlos de timoratos, de gente sin espíritu ni acometividad, porque estaba muy seguro de que, puesto en su lugar, hubiera cambiado con gran rapidez y acierto, alfiles, torres, caballos y reyes.

Ha andado el tiempo, sobre mi cabeza ha empezado a caer la nieve de los años, sobre mi corazón las tempestades de la vida, sobre mi memoria el recuerdo de nuestra historia y sobre mi pensamiento de profesor las grandes responsabilidades de una generación que ha recogido una alta, una inmensa herencia que debe devolver íntegra a sus hijos, y he pensado que se necesitaban pa-

ra salvarla muchos ajedrecistas que se detuvieran siempre ante los alfiles y peones para que los reyes al fin y al cabo no fueran víctimas del jaque-mate. (Grandes aplausos.)

Me he vuelto con el pensamiento a aquellos vejezuelos de la región donde nací, a aquellos hombres menospreciados por mi corazón y desde lo íntimo de mi alma les he pedido perdón y me he inclinado reverentemente ante ellos, pensando que tal vez esta raza, diseminada en las tierras tropicales, donde la sangre bulle demasiado, donde los nervios se ejercitan con extraordinaria exageración, donde los músculos parece que están buscando siempre estímulos para el movimiento, necesita muchos ajedrecistas que, detenidos frente a los alfiles, defiendan vigorosamente a los reyes y salven las instituciones gloriosas que son desde luego nuestro orgullo, pero que son también nuestra responsabilidad. (Aplausos.)

Ya véis que no es vuestro juego devaneo estéril; ya véis que no es la vuestra distracción inútil, sino una gran disciplina mental de intensa psicología. He pensado ahora en eso, en la psicología de los ajedrecistas, en la utilidad social del hombre sereno que sabe que un paso dado en la vida a través de una casilla es un acto irremediable, que la mano movida hacia adelante no puede ser recogida hacia atrás, que la posición desamparada es posición irremediablemente perdida para todos, y he llegado a la conclusión de que a nuestra raza convendría mucho abrir cátedras de ajedrecismo y poner una en cada provincia, para que todos sus hijos pensaran siempre, a la hora de las grandes resoluciones, cómo es necesario tener en cuenta la reflexión que permite hacer de una manera definitiva lo que luego no ha de admitir rectificaciones.

Esa es la psicología del ajedrez, eso lo que representan los ajedrecistas. Si yo tuviera que confiar los destinos de algo unido íntimamente a nuestra vida social y a nuestra vida política, si yo tuviera que poner en manos de algún hombre, un día, los destinos de esta patria por todos tan amada, por todos, sí, indiscutiblemente, por los que vinieron de allá, porque ellos son los herederos de títulos de gloria, a los cuales no tienen el derecho de renunciar, pues el español que pone su planta en América debe sentirse tan íntimamente ligado a ella por las voces de un pasado

glorioso, que si renegara de ellas sería indigno de llamarse español; del mismo modo los cubanos si renegaran de manera positiva no de los errores del Gobierno colonial, que eso es muy justo, sino de las instituciones que nos dejaran nuestros padres, los que implantaron aquí la civilización cristiana y la lengua de Cervantes, quemarían con mano indiscreta los títulos que acreditan su derecho a poseer definitivamente estas tierras, si todos unidos aquí por esas tradiciones inmortales que se llaman el descubrimiento y la civilización, si cubanos y españoles unificados por vínculos comunes e indisolubles, buscaran un día un hombre a quien confiar los destinos de la raza que ha pronunciado las más altas palabras de la historia y ha realizado los más épicos empeños en Europa y en América, deberían poner esas inmensas responsabilidades en manos de un hábil ajedrecista, para que, cuando moviera una pieza en el tablero del mundo, supiera que en un momento dado podrían correr gran riesgo, por una mala jugada, los destinos de los reyes más poderosos. (Prolongados aplausos.)

Y ahora, dejadme satisfacer el corazón con dos recuerdos, mejor dicho, con un recuerdo y con una esperanza. El ajedrez, tiene que ser también, ya se ha dicho aquí elocuentemente, cosa grata a todos los que vivimos hermanados en esta tierra, porque un hijo de ella es el Campeón que levantó sublime en los torneos del juego egregio el estandarte glorioso de la supremacía. No nos engañemos, señores, con mistificaciones, que cuando un hombre de nuestra raza realiza las hazañas más altas de la tierra, el corazón late con hondos, con intensísimos latidos de satisfacción; cuando Heredia entona en el Niágara el himno que lo consagra a la inmortalidad, españoles y cubanos nos enorgullecemos de que en lengua castellana un hijo de la tierra cubana pudiera levantar tan alto el prestigio de su raza y de su idioma; cuando la Avellaneda pulsa la lira y se coloca a la altura de as más grandes, los cubanos y los españoles nos disputamos la gloria de enaltecerla, y cuando un Capablanca toma un alfil en la mano y lo levanta victorioso, con gloria, demostrando que en estas latitudes la sangre hispana ha sabido producir hombres grandes en todas las regiones del pensamiento, los españoles y los criollos debemos sentirnos hondamente satisfechos y los ajedrecistas batir palmas

y proclamar que el ajedrecista más grande lo ha producido el seno fecundo de la tierra cubana. (Aplausos..

Y, ahora, la esperanza..... Cuando llegué hoy, observé,—porque soy muy reparón—que había un nombre de mujer en una de las mesas, un nombre que decía: María Teresa Mora. Y ese nombre de una persona desconocida para mí, que yo no había oído pronunciar hasta hoy, resonó en mi corazón como el eco dulce de campanillitas de plata, porque me he ido habituando en la labor universitaria a ver a los hombres y las mujeres, casta y noblemente unidos en todos los empeños de la vida, conquistar, cogidos del brazo, las más altas cimas del saber y de la gloria; porque me he acostumbrado a pensar, aunque soy hombre, que la gloria no es el privilegio triste de un sexo; que las grandes excelsitudes no son ni pueden ni deben ser, en el seno de una civilización tan cumplida como esta, el privilegio exclusivo del egoísmo masculino; y cuando he visto el nombre de esa señorita que va a competir con unos cuantos hombres la supremacía en este campeonato de ajedrez, sin conocerla, he elevado mis votos por ella y he pedido al cielo que hados benéficos intervengan en su causa y la coronen con los laureles de la victoria, para que una vez más podamos decir con orgullo que en esta tierra, descubierta merced al genio de una mujer excelsa que se llamó Isabel la Católica, la mujer, por su virtud y por su talento, es tan grande como el hombre y puede rivalizar con él en todos los torneos del saber y de la gloria. (Grandes y prolongados aplausos.)

(Versión taquigráfica de Julio Gardano, Joaquín Sigarroa y José Francisco Vázquez.)

NE PEREANT

EL MARISCAL DE AYACUCHO DESCENDIENTE DE CUBANOS

En Cumaná, al pie de la colina, y en el sitio que llaman "La Luneta" nació, el año de 1793. Antonio José de Sucre y de Alcalá, que luego había de ser el Gran Mariscal de Ayacucho. Fueron sus padres, el subteniente de Infantería de la guarnición de la Plaza, Sr. Vicente de Sucre y Doña María Manuela de Alcalá, quienes habían contraído matrimonio en dicha ciudad el día 8 de Diciembre de 1782.

Partida de matrimonio. Libro de matrimonios de la Iglesia parroquial de Santa Inés de Cumaná. No. 5, folio 73. "En ocho "días del mes de Diciembre de mil setecientos ochenta y dos "años, Yo Don Antonio Patricio de Alcalá, Cura Rector Decano "de esta Santa Iglesia Parroquial de la Ciudad de Cumaná y "Comisario Subdelegado de la Santa Cruzada; certifico qe, des- "posé y casé en las casas de su morada a Don Vicente Sucre y "Pardo subteniente de infantería de esta guaron. natural y ve- "cino de esta ciudad h. l. del Capitán Dn. Antonio Sucre y Par- "do y de Doña Josefa de Urbaneja con Doña María Manuela de "Alcalá hija lexítima de Don Pedro de Alcalá y de Doña Juana "Gerónima Sánchez vecinos de esta ciudad pa. cuyo efecto ex- "ploré antes las voluntades de los dchos. y se hallaron conformes "sin algún impedimento y confesados sacramentalmente. ambos "contrahientes y no presedieron las tres amonestaciones que pre- "viene el derecho por haberlas dispensado el señor Vicario Su- "perintendente pr. justas y racionables causas como consta de su "despacho qe. me libró a este efecto donde consta también la li-

''cencia que tuvo el contrahiente de su Gefe pa. este matrimonio ''y fueron testigos pr. el Dn. Pedro de Alcalá el Dr. Dn. Felipe ''Sánchez y Da. Juana Gerónima Sánchez y p. qe. conste lo firmo ''y de ello doi fee. Antonio Patricio de Alcalá.''

El abuelo paterno del Mariscal, fué D. Antonio de Sucre y Pardo, que nació en Santiago de Cuba el día 22 de Diciembre de 1723, y contrajo matrimonio en Cumaná el día 3 de Abril de 1741, según consta en las partidas siguientes:

Partida de bautismo. Archivo de la Iglesia Metropolitana de la ciudad de Santiago de Cuba. Libro 5o. de bautismos, folio 38 vuelto No. 81. ''Año del Sor de mil sets. y veinte y tres; en veinte ''y ocho de Octubre; Yo el Licdo. D. Thorivio de la Vandera, abo-''gado de la Rl. Audiencia de México, Chantre de la Santa Igle-''sia Catedral de esta ciudad de Santiago de Cuba, Juez Provi-''sor y Vicario Gral. en ella y lugares de su Gobierno, y Comi-''sario Apostólico Subdelegado de la Santa Cruzada. En dicha ''Iglesia Baptisé, puse oleo y chrisma a un infante que nació a ''veinte y dos de septiembre p. pdo., a quien le puse por nom-''bre Antonio, Mauricio, Jacintho, Tadeo, Basilio, hijo legítimo ''del Sr. Coronel D. Carlos de Sucre Gobernador y Capitán a ''Guerra por su Magestad de la dicha ciudad y lugares de su ju-''risdicción, y de la Sra. Da. Margarita Estrelles; fueron sus pa-''drinos D. Balthasar Moreno Xiron, Presbítero, y Da. Manuela ''Gabriela Ferrer de Roxas; a la que advertí el parentezco espi-''ritual que avía contraydo; siendo testigos presenciales los Sres. ''Dean Lisdo, D. Pedro Agustín Morel, de Sta. Cruz y Canónigos ''Dr. Dn. Pedro Ignacio de Torres Ayala, y D. Luis de Cisneros ''Y porque conste lo firmo. Thorivio de la Vandera.''

Archivo General de Indias de Sevilla, Expediente No. 28. Certificación de partida de casamiento. Libro de la Iglesia parroquial de Cumaná (1.717 a 1.745), folio 188. ''En tres de Abril ''de mil settecienttos quarenta y un años. Dn. Fco. Xavier de Fi-''gueroa, Coadjutor y Vicario de Cura de la Iglesia Parroquial ''de estta ciudad de Cumaná, certifico que de mandato de el Se-''ñor Doctor Don Thomas Sifontes de Valdivieso, Vicario Supe-''rintendente habiendo explorado las boluntades y hallandose ''unánimes y conformes los consenttimienttos, desposé en las ca-''sas de su morada y dí la mano a Dn. Antonio de Sucre, hijo le-

''gítimo de el Coronel Don Carlos de Sucre Gobernador y Capi-
''tán General que fué de esttas Provincias y de Doña Margarita ''Estrelles difunta y a Doña Josepha de Urbaneja, natural de ''esta ciudad, hija legítima de Don Francisco García de Urba- ''neja y de Doña Theresa Sánchez de Torres, vecinos de estta ''dicha ciudad, dispensados para casarse en dicha su casa, y las ''proclamas por dicho Señor Vicario por motivos que para sí se re- ''servó. fueron testigos el Padre Don José Centeno, Clérigo Dia- ''cono, Don Gerónimo Beles Clérigo de menores y Don Carlos de ''Sucre y para que conste lo firmé y dè ello doy fee. Francisco ''Xavier de Figueroa.''

Desde 1723 hasta 1728, el Coronel D. Carlos de Sucre, bisabuelo del Gran Mariscal, desempeñó la Gobernación de Santiago de Cuba, dice Gerónimo Ramos en sus ''Orígenes del Mariscal de Ayacucho.'' Hay una Real Cédula, expedida en Aranjuez el 3 de Mayo de 1722, en que se dice lo siguiente:

''I visto todo en el dicho mi consejo de las Indias con lo que ''dijo mi Fiscal de él, considerándose que siendo este y otros los ''motivos que dice tiene el Virrey, (sin justificarlos) para em- ''barazar al dicho Don Carlos de Sucre que pasase a servir su Go- ''bierno de Cuba y atendiendo a los méritos de este oficial exe- ''cutados en Europa e Indias y a los informes que en su favor ''han hecho las Religiones y otros sujetos de Cartagena, he decla- ''rado (sobre consulta al referido mi Consejo), que dicho Virrey ''del Nuevo Reyno de Granada no ha podido ni debido impedir ''que el expresado Don Carlos de Sucre, pase a servir su Gobier- ''no de Cuba, sin que en ello se le ponga el menor embarazo.''

D. Carlos Sucre falleció en Caracas el día 2 de Octubre de 1746.- Archivo de la Catedral de Caracas, Libro 15 de entierros. folio 206. ''En la ciudad de Caracas en dos de Octubre de Mils. ''Sptos. quarenta y seis as. murió en G y C de N. S. M. Y. C. A. ''A. el Sr. Dn. Carlos de Sucre y Pardo Brigadier de los reales ''exercitos de su Magestad Governador y Capitán General qe. ''fué de la Isla de Cuba y Provincia de Cumaná. Natural de los ''reinos de flandes y casado en la ciudad de Cumaná con Da. Joa- ''china Mier de figueras, recibió los Stos. Sacramentos de peni- ''tencia y extrema unción.''

Santiago de Cuba 25 de Noviembre de 1920.

DR. MANUEL GARCIA Y BERNAL.

LAS CATACUMBAS DE PARIS

Para el Dr. Coll y Toste.

Las Catacumbas: he aquí unos de los sitios más curiosos de París, que visitamos unas tres veces, acompañados de diferentes amigos; aunque su entrada no se franquea sino en determinada época del año, pero con motivo de la Exposición, cada vez que había un número considerable de personas que deseaban contemplar aquellas tristes galerías, se accedía a ello.

Las Catacumbas es el nombre que se da a una urbe subterránea, que se extiende bajo toda la parte sur de la gran ciudad del Sena, y donde están acumuladas las osamentas de los antiguos cementerios; canteras de donde se extraía el material para las construcciones de la ciudad; se tuvo la idea en el siglo XVIII, de convertir esas excavaciones en un vasto osario. Trabajos importantes de albañilería ejecutados en ellas algunos años antes, las hacían a propósito para aquel objeto. La bóveda estaba sostenida por pilares sólidos; las calles de poco más de un metro de ancho y de dos y cuarto de alto, por término medio, permitían la circulación y se discurrió un sistema de ventilación que ponía a los obreros a cubierto de todo peligro de asfixia. En 1787 las bendijo el Arzobispo de París con gran solemnidad y comenzaron a depositar allí las osamentas del cementerio de los Inocentes. Continuaron después trasladando las de los otros campos santos, hasta venir a formar la vasta necrópolis de hoy.

La última visita la hicimos en unión de dos ponceños. Poco después de las doce tomamos un coche y nos dirigimos a la *rue d' Enfer*, o sea la antigua barrera del Infierno, donde está la entrada para bajar al imponente lugar a que nos arrastraba nuestro deseo de viajeros, ávidos de escrudiñar todo lo más notable que encierra la gran metrópoli francesa, la histórica Lutecia.

Así, fuimos directamente a la entrada del subterráneo. Cerca de la puerta había infinidad de gente, la mayor parte, hijos de la rubia Albión, que venían a compartir con nosotros las emociones del día; fué preciso que hiciésemos *cola,* y, también había unas cuantas muchachas que vendían velas, adminículo indispensable en la excursión que íbamos a emprender. Compramos las necesarias, y cuando nos tocó el turno, encendimos nuestras espermas y a la puerta nos recibió un *cicerone;* por fin, comenzamos a descender y contamos unos setenta escalones, y luego llegamos a una estrecha y húmeda galería, en la cual no podíamos caminar sino uno tras otro. Estábamos a más de treinta metros de profundidad. Nosotros formábamos el fin de aquella procesión de visitantes, pues a fuer de latinos de *pure sang* dejamos adelantar a las señoras que así lo deseaban; todos caminábamos en silencio con nuestros cirios encendidos como los antiguos creyentes en los primeros años del Cristianismo en las catacumbas romanas; sólo faltaban las cántigas. Tenía un no sé qué de siniestro aquel cordón de seres humanos, marchando lentamente a la luz mortecina de las velas. Llegamos delante de una puerta que era la verdadera entrada de la mansión de la muerte. Levantamos la luz para leer la inscripción que estaba sobre ella y vimos, que decía:

Memorioe Majorum
Has Ultra Metas
Requiescunt Beatam
Spem Expectantes.

"*Más allá de estos límites descansan los restos de nuestros padres, esperando la eterna Bienaventuranza.*"

¡Qué sublime sencillez de concepto! Nada de metáforas impropias, de frases pretenciosas o de falsa elocuencia! He ahí la verdadera poesía! Parece que a cualquiera le habría ocurrido decir lo mismo; y sin embargo, ¡qué pocos hubieran escrito esas cuatro líneas en la puerta de un cementerio!

Penetramos en las galerías del osario, menos estrechas que las que acabábamos de atravesar. Las paredes están revestidas de fragmentos de huesos, y las tibias, los fémures y los cráneos, distribuídos artísticamente, forman la cornisa, figuran cruces con

sus pedestales y labores simétricas. Hay en el arreglo de aquella osamenta, orden, aseo, *gracia,* todo, si se quiere, menos lo que pudiera revelar un culto respetuoso por los restos de los que ya no existen en este mundo terrenal. Los arquitectos se habían divertido en *adornar* aquellas galerías con huesos humanos, como pudieran haberlo hecho con trozos de piedras. Hay también, en las galerías una colección geológica que ofrece muestras de todos los terrenos de la cuenca de la antigua Lutecia, y un pequeño museo patológico que encierra toda clase de osamentas deformadas por enfermedades padecidas por los difuntos.

De trecho en trecho encontrábamos la designación del cementerio antiguo de donde se trasladaron las osamentas, y otras con inscripciones tomadas de los libros bíblicos y de autores profanos, antiguos y modernos. Las había tomadas de las poesías de Lemierre, Delille, Malfilatre, Lamartine, Chauteaubriand. Las había del Dante, de Milton, de Shakespeare, de Goethe. Las había en latín, en griego, en francés, en inglés, en alemán, en italiano; pero ninguna en castellano. He aquí algunos que copiamos al azar.

—Una mirada hacia atrás vale más que una mirada hacia adelante.—*Arquímedes.*

—La mejor tumba es la más sencilla.—*Platón.*

—No es tormento la muerte, sino fin de tormentos.—*Salustio.*

—La materia se opone sin cesar a todo cuanto más elevado concibe el espíritu.—*Goethe.*

—El instante en que expira el hombre debe asemejarse a aquel en que se despierta de una larga pesadilla.—*Schopenhauer.*

La ceniza de los muertos es quien crea la patria.—*Lamartine.*

—No pidáis a Dios ni un día más, ni un sufrimiento menos.—*Madame Swetchine.*

—El necio teme la muerte y huye de ella; el loco la busca; el sabio la espera.—*Charrón.*

—Incierto es el lugar en donde la muerte te espera; espérala, pues, en todo lugar.—*Séneca.*

—La muerte es el advenimiento de la verdad.—*Víctor Hugo.*

Y sin embargo, nuestra poesía no es tan pobre en el género elegíaco, que no pudiera haber suministrado algunas estrofas

dignas de figurar al lado de las que allí se leen. Recordé tres o cuatro de las que expresan la brevedad de la vida con un sentimiento mucho más poético, a mi humilde juicio, que el de las frases pomposas y algo frías del abate Delille y de Chauteaubriand. ¿No pudieron haber escrito en una de aquellas lápidas este terceto de la *Epístola moral* de Rioja?

Como los ríos en veloz corrida
Se llevan a la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

O estos versos de Jorge Manrique, que encierran el mismo pensamiento que hemos citado de Ríoja:

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar,
Que es el morir.
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir.

O estos del marqués de Molins:

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
A la mañana formada
Y a la tarde derretida.

O los del malogrado Bécquer:

Al brillar un relámpago nacenos
Y aún dura su fulgor cuando morimos,
¡Tan corto es el vivir!

O decir con Calderón de la Barca:

"La muerte siempre es temprana y no perdona a ninguno."

Llegamos a una plazoleta que llaman la plaza del *Memento*, donde está una tumba, y sobre ella dos lápidas con inscripciones en idioma francés, que no nos parecieron modelo de novedad, ni de sentimiento.

Algunos suponen que son tres millones los muertos, cuyos

restos se encuentran en aquel numeroso osario; pero otros creen ese cálculo muy deficiente.

"Ahí se encuentran—copiamos este párrafo de nuestro guía—muchos hombres y mujeres célebres por diversos títulos; reyes, príncipes, grandes señores, grandes damas, miembros de todas las academias, generales, administradores, religiosos y la multitud de generaciones que nos han precedido en el suelo de París, dejando huellas imperecederas de su paso."

Nunca olvidaremos las tres o cuatro horas que pasamos en aquel triste recinto de la muerte.

Dominados por profunda melancolía, emocionados y embargados por sentimientos filosóficos, salimos repitiendo con el dulce poeta Bécquer:

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

EDUARDO NEUMANN.

PSALMOS

Tienes, mujer, a mi perdón derecho.....
No importa que mi pecho
sangrando esté por tu maldad herido.
El alma mía se resiste a odiarte,
y se consuela del dolor sufrido
¡con el dulce placer de perdonarte!

Quisiera que las notas de mi canto,
cuando lo inspira una mujer que es buena,
tan dulces fuesen como lo es el llanto
que derrama mi madre, tierno y santo,
cuando sabe que sufro alguna pena.

El buen Dios que nos manda a la vida,
para hacer que olvidemos la muerte,
de bondad y de amor puso un poco
en el alma de algunas mujeres.

Salvo excepción extraña,
en amores no existe la armonía:
si el hombre quiere, la mujer engaña;
si el hombre engaña, la mujer confía.

Anegadas en llanto sus pupilas,
la tibieza lloraba de mi amor.
Yo, arrepentido, al enjugar su llanto,
con un beso le dí mi corazón.

El desengaño, miserable espectro,
se interpuso fatal entre los dos,
mis pupilas en llanto se bañaron,
mas ella... ¡no lloró!

LAS ANTILLAS

A las mujeres Salomón llamaba,
pérfidas, más amargas que la muerte.
¡Qué hubiera dicho el sabio, yo pensaba,
si llega a conocerte!

R. M. CUEVAS ZEQUEIRA.

La Doctrina Brum no debe ser Letra Muerta

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Rubén Darío.—Cantos de Vida y Esperanza.

Frente al imperialismo que a paso gigantesco va realizando la República norte americana sobre la mayor parte de las naciones de origen latino que radican al sur del Continente, dió una luminosa idea el joven y eminente jurisconsulto, doctor Baltasar Brum, Presidente del Uruguay, tendiente a la conservación íntegra de la soberanía e independencia de todas y cada una de las distintas naciones de América. La sabia idea, que tiene sus raíces en la anfictionía americana con que soñó Bolívar, en las gestiones de Alfaro y Restrepo y en las obras insuperables e insuperadas del eximio Rodó, fué acogida con calor de cosa propia por casi toda la prensa continental. Algunos periodistas y jurisconsultos designáronla Doctrina de Montevideo. La gente de Letras de algunas ciudades latino-americanas exteriorizó sus plácemes; pero, ¡oh dolor! con el mismo calor con que la idea fué acogida así ha sido olvidada.

Con los hispanos-americanos hay que convenir, parodiando la consabida sentencia popular: somos muy previsores. Tenemos remedios para cuantos males se nos presenten. A cualquier problema por enmarañado que esté le damos solución, pero todo no pasa de ser más que "palabras, palabras y palabras", como dijo el dramaturgo inglés. Y es que somos muy impresionables y por ende poco prácticos. Comprendemos la urgente necesidad de resolver con prontitud una cuestión de vital interés y no fal-

tándonos el necesario talento damos una fórmula más o menos sabia, más o menos luminosa; pero al momento nos ahogamos en un dedal de agua y conociendo el remedio, el modo de salvarnos, no lo buscamos o no lo ponemos en práctica. El doctor Carlos Octavio Bunge habla de esa psicología latino-americana en su obra "Nuestra América." Es que somos muy indolentes. Nosotros estamos palpando el mal y no nos inmunizamos contra él. Vemos el proceder yankee en Colombia; vemos la ocupación de Haití y Santo Domingo, violando cánones establecidos por el Derecho Internacional Americano, como la Doctrina Drago; palpamos sus modalidades imperialísticas, hoy día el sentido primordial de los honorables de "White House", si es que sentido puede llamársele a estas modalidades y, sin embargo, permanecemos estáticos.

No pocas veces el Sur ha exteriorizado sus sentimientos por boca de sus representantes más ilustres. Francisco y Ventura García Calderón, Rufino y Horacio Blanco Fombona, José de la Riva Agüero, Francisco Contrera y Manuel Ugarte, como Rubén Darío y Santos Chocano, Jacinto López y Vargas Vila, aunque algún tanto exagerados en sus apreciaciones, algunos de ellos, han revelado al mundo el fenómeno del imperialismo yankee. Y en nuestras Antillas mismas repetidas veces le hemos dicho que

"Sabemos los misterios de la Filosofía
Y del Arte en que reina la Santa Poesía.

Pero nada sabemos en el país del Sol,
Del Arte del Gobierno, como en Tammany Hall.

Ni sabemos del salto mortal de las doctrinas,
Que puso a California, al pie de Filipinas.

Perdonad, caballeros, si estamos inconscientes
De vuestras concepciones del Derecho de Gentes.

Ignoramos aquellas sublimes concepciones,
Que os dieron la simbólica Isla de los Ladrones.

Ignoramos, en estos históricos reveses,
La lengua y el sentido de los pueblos ingleses.

Hablamos otra lengua, con otro pensamiento,
En la onda del espíritu y en la onda del viento.

Y os estamos diciendo hace tiempo en las dos,
Que os vayáis con el diablo y nos dejéis con Dios.

Y también hanse alzado las voces del inmortal José de Diego—autor de los versos que anteceden—; de Américo Lugo, García Godoy, Sergio Cuevas Zequeira, José Sixto de Sola, Enrique José Varona, los Henríquez, etc. Y en cuanto a Cuba el mal fué previsto hace más de medio siglo por el ínclito y perínclito bayamés Don José Antonio Saco cuando escribió aquellas lapidarias palabras discurriendo, en réplica famosa, sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos y en la suposición de que en Cuba ondeara la bandera estadounidense:

"......cuando contemplo, en fin, que otros países muy inferiores a Cuba, ocupan un lugar respetable en la escala de los pueblos, ¿por qué he de cerrar mi corazón a toda esperanza, y convertirme en verdugo de las nacionalidad de mi patria? Quince años ha que suspiro por ella: resignado estoy a no verla nunca más; pero menos me parece que la vería si tremolase sobre sus castillos y sus torres el pabellón americano. Yo creo que no inclinaría mi frente ante sus rutilantes estrellas; porque si he podido soportar mi existencia siendo extranjero en el extranjero, vivir extranjero en mi propia tierra sería para mí el más terrible sacrificio."

Y posteriormente a Saco nuestro evangélico Martí decía en célebre carta a Manuel Mercado, que el Padre Cejador cita en su "Historia de la Lengua y la Literatura Castellana":

"Yo estoy todos los días en dar mi vida por mi país, por mi deber puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo, de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas, los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América."

II

Hasta ahora hemos visto como los hispano-americanos han previsto el mal, de Bolívar a Martí. Hemos visto qué enérgica de-

fensa hace Saco de la nacionalidad, en el párrafo líneas arriba inserto, y también el deseo de Martí de evitar esa extensión norte americana por las tierras latino-americanas en general y por las antillanas en particular. Injustamente, aunque otra cosa se diga y otras causas se invoquen, hicieron suyo a Puerto Rico y hoy lo pretenden con Haití y Santo Domingo. Con la anexión de las cacareadas islas Hawaii y la posesión del archipiélago filipino y una de las islas Ladronas, ha ensanchado el yankee su anhelado dominio sobre el Pacífico; dominio que acentuaráse mayormente cuando se trafique sin interrupción alguna por el Canal de Panamá, adquiriendo así una enorme importancia desde el punto de vista internacional. Pues el Canal tiene, en el campo de las ciencias jurídicas, una gran significación, como lo podemos comprobar ojeando la brillante obra "Le Canal de Panamá et le Droit Internacional Public", del ilustre internacionalista cubano, doctor Antonio Sánchez de Bustamante.

La significación del Canal desde el punto de vista de la conveniencia norte-americana podemos estudiarla con minuciosidad de detalles en la sesuda conferencia "Los Estados Unidos, Cuba y el Canal de Panamá" del eminente Profesor Dr. Rodríguez Lendián; uno de los que con mayor serenidad y más competencia ha estudiado el imperialismo yankee y el que ha dado al pueblo cubano la verdadera norma de conducta que para garantía de su libertad e independencia debe de observar.

"Cuba, pues, aunque independiente y soberana, está realmente controlada por los Estados Unidos, dice el doctor Lendián. Es decir, que nosotros nos llamamos libres e independientes, pero los americanos tienen un pie puesto y firmemente puesto, en nustra isla. De esto, todos los cubanos, creo yo, nos damos perfecta cuenta."

"Los Estados Unidos—prosigue el ilustre jurisconsulto,—pues ,con perseverancia, con tacto diplomático, con sagacidad exquisita, empleando los recursos, según las necesidades y las épocas, fueron conquistando las posiciones con que soñaran sus hombres en edades lejanas y que les era preciso conquistar para asegurar su predominio aquí en América y su influencia en la política mundial."

LAS ANTILLAS

III

Y meditando repetidas veces sobre las lecturas hechas en las obras de los escritores hispano-americanos que han estudiado esa hegemonía yankee y muy especialmente sobre las conferencias del Dr. Lendián, el inmediato sucesor del preclaro Saco en la previsión histórica, "Los Estados Unidos, Cuba y el Canal de Panamá", "El Congreso de Panamá y la Independencia de Cuba" y "Las Nuevas Orientaciones Políticas de Cuba", así como el estudio "El Imperialismo a la luz de la Sociología" de nuestro eminente Varona, el Taine de lengua castellana; por lo que a nuestra patria se refiere, me pregunto insistentemente por qué la Doctrina Brum o de Montevideo no la llevan a la práctica las naciones de nuestro continente, y con especialidad las latinas? Según esta doctrina cada nación de América debe hacer una declaración similar a la Doctrina Monroe y todas en conjunto constituir una "Liga de Naciones Americanas"; que evite cualquier brote de imperialismo que pueda surgir en alguna o algunas de esas naciones. Como se vé la idea del doctor Brum es de una gran trascendencia y su realización sería mayormente efectiva que las un tanto académicas conferencias panamericanas. Y entonces pudiéramos hablar de fraternidad americana, de panamericanismo. Laboremos, véamonos todos los países americanos en el espejo del solar amado de Osvaldo Dunand y Tulio Cestero, el acicalado prosador. Sí, en Haití y Santo Domingo, cunas, respectivamente, de los literatos citados. Yo no odio al yankee sistemáticamente, como hacen algunos, sino más bien le agradezco. Nos libertó de la tiranía española y dos veces nos ha constituído la república. Pero comprendo que si no nos prevenimos es un peligro para las naciones latino-americanas. Realizemos el pensamiento Brum, pues como dice el alto y viril talento de Federico García Godoy:

"La amenaza del yankee, audaz y rudamente agresiva, gravita sobre nosotros. Ha creado para su particular y provechoso uso una doctrina de humanitarismo y curatela de pueblos, que es vistoso disfraz con que encubre voraces apetitos."

CARLOS A. CASTELLANOS.

Habana, Dic. 1920.

EL ESCLAVO

Sin hogar, sin familia, sin amores,
abyecto, despreciado, embrutecido,
su vida miserable fué un tejido
de fatigas, angustias y dolores.

Sirvió, sin fruto alguno, a sus señores
y en pública subasta fué vendido .
¿Quién, a su semejanza, ha padecido
cúmulo tal de oprobios y rencores?

Bajo el yugo afrentoso que degrada,
arrastró su ignominia y su grillete,
y, entre espasmos de cólera irritada,

dobló su espalda, al restallar del foete,
rugiendo, inerme, ante el inicuo ultraje,
de dolor, de vergüenza y de coraje.

LUIS RODRIGUEZ CABRERO.

ENRIQUILLO

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA

XII

PERSUASION

Veamos entretanto cual era la situación del campo de Guaroa. Su gente regularmente provista de subsistencia para algunos días, gracias a la deserción de los indios de Pedernales del campo español, comenzaba a avezarse a la vida nómade y azarosa que había emprendido. Ya sabían aquellos hijos de las selvas, gracias a las lecciones y el ejemplo de su caudillo, improvisar barracas con ramas de árboles, para resguardarse de la intemperie; ya cada uno de los fugitivos, además del recio arco de mangle con cuerda de cabulla y saetas de guaconejo (1) sabía manejar con destreza y agilidad una pesada maquena, o estaca de ácana, madera tan dura y pesada como el hierro; y los más atrevidos hablaban de no permanecer más tiempo a la defensiva, sino acechar a sus perseguidores y causarles todo el daño posible.

Pero el prudente Guaroa no aspiraba a tanto; su plan como ya dijimos, se reducía a irse sustrayendo con su tribu a la persecución, cambiando continuamente de sitio, y no pelear hasta no verse en el último aprieto; contando con la posibilidad de hallar un escondite en aquellas breñas bastante oculto e inaccesible para que los españoles perdieran hasta la memoria de que había indios alzados. (2)

---

(1) Mangle, árbol de madera muy dura y flexible: Cabulla, fibras de grandes resistencias, que se extraen del cactus llamado Magiiey o Pita y de la que se hacen cuerdas muy sólidas; Guaconejo es otra especie de madera durísima.

(2) No era absurdo el propósito de Guaroa. En 1860 se capturaron en las montañas del Bohoruco tres biembienes, pertenecientes a una tribu de salvajes de raza africana, que aun existe allí alzada, y de que solo dan noticias incoherentes y tardías algunos monteros extraviados.

Esto ofrecía varias dificultades, y principalmente la de no abundar los jagüeyes, o charcas de agua en aquellas alturas. El indio previsor, cada vez que mudaba de sitio, se aplicaba a hacer cavar hondas fosas en los vallejuelos o barrancos que separaban una eminencia de otra, en aquella intrincada aglomeración de montañas, logrando así reforzar sus defensas, y en las frecuentes lluvias que atrae la sierra estancar crecidas cantidades de agua.

Guarocuya seguía siendo el objeto de todos los cuidados y el ídolo de aquella errante multitud de indios. Su gracia infantil, su humor igual y benévolo sus juegos, todo interesaba altamente a los pobres fugitivos, que cifraban en aquel niño esperanzas supersticiosas. Corría, saltaba con imponderable agilidad, seguía a pie sin fatiga ni embarazo a su vigoroso tío, por los caminos más ásperos; hasta que admirado de tanta fortaleza en tan tiernos años, Guaroa lo hacía llevar en hombros de algún recio indio, sin que el niño mostrara en ello satisfacción o alegría.

Un joven jaragüeño, de 24 años de edad, que había estado al servicio del célebre Alcalde Mayor Roldán, cuando éste se rebeló contra Colón en Jaraguá, era el que con más frecuencia llevaba sobre sus espaldas al infantil cacique. Su amo le había impuesto el nombre español de Tamayo, por haber encontrado semejanza en algunos rasgos de la fisonomía del indio con los de otro criado de raza morisca que tenía ese nombre y se le había muerto a poco de llegar de España a la colonia. El antiguo escudero de Roldán parecía haber heredado el aliento indómito de aquel caudillo, primer rebelde que figura en la historia de Santo Domingo. Manejaba bien las armas españolas; llevaba espada y daga que logró hurtar al escaparse a las montañas; y hallaba singular placer en hacer esgrimir esas armas a su pupilo Guarocuya, que por esta causa, y por conformarse Tamayo, a todos sus gustos y caprichos de niño, lo amaba con predilección.

Siendo el único que podía decirse armado entre los indios, Tamayo era tal vez por lo mismo el más osado y más fogoso de todos. Un día, seguido del niño Guarocuya, descendió de las montañas un buen trecho alejándose del campamento; vagaba a la ventura buscando iguanas, nidos de aves y frutas silvestres, cuando advirtió que se acercaban haciéndole señas dos indios,

precediendo a un hombre blanco, uno de los temidos españoles. Este, sin embargo, nada tenía de temible ni en su aspecto ni en su equipo. Iba vestido de negro, y su única arma, era un bastón que le daba el aire pacífico de un pastor o un peregrino.

Tamayo miró con sorpresa a los viajeros; pero sin inmutarse desenvainó su espada, se puso en guardia y preguntó a los indios qué buscaban.

La respuesta le tranquilizó completamente, y más el rostro afable para él muy conocido de Las Casas, que no era otro el compañero de los guías indios. Estos contestaron a Tamayo indicándole al emisario español y diciéndole en su lengua que venía a hablar con el jefe de los alzados.

Antes que acabaran de explicarse, Guarocuya, reconociendo a Las Casas había corrido a él con los brazos abiertos, dando muestras del más vivo júbilo; el español lo recibió con bondadosa sonrisa, se inclinó a él le besó cariñosamente en la mejilla, y le dijo:

—Mucho bien te hace el aire de las montañas, muchacho.

Volvió a la vaina Tamayo su aguzada tizona, y quitándose el sombrero que a usanza española llevaba, se acercó a Las Casas y le besó la mano.

Este le miró como quien evoca un recuerdo:—¿Quién eres?, me parece conocerte;—le dijo.

—Sí, señor;—contestó el joven indio,— vuestra merced me ha visto primero en Santo Domingo, hace un año, sirviendo a mi señor Roldán; cuando lo embarcaron para España. Poco después mi nuevo amo me trataba muy mal y me vine a mi tierra a servir a mi señora Anacaona, hasta el día de la desgracia.

—Cierto,—repuso Las Casas.—Guíanos adonde está tu jefe.

En el camino, Tamayo explicó a Las Casas la razón del respeto afectuoso que manifestaba hacia su persona. Siempre le vió sonreir y consolar a los pobres indios; en Jaraguá presenció su dolor y desesperación al ver la matanza de los caciques.

En cuanto al niño, la alegría que experimentó al ver a aquel hombre de ojos expresivos, de semblante benévolo, se explica por los agasajos y pequeños regalos que recibiera de Las Casas en los cortos días que mediaron entre la llegada de éste

con Ovando a Jaraguá, y la sangrienta ejecución de los caciques. El niño se hallaba a su lado, en la plaza, en el acto de la salvaje tragedia, y fué el bondadoso Las Casas quien lo tomó en brazos, y arrastrando a Higuemota, helada de terror, puso a ambos en momentánea seguridad, velando después sobre ellos, hasta que Ovando dió cabida a un sentimiento compasivo,—oyó quizás la voz del remordimiento,—y les acordó protección y asistencia. La criatura pagaba al filantrópico español los beneficios que su inocencia no alcanzaba a comprender, demostrándole la más afectuosa y expontánea simpatía.

Las Casas fué recibido con respeto y cordialidad por el jefe indio. Habló a éste largamente; le pintó con vivos colores la miseria de su estado actual, lo inminente de su ruina; el daño que estaba causando a los mismos de su raza, y la bondad con que Velázquez se ofrecía a recibirlo otra vez bajo la obediencia de las leyes, cuyo amparo le aseguraba, prometiéndole obtener para él y los suyos un completo perdón del gobernador Ovando. Al oir este nombre aborrecido, Guaroa contestó con estas palabras: "Pero yo no perdono al Gobernador, y si he de vivir sometido a él, mejor quiero morir." ¡Notable concepto, que denotaba la irrevocable resolución de aquel generoso cacique! Bien es verdad que los sentimientos heroicos eran cosa común en los indios de la sojuzgada Quisqueya, raza que se distinguió entre todas las del Nuevo Mundo, por sus nobles cualidades, como lo atestiguan Colón y los primitivos historiadores de la conquista; y como lo probaron Caonabó, Guarionex, Mayobanex, Hatuey y otros más, cuyos nombres recogió cuidadosamente la adusta Clío. (1)

De los argumentos de Las Casas hubo sin embargo uno que hizo gran fuerza en el ánimo del cacique; tal fué el reproche de estar causando la ruina de su raza. La recta conciencia de aquel indio se sublevó al ver delante de sí erguida la responsabilidad moral de tantas desdichas. Al punto reune en torno su-

---

(1) Musa de la Historia. Suplicamos al lector que no nos crea atacados de la manía indiófila. No pasaremos nunca los límites de la justa compasión a una raza tan completamente extirpada por la cruel política de los colonos europeos, que apenas hay rastro de ella entre los moradores actuales de la isla.

yo a todos sus compañeros; les dice lo que ocurre; les trasmite las observaciones de Las Casas, y los exhorta a acogerse a la benignidad y la clemencia de los conquistadores. Todos o los más están convencidos; bajan la cabeza, y aguardan la señal de partir. Una voz pregunta a Guaroa: —Y tú, ¿qué harás?—Permaneceré solo en los bosques, dijo sencillamente el caudillo; y mil gritos y sollozos protestan contra esa inesperada resolución.

Tamayo el primero se obstina en acompañarle; otros cien siguen su ejemplo, y pronto el efecto de los discursos de Las Casas y del mismo Guaroa va a perderse ante el exceso de abnegación de los indios, y su adhesión al honrado jefe que les enseñó el amor a la libertad.

El español dice entonces con entereza:

—Pues bien; tenéis el derecho de vivir como las fieras; de comprometer vuestra existencia, de haceros cazar de día y de noche por estos montes; pero no tenéis el derecho de sacrificar a vuestros caprichos a este pobre niño, que no sabe lo que hace; ni tiene voluntad propia. Yo me lo llevaré para que sea feliz, y algún día ampare y proteja, a los que de vosotros queden con vida en su temeraria rebelión contra los que solo quieren haceros conocer al verdadero Dios.

Este lenguaje arroja la confusión en las filas. Tamayo y otros muchos juran que no dejarán ir al niño cacique, y Las Casas deplora el mal éxito de su misión, cuando Guaroa interviene, diciendo: —Tiene razón el español; no debemos sacrificar a Guarocuya; que se vaya con él, y que le acompañen todos. Así conviene, porque entonces no será difícil que me permitan permanecer en paz en mis montañas; pero si somos muchos; no me lo permitirán.

Presentando así bajo una nueva fase el asunto. el generoso Guaroa solo se propone determinar a sus compañeros a abandonarle y salvarse sin él. Y realmente lo consigue. Las Casas emprende el regreso al campamento español seguido de Tamayo, que confía sus armas a Guaroa y toma en brazos al niño; en pos de éste va la mayor parte de los indios alzados; unos pocos se quedaron con su jefe, ofreciendo presentarse al día siguiente, lo que no cumplieron, sin duda por más desconfiados, o por causas de ellos solos sabidas.

Al percibir la multitud de los rendidos, Velázquez, en la embriaguez del entusiasmo, estrechó en sus brazos a Las Casas, felicitándole por el buen resultado de su empresa, y besó afectuosamente a Guarocuya, diciendo que desde aquel momento se constituía en su padrino y protector; los indios sometidos fueron tratados con agasajo y dulzura, y durante tres días la paz y el contento reinaron en la vega afortunada que el Pedernales riega y fertiliza con sus rumorosas corrientes; el triunfo de los sentimientos humanos sobre las pasiones sanguinarias y destructoras parecía que era celebrado por la madre naturaleza con todas las galas y magnificencias de la creación, en aquellos parajes privilegiados del mundo intertropical.

XIII

DESENCANTO

En medio de la pura alegría que experimentaba el Capitán español saboreando el insólito placer de practicar el bien, y de convertir en misión de paz y perdón su misión de sangre y exterminio, una inquietud secreta persistía en atormentarle. Las instrucciones que Ovando le remitiera a Lago Dulce eran tan terminantes como severas. El riguroso Gobernador solo había previsto un caso: el de forzar a los indios en sus posiciones; perseguirlos sin tregua ni descanse, y castigar ejemplarmente a todos los rebeldes. Nunca admitió la hipótesis de una rendición a partido, ni menos de una gestión pacífica por parte de su teniente. Esto último en las ideas dominantes de Ovando no podía ser considerado sino como una monstruosidad. Los naturales o indígenas eran numerosos, los españoles aunque armados y fuertes, eran muy pocos y su imperio solo podía sustentarse por un prestigio que cualquier acto de clemencia intempestiva había de comprometer. Este era el raciocinio natural de los conquistadores, y Diego Velázquez estaba demasiado imbuído en la doctrina del saludable terror para poder sustraerse al recelo de haber cometido, al transigir con los indios una falta imperdonable en el concepto del Gobernador.

Las Casas, a quien comunicó sus escrúpulos, le tranquilizó

con reflexiones elocuentes, sugeridas por su magnánimo corazón; y tal era su confianza en que Ovando no podía menos de darse por satisfecho del éxito obtenido con los rebeldes, que se ofreció a llevarle personalmente la noticia aun no comunicada por el indeciso Velázquez. El expediente pareció a éste muy aceptable y escribió sus despachos al Comendador en términos breves, refiriéndose absolutamente al relato verbal que de los sucesos debía hacer Las Casas. Partió, pues el buen Licenciado contento y seguro de dejar en pos de sí la paz y la concordia, en vez de la desolación y los furores de la guerra.

De acuerdo con Velázquez se llevó a Tamayo y al niño, a fin de que no se demorara el bautizo de éste; Velázquez reiteró su propósito de proteger al agraciado caciquillo, sintiendo que el deber le privara de servirle de padrino en el acto de recibir la iniciación en la fe del Cristo.

Hízose la travesía por mar. con próspero tiempo, y muy en breve.

Tan pronto como puso el pie en la ribera de Yaguana, acudió el celoso Licenciado a la presencia de Ovando a cumplir su comisión. Fué recibido con perfecta cortesía por el Comendador, que de veras lo estimaba; pero en la reserva de su actitud, en el ceño de su semblante echó de ver Las Casas que no era día de gracias. Efectivamente, Ovando estaba de pésimo humor, porque hacía dos días que el heroico y honrado Diego Méndez, el leal amigo del Almirante don Cristóbal Colón, había llegado a Jaraguá, enviado por el ilustre descubridor desde Jamaica, en demanda de auxilio por hallarse náufragos y privados de todo recurso en aquella isla. El viaje de Méndez y sus cuatro compañeros, en una frágil canoa desde una a otra Antilla, tiene su página brillante y de eterna duración en el libro de oro del descubrimiento, como un prodigio de abnegación y energía.

Ovando, resuelto a no suministrar los socorros pedidos, sentía sin embargo dentro del pecho el torcedor que acompaña siempre a las malas acciones, a los sentimientos malignos. Mordíale como una serpiente el convencimiento de que su proceder inicuo, abandonando a una muerte cierta al grande hombre y sus compañeros en la costa de un país salvaje, le había de atraer la execración de la posteridad. La presencia de Méndez, el acto

heroico llevado a cabo por aquel dechado de nobleza y fidelidad. era a sus propios ojos un reproche mudo de su baja envidia, de su menguada y gratuita enemistad hacia el que le había dado la tierra que pisaba, y la autoridad que indignamente ejercía. En medio de esta mortificación moral y de tan cruel fluctuación de ánimo le halló Las Casas, cuando fué a darle cuenta de la pacificación del Bahoruco, y así predispuesto contra todo lo bueno, vió en la benigna intervención del Licenciado, y en la clemencia de Diego Velázquez el más punzante sarcasmo, la condenación más acerba de sus malos impulsos y por lo mismo una violenta cólera se apoderó de él, estallando como desordenada tempestad.

—¿A esto fuistes, señor retórico, al Bahoruco?—dijo encarándose con Las Casas. Qué ideas tenéis sobre las autoridades y el servicio de sus Altezas los Reyes? ¿Habéis aprendido en vuestros libros a ir como suplicante a pedir la paz a salvajes rebeldes, a gente que solo entiende de rigor y que de hoy más quedará engreída con la infame debilidad que ha visto en los españoles? ¡Esto es fiar en letrados! ¡Oh! Yo os aseguro que no me volverá a acontecer; y en cuanto a Velázquz ya le enseñaré a cumplir mejor con las instrucciones de sus superiores.

—Señor Gobernador,—dijo en tono firme Las Casas:—Diego Velázquez no tiene culpa alguna; prestó el crédito que se debía a mis palabras a la recomendación con que Vuestra Señoría se sirvió honrarme; y sea cual fuere el concepto que os merezcan a vos, hombre de guerra, mis letras y mis estudios, ellos me dicen que lo hecho bien hecho está; y solo el demonio puede sugeriros ese pesar y despecho que demostráis porque se haya estancado la efusión de songre humana.

—Retiraos en malhora, Licenciado—repuso el irritado Gobernador, y estad listo para embarcaros para Santo Domingo mañana mismo. No hacéis falta aquí!

Las Casas se inclinó ligeramente, y salió con paso tranquilo y continente sereno.

En cuanto Ovando, quedó solo, escribió una vehemente carta a Diego Velázquez reprendiéndole por haberse excedido de sus instrucciones, y ordenándole que sin demora se pusiera en campaña para exterminar los indios que hubieran permanecido alzados. Un correo llevó aceleradamente esta carta a Peder-

nales atravesando las montañas. El mismo día, Las Casas condujo al niño Guarocuya al naciente convento de Padres Franciscanos, un vasto barracón de madera y paja que provisionalmente fué habilitado por orden de Ovando en la Vera Paz, mientras se construía el monasterio de cal y canto. Los buenos Franciscanos recibieron con grandes muestras de amistad a Las Casas, y gustosos se encargaron del niño con arreglo a las recomendaciones del Licenciado hechas por sí y en nombre de Diego Velázquez, quien proveería a todas las necesidades del caciquillo. En el mismo acto procedieron a administrarle el bautismo, y por la elección de Las Casas se le puso el nombre de Enrique, destinado a hacerse ilustre y glorioso en los anales de la Española.

Tamayo quedó también en el convento al servicio del caciquillo, a quien amaba con ternura.

Cumplidas estas piadosas atenciones, el Licenciado Las Casas hizo sus cortos preparativos de viaje, y al amanecer del siguiente día impelida su nave por las auras de la tierra, se alejó de aquella costa siempre hermosa y risueña, aunque manchada con los crímenes y la feroz tiranía del Comendador Frey Nicolás de Ovando.

CHISTES HISTORICOS

Supuesto lector, que la zumbona musa del equívoco regocijado anda ahora en amor y compañía de otras sus congéneres no menos desopilantes, haciendo cabriolas por las columnas de los periódicos. diarios, interdiarios y semanales. no me parece descaminado ni fuera de sazón, que metiendo yo mi hoz en mieses no del todo ajenas a mis inveteradas aficiones desatendidas hoy por imperiosas exigencias de mis habituales quehaceres, vaya espigando en el inagotable archivo de mis recuerdos para desenterrar por si te placen, algunas desconcertadas aplicaciones de tal o cual palabra castellana. que llamo con tu venia históricas porque no en la candente fragua de algún ingenioso caletre se forjaron, sino que fueron engendradas y surgieron a la vida al calor de esa maravillosa madre de lo inverosímil que se llama la realidad.

Yo sé lector que no ha de faltar en los diarios concilios de la santa estulticia algún cetrino y empingorotado personaje, de esos a quienes mi padre y maestro Rabelais, llamaba agelastas, y a los que yo según su propio testimonio confirmado por los hechos. tengo desde hace tiempo marcados por alalos, que me tilde de frívolo y me señale por indocto. porque a estas que él estima seguramente trivialidades indignas de la augusta majestad de la ciencia, dedique alguna porción, no tanta por cierto como yo quisiera. de mis actividades intelectuales, pero bueno es que sepas por si acaso pudiera interesarte, que vivo satisfecho y persuadido de que cuando la sonrisa entre irónica y misericordiosa con que bordo la disculpa que hallan siempre en mi ánimo lás humanas lacerias no se haya borrado aún de la memoria de mis conciudadanos, de los solemnes paquidermos que a sí mismos se han querido erigir en himalayas de la ciencia, sin más título que un

título académico adquirido sabe Dios a qué precio, no quedará huella como no se tenga por huella, el eco sonoro de tal cual irreverente trompetilla lanzada a través del tiempo. por los inapeables Robreños de la posteridad.

Y ahora lector, hechas todas las prevenciones que me parecieron pertinentes, entremos si no lo has, por pesadumbre o enojo en materia y lleguémonos a la ciudad de San Juan de Puerto Rico, donde a la sazón en que era yo un mozalvete más que medianamente flaco, como asistido de fehacientes testimonios fotográficos he podido demostrar, vivía cierto caballero rico y desocupado que dió, según he referido en otra ocasión, en la dulce manía de atestiguar sus profundos conocimientos adquiridos a destiempo y por arte de birlibirloque. Llegóse un día este excelentísimo señor a la residencia de un magnate colonial, donde se ejercitaban en el tiro al blanco el dueño de la casa y otros personajes sus amigos, diéronle un arma al recién llegado, apuntó. disparó y dió en el blanco por virtud del no aprendido arte de marras. Puede usted decir: *Veni, vidi, vici,* gritó entre salvas de aplausos la concurrencia, y él contestó alborozado: "Como Termópilas." No de otra laya era aquel ricacho a quien así Dios me salve, como es cierto que no quiero disminuirlo, que solicitado un día para qle firmara cierto memorial dirigido al diocesano en queja contra el cura párroco de Ponce, ciudad para mí llena de inolvidables y gratísimos recuerdos, se negó asegurando con la más acendrada y firme convicción que en materias religiosas eran suyas la fe y las creencias paternales y agregando a guisa de epílogo esta magna sentencia digna de inmortalizarse: yo soy católico porque nací en España; pero si hubiera nacido en Mahoma sería mahometano.

Más avisado que los precedentes, con toda certeza por la potísima razón de que la suerte lo trató con todos los desvíos y desabrimientos que suele reservar cuando lo tiene a bien. para los desheredados a quienes deja de su mano, fué cierto jovenzuelo mi contemporáneo que harto de miserias y malandanzas en su ciudad natal se decidió a ocupar en el pequeño pueblo de X, cuyo nombre por amor a mi tierra reservo para ocasión, para él más lucida y propicia, una modesta plaza de maestro rural. Amargáronle el alcalde, los concejales y los padres de familia el

goce de aquella prebenda y resolvió devolverse a su habitual residencia, en momentos n que una revista ilustrada había abierto un concurso para premiar la más breve y concisa definición del matrimonio. El matrimonio—escribió él, llevándose el premio—es un *Ayuntamiento* peor que el de X, y aquí puso el nombre del susodicho término municipal.

Pero a otros tiempos otros equívocos y aquí me tienes lector pegando un salto para caer por mal de mis pecados en los días turbulentos de la invasión americana en Puerto Rico. Acudió a la isla desventurada, en muchedumbre innúmera, falange victoriosa de voluntarios, más hechos a los regodeos de la paz y a la abundancia tentadora de los cafés neoyorkinos, que a las rudas faenas de la guerra, y como se hiciera a los insulares mis hermanos, demasiado dura la convivencia con aquellas gentes indisciplinadas e irrespetuosas, el Presidente Mc Kinley, ofreció mandar tropas *regulares* al país. Dijímoslo para aliviar con esta halagadora promesa el malestar general a nuestros conciudadanos, y uno de ellos irritado y colérico me contestó entre aspavientos no del todo injustificados: Los americanos tienen una pachorra insoportable y mandan a nuestro país tropas malas, nos prometen ahora las regulares, y dígame usted, señor, ¿a cuándo esperan para mandar a nuestra pobre tierra las buenas, que son las que necesitamos para vivir en paz con ellas?

Y aquí, lector, hago punto final, certificando que si lo que precede no es como reza la vieja frase BEN TROVATO, E VERO, por estas que son cruces.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA.

PLAUSIBLE INICIATIVA

Habana, 3 de Enero de 1921.

Sr. Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Señor Secretario:

Tengo el honor de remitirle el siguiente informe sobre la creación de un "Departamento de Investigaciones Pedagógicas" adscrito a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

El trabajo humano es tanto más eficaz cuanto más se ajusta a los principios de la ciencia. De esta evolución de la técnica no se libra la labor escolar, que cada vez se subordina más a las enseñanzas de la pedagogía científica y exacta. En nuestros días la eficacia de un sistema escolar depende en gran parte de la buena organización de su departamento de investigaciones pedagógicas. Esta institución es de absoluta necesidad en un estado moderno y progresista. Cuando una autoridad escolar desea resolver un problema de carácter técnico (y técnicos son casi todos los problemas de la educación popular), lo mejor que puede hacer es inspirars en estas dos reglas, formuladas por el buen sentido: 1a., no actuar (salvo bajo la presión de una necesidad urgente), sin estudiar previa y municiosamente los hechos a que el asunto se refiere; y 2a., someter estos hechos a una interpretación racional y científica. Estas dos reglas no pueden aplicarse bien sin un Instituto o "Departamento de Investigaciones Pedagógicas" donde se estudien con métodos científicos las cuestiones de carácter general relacionadas con la escuela pública. Estos problemas o cuestiones son numerosísimos. Los más importantes, a mí juicio, son los que se expresan a continuación:

I.—Causas a que obedece la falta de asistencia de los niños a la escuela y medios de hacer efectivo el cumplimiento de la obligación escolar.

II.—Principios para la clasificación, graduación y promoción de los niños de la escuela.

III.—Exámenes modelos que eliminen hasta donde sea posible la ecuación personal del examinador.

IV.—Reglas para la selección, clasificación, nombramiento y promoción del personal docente.

V.—Adaptación de los cursos de estudios a nuestro medio económico y social y a las condiciones psicológicas del niño cubano.

VI.—Métodos de trabajo escolar. Disciplina escolar.

VII.—Problemas generales de organización y administración escolar.

VIII.—Higiene escolar en cuanto se relacione con los programas, horarios, duración de las lecciones y receso, ejercicios físicos, juegos escolares, etc. Obras de preservación.

IX.—Educación vocacional y guía para la elección de oficio, carrera o profesión.

X.—Educación de niños atrasados; clínica psicológica; organización de las aulas auxiliares o de perfeccionamiento; preparación de los maestros a quienes se confíen dichas aulas.

XI.—Escuelas de continuación. Escuelas para adultos.

XII.—Instrucción complementaria de los maestros en ejercicio.

XIII.—Sección de estadística. Condiciones que éstas deben reunir.

XIV.—Mediciones mentales de los niños, y en general cuanto contribuya al estudio científico del niño cubano.

Este programa no es utópico. Más o menos completamente, con mayor o menos energía y eficacia se está realizando en multitud de estados y municipios norteamericanos, y la República de Costa Rica, que en asuntos escolares ha dado siempre a Hispano-América ejemplos dignos de alabanza, acaba de fundar una Oficina Experimental de Investigación y Estadística, adscrita al Consejo Nacional de Educación de dicho Estado.

Con razón o sin ella, entre nosotros se habla mucho de la decadencia a que ha llegado nuestro sistema escolar. Tal vez se exageren las acusaciones; pero la mejor manera de contrarrestarlas y de consolidar el crédito y prestigio de nuestra escuela popular consiste en crear una Oficina de Investigaciones Pedagógicas ajena a toda mira o interés personal y político. La obra de esta Institución será el primer paso dado en firme para convertir la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en un servicio de carácter esencialmente técnico.

Si el Señor Secretario aprueba las ideas que acabo de exponer, tendré el honor de presentarle un plan de organización del Departamento mencionado.

Muy atentamente de Vd.,

ALFREDO AGUAYO.

Director del Laboratorio de Paidología. Universidad.

A GUISA DE PROLOGO

Sr. Marino López Blanco.

Ciudad.

Mi querido amigo y discípulo: He aspirado con hondísimo deleite, sólo comparable por su intensidad a la gratitud que embarga mi ánimo, la fragancia del manojo de rimas con que usted bondadosamente me obsequia, y aunque infrinja a sabiendas el artificioso código de ciertas gentes que a sí mismas se tienen por modestas tan sólo porque no dicen la verdad o la dicen a medias, quiero confesarle que su ofrenda, si me regocija y enorgullece, no me sorprende. Puse ahincadamente la recia voluntad de que plugo el cielo dotarme en hacer de mis enseñanzas fraternal agape a todos accesible, y de mi cátedra universitaria, cálido albergue propicio a la juventud, y es natural que, de cuando en cuando, broten flores en huerto tan amorosamente cultivado.

Y esas, que en el cincelado cáliz de la poesía usted ahora me presenta, impregnan mi alma de dulcísima emoción, porque en alas del recuerdo llevan mi pensamiento hacia otros días lejanos y serenos, arrullados en un hogar que la mano implacable del destino disolvió, por el canto de las Piérides.

De aquella felice edad sólo me queda, con el ferviente culto a la belleza, que a impulsos de un entusiasmo inextinguible rejuvenece mi espíritu, a despecho del tiempo y sus lacerias, la convicción de que no hay libertad sin Tirteo, ni civilización ni gloria posibles sin que las acompañe o las preceda la floración espléndida del arte.

Y es ese, del arte en su más amplia expresión, campo abierto a toda ambición legítima y a todo anhelo generoso: en él, con

el sonoro aldabonazo de este libro viene usted a reclamar un puesto de honor al lado de los que en la lid le precedieron, y yo le auguro futuras consagraciones y un triunfo definitivo, porque he ido anotando una a una las bellezas, y uno a uno los aciertos de su obra.

Los defectos que ella tenga ya se los irán enseñando las voces severas de la crítica, y los que ella no tenga, no faltará un amigo cariñoso que trate de crearlos para ponerlos a plena luz.

Pero ni unas ni otros apagarán en su pecho la voz augusta de la inspiración, si usted responde a sus reparos con esta viril estrofa de un poeta excelso de mi propia estirpe:



Si una gota de hiel dáis a mi alma
con el inícuo afán de entristecerla,
yo, sin perder mi sonreida calma
os la devuelvo convertida en perla.

Su amigo y maestro,

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA.

SALMO



Dr Marino López Blanco

Mi bandera flamea sobre un monte cercano
Majestuosa y gallarda, con el aire triunfal
Que agiganta las olas, en el mar antillano,
Bajo el ascua divina de mi sol tropical.

. . . .

Yo te ofrezco bandera de los nobles colores
Cual los sueños inquietos de la novia-princesa
¡Todo el pecho encendido con mis santos amores
Hasta el postrer suspiro de la humilde pavesa!
Yo te ofrezco bandera de la estrella brillante,
De las franjas azules y del triángulo rojo,
En el fuego dorado de una rima galante
¡Mi juventud ardiente! ¡Mi juvenil arrojo!
Yo te ofrezco bandera por amor redimida,
Que luchaste en los campos con bravura sin par...
¿Qué te ofrezco, bandera?... Yo te ofrezco mi vida,
¡Es la gloria más grande con que puedo soñar!

MARINO LOPEZ BLANCO.

LA VITALIDAD DEL CAMPESINO EN CUBA (1)

La energía vital, el desarrollo de la personalidad humana en los diversos órdenes de la existencia es el resultado último a que converge todo el proceso social, pero esta benéfica acción no es



Carlos Aguirre y Sánchez, alumno de Sociología

uniforme ni equivalente con respecto a todos los elementos que integran una comunidad, y por esta razón encontraremos siempre en todas ellas grupos diferentes, a los que se denomina con el dictado genérico de clases sociales.

(1) Trabajo presentado en el aula universitaria de "Sociología", por uno de los más brillantes alumnos de esta asignatura.—S. C. Z.

Se puede definir estas clases sociales diciendo que son categorías formadas dentro de toda colectividad, a consecuencia de las diversas fuerzas que en ella actúan, y les imponen ciertos caracteres específicos que distinguen en el mismo medio social, a unas de otras. Pueden además clasificarse dichos grupos dividiéndolos en esta forma: A. Clases nacidas del desarrollo de la personalidad. B. Clases nacidas de la diferente aptitud social; y C. Clases nacidas de la energía vital de sus componentes.

Estas últimas se originan de variadísimas condiciones, entre las cuales son las más importantes, la herencia, la adaptación al medio y la constitución orgánica que en cada individuo depende muy principalmente de la alimentación y de otras circunstancias análogas, o concordantes con ella.

Es un hecho innegable que el hombre tiene que adaptarse al medio en que vive, sopena de sucumbir, y no es menos cierto que este proceso de aclimatación determina en el organismo cambios de cuya evidencia no cabe dudar.

Se ha disertado mucho acerca de este asunto, pero es muy cierto que el exceso, y sobre todo, la continuidad del calor deprimen el cuerpo y aminoran las energías psíquicas, y que el desaliento en ocasiones elevado a la condición de un gran mal social, es en parte su resultado como diría Montesquien, observador el más agudo de las influencias climatológicas en el conglomerado social.

La habitación influye mucho en la formación de las clases sociales, pues no es difícil observar que, por lo común, los individuos que viven en el campo tienen una vitalidad muy superior a la que poseen los moradores de las ciudades.

La condición de los alimentos influye igualmente en la mayor o menor energía vital del hombre por la preponderancia que suele de ellos determinarse, ora en el sistema nervioso, ora en el sanguíneo, ora en el linfático.

La herencia es, por último, factor importantísimo en el problema de las diversas categorías sociales.

A tenor que estos elementos influyen más o menos favorablemente sobre los individuos, se producen tipos de alta vitali-

dad, de media vitalidad, y de baja vitalidad en cada comunidad humana, dándose por lo común, la vitalidad más alta en el medio reconfortante de las campiñas, y las otras dos clases en las ciudades, reclutándose los tipos de media vitalidad entre los elementos inteligentes y ricos que las habitan, y pueden defenderse de los inconvenientes de las grandes aglomeraciones urbanas, y la ínfima vitalidad, entre los obreros entregados sin defensa a todos esos inconvenientes.

Esta clasificación, aplicable a muchos países de Europa y América, acaso deba ser modificada, por lo que a Cuba respecta, pues creo fundándome en datos arrancados a múltiples y sucesivas experiencias, que el mísero habitante de nuestras campiñas, cuando no es un acomodado terrateniente, solo alcanza al tipo de una media vitalidad, harto precacria y discutible, y que a las personas solventes y cultas de las ciudades corresponde la alta vitalidad, quedando relegados los obreros al último grado.

En efecto, fuera de Cuba, en los Estados Unidos, Suiza, Holanda, etc., los campesinos viven en casitas bien construidas al abrigo de las lluvias y del viento, y extremadamente limpias; todas tienen su pequeño botiquín, para atender rápidamente a cualquier enfermo. Para recrear el espíritu después de la ruda labor del día, cuentan la mayoría con una pequeña biblioteca, y un fonógrafo, o algún instrumento de música. Además, ingieren alimentos sanos y bien condimentados, así pues, es indiscutible que su vida sea mucho más larga que la del hombre de la ciudad, cuyo espíritu embargan múltiples ocupaciones que debilitan completamente su organismo y a ellas se agrega el ambiente de las oficinas y de las mismas habitaciones propias, que no es nada sano. Pero a pesar de que la vida se podría prolongar a costa de las ventajas que la ciudad ofrece, nadie o casi nadie se retira al campo, "huyendo el mundanal ruido", como dijo el poeta y no sin razón porque yo creo que no debemos de tratar tanto de vivir mucho, como de hacer nuestra vida noble y fecunda, pues así a la hora de nuestra muerte podremos decir con legítimo orgullo: "muero joven, pero no he vegetado, he vivido." Perdóneseme esta pequeña digresión.

Volviendo al tema que me propongo desarrollar, debo decir

la de otros campesinos de regiones más afortunadas. Cierto que nuestros pueblosy villorrios con su suciedad y su abandono, con su bando de moscas, guasasas y mosquitos, se asemejan a los de que la vida del campesino cubano es completamente diferente a época no muy lejana en que se moría un 40 o 50 por mil de la población cubana. Mas, ese abandono y esa suciedad, no es nada comparable con la existente en los campos, donde alcanza un límite increíble, pues cuando se llega por primera vez a un sitio, o la casa de una finca, hay que cerrar los ojos para no contemplar cosas muy desagradables y a las cuales se une un aire denso que casi hace insoportable la respiración.

Veamos en primer lugar como se vive en los sitios: se fabrica la casa casi siempre cerca de un río o un arroyo. Generalmente el techo de la casa es de guano y tiene por piso la misma tierra. En épocas de lluvia, el agua penetra en la casa y la convierte en un verdadero lodazal. La casa consta de dos habitaciones, sala y portal, las paredes son de tabla (en las de lujo) y en la mayoría de yagua o guano.

De generación en generación se trasmiten un miedo cerval al aire, al que hacen responsable de muchas enfermedades; así pues mantienen siempre cerradas las puertas y las ventanas y ni aun la luz del sol penetra jamás en la casa, y por eso su atmósfera es húmeda y de repugnante olor.

Duermen en un cuarto, el matrimonio con los hijos menores, y los mayores duermen en el otro. En todas las paredes de la casa cuelgan yerbas medicinales, alimentos frescos y en las habitaciones guardan maiz y cuantas cosas no deseen botar. En cualquier cuarto crían gallos de pelea, gallinas y hasta pequeños cerdos. En un costado y pegado a la casa de vivienda, construyen otra pequeña casita, en cuyo centro fabrican un fogón de tierra; al mismo tiempo la cocina es el depósito general; allí vemos los aperos de labranza, botellas de miel, yerbas, etc., etc.

Veamos como se vive en las colonias:

En las Colonias se construyen barracones, que son grandes bohíos que tienen por piso la misma tierra, abrigando a 40, 50 o 60 hombres que no se asfixian porque ninguna de las dos extremidades está cerrada.

Cerca está la cocina fonda, donde el cocinero va echando al rededor del fogón los desperdicios de comida, pedazos de carne sin cocer, huesos, cáscaras de viandas, intestinos, sustancias éstas que entran en putrefacción fácilmente produciendo un constante mal olor, sirviendo de criadero a diversidad de moscas. Todo lo que sobra va al suelo, allí se pudre, se pulveriza, se respira, pues no se borre jamás. El trabajador apenas se asea, pues vive casi por necesidad de día y de noche, con la ropa del trabajo, empapada por la abundante sudoración que producen rudas faenas continuadas por cinco o seis horas; las familias que habitan las inmediaciones de estas rancherías de colonias, llevan una vida tan miserable y tan pobre, tan agreste y ruda, que verdaderamente da lástima y despierta sentimientos de piedad en cualquier ser humano. A estas gentes les falta lo más necesario, como la luz solar, ¡en este suelo tropical! En cambio los altos empleados y los administradores de los ingenios viven en verdaderos palacetes. En estas viviendas, como ya he dicho, falsa la luz y ei aire. En las épocas de las lluvias se forman alrededor de ellas lagunatos verdecinos, llenos de larvas de todas clases de mosquitos y moscas, que son trasmisoras de innumerables enfermedades. En los pozos que surten de agua a estas gentes, hay criaderos de micronismos, patógenos de enfermedades diversas; y allí también se crían sapos, ranas y culebras de agua, asquerosos animales que procrean de un modo asombroso. Me contaba un ilustrado médico que una vez un guajirito, contestando a un trabajador, que indagaba el lugar donde se vendía la comida en la colonia, le dijo con sangrienta ironía, acaso inconsciente: "aquí no se come, se bebe agua con sapitos y eso basta." La comida del pobre campesino es de la peor calidad y de un arreglo y de una condimentación detestables.

Hemos visto como es su vivienda y como es su comida, veamos como es su vida. ¡Ah!, la vida de esos hombres es horriblemente monótona, dura, vegetando, sin distracciones del espíritu y sin nada que excite su inteligencia. Se levanta a las cinco a. m., lo mismo en invierno que en verano. Empapados con el agua del rocío, o con el sudor que produce un trabajo continuo y rudo, andan además mal calzados, cuando no descalzos y sus manos están callosas, con múltiples escoriaciones. Después de su ruda fae-

na, casi exhaustos, abatidos por el cansancio y en la época de nuestro verano, a la caída de la tarde después de haber sufrido la acción del sol ardiente del trópico, esos hombres que parecen entonces seres condenados a morir de apoplegía, tal es el estado congestivo de sus rostros, emprenden la marcha de regreso hacia el bohío. Apenas comen y toman un poco de café, y se echan a dormir hasta el día siguiente que se repite el mismo programa. El domingo, se visten con un traje nuevo y van al pueblo, al café a jugar el billar y a las lidias de gallos, donde pierden sus centavos, ganados a costa de tantos padecimientos.

La monotonía de su vida, el aislamiento en que se mantienen y su analfabetismo le hacen taciturno y triste, aunque no tanto como su infeliz mujer.

La pobre compañera del guajiro, es generalmente flaca, amarillenta, de ruda y angustiosa face, sin expresión en la mirada, de torpe andar, pésimamente alimentada, mal vestida, no sale casi nunca de su casa. De soltera cuida a sus hermanitos y animales. de casada, cría a sus hijos y sigue cuidando animales; por último, originada casi siempre por abortos, puerperios mal cuidados, adquiere dolencias que la debilitan y abonan el campo para que bacilos patógenos y el de Kock, sobre todo, germinen fácilmente, muriendo la mujer a una edad temprana.

Cuando este cuadro no se presente, cuando la enfermedad no sobreviene, parece enferma la pobre mujer de nuestros campos, y aparenta casi siempre vejez, aunque sus años sean relativamente pocos, porque la rusticidad del medio en que se desenvuelve su vida, porque la triste monotonía de su aislada y mísera existencia, da sin ensueños ni ilusiones, arrugan prontamente una existencia porque la eterna y brutal lidia con los animales, y porque una vi- que se demuele a pasos agigantados, debido a la mala alimentación, a los partos anuales, a la cría y sin medios adecuados, de muchos chiquitines, que al crecer en medio de tempranas enfermedades, aumentan a estas pobres mujeres los sufrimientos, que coadyuvan a su deterioro físico.

No hay nada más triste que el cuadro que presentan los hijos de los campesinos. En medio de toda esa miseria, que he ido señalando, crece el infeliz niño, flaco, anémico, de mísero as-

pecto y triste rostro, de barriga grande, enterítico y helmíntico, y fallece en los nueve primeros años de la vida, en una proporción alarmante y desconsoladora, pues llega hoy en plena República y a pesar de los esfuerzos de nuestra Sanidad, al *cinco por mil*, del 15.58 por mil que se muere al año en Cuba. Estos niños no tienen relaciones ni amistades con otros niños, su mirada melancólica, y su rostro enflaquecido denuncian la desconfianza y el temor. Andan siempre desnudos y descalzos, y enferman fácilmente porque la mala alimentación y la vivienda anti-higiénica alteran su aparato gastro-intestinal y si no mueren prematuramente debilitados por la anemia, restan, candidatos a la tuberculosis, para dar la existencia a una prole similar dentro de la cual se salvarán de tanta miseria fisiológica aquellos por quienes la naturaleza quiera desplegar tan intensa protección, que les permita luchar victoriosamente contra las asechanzas de la enfermedad y las fatalidades del medio.

La observancia cabal de nuestras sabias ordenanzas sanitarias, la difusión de la cultura entre nuestra población rural y la consiguiente modificación de su régimen de vida, acabarían por expulsar de los feraces y próvidos campos de Cuba juntamente con los pálidos fantasmas de la ignorancia, el hórrido espectro del paludismo y de la tuberculosis, elevando de camino a cifras consoladoras el censo de esa porción de nuestro pueblo. de esos hermanos nuestros a quienes el Generalísimo Máximo Gómez declaró los verdaderos redentores por el contingente que ofrecieron al ejército libertador y por el valor estoico de que dieron prueba en la hora suprema de nuestra historia, al demandar con el filo de sus machetes la independencia para esta patria tan amada.

CARLOS AGUIRRE Y SANCHEZ.

POR LOS MIOS

Indómitos, cual nuevos espartanos
Labrando a Cuba porvenir risueño,
Por libres ser, con denonado empeño
Luchan allá los íntegros cubanos.

Y un grupo de patriotas borincanos
Que ven su redención como un ensueño,
Juzgando todo sinsabor pequeño,
Van tras la redención de sus hermanos.

¡Sublimes héroes! El amor los guía,
La Libertad sus ánimos inflama
Y allá van a la justa y noble guerra!

¿Quién contempló jamás tanta hidalguía?
¡De la gloria que a Cuba el orbe aclama,
Yo reclamo un girón para mi tierra!

Virgilio DAVILA.
Puertorriqueño.

La Obra de un Varón Evangélico

Por tratarse de un querido amigo de esta casa, y de una utilísima y noble institución, reproducimos, tomándolo de la revista "Actualidades" de Santiago de Cuba, lo que a continuación de estos renglones verá el lector, y es como sigue:

"Modestamente, sin ruidos inútiles, surgirá de nuevo, en toda la magnífica grandeza de su obra, el "Protectorado de la infancia", fundado y sostenido por el esfuerzo sin par de nuestro predilecto amigo, compañero en la prensa y querido prelado, doctor Manuel García Bernal, cuyo retrato, cedido galantemente por la revista habanera LAS ANTILLAS, de la cual es redactor, publicamos al pie de estas líneas, como tributo de afecto.

El doctor García Bernal, está secundado generosamente por varias damas de nuestra buena sociedad, que han tomado con gran interés, la prosperidad de esta institución que han convenido en prestarle su más decidida ayuda.

Esta fundación que, diariamente, desde hace tres años, viene dando el pan material y el intelectual a la infancia desvalida, tiene por objeto dar protección a los niños de ambos sexos cúalquiera que sea su raza y condición, mientras la necesiten.

Contando ahora con nuevos elementos, se ocupará en adelante para lograr su intento: En la protección de los niños contra el abandono, la miseria, los malos tratamientos, la inmoralidad y los abusos de cualquier clase en perjuicio de los mismos.

Empleará los medios siguientes: Propenderá al establecimientos de centros de enseñanza en relación con las necesidades del pueblo. Al de Salas cunas y de párvulos donde las madres obreras o criadas podrán dejar sus hijos durante las horas que

dediquen al trabajo· Al de una sala asilo para albergar durante el día a los niños que se encuentren vagando.

La recaudación y custodia de los fondos estará a cargo de las caritativas damas que favorecen este instituto de su peculio particular y de cuantos deseen cooperar al mejor éxito de este benemérito y noble empeño.

En la actualidad, tan difícil para los pobres, sabemos que acaba de tomarse en arrendamiento una buena casa, situada en la calle de Santa Lucía, entre Santo Tomás y San Juan Nepomuceno, la cual se está acondicionando, por lo pronto, para sala de párvulos y que comenzará a funcionar en breve.

En adelante las madres pobres tendrán donde dejar sus pequeñuelos, durante las horas que ellas dediquen al trabajo fuera de su hogar, en la confianza de que serán atendidos con la delicadeza que sabe prestar solamente la caridad.

Se imponía por necesidades sociales apremiantes, esta fundación que llena un vacío hace tiempo sentido, y que realiza, honda labor de beneficencia pública, de abnegación y de sacrificio.

En buenas manos está la obra que tiene las simpatías públicas a las que es acreedor, en primer término, su alma mater, el bondadoso e inteligente sacerdote, doctor García Bernal.

ECOS ANTILLANOS

José de Elzaburu y Vizcarrondo, miembro de una ilustre familia de patriotas puertorriqueños, ha fallecido reciente e inesperadamente en la ciudad de San Juan, donde era muy estimado por las altas y nobles condiciones de su carácter. A sus deudos todos, y muy especialmente a sus hermanos, unidos a nuestro director por vínculos de cordial afecto, enviamos nuestra sentida expresión de condolencia.

Y en Guayama, en la propia isla de Puerto Rico, ha caído, arrebatado a las caricias del éxito que ya había coronado su obra de periodista y de repúblico, Luis Felipe Dessus, cuya muerte ha despertado en todo el país puertorriqueño un sentimiento de hondísimo duelo, que nosotros compartimos sinceramente.

En su residencia habitual de Madrid, ha sucumbido, víctima de cruel dolencia el Sr. Lcdo. Arturo Amblard, padre político de nuestro querido amigo el ilustre poeta cubano Manuel Serafín Pichardo. Aparte esta circunstancia, suficiente por sí sola para que la muerte del Sr. Amblard sea hondamente sentida entre nosotros, no es posible olvidar que este eminente hombre público se puso valerosamente a la cabeza de los elementos que en esta isla trataron de hacer triunfar la rectificación que al sistema colonial de España quiso imponer en sazón oportuna, el esclarecido estadista don Antonio Maura.

Llegue al hogar entristecido de las familias Amblard y Pichardo, nuestro pésame cordialísimo.

Las letras cubanas han sufrido en esta luctuosa temporada de Enero, dolorosas e irreparables pérdidas. Fué el primero en abrir el éxodo hacia las regiones de lo desconocido, el escritor ilustre que supo hacer famoso en Europa y América el nombre de "Fray Candil", con que solía firmar sus escritos.

A piedad Zenea, hija predilecta del infortunio que iluminó su cuna con los siniestros resplandores del martirio, y pone ahora sobre su frente avezada al dolor, las tocas de la viudez, enviamos con fraternal efusión, las simpatías todas de nuestro espíritu para sus tristezas sin ocaso y sin tregua.

A Bobadilla siguió Mario Muñoz Bustamante, caído prematuramnte, en plena prodacción, cuando todavía podían esperar de su pluma y de su talento vigoroso, la litratura y el periodismo, nuevas y brillantes páginas.

Y más tarde, Mendoza Guerra, en el extranjero donde llevaba dignamente la representación de Cuba, y Francisco Llés en Matanzas, en el trágico fragor de airada contienda, sucumben al golpe rudo de la muerte, llenando de tristeza el corazón de amigos y compañeros en el asendereado afanar de las labores literarias.

Y pierde también en este mes infausto la Universidad, un profesor distinguidísimo en la persona del Dr. Lus de Arozarena, y el Foro un competentísimo letrado en la del Dr. Emilio Marill

Llegue a los hogorase desolados de cada uno de estos buenos hijos de Cuba, la expresión de nuestro pésame sentidísimo.

Libros Folletos y Revistas, Remitidos por sus Autores o Editores

La Evolución de las Ideas Argentinas.—Libro II.—La Restauración, por José Ingenieros.

Manual del Agrimensor y del Perito Tasador de Tierras, por Andrés Segura Cabrera e Ismael Segura y G. Menocal.

Lydia y Fidel, Novela Cubana por Simeón Poveda y Ferrer.

Apuntes de Moral, por Manuel H. Hernández.

Narraciones de Baracoa, Tomo III, por Ernesto de las Cuevas.

Los Problemas del Niño, por el Dr. Ramiro Guerra.

Anotaciones al margen del Informe emitido por el Sr. Gobernador de Puerto Rico, por Julio César González.

Revista de Filosofía.—Buenos Aires.—Enero.

Inter-América.—Estados Unidos.—Enero.

Boletín Histórico de Puerto Rico.

Rvista Municipal.—Habana.

Cuba Contemuoránea.—Habana.

Nosotros.—Habana.

El Fígaro.—Habana.

Arte.—Habana.

El Debate.—Habana.

Actualidades.—Stgo. de Cuba.

Alma Antillana.—San Pedro de Macorís.—R· D·

INTERCONTINENTAL TELEPHONE &

TELEGRAPH Co., Inc.

Oficina Principal:

80 Maiden Lane, New York City.

Poseedora EXCLUSIVA del derecho de uso de la Patente MUSSO para telefonía y para telegrafía rápida submarina a grandes distancias.

Agente General para la Isla de Cuba:

PASCUAL PIETROPAOLO

Manzana de Gómez, Dptos. 307 al 311.

Apartado 1707. Habana.

Un solar en la Playa de Marianao es una magnífica inversión. Vaya a la Plays y vea como aquello se ha transformado. ¡Parece un sueño!

CORTINA Y CESPEDES

REAL STATE, O'REILLY No. 33.

TELEFONO A-0546

"Casa Ball-llovera"

— DE —

A. Ball-llovera y Co.

TRAJES PARA CABALLEROS, HECHOS Y A MEDIDA

Habana 96.—Telf. A-8022.—Apartado 350.—Habana.

Cable y Telégrafo "Gilber"
Clave: A. B. C. 5th. Edition.

NEW YORK BAR
SAN RAFAEL 2

En este establecimiento, el más acreditado en su clase en la Habana, se encontrarán licores finos de las marcas más afamadas.

"Las Antillas"

DIRECTOR:

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Año II. Tomo III. Núm. 4

Habana, Abril de 1921.

SUMARIO

1.—Capítulo Tantos. 2.—In Memorian. 3..—Una Carta del Libertador. 4.—Máximo Gómez. 5.—El Gran Caudillo. 6.—Al Pueblo Cubano. 7.—Máximo Gómez. 8.—El Sol de las Antillas. 9.—Solidaridad Hispano-Americana. 10.—Discurso pronunciado en el acto de descubrir la lápida del general San Martín. 11.—La Historia de mi Madre. 12.—El Carnaval. 13.—Terruño, Patria, Humanidad. 14.—Carlos Octavio Bunge. 15.—Habib Estéfano. 16.—Usquequo Domine. 17.—Treinta Años de Médico. 18.—A la Srta. Lucila Cuevas Zequeira. 19.—Ecos de una Fiesta. 20.—Impresiones. 21.—Oteando el Paisaje. 22.—Ecos Antillanos.

DIRECCION:

TEJADILLO NUM. 22

HABANA, CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de la Habana

Compañía de Seguros "Cuba"

EDIFICIO DEL BANCO NACIONAL DE CUBA

TERCER PISO

Teléfonos: Centro Privado, A-0439, A-0440, A-1055

APARTADO 2526 HABANA

Presidente: José López Rodríguez.

Vice-Presidente: Agustín G. Osuna

Letrado Consultor: Lcdo. Vidal Morales

Consejeros:
Regino Truffin; J. M. Tarafa; Saturnino Parajón

Director General: Julian Linares

Sub-Director General: Manuel L. Calvet

Médico Director: Dr. J. Ortiz Cano

Secretario: Ramón G. Osuna

NUESTRA PENSION AL OBRERO ES ORO ACUÑADO

NUESTRA POLIZA DE VIDA ES LA MEJOR HERENCIA

NUESTRA POLIZA DE INCENDIO ES LA MAYOR GARANTIA

Las Antillas

Director: Sergio Cuevas Zequeira

AÑO II

Tomo III. Abril, 1921. Núm. 4

CAPITULO TANTOS

"que á don Juan Montalvo
se le quedó en el tintero."

¿Fué después de la desventurada aventura de la yangüeses, o a renglón seguido de la campal batalla contra "Alifanfarón de Trapobana" y su disforme y descomulgado ejército?

Ello es, que Sancho tomando por los cabellos la ocasión, que para sermonear a su amo le pareció propicia, luego al punto que, descalabrado y maltrecho le vió ponerse trabajosamente en pié, le acorrió con el oportuno socorro de estas o parecidas palabras: —¿No le parece a vuesa merced, mi señor don Quijote, que en vez de andar de la Ceca a la Meca, yendo, como quien dice, de zoco en colodro, nos estaba bien el recogernos a nuestra casa, ahora precisamente, que la estación de la siega se aproxima, y las espigas parece que nos llaman para que del grave peso de los granos las descarguemos?

Fíote, lector, que, si no las mismas, fueron a estas muy semejantes las razones que trajo Sancho a colación para persuadir, a su señor de la conveniencia que habría de reportarle el partirse de aquellas soledades abruptas, únicamente de gentes montaraces de cuando en cuando habitadas, y recogerse a la vida civil, que tanto el cuidado de su salud, como el de su hacienda le estaban a todas luces recomendando.

Sentóse a esta sazón el asendereado Caballero, y, según

dice "Cide Hamete Benengeli", después de meditar por un breve espacio de tiempo, y de mirar de hito en hito a Sancho, como si quisiera escudriñar en lo más recóndito de su pensamiento, con voz lenta y sosegada, dijo a su compañero de esperanzas y de infortunios:—Háme dado en la nariz, hermano Sancho, que el reciente suceso de la venta encantada, en que Juan Palomeque y sus compinches hicieron salva de tus espaldas, ha venido a parar en que se te abran los caminos del entendimiento, y te cambies, de escudero zafio y un tanto simple, como lo fuiste hasta ayer, en el más discreto, prudente y avisado de cuantos servidores recuerda en sus prolijos anales la andante Caballería.

De la cordura y buen seso que ahora te quiso acordar el Señor en su infinita misericordia, dan cumplida muestra las prudentísimas razones que estuviste ahí enzarzando, amigo Sancho, que no parecía sino que era el propio Merlín ú otro encantador no menos sabio y provecto el que hablaba por tus labios. Por la orden de Caballería que he recibido, te juro que no tardaría yo más tiempo que el necesario para reponer un tanto mis fuerzas, en someterme, dócil como un niño de la doctrina, a tus consejos, retornando al lugar y dedicándome a velar por mi hacienda y a cuidar de mi salud, si no fuera que me detiene y escrupuliza una cierta duda que allá en lo más oculto de mi ánimo se está hurga que hurga sin dejarme reposar tranquilo en la contemplación de tu presente y no esperada sabiduría.

Es el caso, Panza amigo, que allá por los días en que, movido a mi juicio, de alguna inspiración celestial, y hechas todas las prevenciones necesarias, determiné salir a buscar aventuras y desfacer agravios, y poner la fuerza de mi brazo al servicio de los pobres y desvalidos, que es tanto como ponerla al servicio de Dios, te pareció a tí de perlas mi determinación y aún me diste por ella mil parabienes. Tu juicio, que por lo ingénuo de tu condición se me asemeja un tanto, al de los niños, de quienes se afirma que dicen siempre la verdad, la fé que

pusiste en la eficacia portentosa de mis hazañas, la confianza con que siempre aguardaste el gobierno de la ínsula o el condado que te tengo prometidos, fueron voz alentadora y fortificante que me mantuvo sin desfallecer en mi propósito de restaurar la Caballería y hacer para siempre famosa la manchega región donde nací. Si la mala condición y envidiosa enemiga del mago encantador que me persigue no lo hubiera estorbado, ¿quién duda que a estas horas, estaría yo rigiendo un gran Imperio en Ultramar, y tú llevando las riendas del Gobierno de alguna apartada ínsula, cuyos insulanos, gentes remotísimas e infieles, te deberían a tí la salvación de sus almas, y te bendecirían como a su padre? Y, digo yo ahora, hermano, viniendo ya al término y remate de este largo discurso, ¿es lícito que por un manteamiento sin consecuencias, que ni te quebró hueso, ni te descompuso la máquina del cuerpo, vengas a apartarme de la honrosa y cristiana profesión en que ando, más movido de tu interés que del mío propio, y de tus consejos y alabanzas hasta ayer acompañado?

Calló el buen caballero, y con paso grave y noble continente dirigióse a ensillar a Rocinante, mientras Sancho, todo medroso y contrito, bajaba la cabeza y se limpiaba los ojos con el revés de la mano.

Sergio Cuevas ZEQUEIRA.

IN MEMORIAM

Discurso Pronunciado en el Primer Aniversario de la Muerte del General Máximo Gómez por el Dr. Alfredo Zayas.

(FRAGMENTO)

Señoras y Señores:

De igual modo que el sacerdote al escalar el púlpito, para dirigir su voz a los creyentes, comienza invitándolos a hacer una invocación al Dios que adora, a fin de que descendiendo la divina gracia sobre sus almas las inunde en los sentimientos



DR. ALFREDO ZAYAS
Presidente electo de la República

más puros de su religión, de igual suerte, en este recinto y ante este concurso llamado a venerar el nombre del excelso guerrero, del padre de la patria, yo también os invito a que

invoquemos a nuestro Dios, que es la Patria, y a nuestra religión que es el patriotismo, al pronunciar su nombre... (Aplausos prolongados interrumpen al orador.)

para que al resonar s unombre en nuestros oídos, para que al reverdecer su recuerdo en nuestra memoria, para que al batir nuestro corazón henchido de purísimo sentimiento, de amor y de veneración, estén nuestras almas limpias de toda escoria humana, de toda pasión miserable, de todo lo que es pequeño e innoble, y como las flores fragantes, al beso del aura, para recibir en su cáliz el fecundante rocío de la noche, se abran para llenarse de unción y de cariño... (Aplausos).

Yo ocupo este lugar porque la Comisión organizadora de esta fiesta conmemorativa me ha designado para ocuparlo, no porque yo me juzgue con fuerzas bastantes, ni encuentre en mi inteligencia conceptos suficientes, ni en mis palabras acentos bastante elocuentes, para venir a invocar, ante vosotros la figura del ilustre desaparecido, ni para relataros sus hechos prodigiosos. Así, pues, excusad mi insuficiencia y dispensadme vuestra benevolencia, jamás desmentida, como que ea ells es signo evidente de vuestra cultura reconocida, y perdonadme que en cumplimiento de este deber, y que en el lleno de ese encargo, yo os distraiga algunos instantes haciendo no una biografía del ilustre General Máximo Gómez, ni trayendo aquí su nombre, como bandera de ideas particulares, de un grupo o de elementos de nuestra sociedad, sino que a grandes rasgos, trace ante vuestros ojos las líneas principales de esa vida plena de heroismo, y os recuerde sus actos, no con el objeto de que lloremos juntos su muerte, sino con el fin más trascendental de que rememorando sus virtudes cívicas procuremos imitarle, hacernos dignos de ensalzarlo y dignos del nombre de cubanos.

Yo entiendo que no es el culto de los muertos, cuando se limita a llorarlos, cosa que a los pueblos convenga. El llanto enerva, el llanto debilita, el culto de los muertos no puede ni debe consistir en los pueblos libres, y dignos de la libertad, sino en hacer surgir en determinados instantes de la tumba obscura en que yacen sus huesos, sus figuras venerables, y presentarlos

a los hombres de la generación existente como ejemplos de virtud dignos de ser imitados y apreciados, a fin de que puedan trasmitirlo a sus hijos y a los hijos de sus hijos por generaciones sin fin, para bien de la patria y para honra de aquellos mismos que nos precedieron en la senda de la virtud y del triunfo.

Porque nosotros tuvimos la dicha de escucharle muchas ocasiones en este salón, donde hoy se levanta mi voz desautorizada para hablar de sus hechos y evocar su memoria; tuvimos la dicha de escucharle, siempre inspirado en el amor de la patria, siempre anheloso de robustecer la República de que podía considerarse padre; siempre inspirado en el amor a sus compatriotas, que los cubanos lo éramos en su corazón, y hemos oído desprenderse de sus labios sanas doctrinas y consejos prudentes; y sobre todo, en ocasión solemne y crítica de augurio pavoroso de porvenir triste y sombrío, también, aquí lo escuchamos, levantándose erguido, enhiesto como palmera que desafía al rayo alzando su penacho al alto cielo, para decirnos: siento los latidos de una revolución, y es necesario que no haya revolución, por el bien de la patria, por el bien de la República, y por el bien de los cubanos todos. (Aplausos.)

El General Máximo Gómez no nació enCuba. La Isla vecina de Santo Domingo, aquella que tantos hombres de valor mandó a los campos de Cuba para ayudar a sus hermanos en la empresa árdua de conquistar la independencia, tuvo la dicha de que en ella se meciera la cuna del héroe ilustre.

Aquella tierra de Quisqueya ha debido sentirse enorgullecida, de ser la madre de tan excelso prohombre.

No en vano, cuando después de la independencia cubana llegaba él a las playas de la tierra natal, sus habitantes todos lo recibían con júbilo inmenso, y el Sr. Deschamps, encargado de llevar la voz por los conciudadanos de Gómez, le decía: Santo Domingo en estos instantes se estremece de júbilo y de orgullo al sentirse hollada por tu planta ¡oh paladín, resurrección de la epopeya!; pero Cuba es también su patria, el sol de Santo Domingo, ese mismo sol ardiente del trópico que cruza la esfera

celeste sobre nuestras cabezas, es cierto que besó con sus rayos de oro su frente de niño; pero también besó con sus ígneos rayos sus canas en los campos de batalla de nuestra patria irredenta; es verdad que allá en la tierra dominicana sus progenitores duermen el sueño eterno bajo el césped y las flores; pero no es menos cierto que acá, en la tierra cubana, en esta tierra bañada por la sangre de tantos héroes, y las lágrimas de tantas mujeres, duermen también, en su seno hospitalario, los restos queridos del hijo sacrificado en aras de nuestra independencia y de nuestra libertad.

Y yo no sé, señoras y señores, a qué lugar del mundo tendería más su corazón amante, en los instante en que pudiera titubear; si hacia aquella tierra amada en que sus padres duermen, o hacia esta otra, no menos amada, donde carne de su carne y huesos de sus huesos arrastra la savia fértil de sus arterias ocultas. (Aplausos.)

Máximo Gómez, enlazado con una cubana, cuyo mejor elogio puede consistir en que digamos que era digna esposa de hombre tal, apenas saltaron en Cuba las primeras chispas de la Revolución de Yara, a poco que en los campos inmortales de la Demajagua se diera al aire la bandera tricolor de Carlos Manuel de Céspedes, acudió riifle al hombro allá donde su deber le llamaba, a procurar para sus hijos cubanos una patria libre, una patria digna, una patria independiente.

Y él, que reunía condiciones reconocidas de militar, llegó, allá, y este es un rasgo de su carácter en múltiples momentos repetido, llegó allá, sin otra ambición, ni otro propósito, ni otra demanda, que el servir a la causa de la independencia como un soldado cualquiera, como uno de tantos; y sus primeros actos los realiza como Sargento en las fuerzas revolucionarias. Al poco tiempo sus méritos se revelan, sus méritos se descubren, ellos mismos surgen, como no es posible que se oculte en su propio follaje la violeta, pues su perfume la denuncia, y el viajante sabe que la ha de encontrar allí bajo las verdes hojas, donde su aroma difundido en el ambiente manifiesta que está oculta. Y él también reveló sus condiciones de soldado, y su

nombre desde entonces pudo decirse que se hizo inmortal en nuestra historia.

En aquella famosísima acción, en aquella batalla de 1869, que los historiadores cubanos llaman de Baire, que los militares españoles denominaron de las Ventas de Casanova, allí el General Gómez dió por primera vez en la historia, para repetirse después, en las ocasiones más sublimes y más épicas de nuestras guerras, la famosa carga al machete. Allí, por primera vez se encontró el veterano español, en el pasmo del asombro, arrollado, aniquilado, desesperado de toda salvación, ante el relampaguear insólito de aquellas cintas de acero, que vibraban en los nervudos brazos de nuestros valerosos campesinos. (Grandes aplausos.)

Puede decirse que el General Máximo Gómez fué el primero que utilizó ese medio de combate, asombroso más que por el estrago que hiciera, por el valor indómito y por la temeridad extraordinaria demostrados en los que lo utilizaban.

El Jefe de las fuerzas españolas no pudo menos que reconocerlo así, en el parte que diera a sus superiores, después de aquella extraordinaria acción. En ese parte famoso expresa su asombro, expresa su estupor, al ver a aquellos hombres lanzarse sobre las mortíferas bocas de los fusiles empuñando el relampagueante machete; ese machete que ha venido a ser el símbolo de la redención de Cuba, ese machete que ha venido a ser el arma típica del cubano; ese machete que envainado después de las batallas por la independencia y por la libertad, parece que él solo trata de salirse de su vaina... (Grandes y prolongados aplausos) cuando la libertad y la independencia pueden peligrar. (Nuevos aplausos).

Desde ese momento, el nombre del General Máximo Gómez se repite constantemente a la par de otros nombres ilustres de nuestra guerra de 1868 a 1878, en las batallas más recias y más crudas de aquella década verdaderamente épica; en las Guásimas, en Palo Seco, en Naranjo, en Moja-Casabe y en tantas y tantas acciones guerreras, que sería fatigar vuestra atención

por más que ellas en vuestra memoria están grabadas, que yo intentara aquí enumerar todas o siquiera la mayor parte de las mismas. Su nombre traspasa el cinto azul que los mares antillanos ciñen a la Isla que en el seno del Anáhuac se extiende y en alas de la fama llega a las naciones todas que saben entonces que en los campos de Cuba hay un verdadero guerrero, un militar estratega consumado, y por encima de esas cualidades patriota convencido e inquebrantable. Y cuando después de terminada la epopeya de la década de 1868 a 1878, la paz del Zanjón pone término a esa sangrienta revolución, el General Máximo Gómez se retira pobre, pero honrado, sin riquezas, pero envuelto en la ola de admiración y cariño de los cubanos, a su hogar, siempre modesto, y allí labora en la paz, con el pensamiento fijo en la redención de Cuba, pensamiento que no lo abandona un instante de tal modo, que en una carta que en 1893 dirige a otro cubano después de tratar de otras materias, concluye augurando que en día, quizás no dilatado, volverá a surgir el ideal de Cuba en los campos de batalla, ,y para entonces él espera el triunfo, si hay una condición: estar los cubanos unidos.

Y en 1895, cuando el Apóstol, cuando el infatigable Apóstol de la independencia, José Martí, tocó a las puertas del guerrero, él responde inmediatamente al llamamiento, él está allí en su puesto, y no lo detiene la única recompensa que Martí le ofrece. Vosotros recordaréis aquella frase famosa del ilustre Martí, cuando llamando al General Máximo Gómez para que venga a encender de nuevo la guerra en los campos feraces de la Gran Antilla, le dice: "Yo no puedo ofreceros otra cosa más que la probable ingratitud de un pueblo". Y el General Máximo Gómez acepta esa oferta de Martí, y en débil barquichuelo, unido a varios compañeros, titanes de nuestra gloriosa revolución, llega a las campiñas cubanas, esperando ese premio que en parte ha obtenido: la ingratitud del pueblo. (Aplausos.) Y he dicho en parte; yo no he dicho que haya obtenido la ingratitud de un pueblo. ¿Cómo podía decir tal cosa, si yo que conozco perfectamente al pueblo de Cuba, si yo que he

procurado bajar siempre la cabeza para poner el oído en la tierra y escuchar las palpitaciones internas de mi pueblo; que he querido siempre descender a la plaza pública para escuchar lo que dice el hombre de blusa que por ella transita; si yo que he procurado ir al taller donde resuena el yunque, o donde el obrero encorva la espalda e inclina la frente sudorosa sobre la mesa de su labor, para poder saber qué es lo que piensa el proletario; si yo que he procurado penetrar en el hogar santificado de nuestras familias para saber qué es lo que piensan las matronas virtuosas cubanas y las hijas preciosas de mi patria, y en todas partes, menos en algunas mansiones que abrillanta el oro y el orgullo cierra .. (Grandes aplausos interrumpen al orador.)

Y en todas partes, menos en algunas mansiones donde cortina de seda detienen el Sol, donde el tapiz apaga la pisada. y a donde no llega ese confuso clamoreo que asciende de las masas populares como el despertar bullicioso de un enjambre, donde no llega ese clamoreo vivificante en donde va la queja, la aspiración, el lamento y el himno del trabajo, como sube en la soledad del océano a lo alto del empíreo el himno de las olas que se mecen y columpian y cantan eternamente al Hacedor: allí nada más no he podido escuchar su nombre repetido con amor, y allí nada más no he podido sentir latidos de los corazones amantes, envolviendo su recuerdo en efluvios de amor de admiración y de gratitud. (Aplausos.)

¿Cómo podría yo hablar de la ingratitud de un pueblo. cuando nosotros hemos presenciado los dos actos solemnes en que el pueblo de la Habana, ¿qué digo de la Habana?, en que el pueblo de Cuba, se ha desbordado como un mar turbulento por nuestras calles? En una ocasión aclamándolo con gritos de júbilo, que resonaban en el espacio como el canto magnífico del bosque al violento columpiarse de su ramaje, por las ráfagas de la tempestad agitado y sacudido. (Aplausos.)

En una ocasión, cuando su corcel de batalla seguido de un puñado de sus bravos, penetró por las calles de la Habana,

¡ah!, vosotros recordaréis aquellas oleadas del pueblo; vosotros recordaréis aquel aglomerarse a su paso, aquel afán por besar sus vestidos y su mano, aquel abrazarlo nuestras hermanas, aquel saludarlo nuestros corazones inclinados a su paso, como rindiéndole el holocausto de nuestro amor y de nuestra admiración.

Y vosotros recordaréis la otra ocasión solemne. Entonces lo despedíamos, entonces no recibíamos al victorioso, sino despedíamos al vencido por la mano dura de la implacable segadora de nuestras vidas. Aquellos restos inanimados marchaban en medio del hormiguear de un pueblo; aquellos restos fríos adquirían quizás calor por el afán de que infiltrarle nuestra sangre y nuestros alientos y nuestras vidas teníamos todos los que circundábamos su fúnebre atúd, y era conducido a la mansión donde el sueño no tiene despertar, a la mansión donde la noche tiende para siempre su velo sombrío y no hay aurora que sonrose el horizonte, no en hombros de su pueblo, pero no os quepa duda que sobre nuestros corazones oprimidos, tristes y dolorosos bajo el peso, para nosotros doblegante, de sus restos mortales y bien amados. (Aplausos.)

¿Y cómo sería posible, además, pensar que el pueblo le pagara con ingratitud cuando nosotros tenemos en estos momentos un ejemplo de lo contrario? ¿No nos hemos congregado aquí, como en el templo los creyentes, aquellos que tenemos grabado su nombre en el corazón y su recuerdo en la memoria? ¿No hemos venido aquí a una simple invitación para rendir el testimonio de nuestra veneración, y conmemorar en este primer aniversario de su muerte su nombre y su recuerdo? ¡Su muerte! yo n oos diré todo lo que su muerte puede significar en nuestra patria, pero yo sí os puedo decir, interpretando el sentimiento general, que el día que él moría, que el día que cerró sus ojos para siempre, todos los corazones patriotas se estremecieron, se acongjaron, y a la manera que el gran poeta italiano pintaba a la Tierra inmóvil un instante y atónita al cerrar sus ojos el coloso de Jena y Austerliz, así también podíamos decir que nuestra sangre dejó de correr por

las ocultas arterias, durante algunos instantes, sobrecogidos de pavor, de espanto, de duda, de incertidumbre, sobre la suerte de nuestra desgraciada y bien amada patria. (Aplausos.)

Porque, señoras y señores, los restos de un hombre eran los que se ocultaban bajo la capa de tierra que manos piadosas sobre ellos tendían; los restos de un ser humano eran los que volvían al seno amante de nuestra madre común; pero ¿quién puede augurar qué es lo que esos restos consigo llevaban, cuál era el papel que aquel hombre representaba en el seno de esta sociedad conturbada, cuál era la misión que cumplía, qué grandes y qué sagrados intereses del pueblo, legados por la Revolución, estaban entonces en sus manos, como albacea de la misma, para evitar que se mistificase, para que no se corrompiese, para que no desapareciera de nuestra tierra esa independencia tan amada, que no puede cimentarse sino sobre la justicia, la igualdad, la fraternidad y el respeto sobre todo a la ley? (Aplausos prolongados.)

Porque ese hombre, militar en la guerra, no era un militar en la paz, era un ciudadano. Ese hombre extranjero por su nacimiento, era un cubano por sus actos todos. Ese hombre tenía una cualidad que él señalaba en una carta notable en que describe a aquel General valiente que se llamó José Maceo: la cualidad de decir la verdad, por lo cual decía él de José Maceo: parecía amargo. Y él, que era lo mismo, parecía amargo, parecía áspero, parecía rudo, pero era porque amaba la verdad; él era, a semejanza de José Maceo, de quien ponderando el valor y la temeridad sin límites, decía Máximo Gómez: admiré su valor, comprendí su generosidad y me llenó de admiración y de cariño por aquel General, porque lo veía temerario en el peligro, valeroso en el combate, firme en sus convicciones y al propio tiempo amante de la mujer y de los niños. Esas frases de Máximo Gómez, refiriéndose a José Maceo, se aplican perfectamente a él: generoso hasta el extremo, valeroso sin límite, temerario en el combate, y en el seno de la paz amigo de la mujer y amante de los niños.

Y los hombres que reunen en sí esas cualidades al parecer

tan contrapuestas, los hombres que pueden derramar la sangre y arrancar la vida cuando de batirse por una idea se trata, y al encontrarse en el seno del hogar, depositan ósculos amantes en la frente tersa de la niñez inocente, esos son hombres escogidos y señalados para llevar a los pueblos al progreso, o para llevarlos al heroismo y a la victoria. (Aplausos.)

En la guerra de 1895, el General Máximo Gómez completó su gloria. Es verdad que los hombres valerosos y los guerreros insignes, ora los adiestrados en la guerra anterior, ora los improvisados en los combates de esta última, surgieron numerosos a su alrededor; es verdad que en todos los confines de la Isla encontró capitanes que le secundaran admirablemente, que llenan páginas de extraordinaria brillantez, ¡cómo podría yo negarlo, ni cómo yo podría dejar de mencionarlo, si aquí mismo, en este recinto, estáis vosotros contemplando hombres a quienes son aplicables mis palabras! Pero el General Máximo Gómez, completó su gloria porque él principalmente fué el autor, el inspirador, el director, de esa invasión extraordinaria, de ese acto guerrero, sin igual en los fastos de la Historia, avanzada de las fuerzas irresistibles de una revolución pujante, desde las cúspides elevadas del oriente lejano hasta las vegas feraces de la valerosa provincia pinareña.

En ese acto demostró al mundo su valer, y yo tengo precisamente en mi poder una carta en la cual se excusa de asistir a este acto, asociándose al mismo, el notable militar y político español D. Nicolás Estévanez, en la que manifiesta que a más de los inmensos méritos del insigne difunto General Máximo Gómez, él, que fué soldado, admira extraordinariamente sus condiciones de estratega y de maestro en las artes militares. Máximo Gómez dirige esa marcha, vertiginosa y triunfante, a través de los campos cubanos, y realiza aquella oferta, que a muchos pareciera baladronada, de traer los corceles de batalla de las fuerzas cubanas, a beber el agua límpida del Almendares.

... ...

Y porque una ocasión un periódico de esta Capital publi-

có una caricatura en que quería presentársele quitando de la silla presidencial al ciudadano que la ocupa, y colocándose en la misma, hay testigos en este salón de lo que pasó en el ánimo del General Máximo Gómez. Esa tarde al llegar a su casa, momentos antes que nuestro amigo el Sr. Juan Gualberto Gómez, lo encontré inquieto y disgustado, y me dijo: Si aquí en Cuba se llega a suponer que yo puedo proceder por un interés personal en lo que a Cuba interesa, me voy para Santo Domingo, abandonando esta tierra que tanto quiero, y me llevo a mi familia antes que pueda pensarse por los cubanos que a mí me mueve un interés personal en ningún acto de mi vida pública. (Aplausos.)

Y trabajosamente el Sr. Juan Gualberto Gómez y yo le convencimos de que aquello no tenía la importancia que él, en su afán de permanecer alejado de toda sospecha de interés particular, quería atribuirle a aquel chiste del autor de la caricatura. Eso pinta el estado de ánimo constante del General Máximo Gómez.

... ...

Su nombre no puede perecer en Cuba, su memoria no puede desaparecer entre nosotros, antes al contrario, yo os confieso que hay momentos, momentos tristes y angustiosos, en que el recuerdo de aquella tarde, de aquella tarde, de aquella tristísima tarde, en que en una casa del vecino barrio del Vedado cerraba sus ojos rodeado de los suyos y de sus amigos, el Caudillo de nuestra Revolución, y el Sol de Cuba se hundía en ese instante detrás del mar azul, rizado y salpicado de espumas; en ese instante en que la naturaleza, indiferente, nos hizo a nosotros el efecto de que teñía el cielo con palidez sombría, y que el astro rey al ocultarse tras las aguas del océano derramaba lágrimas candentes; en que se nos figuraba que las aves habían suspendido su vuelo en la atmósfera, las nubes se habían detenido absortas en su curso; los árboles inmóviles, sin un murmullo; las flores sin aroma, los corazones sin latidos, el cerebro sin pensamiento, la voluntad sin fuerza; el recuerdo de esa tarde triste y sombría, os aseguro que surge a veces en la

noche silenciosa, cuando allá en el recinto augusto del hogar, puesta la mano en el pecho y el pensamiento en la patria, nos parece que con aquel Sol se hundía la libertad, y que aquel muerto se llevaba la idealidad cubana, esa que sostuvo de pié contra la tempestad, la fatiga, el hambre y la discordia a tantos y tantos valerosos que sellaron con su sangre el suelo amado de la patria, y sembraron con sus huesos, sus bosques seculares, y que ella, la idealidad bendita, en el recinto estrecho de su fúnebre sarcófago se ha sepultado para siempre en sima profundísima del suelo de nuestra patria idolatrada, donde acaso jamás se entone el "resurrexit".

Y en los instantes en que la estrella se nubla, en que la tempestad zumba lejana, en que nuestro cerebro se conturba y nuestro corazón patriota se acongoja; cuando se nos figura que aquí en nuestra patria, se nos niega un pedazo de tierra y un pedazo de pan, cuando pensamos que no somos tan herederos de su gloria como otros que la disfrutan; que no somos tan hijos de esta tierra donde nuestros padres duermen, como otros que la huellan acaso con indiferencia criminal; en esos instantes resurgen esos restos venerables, resuenan aquellas palabras de acero vibrantes, y caen en nuestro corazón como gotas de cera ardiente, despertándonos del marasmo, levántandonos el ánimo y reviviendo a la esperanza como el prado agostado y yermo tras las lluvias primaverales que le devuelven su verdura, donde las brisas en suave ondulación cantan y sonríen. (Aplausos.)

Decía un orador cubano que al pasar frente a la estatua de aquel que en Dos Ríos rindiera el alma, los fríos restos del General en su caja funeraria, un diálogo misterioso, sin palabras, o tan ténues, que sólo los oídos avivados por el patriotismo purísimo, pudieron recoger, se entabló entre aquél que el mármol duro representa en nuestra plaza pública, y el que en aquellos instantes yerto cruzaba por la ancha plaza en hombros que lo conducían al reposo eterno. Yo no os lo voy a repetir; bien conocido es. El Maestro, el Apóstol, preguntaba al

guerrero, padre de la patria que llegaba del mundo de los vivos a la región de los que ya no son; cómo había dejado esta república, hija de sus dolores, hija de sus angustias, hija de su propia sangre...

Ah! yo no puedo ni debo en estos instantes, señoras y señores, que no es propio de este lugar, ni encaja en esta ocasión, parodiando aquel diálogo que el ilustre orador de referencia, honor de nuestro Senado, ponía en labios de los dos ilustres desaparecidos, deciros qué es lo que si él le preguntase habría quizás de contestarle aquel de nuestros conciudadanos que abandonando en estos momentos el mundo de los vivos fuera allá, al mundo del no ser, y encontrara su espíritu inmortal; pero al escucharlo él, que fué siempre centinela avanzado de nuestra independencia, cuidadoso, vigilante de la existencia de nuestra República, amante sin límites de los ideales de aquellas generaciones cubanas sacrificadas, habría quizás de pensar que si él pudiera, como se decía hace breves momentos en inspiradas estrofas que revolaban por este recinto como mariposas de oro, si él pudiera, por mágico conjuro, aparecer un instante nada más ante nuestra vista, y así volver a nuestros corazones el fervor patriótico que parece que se apaga; restaurar en nuestras almas el amor a la libertad y al derecho que parece que se amortigua... ¡ah! yo estoy seguro que sus restos habrían de salir de su sudario, sus pasos resonarían en este salón, su busto erguido se levantaría tras de esa mesa, su palabra acerada vibraría, y habría de decirnos como en noche memorable: no, no procedamos como débiles mujeres; separémonos llevando en el corazón un acuerdo... (Grandes y prolongados aplausos interrumpen al orador) el de salvar a todo trance la república y la independencia, cimentándola en la justicia y la dignidad. (Estruendosa ovación.)

UNA CARTA DEL LIBERTADOR

Remedios, 5 de Febrero de 1899.

Sr. Eugenio María Hostos.

Estimado amigo:

Tengo recibida su muy atenta carta fecha 21 de Enero próximo pasado. Ya tenía noticias de que Ud. se movía enérgicamente en el sentido de salvar la angustiosa situación de Puerto Rico, que por artes diplomáticos pasa de Colonia española a tierra conquistada por los americanos.

La tristeza suya, que es la de su Patria ha sido también dolor para nosotros. Los antillanos somos doblemente hermanos y el amor a la tierra nativa alcanza por igual a las tres islas enclavadas en el cruce de dos mares y llamadas a un gran porvenir si sus hijos sabemos inspirarnos en toda justicia y rectitud.

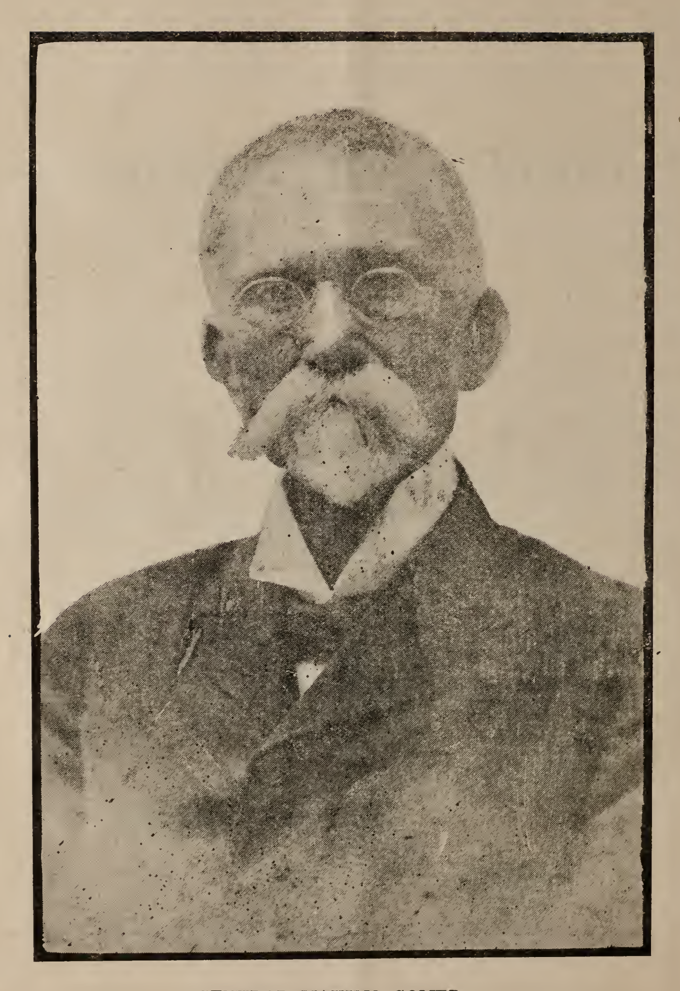
Cuente Ud. amigo mío con todo mi apoyo para la obra antillana. Estoy a su lado no escatimaré mi esfuerzo decidido a la libertad de un pueblo hermano. Cuenten Uds. con mí espada dispuesta siempre al servicio del derecho y a la defensa de las causas justas y santas.

Siempre de Ud. buen amigo.

General Máximo GOMEZ.

De la "Compilación Bibliográfica" sobre la vida del General Máximo Gómez".

Obra en preparación por el
Dr. Gómez Toro.



GENERAL MAXIMO GOMEZ

MAXIMO GOMEZ

La espada que hace más de treinta años desenvainó este hombre extraordinario por la causa de la libertad del pueblo americano de Cuba, vuelve ahora a su vaina después de logrado el ideal que parecía inasequible a los que aquí aspiraban a ser tenidos como hombres de estado, y fungían como tales.

Durante la guerra de 1868 a 1878, como durante la guerra de 1895 a 1898, Gómez aparece ocupando sin contradicción de nadie, el más alto puesto del Ejército Libertador.

Se debía justicia a este insigne guerrero y esclarecido patriota, y los cubanos se la hacen plena y cumplida, no quedándose a la zaga de los extranjeros que han preconizado las cualidades eminentes de este anciano incomparable.

Gómez es una figura resplandeciente en la historia de la libertad. El consenso universal lo coloca por encima de la generalidad de nuestros conspícuos batalladores.

Agramonte lo igualaba en valor y austeridad. No lo igualaba en capacidad militar. Maceo lo igualaba en intrepidez y lo superaba en popularidad, pero no poseía el genio del hombre más grande que ha producido la isla de Santo Domingo. Calixto García fué un general habilísimo y un político sagaz; pero sus talentos estratégicos no tenían el vigor y la amplitud de los de Gómez.

Indiscutiblemente el General en Jefe de las fuerzas cubanas es un hombre de méritos excepcionales. Los hechos de armas más famosos de la cruenta lucha de los diez años, fueron concebidos y ejecutados por él, y él fué el que supo sostener, durante un decenio, una contienda terrible, en la que las ventajas todas estaban de parte de España, y las desventajas todas de parte de la Isla infortunada y heróica

LAS ANTILLAS

Los veinte años transcurridos desde la paz del Zanjón no debilitaron la potencia intelectual de Gómez ni su cariño profundo a esta tierra que lo venera apasionadamente.

Cuando en 1895 se supo que Gómez había desembarcado, en unión de Martí, en el extremo oriental de la isla, un estremecimiento eléctrico recorrió a todo nuestro cuerpo social, porque todos se dieron cuenta inmediatamente de que desde ese día, por siempre memorable, iba a cambiar, como así sucedió, el curso de los sucesos.

Con la llegada del egregio soldado se acabaron las vacilaciones. "Lo de Baire" se trocó bien pronto en poderoso movimiento revolucionario, y la invasión del Camagüey consternó a España y a su gobierno, tanto como regocijó a Cuba y a los patriotas.

Pero la obra magna de Máximo Gómez fué la genial concepción y la ejecución perfecta de la invasión de las provincias occidentales. Gómez asombró al mundo militar con esta hazaña portentosa, y no hubo historiador que no recordase la invasión de Cartago por Escipión el Africano y la invasinn de los Estados conferedados por Sherman, colocando a nuestro héroe a la altura de los ilustres generales.

Con este hecho admirable, Gómez reveló al mundo la Revolución cubana; hizo que en ella se fijase la atención de las dos Américas y con un golpe tan terrible asestado contra España, aseguró el éxito del movimiento libertador. Al lado del resultado material, obtuvo el gran soldado este otro trascendental resultado moral: la absoluta identificación de nuestro pueblo con la idea y el sentimiento de la emancipación.

Ante este anciano glorioso, ante ese hombre eminente, ante ese espíritu recto, ante esa austera conciencia, ante ese valor estupendo y sereno, ante esta ciencia estratégica, ante servicios tan excelsos y abnegación tan alta inclinémonos con la cabeza descubierta. La historia de la redención de Cuba se personifica y encarna en este invicto caudillo. Aclamemos y reverenciemos a esta gran gloria de América y de Cuba.

Gastón MORA.

EL GRAN CAUDILLO

(SUS DOTES COMO MILITAR Y HOMBRE CIVIL)

¿Qué impresión me produjo Máximo Gómez?

—Voy a tratar de definirla. En los primeros momentos, me costó trabajo convencerme de que tenía delante un militar, y un militar famoso. Ningún esfuerzo en cambio me habría costado imaginar que era un veguero o un sitiero de Cuba, venido no sé a qué a las márgenes del Hudson. Pero a poco de fijarme en su rostro y en su modo de ser y de expresarse, iba yo observando en él la asociación perfecta de dos hombres distintos: uno, que pudiéramos llamar civil, compuesto de cualidades sólidas, aunque no brillantes: la sensatez, la rectitud, la bondad, la sensibilidad, la modestia; y otro, severo, rudo, autoritario, seguramente el militar. Cuando el primer hombre domina, tenemos a Máximo Gómez bonachón y complaciente, amantísimo padre de familia; que escribe cartas que deleitan por la cordura de las ideas, la delicadeza de los sentimientos y la llaneza del estilo; que sabe sonreir y hasta llorar; probo, sobrio hasta la austeridad, generoso y humano hasta el sacrificio de sí mismo en pro del bien ajeno, en aras de los bellos ideales, y agradecido hasta el punto de legar a sus hijos sus deudas de corazón, para que sigan pagándolas a los hijos de sus benefactores. Este es el verdadero hombre, el natural. Cuando le toca dominar al otro, al militar, la transformación es súbita. Como en el terreno de la fuerza hay que ser fuerte, Máximo Gómez, con el poder de su voluntad, hace que el hombre modesto y sensible se repliegue y ceda el puesto al inflexible y autoritario. Entonces la frente se alza, los pardos oji-

llos se secan y lanzan chispas, los músculos se recogen como para saltar, los labios se contraen bajo el bigote espeso y de ellos parte la voz breve, la voz dura, despótica e irresistible, la voz de mando, la voz del General. ¡Ay del subalterno, del audaz que la desoiga! La disciplina, hecha carne y hueso, lo agarra por el cuello y lo dobla hasta quebrarlo.

Cuanto al hombre que llamé civil, es curioso observar la personalidad un tanto literaria que le presta su sola sinceridad. Máximo Gómez no ha tenido preparación para escribir: su educación escolar, según confiesa él mismo, apenas pasó de la instrucción primaria. Y sin embargo, el General, que escribe con bastante complacencia, se hace leer siempre con gusto y a ratos con admiración. De mí sé decir que me atraen sus escritos, porque en ellos veo, invariablemente, a través de la poco atildada pero sencilla frase, la imagen serena de un hombre bueno, justo, veraz, afectuoso y algo soñador. Como siente noble y hondamente, por la mera sinceridad de la expresión llega amenudo a la elocuencia.

Pero el aspecto principal de Máximo Gómez es el militar. Ese hombre tan bien dotado para la vida íntima del hogar, para el ejercicio modesto de la ciudadanía y para el comercio cariñoso y honrado de los hombres, es—¿quién lo creyera?—un militar de primer orden. Su inteligencia posée en alto grado la penetración y la astucia, la previsión y la invención, así como su corazón contiene en grado heróico la entereza y el valor, la fe y el entusiasmo, la constancia y la paciencia: facultades—aquéllas y éstas—indispensables para dirigirse y vencer en las luchas de importancia...

Diego V. TEJERA.

AL PUEBLO CUBANO

Para andar más pronto el camino de la organización nacional, elegid para directores de vuestros destinos a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en la lucha por la independencia.

Debéis ser atinados en la elección de ministros, administradores de los intereses del país, que no alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas antes que las espigas maduren en abundancia en los campos de la patria que habéis regado con vuestra sangre por hacerla libre.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras que la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra, que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo; ni pretendáis más, porque os llevaría a la anarquía: la observancia estricta de la ley, es la única garantía para todos.

Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzó el sublime ideal, un abrazo fraternal que apriete y ligue para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear a este pueblo de majestad. Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite, para que la obra quede completa. Al aproximarse a las tumbas gloriosas de compañeros a depositar la "siempreviva" junto con una lágrima de guerrero, es preciso en esa hora piadosa llevar el alma pura de rencores.

Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni los que se crean más meritorios los ensoberbezca y ciegue el orgullo, pues por ese camino casi siempre se han perdido muchos hombres que principiaron siendo grandes y acabaron siendo pequeños. No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz, puesto que la palabra "Ley" es la única que debe decírsele al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma ley.

Se tiene que dejar de oir el relato de pasadas hazañas Todo eso cumple a la majestad de la historia; porque si no, se mortifica, a los que debiendo, no supieron ejecutarlas, y aparecería como un cargo que los invita y predispone a los espíritus a la desunión o a la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la patria y ayudados por tres factores poderosísimos, el trabajo, la educación y las buenas costumbres—la mejor higiene para preservar el alma y el cuerpo de amargos dolores—Cuba será próspera y venturosa.

Mientras tanto si yo no caigo en lo que falta de la lucha y cuando me vea tranquilo en un rincón de mi patria, pediré siempre para Cuba las bendiciones del cielo.

Máximo GOMEZ.

MAXIMO GOMEZ

¡Emulo de Bolívar! En la Historia
Tu nombre rabrá de ser una alborada:
¡El sol es un reflejo de tu espada,
Y tu espada es un átomo en tu gloria!

Se purifica la mundana escoria
Con tu austera figura inmaculada,
E igual a una mujer enamorada
Va siguiendo tus pasos la victoria.

¡Aún te sobra vigor! Tu brazo es fuerte:
Céspedes y Agramonte, conmovidos,
Tan grande y noble y generoso al verte,

En una misma aspiración unidos,
Desde el umbral de luz que hay en la Muerte
Te esperan con los brazos extendidos!...

Bonifacio BYRNE.

MAXIMO GOMEZ

Después de algunas horas de haber yo conocido a Máximo Gómez, en aquel rústico templete—seis arcos de madera en que se apoya un techo—construído por uno de sus últimos admiradores, empecé pronto a explicarme el secreto de los éxitos de esta Revolución.

"El Viejo"—así lo llaman en toda la isla—es una superioridad, es la fascinación y el terror, porque él os adivina antes que vosotros habléis, os fulgura sin piedad ninguna toda hipocresía, aunque sean aquellas comunmente toleradas, os tritura toda convención social, más querida, os dice la verdad con una crudeza áspera que os hiere. Ante él sentís que debéis tener el carácter sólido, la voluntad derecha y firme como una espada, la conciencia de cristal, y carácter, voluntad y conciencia ciegamente sometidas a su mando—aún cuando la educación os haya vuelto el carácter flexible a las oportunidades, la voluntad sujeta a las influencias de la sugestión, la conciencia reverberante a las cualidades del ambiente y el criterio del libre examen os invite a discutir razones.

Y si no sentís tanta fuerza, alejáos, porque si nó, no tardará mucho en golpearos el rigor de su inflexibilidad, aunque no seáis soldado y seáis digno de la consideración más distinguida, con una mortificación pública, sin respeto ninguno, a veces le basta una frase sola, a veces una acusación seguida de su condena pronunciada en pié y que se siente con la intensidad del respeto popular, hecho veneración que rodea a este hombre que hoy es la historia y la leyenda de Cuba libre, y repre-

senta la gloria de treinta años de pelea sin reposo y sin una vergüenza para un ideal de justicia.

Puritano intolerable, impone el más celoso cuidado para los seres débiles: la mujer, el anciano, el niño. La más ligera falta contra éstos es severamente castigada. Los niños excitan en él una ternura suavísima que lo hace repentinamente tan benigno y dulce que el hombre parece transformado. En su pequeño equipaje encontré un solo objeto de lujo: un álbum de fotografías de niños.

Dr. Francisco Federico FALCO.

El Sol de las Antillas

PARENTESIS LIRICO

A mi amigo D. Manuel Elzaburu.

Ligera hiende la nave
del mar el líquido seno,
y entre las ondas avanza
con gallardo movimiento.
Reina la calma, y abordo
sólo interrumpe el silencio
la sentida barcarola
de algún cantor marinero,
y los trémulos latidos
y el acompasado estruendo
del hélice, que palpita
cual corazón gigantesco,
dando impulso, fuerza y vida
al negro mónstruo de hierro.

A solas con mi tristeza,
desde la nave contemplo
del astro-rey moribundo
los ya fugaces reflejos,
que sobre las pardas nubes
fingen matices sangrientos.
El buque hácia el Norte sigue
su constante derrotero;

la sombra hacia el buque avanza,
y á presidir el encuentro
llega la noche, y en torno
tiende su lúgubre velo.

Ni una estrella se distingue
sobre el fondo ceniciento
de la bóveda celeste,
envuelta en vapores densos.
¿Qué fué del cielo antillano,
de aquél primoroso cielo
siempre azul, siempre apacible,
siempre diáfano y sereno?
¿Dónde está su gala? ¿Dónde
los diamantinos destellos
de sus estrellas hermosas?
¿Dónde el matiz pintoresco
y los prodigiosos tintes
de sus celajes espléndidos?
¿Dónde aquel sol rutilante,
á cuyo influjo benéfico
se llena el campo de flores,
se impregna de aroma el viento,
entonan las avecillas
sus trinos y sus gorgeos,
y es eterna la armonía
como es el verano eterno?

¡Ay, que la rápida nave
traspuso ya los linderos
de aquella región querida,
de aquel deleitable suelo,
y va impasible, callada,
buscando en rumbo certero
las brumas septentrionales,
la triste región del hielo,

donde es más negra la noche,
y es el sol más macilento,
y hay más reposo en la mente
y menos fuego en el pecho!

Ya la brisa bienhechora
que, en el jardín borinqueño,
de mi acalorada frente
calmaba el ardor extremo
y jugaba entre mis rizos
y me arrullaba en mi sueño,
cesó en sus dulces caricias,
trocóse en helado cierzo,
mi rostro, implacable, azota,
la sangre hiela en mi cuerpo,
entorpece mis sentidos,
acorta al númen su vuelo
y en negra melancolía
sumerge mi pensamiento.

. . . .

Nave, voladora nave,
sigue ráuda el derrotero,
dejando atrás las regiones
del Norte Brumoso y gélido;
llega á las costas de España,
y cuando el clima benéfico
de esta dulce patria mía
torne á mi cansado cuerpo
la sávia y vigor perdidos,
vuelve ¡oh nave! vuelve presto
y llévame hasta las playas
de mi jardín borinqueño,
donde en cielo siempre puro
brilla aquel astro de fuego
que dió á mi vista fulgores,

que dió entusiasmo á mi pecho,
que encendió mi fantasía
y produjo en mi cerebro
esa agitación fecunda,
ese vivo centelleo
con que se inicia y se impone
la vida del pensamiento,

A ese edén de mis amores
vuelve ¡oh nave! que yo anhelo
sol que me abrase y me inunde,
cielo azul, limpio y sereno
y no hay sol como el sol suyo
ni cielo como su cielo.

Manuel Fernández JUNCOS.

A bordo del Valencia, Mayo 12 de 1885.

Solidaridad Hispano-Americana

ARGENTINA Y CUBA

El sentimiento de solidaridad que por las imposiciones de la herencia y por la acción ineludible de las vicisitudes históricas ha de unir eternamente a los pueblos hispano-americanos, ha recibido una vez más entre nosotros clamorosa confirmación a virtud del acuerdo de designar con el nombre del inmortal libertador San Martín, una de las calles de nuestra ciudad.

En la ceremonia que al efecto se celebró para descubrir la lápida correspondiente al rótulo de la calle susodicha, se patentizó la fuerza incontrastable de aquel sentimiento a que antes nos referíamos, porque al llamamiento de nuestro Alcalde, el señor Marcelino Díaz de Villegas, concurrió en muchedumbre innúmera el pueblo habanero.

Habló en aquella solemnidad, haciendo el panegérico del ilustre caudillo argentino, el señor Néstor Carbonell, y si es cierto que enalteció merecidamente a San Martín, no lo es menos que hizo honor al nombre que él mismo lleva, y que está ya consagrado en los fastos de nuestra historia literaria.

Recojemos con hondo y sincero regocijo estas palpitaciones del amor a los pueblos al nuestro unidos por vínculos de confraternidad indisoluble, y aprovechamos esta oportunidad para enviar a la patria hidalga de Sarmiento, de Bunge y de Ingenieros el testimonio de nuestras arraigadas simpatías.



SR. MARCELINO DIAZ DE VILLEGAS

Alcalde Municipal de esta Ciudad, que descubrió la lápida

DISCURSO

Pronunciado por el Exmo. Señor Eduardo Labougle, en el acto de descubrir la lápida que lleva el nombre de San Martín el día 27 de marzo de 1921

Señor Alcalde Municipal, Señores:

Esta auspiciosa ceremonia reviste para mí las proporciones de un magno acontecimiento. Es un homenaje de vuestro pueblo hacia el mío que aunque lejos geográficamente, os tiene muy cerca en sus afectos. El pueblo argentino, sigue con sincera satisfacción vuestros estupendos progresos, no sólo materialmente, sin también culturales como al cabo de dos décadas habéis superado a lo que se esperaba de vosotros, siendo un extraordinario exponente de su sincera amistad, formando con ésta un nuevo y sólido lazo a nuestro pueblo.

Al honrar hoy la memoria más preciada de los argentinos ligáis con un nuevo y solícito lazo a nuestros pueblos hermanos que tienen tantas afinidades como tuvieron nuestros héroes que tanto se asemejan en el amplio y poderoso espíritu conque lucharon.

Vuestro Apóstol Martí enseñó, dogmatizó y reprodujo bajo todas las formas y en todo lugar, la idea fij que comprendía todas las formas y en todo lugar, la idea fija que comprendía llena de sacrificios, de fatigas, de luchas ciclopeas, destacándose en toda hora y e ntodos sus actos la más severa austeridad. Selló sus ideales con su propia sangre en su tierra adorada después de largas peregrinaciones en suelo extraño; la materia pasó al reposo ignoto de la noche sin fin, mientras que su espíritu

luminoso, perdura y se trasmite vívido, en la mente de sus conciudadanos, y hoy es gloria venerada de América.

Argentina le contó entre sus amigos. Desde sus destierros colaboró en el diario del general Mitre y sus correspondencias admirables tuvieron gran resonancia. Fué un paladín eminente



EXCMO. SEÑOR ERNESTO LABOUGLE
Encargado de Negocios de la Argentina

de sanas enseñanzas y en aquel entonces, la encarnación homérica de su patria.

Martí fué un ser sublime, con un don persuasivo imcomparable. En sus escritos, llenos de bondad y de ternura, reveló en los momentos solemnes una férrea voluntad y un gran corazón. Fué un alma privilegiada, un genio tutelar, una mente robusta, un espíritu alado!

San Martín no tuvo más ambición que la de sus grandes designios impersonales que abarcaban el Continente. Americanizó la revolución argentina, llevando sus ejércitos más allá de

los Andes para emancipar otros pueblos hermanos; hizo la guerra humanamente, sin rencores ni ensañamientos; evitando cuanto pudo, inútiles derramamientos de sangre. Y ¿cómo iba a luchar con odios quien había estrenado su espada en Bailén quien había alcanzado una graduación militar, combatiendo en las filas de aquellos ejércitos hispánicos que se cubrieron de laureles en las campañas de Andalucía, Centro Estremadura y Portugal.

Pero San Martín fué un hombre no más; no un exaltado ni ambicioso del dominio y del poder. Y, así, en medio de una gloria no buscada, pero que le perseguía sin cesar se condenó al ostracismo voluntario y silencioso, renunciado los más altos honores que hombre alguno puede alcanzar sobre la tierra. Su silencio tuvo su gradeza; los ataques furiosos de la envidia, se estrellaron siempre contra la austera coraza de su tranquilidad resignada, consciente de haber cumplido su obra libertadora.

Así como en Buenos Aires, una de sus calles ostenta el nombre de José Martí el de San Martín estará asociado desde ahora a la vida de esta gran ciudad de belleza emotiva incomparable cuyas playas idílicas, acarician las ondas del mar y cuyo ambiente embalsama el aura de las maniguas; en esta Habana, que es también dentro de su contextura pintoresca un gran emporio de trabajo, de cultura y de prosperidad extraordinaria!

Señores!

La luctuosa contienda al romper el antiguo equilibrio mundial, hizo crugir las bases mismas en que reposaba la vida de los pueblos. La trasmutación de los valores en el ambiente universal de desmoralización en que vivimos, se hace tan pausadamente, que no es posible decir del incierto mañana. Sólo el tiempo, que es el Juez más severo, porque únicamente considera las cosas en que ha tenido su parte, nos dirá en definitiva su fallo futuro.

Empero, si hasta las olas y los vientos, están sometidos a las leyes fijas y fatales que los dirigen y los gobiernan, no hay por q.

desesperar, pues las leyes que rigen la vida social son también inmutables, son también infalibles. La conturbación que sufrimos es tan amenazadora, como los desbordes de nuestros ríos americanos, cuando encrespados se salen de su cauce, arrasando y destruyendo locamente; más cesada la lluvia, vuelven a sus caminos, dejando tras sí destrozos, es cierto; pero fertilizan los campos y enriqueciendo las mieses si se sabe aprovechar de sus corrientes y de sus locos desvaríos. ¿Y no es acaso entre las revoluciones subterránea del globo, donde se elabora la cristalización del diamante?...

Y bien, pasará la desmoralización mundial que presenciamos; pasarán las influencias fatídicas que estorban la conciliación en todos los países; volveremos progresivamente a la normalidad política y económica; vendrán días más felices y podremos prepararnos a afrontar con los corazones henchidos de esperanzas, el futuro especialísimo que espera a la América toda; porque la Amérisca, señores, es el factor básico de la reconstrucción del Viejo Mundo, el baluarte de la nueva civilización y de la nueva aurora que retoña entre el pasado que se ausenta y el porvenir que empezamos a vislumbrar, bajo los auspicios de la amistad que es la mejor fuente de progreso y la única base sólida para la conciliación final de todos los hombres libres!

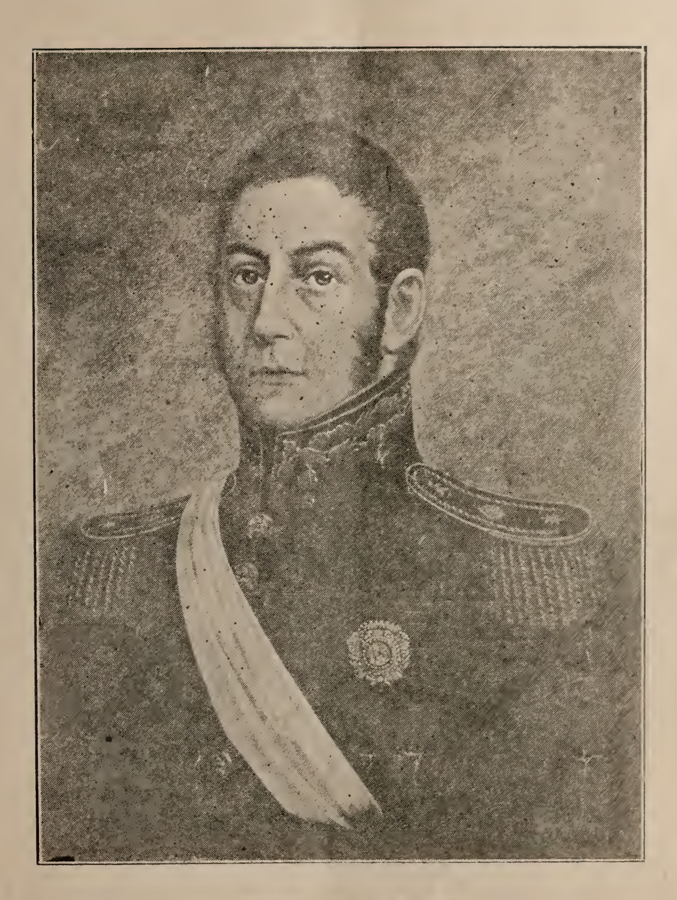
Nuestros principios ideológicos van a cumplirse ampliamente! Si en la gravitación de nuestra vida americana, no unen vínculos de raza, de orígen, y de reminiscencias históricas la fuerza de las cosas, que es más grande que el poder de los gobiernos tiende finalmente a unirnos de más en más en nuestra vida de acercamiento y de cooperación. ¡Cuán oportuno hoy lo que escribió San Martín a O'Higgins, en 1818: "Ante las causa de América, está mi honor; yo no tendré patria sin él y no pude sacrificar un don tan precioso, por cuanto existe en la tierra".

Señores!

Mientras latan corazones cubanos y argentinos; mientras los ciudadanos rindan culto a la inmortalidad, fundamentando

el bienestar y asegurando los beneficios de la libertad, y los sagrados principios de la democracia, Martí y San Martín, serán recordados para honra y gloria de nuestros destinos comunes.

Y al agradecer tan elocuente homenaje a nombre del pueblo y gobierno que represento en esta hospitalaria patria, hago votos para que esos destinos consistan, como dijo el poeta, no en alcanzar un fin inmediato, sino en estar siempre en marcha, y que esa marcha, con el infinito por antorcha, sea continuada más allá de la tumba''.



GENERAL SAN MARTIN

LA HISTORIA DE MI MADRE

Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Provindencia, es la tierra viviente a que se adhiere el corazón, como las raíces al suelo.

Todos los que escriben de su familia hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya que la Iglesia la puso a su lado en los altares. Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus *Confidencias*, que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia, mujer adorable por su fisonomía y datada de un corazón que parece insondable de bondad de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que ha engendrado en el alma de Lamartine, aquél último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el adevimiento de la república. Para los afectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte, pero cuando se ha leído páginas como sa de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro escalpida su imagen. La mía empero, Dios lo sabe, es digna de honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas, si no me diese para ello aliento para hacer en los últimos años de su trabajada vida esta vindicación contra las injusticias de la suerte. ¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, las fiebres de las emociones del día me daban pesadillas horribles en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcan, la obscuridad del abismo que

no debe ser obscuro, se mezclaban qué sé yo a que absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola que daba tenaz persistente como un hecho real a mi madre había muerto! Escribí esa misma noche a mi familia, compré quince días después una misa de *requiem* en Roma para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas, e hice el voto y perseveré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas de presentarme en mi patria un día y decirle a Benavides, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros también habéis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mía, haced, pues un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no manchéis un acto de piedad filial. Dejadme decir a todos ¡quién era esta pobre mujer que ya no existe! ¡Y vive Dios, lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir otros muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola, aquí a mi lado y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos ¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado las cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría para dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vengan por el campo. Mi madre en su avanzada edad conserva apenas rastros de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcadas en su fisonomía los juanetes señal de decisión y energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, si no es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana.

Su integencia es poco cultivada o más bien destituída de

todo ornato, si bien tan clara que en una de clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de solo escuchar mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las difiniciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por si sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circuntacia que para habrían santificado las concesiones hechas a la vida. Y aquí debo rastrear la geneología de aquellas sublimes ideas morales que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico Yo creo firmemente en la transmisión de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo. Jóvenes hay que no conocieron a sus padres, y rien accionan y gesticulan como ellos; los hombres perversos que dominan a los pueblos infestan la atmósfera con los álitos de su alma, sus vicios y sus defectos se reproducen; pueblos hay que revelan en todos sus actos quienes los gobiernan, y la moral de los pueblos cultos, que por los libros los monumentos y la enseñanza, conservan las máximas de los grandes maestros, no habría llegado a ser tan perfecta si una partícula del espíritu de Jesú-cristo, por ejemplo no se introdujera por la enseñanza y la predicación en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

Yo he querido saber, pues quien había educado a mi madre, y de sus pláticas, sus citas y sus recuerdos he sacado casi integra la historia de un hombre de Dios, cuya memoria vive en San Juan, cuya doctrina se perpetua más o menos pura en el corazón de nuestras madres.

A fines del siglo XVIII ordenóse un clerigo sanjuanino Don José Castro y desde sus primeras pasos en la carrera del sa-

cerdocio mostró una consagración a su ministerio edificante, las virtudes de un Santo ascético, las ideas de un filósofo la piedad de un cristiano de los más bellos tiempos. Era además de sacerdote médico, quizás para combinar los auxilios espirituales con los corporales que a veces son más urgentes. Padecía de insomnio o los fingía en la edad más florida de la vida y pasaba sus noches en el campanario de la matriz sonando las horas para auxilio de los enfermos; y tan seguro debía estar de sus conocimientos en el arte de curar, que una vez llamado a hacer los honores del entierro de un magnate, descubrió como tenía de costumbre, el rostro del cadáver, y levantando la mano hizo señal de callar a los cantores, mandando en seguida deponer el cadáver en tierra al aire libre rezando en su breviario hasta que viendo señales de reaparecer la vida nombrándole en alta y solemne voz por su nombre "levántese le dijo que aún le quedan luengos años de vida", con grande estupefacción de los circunstantes y mayor confusión de los médicos que lo habían asistido, al ver incorporarse el supuesto cadáver, paseando miradas aterradas sobre el lúgubre aparato que lo rodeaba.

Vestía Don José Castro con desaliño, y tal ero su abandono, que sus amigos cuidaban de introducirle ropa nueva, fingiendo que era el fruto de una restitución hecha por una penitente en el confesionario. u otras razones igualmente aceptables. Sus limosnas disipaban todas sus entradas; diezmos, primicias, y derechos parroquiales eran distribuídos entre las personas menesterosas. Don José Castro predicaba los siete días de la semana: en Santa Ana los lunes, en la Concepción los martes, en los Desamparados los miércoles, en la Trinidad los jueves, en Santa Lucía los viernes. en San Juan de Dios los sábados, y en la Matriz los domingos.

Pero estas pláticas doctrinales, en que sucesivamente tenía por auditorio la población entera de la ciudad, tienen un carácter tal de filosofía que me hacen sospechar que aquel santo varón conocía su siglo XVII su Rousseau, su Feijoo y su filosofía, tanto como el Evangelio.

En los pueblos españoles, más que en ningunos otros de los cristianos han resistido a los consejos, de la sana razón prácticas absurdas, cuentas y superticiosas. Existían procesiones de santos y mojigangas que hacían sus muecas delante del Santísimo Sacramento; y penitentes aspados en semana santa, disciplinantes que se enrojecían los lomos con azotes desapiadados; otros enfrenados que se pisaban las riendas al marchar en cuatro pies y otras prácticas horribles que presentan el último grado de degradación a que puede el hombre llegar. Don José Castro, apenas fué nombrado cura, descargó el látigo de la censura y de la prohibición sobre estas prácticas brutales, y depuró el culto de aquellas indignidades.

Existían entonces en la creencia, popular duendes, aparecidos, fantasmas, candelillas, brujos y otras creaciones de antiguas creencias religiosas, interpoladas en casi todas las naciones cristianas.

El cura Castro las hizo desaparecer todas, perseguidas por el ridículo y la explicación paciente, científca hecha desde la cátedra de los fenómenos naturales que daban lugar a aquellos errores. Fajábanse los niños, como aún es la práctica en Italia, y otros países de Europa, ricos en preocupaciones y tradiciones atrasadas. El cura Castro, acaso con el Emilio escondido bajo su sotana, enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran nocivas a la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las precauciones que debían guardar las embarazadas, y a los maridos en conversaciones particulares o en el confesionario, enseñaba los miramientos que con sus compañeras debían tener en situaciones especiales.

Su predicación se dividía en dos partes, la primera sobre los negocios de la vida sobre las costumbres populares, y su crítica hecha sin aquella grosería de improbación que es común en los predicadores, ordinarios obraba efectos de corrección tanto más seguros, cuanto que venían acompañados de un ridículo lleno de sal y de espiritualidad, a punto de ser

general la risa en el templo, de reir el mismo hasta llenarse los ojos de lágrimas, para añadir enseguida nuevos chistes que interrumpían la plática; hasta que el inmenso concurso atraído por los goces deliciosos de esa comedia, descargando el corazón de todo resabio de mal humor, tranquilizado el ánimo el sacerdote decía limpiándose el rostro: vamos hijos ya nos hemos reído bastante, prestadme ahora atención: *Por la señal de la Santa Cruz....* etc; y a continuación venía el texto del Evangelio del día, seguido de un torrente de luz plácida y serena de comentarios morales prácticos, fáciles, aplicables a las situaciones todas de la vida, ¡Ay! y qué lástima es que aquel Sócrates, propagador en San Juan de los preceptos más puros de la moral evangélica, no haya dejado nada escrito sobre su interpretación del espíritu de nuestra religión hallándose solo en los recuerdos de las gentes de su época fragmentos inconexos y que demandan perspicacia, estudio y discernimiento para darles forma de doctrina seguida. La religión de mi madre es la más genuina versión de las ideas religiosas de don José Castro y a las prácticas de toda su vida apelaré para hacer comprender aquella reforma religiosa intentada en una provincia obscura y donde se conserva en muchas almas privilegiadas. Alguna vez mis hermanitas solían decir a mi madre: recemos el rosario; y ella les respondía: esta noche no tengo disposición estoy fatigada... Otra vez decía ella: recemos, niñitas, el rosario que tengo tanta necesidad. Y convocando la familia entera, hacía coro a una plegaria llena de unción, de fervor, verdadera oración dirigida a Dios, emanación de lo más puro de su alma que se derramaba en acción de gracias por los cortísimos favores que le dispensaba, porque fué siempre parca la munificencia divina con ella. Tiene mi madre pocas devociones y las que guarda revelan las afinidades de su espíritu a ciertas alusiones si puedo expresarme asi de su situación con la de los santos del Cielo. La Vírgen de los Dolores es su madre de Dios. San José, el pobre carpintero, su santo patrón; y por incidencia Santo Domingo y San Vicente Ferrer, frailes dominicos li-

gados por tanto a las afeccione de familia por la órden de predicadores; Dios mismo ha sido en toda su angustiada vida el verdadero santo de su devoción bajo la advocación de la Providencia. En este Carácter Dios ha entrado en todos los actos de aquella vida trabajada; ha estado presente todos los días viéndola luchar con la indigencia y cumplir con sus deberes. La Providencia la ha sacado de conflictos por manifestaciones visibles auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para edificarnos, en prueba de esta vigilancia de la Providencia sobre sus criaturas. Una vez que volvía de casa de una hermana suya más pobre que ella desconsolada de no haber encontrado recursos para el hambre de un día que había amanecido sin traer consigo su pan, halló sobre el puente de una acequia, en lugar aparente y visible una peseta. ¿Quién la había conservado allí si no es la Providencia? Otra vez sufría ella y sus hijos los escozores del hambre, y a las doce del día abre con estrépito las puertas un peón trayendo un cuarto de res que le enviaba uno de sus hermanos, a quien no veía hacía un año. ¿Quién si no la Providencia había escogido aquel día aciago para traer a la memoria del hermano el recuerdo de la hermana? Y en mil conjeturas difíciles he visto esta fé profunda en la Providencia no desmentirse un solo momento, alejar la desesperación atenuar las angustias y dar a los sufrimientos y a la miseria el carácter augusto de una virtud santa, practicada con la resignación del mártir, que no protesta, que no se queja, esperando siempre, sintiéndose sostenida, apoyada aprobada. No conozco alma más religiosa y sin embargo no ví entre las mujeres cristianas otra más desprendida de las prácticas del culto. Confiésase tres veces en el año frecuentara menos las Iglesias si no necesitara el domingo cumplir con el precepto, el sábado ir a conversar con la Vírgen y el lunes encomendar a Dios las almas de sus parientes y amigos. El cura Castro aconsejaba a las madres no descuidar el decoro de su posición social por salir a la calle para ir a misa; debiendo una familia presentarse siempre en público con aquel ornato y decencia que su rango exige; y este precepto practicábalo mi madre en sus días de

escasez, con la modestia llena de dignidad que ha caracterizado siempre sus acciones. Todas estas lecciones de tan profunda sabiduría eran parte diminuta de aquella simiente derramada por el santo varón y fecundada por el sentido común y por el sentido moral que encontró en el corazón de mi madre.

Para mostrar una de las raras combinaciones de las ideas añadiré que el cura Castro, cuando estalló la revolución en 1810, joven aún, liberal, instruído como era se declaró abiertamente por el rey, abominando desde aquella cátedra que había sido su instrumento de enseñanza popular, contra la desobediencia al legítimo soberano, prediciendo guerras, desmoralización y desastres que por desgracia el tiempo ha comprobado. Las autoridades patriotas tuvieron necesidad de imponer silencio a aquel poderoso contrarrevolucionario; la persecusión se cebo en él, por su pertinacia fué desterrado a las Brucas, de triste recuerdo, y volvió de allí a pié hasta San Juan, herido de muerte por la enfermedad que terminó sus días. Sepultóse en Angaco y allí en la miseria en la obscuridad, abandonado e ignorado de todos murió besando alternativamente el crucifijo y el retrato de Fernando VII el Deseado. Mostrómelo llorando, una vez, mi madre; al pasar cerca de él por la casa de su refugio y algunos años después, a fuer de muchacho que anda rodando por los lugares públicos, vi desenterrar su cadáver, enjuto, intacto, y hasta sus vestiduras sacerdotales, casi inmaculada. Reclamó una de sus hermanas el cadáver y durante muchos años ha sido mostrado a las personas que obtenían tal gracia para contemplar todavía aquellas facciones plácidas, en cuya boca parece que un chiste se ha helado con el frío de la muerte, o que algún consejo útil a las madres, alguna receta infalible de un remedio casero, o bien una buena máxima cristiana, se han quedado encerrados en su pecho por no obedecer ya su lengua ni sus labios endurecidos por la acción de la tumba, que ha respetado sus formas, como suele hacerlo con las de los cuerpos que han cobijado el alma de su santo. Recomiendo a mi tío obispo de Cuyo, recoger esta reliquia y guardarla en lugar venerando, para que sus cenizas reci-

ban reparación de los agravios que a su persona hicieron las fatales necesidades de los tiempos.

La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracin, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos, y algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarra-



DOMINGO SARMIENTO
Ilustre argentino, gloria de América

cín, su hija, joven de 23 años, emprendía una obra superior no tanto a las fuerzas cuanto a la concepción de una niña soltera Había habido el año anterior una grande escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos había reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías Irrazabales echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo

de una de las higueras que había heredado en su sitio, estableció su telar y desde allí yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos una mujer industriosa y lo eran todas, aún aquellas nacidas y criadas en la opulencia podía contar consigo misma para subvenir a sus necesidades. El comercio no había avanzado su factura hasta lo interior de las tierras de América, ni la fabricación europea había abaratado tanto la produccíón como hoy. Valía entonces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, y los ordinarios y 4 reales la vara de anascote dando el hilo. Tejía mi madre 12 varas por semana, que era el corte de hábito de un fraile, y recibía seis pesos el sábado no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debía desocupar al día siguiente. Las industrias manuales poseídas por mi madre, son tantas y tan variadas, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado. Hacía de seda, suspensores; pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio a España a algunos curiosos; y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de tela se añadían añasjados, albas, randas, miriñaques, mallas y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados. El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyolo mi madre a tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre las medios de cambiar un paño grana en azul o de producir cualquiera de los medios tintes obscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica como la del pintor, que tomando de su paleta colores primitivos produce una media tinta igual a la que muestra el modelo. La reputación de omnisiencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia. En 1842 en Aconcagua la oímos exclamar: Esta vez es la primera de mi vida que estoy mano sobre mano y a los setenta y seis años de su edad es preciso para que no caiga en el marasmo, inven-

tarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no excluyendose de ellos labores curiosas de mano de que hace aun adornos para enaguas y otras superfluidades.

Con estos elementos la noble obrera se asoció en matrimonio, a poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto de una familia que también decaía como la suya, y le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil cualidades buenas, que desmejoraban otras, que sin ser malas obraban en sentido opuesto. Como mi madre había sido educado en los rudos trabajos de la época, peón en la hacienda paterna de la Bebida arriero en la tropa lindo de cara y con una irresistible pasión por los placeres de la juventud, carecía de aquella constancia maquinal que funda las fortunas y tenía con las nuevas ideas venidas con la revolución un odio invencible por el trabajo material, inteligente y rudo en que se habían creado. Oyóle decir una vez el presbítero Torres, hablando de mi: ¡oh! no; ¡mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada! Y la educación que me daba mostraba que era ésta una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu. En el seno de la pobreza criéme hidalgo y mis manos no hicieron otra fuerza que las que requerían mis juegos y pasatiempos. Tenía mi padre una mano encogida por un callo que había adquirido en el trabajo; la revolución de la independencia sobrevino y su imaginación fácil de ceder a la excitación del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria las pequeñas adquisiciones que iba haciendo. Una vez en 1812, había visto en Tucuman las miserias del ejército de Belgrano y de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la madre patria, según la llamaba, que llegó a ser cuantiosa, y por sugestión de los godos, fué denunciada a la municipalidad como un acto de expoliación. La autoridad habiéndose enterado del asunto quedó de tal manera satisfecha, que el mismo fué encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda, quedándole desde entonces el sobrenombre de Madre Patria, que en su vejez fué orígen en Chile de una calumnia con

el objeto de deslucir a su hijo. En 1817 acompañó a San Martín a Chile empleado como oficial de milicias en el servicio mecánico del ejército, y desde el campo de batalla de Chacabuco fué despachado a San Juan, llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas. San Martín lo recordaba muy particularmente en 1847,, y holgóse mucho de saber que era yo su hijo

Con estos antecedentes mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, cuyos proventos se disipaban en momentos mal aconsejados; trabajaba con tesón y caía en el desaliento, volvía a ensayar sus fuerzas y se estrellaba contra algún desencanto, disipando su energía en viajes largos a otras provincias, hasta que llegado yo a la virilidad, siguió desde entonces en los campamentos, en el destierro o las emigraciones, la suerte de su hijo, como un ángel de guarda para apartar, si era posible los peligros que podían amenazarle.

Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonnio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la Provideucia, que era solo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de menestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar a la Santidad de la pobreza, combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena, habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella. La fiesta

de San Pedro fué siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura, nuestro tío, y sábese el derecho y el deseo de los niños de la familia a hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba: ¿y Domingo que no lo veo? ¿y la Paula?... y hasta hoy sospecha que esta dolorosa ausencia era ordenada e hija de un plan de conducta de parte de mi madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Venegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Malleá. Una circunstancia singular revelaría sin eso la antigüedad de aquella familia, que, establecida en los suburbios conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijos: "cogeldo tomaldo truje ausina" y otros vocablos que pertenecen al XVII, y para el vulgo prestaban asidero a la crítica. Visitábanse ambas amigas, consagrando un día entero a la delicia de confundir sus familias en una, uniendo a las niñas de una y otra la misma amistad. Poseía cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca, y el día que mi madre iba a pasarlo con ella, su criada pasaba a la cocina a disponer todas las provisiones de boca que debían consumir en el día, sin que la protesta de veinte años contra esta plática de mi madre, hubiese alterado jamás en lo más mínimo su firme e inalterable propósito de que, al placer inefable de ver a su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un día, siquiera el rudo deber de sostener a sus hijos y doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en el humilde hogar de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoy extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, porque la fama de aquellas virtudes austeras había llegado hasta él, y se lo agradezco.

Cuando yo respondía que me había criado en una situación vecina de la indigencia, el presidente de la República en su interés por mi, deploraba estas confesiones desdorosas a los ojos del vulgo.

Pobres hombres los favorecidos de la fortuna. que no conciben que la pobreza, a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza, acercarse a sus puertas sin ser debidamente solicitado en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecedores de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un caso y no una deshonra. En 1848 encontréme por accidente en una casa con el Presidente Bulnes y después de algunos momentos de conversación, al despedirnos, díjele maquinalmente: tengo el honor de conocer a Su Excelencia; disparate impremeditado que llamó su atención, y que bien mirado no carecía de propósito, puesto que en ocho años era la segunda vez que estaba yo en su presencia. ¡Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido!

Domingo F Sarmiento.

EL CARNAVAL

Despuntaba a grandes pasos del Zodíaco en la gloria
El gran sol de los veranos como un triunfo de la luz,
Y su gama de colores festejaba la victoria
Ajustándose al unísono por el ritmo de lo azul.

Y siguiendo al astro ardiente dió la vuelta por Febrero,
Cuando está de soberana la ínea luz canicular,
Relumbrándole la cota como andante caballero,
Ese abuelo calavera que se llama "Carnaval".

Cuando hienden las madejas de sus barbas encrespadas
Como pájaros inquietos que se vuelan en tropel
Con fanfarrias victoriosas sus alegres carcajadas
Van gorgeando en los oídos tentaciones de placer.

Lleva un traje todo lleno de sonoras baratijas
En los ojos le chispean mil escándalos de amor.
Y se ven saltar sus dedos, constelados de sortijas
Repicando castañuelas en un baile a pleno sol.

Es un duende callejero que a reir y amar obliga.
Cuando guía su mesnada por el rumbo de la lid
Lleva uncidas cuatro yuntas a su mágica cuadriga
De esas blancas mariposas que se mueren en Abril.

Y comienza la batalla, y se ven corazas rotas,
Y olifantes y cimeras que rodando al suelo van,
Y los chorros acribillan con las salvas de sus gotas
Y granizan los puñados de confites a la par.

Y las flores mueven guerra a los labios femeninos
Mientras va sobre el concurso, que disputa con tesón.
Desatando un aguacero de matices purpurinos
Como sangre luminosa de su seno, el Padre Sol.

Y los besos, cuyo choque con vivaz rumor se agranda,
Como crótalos que marcan las censuras de un compás
Se destacan de la bulla musical de la parranda
Y entre el mágico aquelarre de los céfiros se van.

Grandes nubes, por los cielos como cálidos volutos,
Se coloran y se rizan bajo el rayo de la luz,
Y los pájaros celebran la gran fiesta de los frutos
Y derraman los follajes un perfume de salud.

Pero cesan los combates, y al caer su último día
Las comparsas bulliciosas convocándose en tropel,
Llevan juntas al rey mago que mandó el reino Alegría,
Y le cantan las exequias cuando empieza a amanecer.

Y se vuelven fatigadas de la alegre y franca liza,
A llevar por todo un año, como marca de aflicción,
En las frentes inclinadas la cruz negra de ceniza
Por tres días de placeres... ¡todo un año de dolor!

Leopoldo LUGONES.

Terruño, Patria. Humanidad

PAGINAS ESCRITAS PARA EL PROXIMO CONGRESO DE ESTUDIANTES LATINO-AMERICANOS

TERRUÑO

1.— *El terruño es la patria del corazón.*— De todos los sentimientos humanos, ninguno es más natural que el amor por la aldea, el valle o el barrio en que vivimos nuestros primeros años. El terruño habla a nuestros recuerdos más íntimos, estremece nuestras emociones más hondas: un perfume, una perspectiva, un eco, despiertan un mundo en nuestra imaginación. Todo lo que es del terruño lo sentimos nuestro, en alguna medida; y nos parece, también, que de algún modo le pertenecemos, como la hoja a la rama.

El amor al terruño existe ya en la familia y en la tribu ligado al medio físico desde que el grupo se adapta a la vida sedentaria; se acendra al calor del hogar. La atmósfera de la familia lo alimenta la amistad lo ahonda, la simaptía lo extiende a todos los que viven en una vecindad habitual. Es en el terruño donde se oyen las primeras nenias de la madre y se escuchan los consejos del padre; allí se forman las intimidades de colegio y se sienten las inquietudes del primer amor; allí se tejen las juveniles ilusiones y se tropieza con inesperadas realidades; allí se adquieren las más hondas creencias y se contraen las costumbres más firmes. Nada en él nos es desconocido, ni nos inspira desconfianza; llamamos por su nombre a todos los vecinos, conocemos en detalle todas las casas, nos

alegran todos los bautismos, nos afligen todos los lutos. Por eso sentimos en el fondo de nuestro ser una solidaridad íntima con lo que pertenece a la aldea, el valle o el barrio en que transcurrió nuestra infancia.

Ningún concepto político determina este sentimiento natural. Es innecesario estimularlo con sugestiones educacionales, porque es anterior a la escuela misma; se ama al terruño ingenuamente por instinto, con espontaneidad. Es amor vívido y viviente, compenetración del hombre con su medio. No tiene símbolos ni los necesita.

2.—*Los sentimientos lugareños son profundos porque no son artificiales*. Sacar a un hombre de su barrio, de su aldea de su valle, de su montaña, es desterrarlo de la patria de su corazón. Todo el resto del mundo es igual para el hombre; fuera de su terruñó puede exclamar con sinceridad que donde está su bien está su patria.

No se le ama porque se ha nacido en él, sino porque allí se ha formado la personalidad juvenil, la que deja más hondos rastros en todo el curso de la vida. Ese tierno afecto no está ligado al involuntario accidente del nacimiento, desde que a nadie se le pregunta antes donde desearía nacer; depende de la experiencia continua que acumula sensaciones e ideas, cariños y creencias. El tesoro de nuestros recuerdos iniciales está formado por impresiones del terruño, cada vez que el ánimo afectado busca refugio en la propia vida interior, revivimos las escenas del hogar, de la escuela, de la calle, como si las remembranzas de la edad primera pudiesen aliviarnos en el andar accidentado de los años viriles.

La fuerza del sentimiento lugareño se comprende mejor a la distancia. Viajando lejos, muy lejos, en ciertas horas de meditación llega a convertirse en esa angustia indefinida que llamamos nostalgia. Todo el que la ha sentido, sabe que no es del estadó político, sino del terruño; nadie añora lugares ni personas que nunca ha conocido, ni podría curarse el ánimo nostálgico yendo a vivir en regiones ignotas del propio país.

A medida que se avanza en edad los recuerdos del terruño se idealizan, olvidándose todo lo malo acentuándose todo lo excelente. Y es común que los hombres, al morir, pidan que vuelvan sus huesos al lugar donde transcurrió su infancia, como si quisieran devolverle toda la savia con que alimentó su personalidad en la hora del amanacer.

3.—*El amor al terruño se dilata a medida que los pueblos se civilizan.* En cierto grado del desarrollo social es imposible que cada terruño viva separado de los vecinos; poco a poco. los que tienen intereses comunes, creencias semejantes, idiomas afines, costumbres análogas, van formando sociedades regionales cada vez más solidarias e interdependientes.

Prodúcese en consecuencia, una expansión sentimental que permite abarcar en la amistad y en la simpatía a otros terruños, aunque siempre conservando para el propio los mejores latidos del corazón.

El niño a medida que crece, aprende a conocer los hombres y las cosas de su región o de su ciudad, relacionándolas afectivamente con las de su aldea o de su barrio. El sentimiento regional o urbano es todavía una forma de patriotismo natural, no elaborado mediante sugestiones políticas; tiene una genealogía sincera y espontanea.

Sólo en períodos avanzados del desenvolvimiento social las ciudades o regiones tienden a asociarse en naciones o estados; el patriotismo como inclinación espontanea solo existe en la medida de la afinidad. El cultivo de un sentimiento extendido a regiones que no son afines es una función política, se forma de esa manera un patriotismo artificial, que es la representación colectiva de intereses comunes a todos los miembros de un Estado. Muy pocos hombres superiores son capaces de sentirlo hondamente, aunque todos los políticos de profesión suelen simularlo con fines egoistas. Suele en fin, ser representados por símbolos, convencionales que procuran unir artificialmente a personas que no tienen sentimientos naturales comunes como ocurre en las regiones o ciudades que cambian de nacionalidad por violencias de conquista o por maquinación de diplomacia.

Más alto que esas elaboraciones políticas artificiales; pujante y profundo como un instinto, imperativo, intransmutable, sobrevive en todos los hombres el amor al terruño que es la única y siempreviva patria del corazón.

PATRIA

1.— *El sentimiento de solidaridad se extiende progresivamente a la nación.* Se forma en la medida de las afinidades preexistentes en la realidad social; no tiene por límite el Estado político, sino la homogeneidad regional. En el sentimiento de solidaridad nacional se funden anhelos de espíritus y ritmos de corazones; es temple uniforme para el esfuerzo y homogénea disposición para el sacrificio; es conjunción de ensueños comunes para emprender grandes cosas y es firme decisión de realizarlas; es convergencia en la aspiración de la justicia, en el deber del trabajo, en la firmeza de los ideales, en la intensidad de la esperanza, en el pudor de la humillación, en el deseo de la gloria.

Este sentimiento solo puede existir entre los hombres que forman un pueblo homogeneo; cuando pueblos distintos se encuentran reunidos en un mismo Estado político, el lazo no se acompaña de vínculos espirituales y puede convertirse en cadena. Solo hay sentimientos de solidaridad nacional entre los que tienen ideales comunes; mientras las regiones, las castas, los ciudadanos, no viven en un pié de armonía política y social, el patriotismo de los opresores es inconciliable, con el de los oprimidos. Los pueblos de América fueron patriotas al emanciparse, porque odiaban el Estado político a que pertenecían.

Los limítes psicológicos del patriotismo natural son los fijados por la afinidad. Hay Estados que no son patrias porque no existe comunión espiritual entre sus habitantes. El sentimiento de solidaridad comienza a existir cuando las aspiraciones son homogeneas; por eso es más hondo en las mentes conspicuas, capaces de comprender y amar intensamente a todo un pueblo, de honrarlo con sus obras, de orientarlo con sus ideales

El Estado es una patria convencional y con frecuencia no despierta ecos en el corazón de los hombres, porque suele nacer del artificio o de la conquista; millones de hombres cambian de nacionalidad política cuando lo resuelve un consejo de diplomáticos o lo impone con su garra un conquistador.

El verdadero sentimiento patriótico no hace amar abstractamente a la nación política sino concretamente a los hombres con quienes se vive en solidaridad espiritual. No es pariota el que sirve a los déspotas o a los opresores, sino el que ama a sus conciudadanos, los respeta, los educa, los alienta, los dignifica, los honra luchando por el bienestar de su pueblo, sacrificándose por emanciparlo de todos los yugos.

Los espíritus egoistas son incapaces de amar la patria natural y se limitan a ensalzar la patria abstracta. Los que sirven al poderoso y consienten la injusticia son enemigos del pueblo, merecedores de odio, repulsivos, solo pueden sentirse patriotas los que trabajan para la libertad y el bienestar de todo su pueblo, porque la patria no debe ser la celda del esclavo, sino el solar del hombre libre.

El culto de la patria, concebida como una abstracción jurídica ajena a la realidad social, suele degenerar en una fría simulción del sentimiento patriótico. Concretarse a cultivar conceptos simbólicos, olvidando la justicia y la solidaridad entre los conciudadanos, es hacer traición al patriotismo. Manchan el nombre de patriotas los que no presienten el porvenir del pueblo, los que lo oprimen, los que lo embrollan, los que lo aprovechan; la mentira patriótica tartajeada al pueblo por políticos que lo engañan, por mercaderes que lo explotan, por mandones que lo domestican, es la antítesis del íntimo sentimienot que constituye el patriotismo del corazón.

2.—*El medio físico en que viven los pueblos no es homogeneo.* De ello nacen diferencias mentales y éticas que son beneficiosas para la armonía de la humanidad. Conviene al conjunto la acentuación de los rasgos que caracterizan la mentalidad colectiva de cada unidad sociológica, en el sentido mas propicio

a su adaptación al medio. Esta tipificación natural engendra utilísimos sentimientos,ensanchando y perfeccionando los límites del primitivo amor al terruño.

Cuando nace espontaneo, el amor a la nacionalidad, templa los corazones más libres de un pueblo viril, y se armoniza con el amor a la humanidad: no conseguirán desacreditarlo los que desean convertirlo en instrumento, de casta, de clase, o de partido. En vano los astutos y los facciosos procuran explotarlo con fines pequeños, sugiriendo que el acto de votar— un minuto cada dos años— iguala al manso elector con los hombres que trabajan noche y día para dignificar a su pueblo; se es ciudadano a todas horas o no se es en momento alguno.

Las interpretaciones de sus aprovechadores políticos son el nacionalismo espontáneo como los fuegos de artificio a la luz del sol. No es patriotismo el que de tiempo en tiempo chisporrotea en palabras, sino el que impulsa de manera constante a trabajar por la felicidad común.

El sentimiento de la nacionalidad tiene un contenido moral; cuando los intereses de un grupo se sobreponen a los ideales que brotan del alma vibrante del pueblo, se cubre de parásitos que lo explotan como una industria. Convertirlo en lábaro de la tiranía y del privilegio es obrar como enemigos de la realidad nacional, pues el ejemplo corruptor hace olvidar a todos que en el canto de un poeta, en la verdad de un sabio, en el ensueño de un apóstol o en la reflexión de un filósofo puede estar una partícula de la gloria común. El sentimiento de solidaridad nacional debe tener un hondo significado de justicia El bienestar de los hombres es incompatible con rutinarios intereses creados y necesita inspirarse en credos nuevos: deper tar la energía, extinguir el funcionamiento, estimular la libre iniciativa suprimir la ociosidad, desenvolver la cooperación en el trabajo. Virtudes cívicas modernas deben sorbreponerse a las antiguas, convirtiendo al sentimiento nacionalista en fecundo amor al pueblo, ajustado a los ideales del siglo en que vivimos Es justo desear para la parte de humanidad a que pertenecemos

un puesto de avanzada en las luchas incesantes por el progreso y la civilización. En una hora grata de nuestra juventud, anticipamos estas palabras explícitas: "Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad". Y en la ovación que subrayó esas palabras creímos sentir un homenaje a los revolucionarios que cien años habían vibrado por análogos sentimientos ,emancipando al pueblo de la opresión política que lo envilecía.

3.— *Todo pueblo debe tener sillares firmes convergencia de esfuerzos y unidad de ideales.* Es vana quimera toda esperanza que no pueda traducirse en acción; estéril es toda energía mientras no la ilumine un ensueño que embellezca la vida.

El trabajo es la fuente de toda grandeza colectiva, pero no basta; la opulencia es siempre eventual. La cultura es el complemento necesario de toda culminación legítima, pero agoniza cuando se extingue la virtud del trabajo. Un pueblo no puede vivir sin soñar, ni puede soñar sin vivir. Pensar y trabajar es todo uno y lo mismo. Las razas seniles no trabajan ni piensan. En las ciudades muertas que son osamenta fósiles de culturas extinguidas, nadie trabaja y nadie piensa. Repudiemos los sofismas de los mercaderes; no es verdad que donde conviene la energía sobra el ideal. El vientre y el músculo serían absurdos en un pueblo sin cerebro.

Por el camino de la pereza y de la ignorancia ningún pueblo culminó en la historia. Desdeñemos la pobreza holgazana que confunde su estado con la sapiencia ascética, sugiriendo que los pueblos laboriosos viven en sordidez prosaica. La historia dice que el trabajo y la cultura se hermanan para agigantar los pueblos, que la pobreza y la ignorancia suelen ser simultáneas en su decadencia.

Cuidemos la semetera, bendigamos los campos fecundos; po-

ro cada vez que el arado rompa un surco, abramos una escuela y enseñemos una virtud. Arar cerebros y corazones vale tanto como preparar una mies ubérrima. ¡La mies puede perderse y decaer la opulencia, la cultura no se agosta ni concluye nunca El trigo y el laurel son igualmente necesarios; son enemigos de su pueblo los que alaban una riqueza ignorante o una mendicidad ilustrada.

El trabajo es fuente de mérito y base de toda humana dignidad. El porvenir será de los que trabajan. Todo holgazán es un esclavo, parásito de algún huésped. Sólo el trabajo dá la libertad. Cada trabajador es una fuerza social; el que no trabaja es un enemigo de la sociedad. Ennobleciendo el trabajo, emancipándolo de todo yugo transformándolo de suplicio en deleite, de vergüenza en honor, cada hombre sentirá el deber de servir útilmente a su pueblo. Los valores morales tendrán el primer rango en la ética venidera. El ignorante es siempre débil incapaz de confiar en si mismo y de comprender a los demás en la cultura está el orígen de toda perfección. Ella engendra la única excelencia legítima, apuntala nuestras creencias, agudiza el ingenio, embellece la vida y enseña a amarla, es la clave de toda virtud. Ella permite a los precursores decir con fé sus esperanzas y sus ideales,, como si fueran la verdad v el sueño de todos; y de esa fé proviene su eficacia, pues no callan hasta que todos acaban por creer.

Trabajo que dignifica, y cultura que enaltece son dos aspectos de un mismo advenimiento. Toda revolución de las instituciones sociales se anuncia y se prepara como una revolución de los espíritus. Todo ideal pensado está ya en los comienzos de su realización.

HUMANIDAD

1.— *La solidaridad humana es la forma superior del patriotismo.* Los límites naturales de los pueblos no son políticos. sino sentimentales; se extienden hasta donde llega la simpatía. Cuando se escucha la sola voz del corazón, patria es el terruño,

cuando prima el interés político, patria es la nación; cuando habla el ideal patria es la humanidad. Y en el desarrollo histórico de este sentimiento podemos decir que el terruño expresa el patriotismo del pasado, la nación el patriotismo del presente, la humanidad el patriotismo del porvenir.

La solidaridad de sentimientos se atenua, por grados de la familia al terruño, a la región, al estado o la raza, a la humanidad, pero no se transforma en crueles sentimientos de antipatía, no puede ser odio. La innoble agresividad que hiere al mismo sentimiento de otros pueblos, no es patriotismo, sino envidia malsana, fomentada por irreflexivos políticos; estos no tiemblan ante la responsabilidad de las guerras que encienden, acostumbrados a comentarlas desde sus casas, mientras los pueblos se exterminan en las trincheras. Todos mienten lo mismo. Pretenden q. el propio país es el mejor del mundo y engañan a los jóvenes con esperanzas ilusorias; domestican la opinión pública y enseñan a odiar al q. piensa con su propia cabeza; fomentan la superstición de vanas palabras y luego las explotan para disfrazar realidades venales.

Malditos sean los cobardes que conspiran contra la paz de sus pueblos, encendiendo regueros de intrigas internacionales; malditos cien veces los que fabrican cañones, robando el metal que necesitan los arados, mil veces malditos los que hacen correr en el mundo una gota de sangre, que no es la de sus propias venas.

No hay manera más baja de amar a la propia patria que odiando a las patrias de los otros hombres como si todas no merecieran engendrar en sus hijos iguales sentimientos. El patriotismo debe ser emulación colectiva para que el propio pueblo ascienda a las virtudes de que dan ejemplo otras mejores; nunca debe ser envidia colectiva que haga sufrir de la ajena superioridad y mueva a desear el abajamiento de los demás hasta el propio nivel. Cada pueblo es un elemento de la Humanidad; el anhelo de la dignificación nacional debe ser un aspecto de la fe en la dignificación humana. Ascienda cada pueblo

a su más alto nivel, y por el esfuerzo de todos se remontará el nivel de la Humanidad.

2.— *La solidaridad se extiende a medida que los pueblos amplían su experiencia y elevan sus ideales.*— La capacidad de simpatía va creciendo con la civilización; todos los hombres que en el mundo comparten las mismas creencias y se animan por los mismos intereses, se sienten amigos o hermanos. Las comuniones y los partidos que antes pasaron del terruño a la nación, comienzan ya a pasar de la nación a la humanidad.

Dos gremios poderosos iniciaron el acercamiento de los pueblos, extendiéndose por sobre las fronteras de las naciones: los banqueros y los sacerdotes. El capital no tiene patria, ni tiene patria la religión: han salido del terruño, de la región, del estado, para internacionalizarse y conquistar la humanidad.

Siguiendo sus huellas se han internacionalizado las ideas y la civilización. La circulación del pensamiento y de los hombres ha extendido la solidaridad humana; el camino el vapor el riel, el teléfono, el cable, la turbina, el inalámbrico, la volación, han dilatado los horizontes de la fraternidad universal. Poco a poco en firme enaltecimiento han comenzado a internacionalizarse la ciencia, el arte y el trabajo después del capital y la religión.

Todas las fuerzas vitales de los pueblos comienzan ya a solidarizarse en la humanidad. La producción y el consumo están regulados en el mundo entero por factores internacionales; los medios de circulación se han centuplicado en la tierra en el mar, en el aire. Los pueblos que no han entrado a esa regulación internacional no se consideran civilizados; y no lo son. Cada invento técnico, descubrimiento científico, creación artística, llega instantáneamente a todos los pueblos en todos se definen las mismas normas morales, en todos se formalizan análogos principios jurídicos.

Así como en la nación se ha expandido la primitiva solidaridad del terruño, empieza ya a expandirse en la humani-

dad la solidaridad de la nación. Esta forma superior del sentimiento solo cabe por ahora en grandes corazones que desbordan de la patria política, como ésta desbordó otrora de la primitiva patria lugareña. Solo se sienten solidarios con la humanidad los espíritus que conciben y aman ideales humanos, anticipándose a los sentimientos que llegarán a ser más comunes en el porvenir.

Apóstoles fueron, otrora los hombres que en su tiempo supieron elaborar un sentimiento nacional sobre los patriotismos del terruño, creando los estados actuales. Apóstoles son hoy, los que empiezan a elaborar un sentimiento humano sobre los patriotismos nacionales creando una vasta solidaridad de justicia y de amor que abarca a toda la humanidad.

3.— *La fraternidad de los pueblos es una armonía de sentimientos convergentes que buscan su estado de equilibrio.* Así como la desigualdad natural de los ciudadanos es conveniente para la armonía de un pueblo, la desigualdad natural de los pueblos es conveniente para la armonía de la humanidad.

La justicia no consiste en borrar esas desigualdades sino en utilizarlas para armonizar el conjunto. A todos los pueblos conviene que cada uno intensifique sus propios rasgos, de acuerdo con las características del medio en que se desenvuelve; si ellos se perdieran sería perjuidicial para toda la humanidad. La solidaridad internacional no debe concebirse como una fusion niveladora, sino como un equilibrio de partes cada vez más diferenciadas capaces de cumplir mejor sus funciones en beneficio propio y de los demás.

La falta de ese equilibrio entre las partes determina la perturbación de los sentimientos de solidaridad y desencadena la castástrofe de las guerras. Cuando un pueblo pierde la noción de la interdependencia humana, tiende a romper el equilibrio en su provecho, causando la ruina de los demás al mismo tiempo que la propia. El progreso de la solidaridad se caracterizará en el porvenir por el desarrollo de organismos jurídicos, económicos y morales que regulen las relaciones de todos

los pueblos. Un equilibrio instable y perfectible permitirá la coordinación de las partes que cooperan a funciones cada vez más generales, armonizando la felicidad de la familia, del terruño, de la región, de los estados de la humanidad.

El ideal de perfección política consiste en una coordinación federativa y funcional que parta de los núcleos sociológicos más símples para llegar a la armonización de los más complejos. La tiranía política, el parasitismo económico y la superstición religiosa necesitan oponerse a esos ideales, para dividir a los pueblos; solo pueden contribuir a armonizarlos los hombres que rinden culto a la libertad, a la justicia y a la moral

José Ingenionos.

CARLOS OCTAVIO BUNGE

"Al Dr. Sergio Cuevas Zequeira, Catedrático de Sociología en nuestra Univerisdad y latino-americano profundo.

I

Las ciencias sociales han tenido y tienen en esta parte del globo cultivadores brillantes, y hay una figura en el cuadro de la intelectualidad americana contemporánea que por su talento extraordinario, su pasmosa erudición y por ende una cultura refinada y selecta, reflejada en las páginas de sus obras, es la gran atalaya que la Sociología posee en la parte que en el continente radica nuestra raza. Si, porque el Dr. Carlos Octavio Bunge, aunque muerto cuando tanto esperaba la civilización americana de su acendrado estudio, es aún el verdadero sociólogo de ese gran pueblo que desde el Anáhuac al Plata ha dado al mundo el más grande de los libertadores, Simón Bolivar, y el más grande de los bardos innumerables que han pulsado la lira entre nosotros, José María de Heredia. Y que si víctima de errores censurables, producto de un origen abominable, está llamado a un porvenir brillante en la escala de los pueblos que mayormente han influido en los destinos de la Humanidad.

En 1875 fué que vino al mundo el Dr. Bunge, en la ciudad de Buenos Aires, la famosa urbe que hoy es uno de los grandes centros mundiales de riqueza y de cultura y en cuya Universidad graduóse de doctor en Derecho en 1897, sustentando como

tesis "El Federalismo Argentino", y esbozando ya su sagacidad extraordinaria y el juste de su saber preclaro y casi insuperable. De abolengo germano, dominaba Bunge al igual que el castellano y otros idiomas latinos, el inglés y el alemán. Alemanas eran su cultura y su estudiosidad, viajó mucho por Europa y se declaró admirador ferviente de sus instituciones de enseñanza

La lista de sus obras es numerosa, relativamente, pues a su tesis doctoral le siguieron: "La Educación", resultado del viaje a Europa que enconméndole el Dr. Osvaldo Magnasco,

"para que estudiara el espíritu y cuerpo de los institutos de educación y los rumbos que emprendía ésta, y fruto de tal estudio fué el informe que dió Bunge para la instrucción pública nacional argentina con el título de "El Espíritu de la Educación". (1901). La presente obra es este mismo informe algo modificado en algunas de sus partes" (1): "Nuestra América', "La Novela de la Sangre", "Principios de Psicología Individual y Social" y "Xarcas Silenciario" en 1903; "El Derecho" en 1905. "Trespis", en 1907, "Los Colegas" y "Viaje a través de la estirpe" en 1908; "Casos de Derecho Penal" en 1911 y una razonada "Historia del Derecho Argentino". en 2 volúmenes, durante los años 1912 y 1913, amén de estudios menores y una serie de trabajos inéditos. Murió en su ciudad natal el 22 de Mayo de 1918.

II

Una vocación irresistible le llevó desde muy joven a la cátedra y a la magistratura y si escaló muchas veces la tribuna no fué para enardecer a las multitudes como hacen nuestros políticos, porque él no perteneció a ningún partido; sino para encauzarlas por los derroteros de la ciencia y de la libertad.

Imberbe aun, desempeñó cátedras de ciencias, jurídico-sociales en las Universidades de Buenos Aires y la Plata. "im

(1).—Prólogo a la 3a. edición de "La Educación", por Miguel Unamuno.

primiendo nuevas orientaciones personales al estudio del Derecho y de la Ciencia de la Educación", transfundió a dos generaciones su espíritu científico y liberal, venciendo obstinadas rutinas." (2).

II

Alguien ha dicho que en Bunge no existe belleza literaria por su forma de escribir. Cierto que Bunge no es un estilista, no manejó la pluma como Rodó, Herrera, Reissig, a más que poeta delicado refinadísimo prosista, (dígalo su trabajo sobre "El Renacimiento"); o el mismo Roxlo, ampuloso a veces, por su pompa retórica.

Pero ese juicio es inexacto en muchas de sus partes. En Théspis hay belleza de forma como en el "Estudio biográfico-crítico, sobre Sarmiento", sólo que no hay en él un orfeberista de la frase, a mi juicio impropio de un científico como lo fué el autor de "El Derecho".

III

La obra magna del Dr. Bunge es "Nuestra América" y como acertadamente dice el Dr. Ingenieros.

"Esta obra no pertenec al número de las que se leen como homenaje a la personalidad de sus autores, tiene excelencias intrínsecas, en su pensamiento, en su composición, en su estilo. Bosquejada antes de los treinta años, y sucesivamente rehecha hasta pasados los cuarenta, expresa con inequívoca nitidez las ideas fundamentales que "Nuestra América" sugirió a Carlos Octavio Bunge; en ella se descubren las cualidades más permanentes de su intelectualidad: perspicaz ingenio, erudición variada, plasticidad asimiladora, gusto literario. Es, de todas

(2).—"Carlos Octavio Bunge". Nota que procede, a la edición definitiva de "Nuestra América", por el Dr. Ingenieros.

sus obras, la más conocida. La Educación, El Derecho, los Estudios Filosóficos, son tal vez de más hondo pensamiento. La Novela de la Sangre tiene más pretensiones literarias. En ninguna de ellas, sin embargo, se encuentran reunidas, como en Nuestra América, las diversas condiciones que aseguran vida larga a los libros. Pues, sin temor de errar, puede afirmarse que esta obra, en su texto póstumo, figura entre las pocas hispano-americanas que seguirán leyéndose con interés dentro de medio siglo'' (3).

Hay en "Nuestra América", mucho de Taine, el modelo de los escritores hispano-americanos que hánse dedicado a los asuntos filosóficos. El autor incomparable de "Les Origines de la France Contemporaine" y la célebre "Historie de la Literature Anglaise", ha sido el modelo de José Ortega Gasset, Angel Ganivet y sobre todo Andrés González Blanco, quien en su obra "Historia de la Novela en España", Madrid 1909, sigue. los métodos de Taine. En América no lo ha sido menos. Nuestro inmenso Varona, como en ocasión inolvidable dijera Conde Kostia, es Taine fundido en Renan. Los hermanos García Calderón, el colombiano Carlos Arturo Torres, el mexicano Manuel Fonssaint, el peruano Riva Agüero, el mismo Rodó, hánse formado en Taine. Y Bunge no podía substraerse a esa fascinadora influencia, aún siendo germana, esencialmente, su cultura enciclopédica y profunda, acaso igualada, pero ciertamente no excedida por ningún otro sud-americano de su generación''. (4)

IV

Bunge, visitó la Habana poco antes de morir. La compenetración de América le obsesionaba y uno de sus acicates pri-

(3).—Introducción a la edición definitiva de "Nuestra América", por el Dr. Ingenieros.

(4).—"Carlos Octavio Bunge",—Nota que precede a la edición definitiva de "Nuestra América", por el Dr. Ingenieros.

mordiales era establecer el intercambio universitario entre Cuba y Argentina. Aquí estrechó relaciones amistosas con connotadas personalidades de la intelectualidad cubana. Y aunque su voz no alzóse en el paraninfo universitario, a petición del Dr. Lendian, conocedor profundo de los méritos de Bunge, iba a alzarse en nuestro célebre Ateneo, para hablar sobre "El Gaucho", cuando un cambio ocurrido en el itinerario del buque que lo había de conducir a su amada patria, arrebatólo de nuestras playas y privónos de escucharle.

Carlos A. CASTELLANOS.

Habana, Marzo de 1921.

HABIB ESTEFANO

Quiero que me acompañes lector, por breve espacio de tiempo, para que tú y yo, unidos en un mismo sentimiento de afectuosa curiosidad, nos detengamos a contemplar a este hombre singular que ha deleitado con su palabra fascinadora y elocuente a la juventud ansiosamente congregada para escucharle, en el salón de conferencias de nuestra Universidad.

La serena investigación de los múltiples aspectos que una mentalidad vigorosa puede ofrecernos, será siempre para un espíritu reflexivo la más tentadora de las tareas, porque no hay, dentro del vasto campo del Universo nada que al hombre interese tanto como el hombre. Y éste, que viene a ser ahora el vértice hácia el cual convergen tu mirada y la mía, nos trae ricos presentes de altísimo precio de las regiones del Oriente, donde vió la luz primera.

Es maronita, nació en Bleter en el Monte Líbano hace treinta y tres años, y aunque hizo estudios en el colegio de Beirut, y más tarde concurrió a altas escuelas de Italia, deja en mi ánimo la impresión de una personalidad que se acerca bastante al filósofo autodidacto, por su intensa autonomía mental, y por la maravillosa flexibilidad de su inteligencia, que le ha permitido apoderarse en sólo cuatro meses, sin necesidad de maestro, de todos los secretos de nuestra lengua. Posee, además, grandes condiciones de orador, ese algo con que se domina a las muchedumbres desde la tribuna, y que comienza en el timbre y las modalidades de la voz; se impone por la autoridad del gesto, y triunfa definitivamente por la

suprema luz de la inteligencia, robustecida por el ariete de la cultura.

La vasta extensión de sus conocimientos le ha permitido hablarnos una tarde con insuperable maestría de los carácteres específicos de la civilización analizando lúcidamente la parte que a "Semitas" y a "Indo-Europeos" corresponde en la gloria de su constitución actual, para llegar después, mirando con ojos soñadores hácia los horizontes infinitos del ideal, a presentarnos el panorama de una futura civilización armónica, en que los Semitas, después de haber recibido de nosotros los que formamos la gran familia indo-europea los secretos de nuestra ciencia y las admirables ventajas de nuestra organización democrática, suavicen la aspereza de nuestro industrialismo con las dulzuras inefables de su emotividad, de su amor a la belleza, sentimiento generador del Arte, y de su inclinación perenne al ensueño en la tierra, por siempre inasequible, que dió vida en el remoto Oriente a las más grandes religiones que registra en sus páginas la historia.

En otra ocasión su verbo fluído eligió como tema la evolución de la Filosofía y departió con nosotros sobre la influencia extraordinaria que ejerció en Europa aquel pensador hispano-árabe llamado Averroes, a travésé de cuyos "Comentarios" se trasmitió al mundo occidental el tesoro de gracia y el haz luminoso de conocimiento que a la civilización aportó Grecia por ministerio de sus dos inmortales maestros: "Platón" y "Aristóteles".

Y ampliando luego el panorama de sus interesantes disquisiciones, discurrió más adelante sobre la investigación filosófica a travésé de los tiempos, desde la época remota en que la "Escuela Jónica" se preguntara cuál era el origen del mundo y cuál su constitución, hasta los actuales momentos en que seguimos planteándonos, sin alcanzar a resolverlos en definitiva, los mismos árduos problemas que ocuparon la mente de nuestros predecesores.

Se hace difícil encasillar en una escuela determinada a

este sólido expositor de una ciencia filosófica nada común, en esta hora en que las imprecisas fronteras de los "ismos" pretéritos parecen borrarse, merced a la aspiración general a crear una filosofía sintética y omnicomprensiva...

Me explico, lector, que este hombre haya sido en su país, profesor de Filosofía y maestro de Elocuencia, y que el príncipe Faisal, descendiente del Profeta, le haya llevado consigo, no obstante ser él cristiano, en misión diplomática por distintos países del viejo mundo, y me explico también, lector, que este espíritu abierto a las solicitaciones del amor y de la ciencia haya querido venir a las tierras nuevos de América, atraído por el insólito espectáculo de estas maravillosas democracias repartidas por todo nuestro territorio y deseoso de conocer, además, la situación de sus hermanos, los que forman las grandes colonias sirias del mundo colombino; pero me doy también a pensar con invencible impulso, que este dulce soñador, obediente al espíritu semita que lleva en sí mismo algo del sublime destello que dió vida a los Profetas y a los Mesías, quiera traer a estas tierras pobladas casi exclusivamente por descendientes de los indo-europeos, juntamente con la mágia de su cálida palabra y el ósculo cariñoso de aquellos pueblos donde nace el sol, y donde han tenido su cuna las consoladoras creencias monoteistas, una invitación a que rectifiquemos algo de nuestra fría concepción del Universo y de la ciencia que pretende esplicarlo y reclinemos de cuando en cuando la cabeza sobre la blanda almohada del ideal, y dejemos vagar nuestros ojos por las inexploradas regiones del infinito, y en verdad lector, que oyéndolo ayer y recordando ahora sus palabras, se impone a mi memoria con invencible empuje, esta afirmación que me ha hecho meditar muchas veces desde que un día la leí en "La Historia del Materialismo", de Lange. "Pero una filosofía no tiene importancia únicamente por los elementos de ella, que resisten con éxito la crítica de la inteligencia, y llegan a contarse entre los tesoros perdurables del conocimiento humano. Las creaciones de una imaginación poé-

tica audaz, y en cierto modo inconsciente, que una crítica severa debe destruír, pueden ejercer por su elevación y por su contenido mismo, un efecto más profundo y más grandioso que los más luminosos axiomas, y la resplandeciente llama de estas revelaciones seductoras y efímeras en su forma no es menos necesaria al ser humano que la clara luz del espíritu crítico''.

Sin ellas, agrego yo ahora por mi cuenta, sin el halo de múltiples colores con que embellecen nuestra atareada existencia, ¡cuán triste y desoladora resultaría la vida. . . !

Y tal parece, lector que eso mismo, con la seductora dulcedumbre de su mágica palabra, viene a decirnos este hijo del desierto a los pobladores de las tierras dónde se pone el sol.

Sergio Cuevas ZEQUEIRA.

USQUEQUO DOMINE

Dios mío hasta cuándo
ha de durar aqueste olvido
que vas conmigo usando.
Fray Luis.

(Para Aurelio A. Boza Masvidal.)

Mira, Señor el corazón dolido,
oye el triste gemido,
que en su dolor inextinguible exhala,
muéstrale la aspereza del camino,
el sendero divino
y para ir hacia tí, tiende la escala·

Aparta con tus manos
de la tortuosa senda los abrojos;
haz que la clara lumbre de tus ojos
ilumine del alma los arcanos
y que el dormido corazón despierte
a un nuevo amor sereno y soberano.

Con sus rojas promesas, el pecado,
eternamente vela, agazapado
como hiena feroz, junto a mi puerta;
quiere el alma angustiada
luchar, más cede al fin deseperada
y entra el pecado por la brecha abierta.

LAS ANTILLAS

Después, Señor, al fuego sigue el frío,
viene un mortal hastío
a llenar de mi alma el ancho abismo;
todo fué un sueño de la mente loca,
el sabor de esta boca
me lo dió la de ayer, todo lo mismo...

Besa la boca aquella, tentadora,
—me dice el triste corazón—adora
de aquellos ojos la pristina lumbre;
a ellos se asoma el alma con premura:
para saciar su sed, la linfa es pura
pero el fondo, Señor, es podredumbre.

En mis noches mortales
son los viejos dolores cual puñales
que abren de nuevo la cerrada herida;
clama mi triste voz en el desierto
y lágrimas de sangre, entonces vierto
por todos los dolores de mi vida·
por todos los dolores mi vida.

¿Y siempre ha de gemir desesperada
el alma conturbada?
¿Será, Señor, eterna su agonía?
¿La noche pavorosa de su duelo
sin luz y sin consuelo,
no ha de tornarse nunca en claro día?

Un solo rayo de tu luz descienda
a lo profundo de mi ser, y encienda
en mi pecho purísimos ardores,
hazlo pronto, Señor, antes que dura
se torne a tu reclamo el alma impura
o me mate el dolor de los dolores.

Juan Marinello VIDAURRETA.

Vedado 1921.

TREINTA AÑOS DE MEDICO (1)

Si por castigo de nuestras culpas, y de camino, para acabar de echarnos a perder con el contagio, resucitara avecindado en Cuba aquel escritor francés que llamaba al sol *Gran Duque de las Candelas y Postillones de Eolo* a los vientos, tengo para mi que presto le rodearía numerosa cohorte de discípulos y admiradores, y no estoy lejos de creer que le harían su presidente de honor unos cuantos comités de barrio de cualquiera de nuestros partidos políticos.

Lo cual sólo viene a cuento ¡oh lector pío! para demostrar con un ejemplo deplorablemente posible a los ojos de quien no haya echado en saco roto el dogma de la resurreción de la carne que en política y en literatura la insinceridad prevalece tanto, como se impone *el mal gusto* desde uno a otro de los confines de esta felicísima república.

De ahí, lector, que por legítima y natural ley de contraste, me haya yo deleitado en estos días con la lectura, entre cabeceos de aprobación y sonrisas regocijadas, de un libro amenísimo, desenfadado y sincero, escrito y publicado recientemente por el doctor Delfín, para narrarnos las pericias y malandanzas de su vida profesional en los últimos treinta años.

No seré yo quien me arreste a suponer siquiera que las páginas de la futura antología cubana se enriquecerán un día

(1) De un libro en preparación, que se titulará, si llega a publicarse, *Pláticas Bibliográficas*. Sale ahora a luz este artículo, en homenaje a la buena memoria del Dr. Delfín.

con diversos trozos escogidos de la obra susodicha, porque harto se me alcanza, que sin aparente duelo de su autor, ha venido al mundo bibliográfico tan desnuda de arrequives y de afeites retóricos, como rica de luz y de color en algunos de su capítulos; pero a despecho de neologismos, descuidos e incorreciones, el libro es de los que se pegan a la mano, y obliga a quien llega a ponerlo en las suyas a acompañar al doctor Delfín durante sus seis lustros de clínica, desde los primeros *récipes* que formuló en el pueblos de los Palacios, hasta su definitiva instalación en la Capital de la isla. El acervo común de la madre realidad ofrece ancho campo a los que, con el esfuerzo de la propia observación aciertan a fecundarla, como lo ha hecho, *Verbi gratia,* el doctor Delfín en aquellas páginas de su libro que tratan de las dos grandes lacerias de esta sociedad: la esclavitud del hombre negro, ya por ventura para siempre desaparecida, y la ignorancia y superstición tan hondamente arraigadas en el espítu de nuestra población rural. Yo no sé, lector, si la atmósfera de Cuba carecerá, como dice don Pompeyo Gener que le sucede a la de Castilla, de *oxígeno ozonizado,* pero sea por la penuria de este gas mirífico y de su colega el *helio,* o por otra causa rebelde a mis investigaciones, hoy, como acontecía en las mocedades del doctor Delfín, brujos, saludadores y curanderos explotan miserablemente la candidez del campesino cubano, arruinan su salud y pervierten su inteligencia nutriéndola de errores absurdos y grotescos.

Pero no te dé murria, lector, lo que ahí dejo apuntado, que Dios según da la llaga da el remedio, y ciudadanos conozco yo entre los que andan bebiéndose los vientos por calzarse un equipo de *Representante* en el próximo comicio, que, o acaban con la *ignorancia y la concupiscencia* de su coetáneos, o no ha de quedar de ellos pedazo ni memoria. Y volviendo a nuestro libro, o hablando con entera propiedad y respetándola de paso, al del doctor Delfín, sábete que no sólo sobre aquellos grandes males morales sino también sobre muchos alifafes y mataduras del cuerpo social, ha dirigido el autor el catalejo de

su observación, dejándonos entrever, con cierta beatífica unción de hombre satisfecho de la jornada, no pocas miseriucas y tal cual levísima cojera de nuestros prójimos.

Ahora bien, lector yo quiero confesarte para poner término a esta plática, que en el bello país donde florece la hipérbole descompasada y altisonante, en la propia región planetaria en que llamamos genio y espantapueblos a Perico de los Palotes, porque escribe los logogrifos de *El Eco de las Batuecas* y pronuncia discursos en honor de Moctezuma, Hatuey, Roque Barcia, y Padilla (a quien él toma por el *Padre*, del mismo apellido) es arduo empeño el elogiar cumplidamente a una persona seria, cabal y pacífica como el Dr. Delfín.

Para los que por debajo de la palabra *superhombre* no admiten la existencia de voces pronunciables en el léxico, este artículo es agua de cerrajas.

Para mi inteción, lector es himno en merecida alabanza a un libro escrito sin atildamiento, pero con gracejo.

Y la intención es la que salva.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA.

الى الآنسة

لوسيلا كويفس زكيرا

أغادةَ كوبا وبنتَ النخيلْ   وحاملةَ البحرِ في المقلتينْ

حبتكِ سماؤكِ بالبهجتينْ   سناءِ الصباحِ وشَعرِ الأصيلْ

أزهرةَ كوبا جمالُ الزهورْ   بنيلِ الوجودِ ابتسامُ الحياةْ

فمن فاتناتٍ الى ناشئاتْ   تمرُّ الحياةُ بمرِّ العصورْ

أيا ابنةَ كوبا أنا ابنُ الجبالْ   يكللها الأرزُ منذُ القِدَمْ

أحييكِ والدهرُ مهما احتكمْ   فما الناسُ إلا عبيدُ الجمالْ

وإنَّ الحياةَ لمنْ يقتنيها   بروحٍ بشوشٍ وقلبٍ فخورْ

فسيري تُضمِّخْ فيها الزهورْ   وساعةُ حزنكِ لا تذكريها

هافانا ١٠ ايار ٩٢١   حبيب اسطفان

Poesía árabe dedicada por el señor Habib Estéfane, a la señorita Lucila Cuevas Zequeira



HABIB ESTEFANO

Presidente de la Academia Arabe de Damasco

A LA SRTA. LUCILA CUEVAS ZEQUEIRA

Traducción hecha por el mismo autor de la poesía dedicada a la señorita Cuevas Zequeira

¡Oh doncella de Cuba, hija de las palmas, tú que llevas en tus ojos este profundo mar, el cielo de tu país te ornó con las dos más preciosas gracias, el explendor de la mañana y la poesía de la tarde!

¡Oh flor de Cuba, la belleza de las flores es, en la noche de la existencia, la sonrisa de la vida: así a través de los sigios, la vida pasa de encantadoras formas, en formas encantadoras.

!Oh hija de Cuba, yo soy hijo de las montañas famosas del Líbano que los cedros coronan desde los tiempos más antiguos: yo te saludo. Sean las que fueren las vicisitudes de la vida, los hombres se inclinan siempre delante de la belleza.

La vida pertenece a quien la recibe con espíritu sereno y con un corazón noble: sigue entonces tu camino recogiendo las flores y tratando de olvidar las horas tristes.

Habib Estéfano.



LUCILA CUEVAS ZEQUEIRA

ECOS DE UNA FIESTA

De suntuosa puede calificarse la celebrada el sábado 16 del presente mes por la "Asociación de Estudiantes de la Facultad de Letras y Ciencias", en la sala de Conferencias de nuestra Universidad Nacional.

Verdaderamente es laudable el esfuerzo que realiza una parte de la colectividad estudiantil, iniciando espléndidamente actos de esta naturaleza, que responden simultáneamente a tres estímulos: la cultura de nuestro primer centro docente, el sentimiento de disciplina de sus alumnos, y la necesidad de la recreación, vigente siempre en el período de la juventud.

A esta fiesta concurrieron elementos de significación en nuestro campo social, y en ella representando dos factores importantísimos en la psicología humana, el contacto de las clases intelectuales, y el sentimiento de solidaridad moral, el claustro tuvo su representación consolidando el puente que siempre ha de tenderse entre el cerebro y el corazón del maestro y entre cerebros y corazones en gestación. En ella hicieron acto de presencia el doctor Carlos de la Torre, gloria legítima de nuestra patria, el doctor Aragón, cumbre intelectual de Cuba, el doctor Rodríguez Lendián, valiosísima joya en nuestro campo histórico-literario, el doctor Mimó, y por último, el doctor Sergio Cuevas Zequeira, como nexo ideal entre Cuba y Puerto Rico, sintetizando en esta fiesta de la juventud cubana, la Escuela de Ciencias y Letras, las energías de su existencia férrea, los fulgores de su talento brillantísimo, y el manantial inagotable de su generosidad de maestro,

El programa cumplióse en todas sus partes: Música por la orquesta de la Asociación. Canto, por la señorita Digna Flora Fernández. Discurso por el señor Corsanego sobre "Las Ciencias Matemáticas y sus figuras ilustres". Opera "Marina", por el divo Joaquín Cristófol. Juguete cómico por los señores: Gaspar Betancourt; Vicente Valdés Rodríguez y Octavio Valdés de la Torre. Película, "No te cases jamás".

La fiesta terminó cerca de las ocho de la noche, dejando en el ánimo de todos los concurrentes honda satisfacción.

Está de plácemes la "Asociación de los Estudiantes de la Facultad de Letras y Ciencias".

María Gómez CARBONELL.

IMPRESIONES

(Oyendo a Amparo Mirabent).

Cuevas Zequeira, preclaro maestro, a cuya cátedra de Filosofía en la Universidad a gala tuve el haberle asistido como discípulo, ha solicitado mi colaboración en "Las Antillas", la importante revista por él dirigida, después de haber reprodu-



SRTA. AMPARO MIRABENT

cido en ella un modesto trabajo mío que no hace mucho le dediqué. Agradecido a tan señalado honor aprovécholo hoy para depositar unas flores en el camino de arte emprendido por una gentil paisanita nuestra: Amparo Mirabent.

Esta genial damita, que sólo cuenta diez y seis abriles, ha hecho sus estudios musicales en su tierra natal, Baracoa, y pensando ampliarlos arribó recientemente a la Capital en compañía del autor de sus días, el culto periodista oriental señor Juoaquín Mirabent. Amparo, recordando al antiguo conquistador César, ha podido repetir:

"Llegué, ví, vencí". En efecto el afamado plantel de enseñanza música "Conservatorio Nacional" le otorga un diploma de *Profesora de piano* al primer exámen a que allí se somete; la prensa habanera no le regatea aplausos y una estela de honda simpatía deja la joven artista donde quiera que hace sentir su arte.

Amparo Mirabent ha llegado a una notable altura en el dominio del difícil instrumento de Lizt y de Chopin, posée su técnica, tiene buena escuela y en su "doigté" se revela un raro vigor. Tiene alma de artista: sin haber hecho profundos estudios de Composición ideal compone guiada por su instinto, tiene un gran talento y una excelente organización musical. Yo no necesito ser profeta para vaticinarle una personalidad en su actuación pianística.

Piensa Amparo dedicarse a la enseñanza.

No sería capaz de disuadirla de tan noble propósito. Si tiene tal vocación, hágalo. Ese entusiasmo es la piedra angular del acierto en el maestro...

Más, perdóneme la merítisima profesora esta ruda franqueza: *¡en el campo del magisterio musical se cosechan pocas y muy mustias las rosas; pero muchas y muy lozanas las espinas!..*

Gaspar ***AGÜERO.***

Habana, abril 1921.

OTEANDO EL PAISAJE

Piedad Zenea de Bobadilla.

Quiero lector, depositar las flores del recuerdo sobre la tumba recién abierta para recibir en su seno, ¡manumisa al fin del yugo del dolor! a la hija excelsa de aquel poeta a quien



PIEDAD ZENEA DE BOBADILLA
A los treinta y ocho años de edad

los cubanos, arrastrados y conmovidos por ella, rendimos un día, elevándole una estatua, merecido homenaje de admiración y respeto.

Predilecta del dolor que iluminó su cuna con los sinies-

tros resplandores del martirio, Piedad Zenea conoció uno a uno todos los desabrimientos de la suerte, y el último que, ya próxima a la tumba, le deparaba el destino con mano artera y cruel, fué la muerte del compañero de su vida, el escritor que hizo ilustre el pseudónimo de "Fray Candil" en los anales de nuestra historia literaria.

Entregada al culto de dos grandes amores, a los que tuvieron la dicha de inspirarlos consagró con estóica tenacidad su pensamiento en todo el curso de su existencia, y a glorificarlos, haciendo entre nosotros imperecedera su memoria, dedicó su postrera voluntad.

Sobre su tumba, si aquellos tiempos de la antigua Roma soñados por su padre inmortal, fueran los nuestros, se levantaría con toda seguridad, un templo a la "Piedad Fifial", y si en edad pasada, pero menos remota de la nuestra hubiera vivido, tal vez sería suya aquella estrofa en que un espíritu profundamente desencantado dió forma a su pensamiento, diciendo con suprema energía, y gran concisión:

"Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida."

LABOR BIEN REMUNERADA

El Casino Español de Sagua la Grande, me ha nombrado, enviándome al efecto un diploma cuyo facsímile a estas líneas acompaña, su SOCIO FACULTATIVO, para premiar, dice "a un cruzado de los grandes ideales ibero-americanistas, acreedor a la gratitud, admiración y cariño sin límites de todos los que tenemos la dicha de pertenecer a tan excelsa raza."

Yo sé, leetor, que en esas frases entra por adarmes la jus-

ticia, y se derrama a manos llenas la generosa cortesía de aquel hidalgo castellano de quien tú y yo somos descendientes; pero sin miedo a la tacha de inmodesto las doy a la pu-



CASINO ESPAÑOL

CENTRO DE LA COLONIA ESPAÑOLA
SAGUA LA GRANDE.

Por cuanto, atendiendo a las circunstancias que concurren en el Señor Dr. Sergio Cuevas Zequeira por las pruebas de nobles y decididos entusiasmos que ofreciera a este Casino Español, con el propósito de cooperar a su mayor auge y engrandecimiento.

Por tanto, la Junta Directiva de este Centro, en sesión celebrada el día 2 de noviembre de 1920 acordó unánimemente nombrarlo Socio Facultativo de la Institución, de conformidad con las prescripciones reglamentarias.

Y para que pueda acreditar donde convenga el otorgamiento de esta merecida recompensa, se le expide este TITULO, debidamente autorizado, en Sagua la Grande, a 10 de noviembre de 1920

Fascímile del título otorgado por el Casino de Sagua la Grande al Director de LAS ANTILLAS

blicidad porque vivo convencido de que sólo agradece bien un favor, el que lo cuenta a todos cada vez que para ello se le ofrece ocasión.

Sergio Cuevas ZEQUEIRA.

ECOS ANTILLANOS

En honor del ilastre Presidente del Senado puertorriqueño ha adoptado la Asamblea Municipal del pueblo de Maunabo, el siguiente acuerdo:

Por cuanto: don Antonio R. Barceló es un buen puertorriqueño, y además un decidido campeón, defensor de las ideas patrias, y

Por cuanto: por su actaación noble y rermosa se ha granjeado el afecto y cariño de su pueblo, que ve en él reflejada la figura magna del inolvidable maestro don Luis Muñoz Rivera, quien depositó en sus manos como legado precioso su testamento político, confiado en que sería bien guardado y mejor mumplido, y

Por cuanto: todo lo que se haga en honor del querido y distinguido hombre público don Antonio R. Barceló, es poco comparado con lo que él merece por su acendrado patriotismo y su trabajo ardoroso y entusiástico en defensa de nuestra noble causa, y

Por cuanto: el Municipio de Maunabo desea demostrar su simpatía y cordial afecto al íntegro patriota don Antonio R. Barceló, como homenaje de admiración y cariño:

Por tanto, ordénase por la Asamblea Municipal de Maunabo, P. R.:

Primero: Que la calle actualmente conocida con el nombre de la calle Nueva, sea denominada en adelante, oficial y públicamente, calle de Antonio R. Barceló.

Segundo: Que por el Comisionado Municipal de Obras

Públicas se disponga el cambio de placas existentes en la calle Nueva, por las del nuevo nombre de Antonio R. Barceló, cuyo costo y fijación, por no haber partida especial en presupuesto, se pagará con cargo a la de Imprevistos, librándose copia de esta ordenanza al Auditor Municipal, como comprobante en sus cuentas.

Tercero: Que esta ordenanza, votada por la mayoría de los delegados de la Asamblea Municipal, se declara en vigor desde esta fecha, librándose copia certificada de la misma al señor don Antonio R. Barceló a los fines consiguientes:

Certifica: que la ordenanza que precede, es una copia conforme con su original en el libro de actas de la Asamblea Municipal, votada en sesión ordinaria celebrada el día 17 de marzo de 1921.

Y para remitir al periódico LAS ANTILLAS para su publicación, libro la presente.

Maunabo, abril 12 de 1921.

E. VELAZQUEZ,
Secretario Municipal.

Cecilio ORTIZ,
Presidente Asamblea Municipal

Este acto de merecida justicia tributado por el pueblo de Maunabo al ilustre puertorriqueño que ha llevado y lleva sobre sí el peso de los más altos trabajos desde la muerte del insigne prócer que duerme el sueño eterno, en el corazón de su amada montaña, si bien enaltece a don Antonio R. Barceló de extraordinaria manera, es también un acto que hace honor a los munícipes que lo adoptaron.

Ha fallecido en esta ciudad el doctor Manuel Delín, que no sólo fué un eminente especialista en enfermedades de la infancia, sino que desarrolló además, con singgular energía, poderosas iniciativas en pro de la niñez desvalida.

Llegue a sus deudos, con la expresión de nuestra cordialísima condolencia, la seguridad de que el pueblo cubano comparte entristecido su hondo duelo.

Un solar en la Playa de Marianao es una magnífica inversión. Vaya a la Plays y vea como aquello se ha transformado. ¡Parece un sueño!

CORTINA Y CESPEDES

REAL STATE, O'REILLY No. 33.

TELEFONO A-0546

Plisados Estables Estilo Francés

Unica casa que hace, además de ACORDEON, CUCHILLOS, SESGADOS, TABLEADOS, infinidad de combinaciones elegantes.

No se haga ningún plisado, sin ver antes los de esta Casa.

Para los trabajos del interior tengo envases especiales para que lleguen los plisados sin deterioro.

SEÑORA MENDIN

COMPOSTELA Y LAMPARILLA. TELEFONO A-7146

NEW YORK BAR

SAN RAFAEL 2

En este establecimiento, el más acreditado en su clase en la Habana, se encontrarán licores finos de las marcas más afamadas.

INTERCONTINENTAL TELEPHONE & TELEGRAPH Co., Inc.

Oficina Principal:
80 Maiden Lane, New York City.

Poseedora EXCLUSIVA del derecho de uso de la Patente MUSSO para telefonía y para telegrafía rápida submarina a grandes distancias.

Agente General para la Isla de Cuba:

PASCUAL PIETROPAOLO

Manzana de Gómez, Dptos. 307 al 311.

Apartado 1707. Habana.

"Las Antillas"

DIRECTOR:

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Año II. Tomo III. Núm. 6

Habana, Junio de 1921.

SUMARIO

1.—A Estudiar Tocan, o Espejo de Pretendientes, por Sergio Cuevas Zequeira. 2.—Haití y la Confederación Antillana, traducción por Lino Dou. 3.—Idas e Imágenes. 4.—Psalmos. 5.—Meditando. 6.—Un Voto en Pro del Calor. 7.—En Días de Gloria. 8.—La que no Llega. 9.—Una Fecha en el Mes. 10.—Rimas. 11.—Curiosidades Históricas. 12.—Revelación. 13.—Enriquillo (continuación). 14.—Hojas de Album. 15.—Los Puertorriqueños en Cuba. 16. El Sitio y Toma de la Habana por los Ingleses. 17.—Idilio Roto. 18.—A la Virtud. 19.—Oteando el Paisaje. 20.—Lo imposible. 21.—Ecos Antillanos. 22.—Libros, Folletos y Revistas. 23.—Indice del Tomo.

DIRECCION:

TEJADILLO NUM. 22

HABANA, CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de la Habana

Compañía de Seguros "Cuba"

EDIFICIO DEL BANCO NACIONAL DE CUBA

TERCER PISO

Teléfonos: Centro Privado, A-0439, A 0440, A-1055

APARTADO 2526 HABANA

Presidente: José López Rodríguez.

Vice-Presidente: Agustín G. Osuna

Letrado Consultor: Lcdo. Vidal Morales

Consejeros:

Regino Truffin; J. M. Tarafa; Saturnino Parajón

Director General: Julian Linares

Sub-Director General: Manuel L. Calvet

Médico Director: Dr. J. Ortíz Cano

Secretario: Ramón G. Osuna

NUESTRA PENSION AL OBRERO ES ORO ACUÑADO

NUESTRA POLIZA DE VIDA ES LA MEJOR HERENCIA

NUESTRA POLIZA DE INCENDIO ES LA MAYOR GARANTIA

Las Antillas

Director: Sergío Cuevas Zequeira

AÑO II

Tomo III. Junio, 1921. Núm. 6

A ESTUDIAR TOCAN, O ESPEJO DE PRETENDIENTES

Quid rides? Mutáto nomine de te fabula narratur.
HORACIO.

Si no me lo vedara la suave condición de mi ánimo, inclinado a la piedad, a estas horas estaría yo arrojando sobre todos los tejados de vidrio que hay en la República, y que por la cuenta, son muchos, las piedras "que mil días ha que apaño", y a fé que lo haría con gusto, no por malignidad, sino por espíritu de justicia, y como diz que dijo el señor don José Genaro de Hervás, autor del endecasílabo precedente y del que va a continuación:

por vengar el común y el propio daño.

Pero amén de que soy incapaz de ejercitarme en tan fiero deporte, que por las trazas, convertiría en "ojos de boticario" los albergues de gentes muy principales, una consideración de mucho peso detendría en todo caso el ímpetu de mi mano vengadora, y es a saber: que, si deponiendo algo de mi habitual blandura, me arrestase a abatir sobre los susodichos tejados los proyectiles de que hice abundante provisión, tocaría al país pagar los vidrios rotos, no porque se haya constituído en fiador de mis desafueros, sino porque es

una verdad de las que caen bajo la jurisdicción del maestro Pero-Grullo, que el pato y los vidrios consabidos los paga siempre algún inocente, y en lo que a ese particular atañe, así Dios me salve como no hay quien aventajé al país en el canto de una uña.

A bien que no permite la infinita misericordia que haya veneno sin su triaca correspondiente, ni mal que ande por el mundo horro y libre de remedio; que cuando otro no hubiera para nuestras miserias, siempre quedaría el de la muerte, puerta de escape, por donde hurtamos el cuerpo, a la postre, a las inclemencias de la suerte y a "las molestias del trato humano", minuciosamente puntualizadas en un bello libro que lleva ese título, por el monje benedictino D. Juan Crisóstomo de Olóriz.

No había de ser el país una excepción dolorosa de esta regla, y de ahí, que para acorrerle en sus cuitas y prevenir los yerros en que pudiera abismarle su inexperiencia, haya acudido solícita, falange tan numerosa de curadores, que en comparación con ellos, resultan cuatro gatos las gentes que pusieron cerco a Roma,

con Borbón por Carlos Quinto.

Y no para aquí el cuento, o la cuenta, que todo es uno, sino que movidos a santa emulación los ánimos generosos, por lo arduo del empeño, andan por ahí multitud de ciudadanos de toda laya y condición, resueltos y determinados a no comer pan a manteles ni dormir bajo techo, hasta tanto que se les haya ofrecido oportunidad de ingresar en la hueste benéfica de tutores que, pródigos hasta el exceso, nos ha deparado el cielo.

Y aunque estos ayunos y penitencias—que algunos maldicientes atribuyen más que a sobra de alientos a falta de condumio y de hospedaje—empobrecen y arruinan el organismo, no lo ahcen tan aina, que no den tiempo al espíritu para desplegar las alas y mostrar su pujanza, poniendo en lo más

alto sus pensamientos, o su pensamiento, para hablar con entera propiedad, porque estos patriotas de cepa novísima viven consagrados a la sola y única idea de consumir el resto de su azarosa existencia, velando desde un puesto cómodo y bien retribuído, por el auge y prosperidad de la República.

Andando así a la husma de ocasiones de desojarse mirando por los públicos intereses es natural que los ciudadenos de autos, hayan ido a recalar ora a las inmediaciones del palacio del Senado, ora a las de la Cámara de Representantes, y cuentan las crónicas, que, más resueltos aún que Hernán Cortés después de haber salido de "Tenochitlán", han decidido restituirse en breve plazo a aquellos lugares, provistos del acta indispensable, con la cual, y con buenas posaderas para arrellenarse de Ramos a Pascuas en cómoda poltrona, dan por cubiertos cuantos requisitos son necesarios para legislar como unos girifaltes, y hacer de los lamentos del país el mismo caso que haría el Gran Turco de las coplas de Calainos.

A las reflexiones de amigos y colegas tratando de apartarles de empresa tan arriesgada y poniéndoles de manifiesto su falta de preparación y de aptitudes, diz que muy ufanos contestaron que con la ayuda de Dios, unos cuantos amigos hiperbólicos en cualquier Comité y tal cual paniaguado en alguna Junta de escrutinio, es cosa fácil y hacedera convertir al más torpe y desmañado de los mortales en un señor Representante de tomo y lomo; y hasta parece que hubo alguien que, a modo de epifonema, echó la rúbrica a la precedente declaración, con esta sentencia: "debajo de ser hombre, puedo venir a ser papa, como dijo no sé si Pitágoras o Numa Pompilio".

Y, si, lector, dijeres ser comento, permíteme, que poniendo con él, término y remate a este articulejo, te refiera un sucedido que, si no de deleite, podrá servir de provechosa enseñanza a muchas gentes que andan bebiéndose los vientos por llegar a ciertas alturas donde sólo conseguirán poner de manifiesto su ignorancia y su majadería.

Es el caso, que había en mi tierra, allá por los años en que yo estudiaba Retórica con los Padres Jesuitas, un caballero excelente, rico, con muy buenas peluconas apañadas en honrada granjería, el cual, viéndose en edad provecta, sin familia, falto de cuidados y sobrado de ocios, dió en dedicar éstos a la política, y enzarzado entre sus redes, acabó por encariñarse con la idea de ser Diputado a Cortes; mas como le arguyeran sus amigos y correligionarios que para llegar a tan alta magistratura le cumplía mucho cultivar su inteligencia y nutrir su espíritu de sólida erudición, nuestro hombre gastó en libros gran parte de sus rentas, y a su lectura dedicó no pequeño espacio de su tiempo.

Encontrábase al cabo de unos meses de haber dado comienzo a sus estudios, en una sala de armas en compañía de muchos y muy calificados personajes de la Colonia, y habiéndose concertado un certamen de tiro, le invitaron cortesmente a hacer el primer disparo. Dió la bala en el blanco, aplaudió el éxito la concurrencia, y alguien agregó estas palabras: "—Puede usted decir, veni, vidi, vici!"

Regocijado y satisfecho como quien halla ocasión, secretamente deseada de sacar a relucir sus conocimientos, contestó rápidamente el presunto legislador: "—¡Como Termópilas!"

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Haiti y la Confederación Antillana

(POR ANTENOR FIRMIN)

Traducido para "LAS ANTILLAS"

Por LINO DOU

II

España, después de la destrucción de la flota del Almirante Cervera, después de las derrotas militares sufridas en las batallas de "El Canei", "Guantánamo", "Las Guásimas", "Santiago de Cuba" i las alturas de "San Juan de Puerto Rico", fué reducida a retirase de las Antillas... Pero, mientras Cuba, que había tenido la energía i la virilidad de levantar el estandarte de la revolución, fué reconocida independiente, Puerto Rico no fué sustraída de la dominación española sino para caer en las manos de los Estados Unidos. Cuando en la rada de Charleston (Carolina del Sur) hube leído, en el protocolo preliminar de la paz entre España i los E. Unidos, la cláusula de la cesión de Puerto Rico a los americanos del Norte, sentí como un golpe fatal dado en el corazón del Dr. Betances con la caída irremediable de sus largas i patrióticas esperanzas. No me engañaba. En efecto, lo encontré bien pronto en París, desfallecido i postrado, más minado por la ruina de sus generosas aspiraciones que por la enfermedad que aparentemente sufría. Movido por una delicadeza que conocen bien los corazones ya mordidos por el sufrimiento de grandes decepciones i que aman profundamente, no pronuncié una palabra sobre el desenlace de la sangrienta contienda entre los herederos del Cid Campeador i los descendientes de los Peregrinos, sobre la tierra, abrillantada

por el sol de los antiguos Caribes. Pero ese silencio mismo sobre hechos palpitantes de actualidad, era una tristeza más. El martirio del pensamiento es, de ordinario, mudo. Hai una amargura concentrada que el alma sufre con impasibilidad, cuando es fuerte i valiente, pero cuya virtud corosiva la roe i la mina; tal el pico del águila jupiteriana destrozando las entrañas de Prometeo. El no habló más, pero sufría horriblemente, lamentablemente. Afortunadamente su agonía moral no duró mucho tiempo. El primer apóstol del evangelio antillano se extinguió silenciosamente en el abrazo de una suprema angustia.

Tuve la amarga felicidad de ocupar un lugar entre los amigos íntimos que se relevaban, de hora en hora, ante el lecho fúnebre en que reposaba su cadáver adelgazado, la frente aureolada de su cabellera desbordante, blanqueada por los años i por los dolores de la última decepción. Era para nosotros, como la "velada de las armas" impuesta durante la edad media a los futuros caballeros—iniciación evocatriz i piadosa—dedicada a la verdad i la nobleza, que es la del corazón i del espíritu i de quien el afectuoso difunto representaba el tipo más elevado.

El había deseado que su cadáver fuera incinerado. Durante la cremación i con la asistencia de un escogido auditorio, tuve el insigne honor de dar los últimos adioses al patriota irreprochable, al filántropo convencido, al filósofo ameno i altruista... Después, el sueño de la Confederación de las Antillas, ha quedado siempre vivo en un rincón de mi cerebro, pero la idea me causa, cada vez que surge, un doloroso extremecimiento. Ella me recuerda ineluctablemente los dos grandes muertos que fueron sus prestigiosos campeones: José Martí caído en "Dos Ríos" bajo las balas españolas i Betances herido de muerte por la falta de generosidad americana. De 1898 a 1905, una dura experiencia i las meditaciones sociológicas i políticas que fueron sus consecuencias, si no me hacían absolutamente pesimista, habían gradualmente disminuído mi entusiasmo, aún teórico. Estaba en esta disposición de espíritu cuando recibí la carta del señor Francisco Carvajal—a quien no he tenido el honor de

conocer—apoyada por la recomendación del señor Enrique Jiménez un joven, simpático e inteligente dominicano.

Dando los últimos toques a mi libro "M. Roosevelt, Presidente de los E. Unidos i la República de Haití", descuidé la respuesta inmediata a esta carta que, sin embargo, me había interesado vivamente. Aunque las "Cartas de Saint-Thomas" no contienen sino las que he escrito, una particularidad me lleva a insertar aquí la del señor F. Carvajal. Cuando, después de un largo retardo, envié mi respuesta a la dirección indicada (Cuba No. 76, Habana), mi carta fué devuelta, con el sello del Servicio Postal: "desconocido". Durante mi estancia en Cuba. a pesar de mi solicitud de informes, no tuve jamás noticias del señor F. Carvajal, por más que su correspondencia hubiera sido para mi un misterio un mito sin la carta del señor Enrique Jiménez que acompañó a aquella cuyo contenido en éste:

"Habana, 27 de Enero de 1905.

Sr. Antenor Firmin.—Saint-Thomas.

Mi querido i respetable señor: Guiado por un alto sentimiento antillano, he solicitado de mi buen amigo i compañero el señor Enrique Jiménez la carta de presentación que tengo el placer de acompañaros adjunta.

No os asombreis de que, por estas líneas, venga sin ningún antecedente, a ocupar vuestra atención e invoco vuestra benevolencia por el tedio que os puedan causar.

Hace algún tiempo que un grupo de antillanos residentes en Cuba i otros que se encuentran en diversos países, trabajan en la medida de sus fuerzas actualmente modestas, en la realización del ideal de Hostos i de Martí—nobles iluminadores de nuestro pueblo—en el evangelio escrito en que se encuentra la salud suprema de nuestra patria antillana, en fórmulas de una moral tan sincera como elevada, nacida de profundas consideraciones sobre los preceptos inmutables de la sociología en relación con la geografía, la naturaleza de las razas, los países i la historia de los pueblos distintos que forman el archipiélago colombino.

Vos que sois una de nuestras más altas personalidades i de quien mucho espera el destino de estos pueblos, no debeis permanecer indiferente a la acción que tiende a romper el antiguo e insuficiente molde en el que languidecen indefinidamente los mejores arranques del esfuerzo antillano; i quizás sereis vos uno de los maestros cuyo consejo elevado deba guiar nuestra marcha—al través de senderos desconocidos—hasta el límite de nuestras justas aspiraciones que son las de formar un Estado con todas las islas antillanas. Preconizando para esto, la independencia de las colonias actuales del Mar Caribe.

Hemos medido la grandeza de la obra i considerado seriamente la distancia que nos separa de su realización; pero, como quiera que sea, estamos resueltos a comenzar la tarea, poniendo nuestros débiles esfuerzos bajo la protección del mismo espíritu que inflamó las cohortes liberatrices de la Unión americana, de Haití, de Santo Domingo, de Cuba i de la América entera, en la inmensa extensión de territorio hoi libre del humillante yugo colonial.

Contamos con la alta conciencia del Continente libre i el punto de honor de las Antillas esclavas, de las que iluminaremos la faz con las exhortaciones de la verdad i la justicia, mostrándoles su inmensa desgracia. Marchamos con extrema lentitud; ápenas si la idea ha comenzado a moverse, vamos poco a poco, trabajando en silencio, hasta que en mejores días presentemos al mundo nuestro programa i procedamos directamente sobre la conciencia adormecida de los países cuya libertad constituye ya nuestro culto.

Nos proponemos publicar un libro de biografías de todos los antillanos ilustres que han contribuído, en diversos grados, a la elevación moral e intelectual de nuestros pueblos, considerando los ejemplos como el mejor estimulante que pueda ofrecerse a aquellos que duerman en el seno mortífero de la esclavitud Política. En consecuencia, yo me permito solicitar de vuestro constante patriotismo los datos que se refieren a vuestro país natal, el primero de las Antillas i el segundo de la América en proclamar los derechos del hombre en este conti-

nente en los fastos incomparables de los cuales la historia de Haití brilla como estrella fulgurante.

El signo de los tiempos parece indicarnos que la hora se aproxima en que debe agrüparse de nuevo la familia de las Lucayas i de los Caribes, para unirse en un lazo estrecho e indisoluble, de amor recíproco, formando una Confederación que responda a la seguridad i al bienestar de estas tierras cuya distribución geográfica nos muestra que no alcanzaron ningún resultalo, i que obtendrán mucho, bajo el impulso de la unión.

Soñamos con la Unidad Antillana, con la independencia de Jamaica, Bahamas i las pequeñas Antillas.

No es posible creer, señor Firmin, que un destino fatal haya condenado para siempre a estos débiles países de la gloriosa América a la más triste y degradante esclavitud política. Al contrario, debemos creer que siendo quizás las últimas en sentarse al hogar de la libertad que, por su noble sacrificio i con su sangre generosa, han creado los Libertadores del Nuevo Mundo, entre los cuales figura, en primera línea, el inmortal Toussaint-Louverture, estos pueblos resulten mejor preparados para el goce de tan alto beneficio. Los frutos de una tardía madurez son siempre del mejor sabor.

No hai duda sobre que vuestra colaboración en este proyecto civilizador será inestimable i de alta importancia; no dudamos, no podemos dudar, que el Patriota sereno que ha sacrificado de la manera más noble sus propios intereses i aún los de su partido triunfante, antes que ver la patria en peligro, rehuya su concurso a una idea en la cual vive el mismo espíritu que os inspiró en el desgraciado incidente de "La Créte a Pierrot", enfrente del "Panther", en la bahía de Gonaives. Allí encalló la política haitiana, pero triunfó hasta el colmo de la elevación el patriota antillano.

Próximamente presentaremos en esta capital el concepto de la Confederación Antillana i os rogamos a vos, que sois uno de nuestros más eminentes luminares, que nos deis valor para emprender nuestra marcha laboriosa, dado que todos las cuali-

dades que se reunen en vuestra elevada personalidad nos inducen a la conclusión que la causa que sostenemos es también vuestra causa.

Recibid, señor Firmin, la expresión de nuestro más profundo respeto junto a nuestra sincera estimación.

F. CARVAJAL

Dirección: Cuba No. 76, Habana''.

Este ardor de prosélito que brilla al través de las líneas del señor F. Carvajal, prueba que la idea de una Confederación Antillana, abrasa todavía más de un cerebro latino-americano. Ella ejerce un real ascendiente sobre aquellos que, en una clara concepción, experimentan el deseo previsor de constituir en nuestra región caribiana un Estado importante, teniendo por base la unión de más en más estrecha de los intereses materiales i morales de estas islas superbas, verdeantes i fértiles, acariciadas eternamente por las aguas límpidas i azules, tibias i mecedoras del mar de las Antillas.

Fué para mí una agradable revelación encontrar en la Habana un arranque de simpatía i admiración que pareciera desmentir la leyenda de una repulsión desdeñosa del blanco cubano por todos los individuos que tengan en las venas aunque sea una pequeña parte de sangre africaaa. Yo soi absolutamente negro, i, sin embargo, he recibido en la capital de Cuba una bienvenida entusiástica que no igualó ningua de las dispensadas a ningún otro diplomático llegado a ese país. Pero lo que explica el gran entusiasmo que provocó mi presencia, como ministro de Haití, fueron—por encima de una reputación literaria i científica quizás controvertible—los lazos simpáticos i morales que han existido entre el Dr. Betances, José Martí i yo i que conocen los antiguos obreros de la independencia cubana, los ''irredentistas'' de la idea de una Confederación Antillana.

''Nosotros que tenemos buena memoria i que recordamos el pasado revolucionario, escribió uno de los paladines de ''El Yara'', hemos sentido revivir el espíritu de la solidaridad antillana, viendo a Firmin, el eminente hombre de Estado admirado por Martí, recibido hoi por el Presidente de la República.

"Y al evocar este recuerdo i la reciente proposición hecha en la Cámara Popular de Puerto Rico, reafirmamos esta declaración del viejo programa:

"El Partido Revolucionario Cubano se constituye para realizar la independencia de Cuba i ayudar al fomento de la de Puerto Rico".

En efecto, el 27 de Febrero de 1909 en San Juan de Puerto Rico, se unieron nueve miembros de la Cámara de Delegados para presentar una resolución relativa a la Confederación de Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo i Haití bajo el nombre de "República Antillana". El plan preveía un Presidente i una Suprema Corte de Justicia para los cuatro Estados i la elección, para cada uno de ellos, de un Gobernador i funcionarios administrativos i judiciales. Estaba también "enunciado" en esta "resolución" que los Estados Unidos deberían tener estaciones navales en las aguas de la República Antillana i el derecho de intervenir en caso de revolución a cambio de su protección i de la libertad de comercio con los puertos americanos. Esta proposición se discutió en sesión secreta, pero, sin rechazarla formalmente, no se decidió ninguna acción caracterizada.

Fué un "globo de ensayo" lanzado en plena asamblea de los Representantes de Puerto Rico. Queda todavía en el aire i nadie puede predecir su rumbo político. Ya el gobierno de los puerto-riqueños va siendo de más en más difícil para los americanos. No tendría nada de extraordinario el hecho, más o menos próximo, de ver a los E. Unidos transformar su dominación colonial sobre Puerto Rico en uno de esos protectorados casi intangibles, desde el punto de vista político, pero mui real i positivo desde el económico i financiero. El "Tío Sam" sabe contentarse con esos acomodamientos prácticos, según las oportunidades. La independencia nacional de la cuarta de las Grades Antillas está en la categoría de las cosas mui posibles o mui probables. Pero, aún en este último caso, se puede preguntar cuáles serían las probabilidades de realización del sueño mag-

nífico de Hostos, Betances, Luperon, Martí i tantos otros antillanos ilustres muertos, o vivientes todavía. ¿Cuándo llegará esta Confederación de las Antillas, fin ideal i sagrado de tan constantes i generosos esfuerzos? ¿Cómo se podrá legar a ella i qué oportunidades de buen éxito inmediato i pacífico tendrá una empresa a la vez tan noble i tan delicada? Para mi respuesta a estas cuestiones envío al lector mi carta dirigida al señor F. Carvaja. No tengo nada que añadir a ella, sino el regocijo profundo i sincero que me ha causado la terminación feliz de la segunda intervención americana, dejando a la República de Cuba, independiente i dueña de su destino nacional.

Saint Thomas, 15 de Marzo de 1907.

Sr. F. Carvajal.—Habana.

Querido señor: Vos habéis debido quejaros, con razón, de no haber recibido mi respuesta a vuestra interesante carta de 27 de Enero de 1905. Esta carta, colocada entre mis otros papeles i documentos, desgraciadamente, se me extravió i he estado largo tiempo buscándola sin lograr encontrarla. He conservado siempre eso como un peso sobre mi conciencia, mientras que el olvido de vuestra dirección me impedía hasta daros una excusa. Por el más feliz azar he puesto, en estos días, la mano sobre ella. La causa de mi dificultad en descubrirla ha provenido probablemente en el hecho de que está escrita en máquina Remington cuyos caracteres se usan siempre para los documentos oficiales i comerciales o memorias especiales. He debido tocarla más de una vez, sin sospecharme que era la pieza buscada con tanta solicitud.

Ha transcurrido tan gran lapso de tiempo, desde su fecha, que parecería conveniente que no volviera a ella, continuando más bien un silencio, que habreis, sin duda, juzgado i condenado ya con tanta razón. Pero el fondo tiene una tal importancia que experimento la necesidad de responder, recordando sobre todo el proverbio: "Más vale tarde que nunca".

Vuestra idea de provocar un movimiento intelectual i mo-

ral en favor de una futura Confederación de las Antillas es de las más generosas. Yo me recuerdo, en 1892 en Cabo Haitiano, haber oído a vuestro distinguido i nunca bien sentido compatriota José Martí, exponerla con aquel ardor de convicción i la elocuencia entusiástica de que estaba tan admirablemente dotado. Pero las aspiraciones que entraña esta idea son tan difíciles de realizar cuanto son nobles i elevadas.

Además, para que triunfen i se traduzcan en hecho tangible, es necesario una grande, constante i santa propaganda, de aquellas que están animadas del fuego sagrado de un patriotismo amplio, inteligente i previsor; inspirándose, sobre todo, en esta verdad, que las tres pequeñas naciones que forman actualmente las dos más grandes Antillas—todo el tiempo que estén libradas a una aislada existencia—no constituirán jamás, cada una, una potencia capaz de hacerse respetar. Bien al contrario, uniendo sus destinos nacionales i atrayendo a ellas todas las otras islas antillanas que viven hoi bajo un régimen colonial, formarían en fin, un Estado consistente, habilitado para mantenerse por sí mismo i de crearse un título serio a la estimación i al respeto de las demás naciones.

Es a este fin que vos trabajáis. Todo hombre de corazón no puede sino aplaudir vuestro magnífico ideal. Habéis tenido razón pensando que no podía yo negarle mi concurso moral. Sin embargo, como le he escrito el último año, a un publicista de la Guadalupe, que me había expuesto ideas absolutamente semejantes a las vuestras (1), creo tal empresa no llegará sino

---

(1) Es por error, falta de memoria, que he escrito que las ideas expuestas por un publicista de la Guadalupe, Mr. H. Adolphe Lara, a quien he hecho alusión, eran "absolutamente semejantes" a las del señor F. Carvajal. El simpático escritor guadalupeño no imaginaba una Confederación de las Antillas, sino una "Federación de las Antillas negras", programa especialmente sociológico, mui delicado i difícil de realizar, pero de una concepción menos amplia. He aquí la manera cómo se ha

mui difícilmente a un completo éxito, con lo poco de consistencia sociológica que se encuentra en los grupos políticos, aún en el seno de las Antillas desde hace mucho tiempo constituídas en Estados independientes tales como Haití i la República Dominicana, sin nada decir de Cuba que está todavía en un período de ensayo nacional. Después, los aconecimientos políticos sobrevenidos en vuestro país por el antagonismo entre el grupo de los conservadores a la cabeza del cual está el Presidente Palma, i el de los liberales, teniendo por jefe al General José Miguel Gómez, han atraído una nueva intervención de los americanos del Norte. Es con un interés rayano en la angustia que los amigos de la libertad i de la independencia cubanas, esperan el desenvolvimiento de esta penosa situación.

Y qué debemos pensar de las Antillas francesas, inglesas, holandesas o americanas? No solamente no es cierto que todas ellas deseen evolucionar de la existencia colonial a una autono-

---

expresado Mr. Lara en una carta que me dirigió el 13 de Febrero de 1906:

"La raza negra debe honrarse al tener un espíritu como el vuestro; i, si mis medios intelectuales i económicos me lo permitieran, os hubiera pedido ayuda para realizar un proyecto que desde hace tiempo acaricio: crear, bajo la égida de hombres como usted, una Federación de negros antillanos. Somos franceses, ingleses, españoles, por derecho de conquista; pero de origen común, sufriendo los mismos prejuicios, nosotros debíamos ser solidarios para defender nuestros intereses. Tengo amigos en las Antillas inglesas, publicistas que, aun manteniendo una sincera lealtad a su metrópoli, piensan que sus congéneres de la Martinica, de la Guadalupe, de Cuba, de Puerto Rico, de Haití, son, ante todo, hermanos con los cuales deben entenderse. Y tal movimiento en nuestra época de pacifismo e iternacionalismo, no inquietaría de ningún modo a las metrópolis, i las obligaría a ser más justas, a tratarnos con menos desprecio".

mía formal o a la independencia nacional sino que tampoco se sabe hasta qué punto serían capaces de conservar una organización constitucional, fuera de toda tutela administrativa de una metrópoli exterior.

Vuestro ideal es infinitamente atrayente i elevado, es necesario repetirlo; pero su realización práctica reclama una larga gestación de la idea inspiratriz, facilitada por una feliz evolución de los elementos humanos llamados a penetrarse de ella, para el más grande honor i la más grande gloria de este archipiélago de las Antillas, que podemos considerar, desde hoi, como nuestra "más grande patria", ayudando a la génesis de un sentimiento de real i poderosa simpatía entre los antillanos, fuera i por encima de todas las distinciones de raza, de origen i de nacionalidad.

Es con este espíritu que me uno a vuestras bellas aspiraciones, con todo mi corazón i con toda mi alma.

En cuanto a la petición que me habéis hecho de datos históricos referentes a Haití, aprovecho esta ocasión para ofreceros un ejemplar de mi libro "M. Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, i la República de Haití", publicado en 1905, rogandoos aceptarlo como un testimonio de mi sincera estimación.

Recibid, querido señor, mis salutaciones simpáticas i devotas.

A. FIRMIN

IDEAS E IMAGENES

Dedicado a mi talentosa discípula, señorita Aurora Muro.

Hay tendencias, y no sin fundamento, a creer que todas las imágenes mentales proceden del sentido de la vista y que, los otros sentidos sólo llevan ideas al cerebro, nociones o conocimientos, pero sin imágenes; y así parece ser, porque la idea de un olor, de un motivo musical, del frío, o del sabor de los alimentos, no llevan imágenes al cerebro.

Opino que todas las consecuencias de las funciones del intelecto, psicológicamente apreciadas, son ideas, que es el término general en que están comprendidos los nombres de noción, concepto, imagen, recuerdo, visión y otros.

Todas las imágenes, desde el punto de vista intelectual, son ideas; pero todas las ideas no son imágenes; de la misma manera que podemos decir que todos los hombres son animales, pero no que todos los animales son hombres.

Yo puedo imaginarme una moneda de un centavo puesto que conozco visualmente dicha moneda; pero no puedo imaginarme la cienmillonésima parte de un centavo. El centavo puedo imaginarlo, la cienmillonésima parte sólo puedo concebirla.

Igual me pasa con el planeta en el cual habito; veo una pequeñísima parte de él y concibo su grandeza basado en la

imagen de mi pequeñez, punto de comparación para que mi imaginación forje una inmensa esfera que se pierde en las tinieblas de mi cerebro.

Pasemos ahora a las ideas abstractas, a las palabras con que las nombramos y a los símbolos con que las representamos.

Si pienso en un amigo, puedo imaginármelo, puesto que mi amigo es una cosa real y visible; aquí tenemos una idea concreta de la cual se deriva una imagen mental.

Si pienso en Dios, en la suerte, en la belleza, en la vida y, así sucesivamente, en una serie de ideas abstractas, funcionará mi cerebro concibiendo tales ideas, pero no podré imaginármelas sin que en estas concepciones intervengan los símbolos. Aclaremos estas ideas.

Símbolo es un signo, algo material, que representa una cosa abstracta.

Puedo imaginarme una oveja para pensar en el animal; tengo también la palabra oveja para evocarla en la mente de otro que no sea yo y, por último, puedo fotografiar la oveja con el fin de tener presente la figura del animal.

Pero si pienso en que la oveja es humilde y quiero personificar "lo humilde" de la oveja, necesito hacer una abstracción para concebir la humildad, cosa que no puedo imaginarme si no recurro a algo real.

¿Cómo podría imaginarme la humildad? Pues valiéndome de lo real, de la misma imagen de la oveja, no para pensar en ella como oveja, sino en la propiedad que tiene de ser humilde.

He aquí, cómo de la idea de oveja paso a la imagen para llegar al concepto de humildad. La humildad no pertenece a lo real porque no tiene extensión, ni forma, ni color; es un concepto para el cual tengo la imagen de la oveja que me sirve de nexo entre la inteligencia y la imaginación; además, tengo la palabra humildad para evocar el concepto y la fotografía, o el dibujo de la oveja para simbolizar la idea de humildad.

El hombre, al referirse a sus abstracciones, necesita psico-



lógicamente, de imágenes, puesto que no puede pensar con conceptos. Y digo "pensar" como sinónimo de raciocinar. Cuando el hombre medita, reflexiona o raciocina, tiene forzosamente que recurrir a la imaginación para substituir los conceptos por imágenes.

Hago esta afirmación, porque el concepto, a juicio mío, es algo que está en la antesala de la metafísica; en cambio, la imagen es algo que vive con nosotros, algo que rodeado de luz, nos alumbra el camino que hemos recorrido, o la senda que hemos de andar por primera vez.

Una mujer vendada, la diosa Astrea, con una balanza en una mano y una espada en la otra, simboliza la justicia, símbolo que nos sirve de imagen.

La justicia es un concepto, nadie tiene la "imagen de la justicia", y he aquí el motivo por lo que tenemos necesidad del símbolo, o sea, el substituto de la imagen.

El vulgo, los pueblos todos, raciocinan siempre, cuando hacen abstracciones, con imágenes, y esto se demuestra con las creencias, la fe, las supersticiones, la suerte, la desgracia, la esperanza...

Los cultos de todas las religiones, recurren, para llegar a los sentimientos de sus fieles, a las imágenes, bien por medio del lenguaje figurado, o bien por medio de las imágenes tangibles. Nada hay tan perjudicial para la fe como las razones dirigidas a la inteligencia.

El que tiene fe no se satisface con el concepto de ella; necesita imaginársela, "pintársela" en su mente, dibujarla después en un papel y por último, tallarla en madera u otra substancia.

El que cree que el número 13 es funesto, no funda su superstición en el concepto, sino en algo real que su imaginación forja relacionado con un símbolo entre el mal y el agente que lo produce, según el supersticioso.

El ideal es un concepto del supremo bien que se origina de una idea que al calor de la imaginación se transforma en un

deseo constante de mejoramiento hacia nuestros semejantes y hacia todo lo que nos rodea.

Terpsícore, Clío, Harpócrates, Hebe y otros, son nombres imaginarios que la mitología griega personificaba, imágenes que fueron productos de la fantasía griega.

Los conceptos son los elementos propios de las grandes inteligencias y del talento, es el privilegio de los elegidos. Pero el mundo sin la imaginación y sin las imágenes, carecería del amor ideal, de belleza, de encantos y del deseo de vivir.

Fulton, sin su talento, en el que existía un elevado concepto de la ciencia, y sin su imaginación creadora, no habría aplicado el vapor a la navegación. Fulton pasó de los conceptos a las imágenes, Por esto la muchedumbre no lo entendió y todos aquellos que primeramente lo silbaron cayeron después arrodillados ante el genio que los abatió poniéndoles delante de los ojos lo que no había podido llegar a sus inteligencias.

Y termino imaginándome a Fulton, de pie, sonriente, circundado de una muchedumbre arrodillada, con la boca abierta y en actitud admirativa, escena que a mí se me antoja el símbolo de la ignorancia.

EDUARDO MEIRELES

PSALMOS

Para librar mi corazón vencido
de un dolor que mi vida entristecía,
el viejo centinela del olvido
puse a las puertas de mi pecho un día.
Muy breve espacio en vela
estuvo el centinela;
que cuando más con su lealtad contaba,
por el dolor mi corazón transido,
algo sentí que en mi interior lloraba...
Miré hacia el fondo de mi pecho herido
y el viejo centinela... dormitaba!

A UNAS VIOLETAS

¡Oh, flores que dormísteis
sobre el pecho divino de mi amada,
aspirando el perfume delicado
que brota de su alma!
¡Vosotras que el secreto penetrásteis
del corazón de mi gentil sultana,
escuchando sus rítmicos latidos,
como una suave y delicada gama...
Decid: Si yo la adoro,
¿por qué al abismo del dolor me lanza?
Decid: Por qué no es mía,
si de ella vive mi razón esclava?

R. M. CUEVAS ZEQUEIRA

MEDITANDO

I

AL PASO DEL VIGILANTE.

Esa domesticación del hombre a través del lento pasar de los siglos, que se llama civilización, si es verdad que impone limitaciones al deseo, en cambio ¡cuántos beneficios proporciona y de cuán insoportables yugos nos liberta!

Merced a ella dueños y señores del planeta luego de escudriñar hasta sus más recónditas regiones hemos elegido para fijar nuestras tiendas formando grandes comunidades, aquellos lugares que nos brindan, junto al concurso obediente de la naturaleza la posibilidad de ejercitar plácida y libremente nuestras actividades con el menor esfuerzo posible.

La seguridad personal, el mutuo respeto, la tolerancia, hermosas flores de la civilización han contribuído a transformar ventajosamente, en largos períodos de ejercicio, nuestra constitución física y nuestro tipo mental.

Por un proceso de diferenciación que comienza en épocas remotísimas de la historia, y culmina en la especialización de funciones características de todas las comunidades modernas, hemos llegado a la posesión de aquellas inestimables conquistas, obra en sus principios de la colaboración anónima de todos los coasociados y producto más adelante de la consciente y coordinada labor de los más aptos, secundada por los demás.

Abrigo la arraigada convicción de que no hay en ese grande organismo que se llama un pueblo, función normal que no concurra a un fin beneficioso a la colectividad y me doy cuenta del penoso y dilatado período de elaboración porque han

pasado hasta llegar a lo que son actualmente nuestras modernas instituciones desde las más altas hasta las más modestas.

Por eso libre y quito de ciertos prejuicios muy comunes en gentes de nuestra raza y abolengo, cuando encuentro a mi paso un vigilante, recuerdo al instate, que la seguridad, la tolerancia y el respeto, aquellos dones miríficos que hoy sin disputado imperio disfrutamos, tienen en ese modesto funcionario firme apoyo y segura defensa, y bendigo agradecido a los ignorados creadores de la organización social que le ha puesto en mi camino como un agente y un producto a la vez, de la civilización.

Sergio Cuevas ZEQUEIRA.

Un Voto en Pro del Calor

Una dama, que se oculta áticamente bajo el seudónimo de "Helena" (¡y cómo "viste" esa H!) "de Zeuxis", nos envía para su publicación las siguientes líneas, que nos parecen irreprochables y a las cuales no queremos... ni debemos contestar:

"Señor Redactor:

No está usted en lo cierto al combatir la escuela de verano, porque en el teatro de Tacón haya calor. ¿Dónde no lo hay hoy? Hasta en New York se muere la gente abrasada por la temperatura allí reinante en estos días.

Verá usted. Soy maestra, esto es, no vivo de rentas. No tengo marido, ni hijo, ni padre que me sostenga; lo cual quiere decir que vivo en una casita casi microscópica, dentro de la cual me asfixio o poco menos. La cantidad "métrica" de aire impuro que aspiro en mi humildísimo albergue es muchísimo menor que la que "me toca" cuando me hallo en Tacón; y, a pesar de la relativa muchedumbre de personas que nos reunimos en la escuela de verano, crea usted que el ambiente de ésta no está, ni con mucho, tan enrarecido como el de mi morada. ¿Que tengo que abanicarme? ¡Quién lo duda! pero, eso sí, con una ventaja, que ustedes los hombres no comprenden o... comprenden demasiado (los extremos se tocan o, como dijo un pensador muy nebuloso, los términos que entre sí se contraponen... son idénticos) Esa ventaja es... que en Tacón me abanico con gusto y, dispénseme la vanidad, con cierto donaire, que no tiene razón de ser donde nadie nos contempla. El abanico, para nosotras, es, como para ustedes el bastón: una nadería indispensable".

(Nota del Redactor: Señora o señorita "Helena", quien escribe esta nota, no usa bastón... ¡Hay hombres y hombres, o, si a usted le parece mejor, hay hombres sin bastón "y

con abanico"! Y permítame abanicarme, porque me asfixio).

"Además, para mí es un paseo delicioso ir por esas calles bajo mi sombrilla, embriagándome con el vino de Jerez de nuestro sol... (la metáfora, robadita a Castelar, es un poquito fuerte ¿no es verdad?, pero déjemela pasar).



Alfredo Martín Morales, eminente periodista recientemente fallecido

(El Redactor.—Señora, por mí, pasada en autoridad de cosa juzgada).

..."recibiendo—y sépanlo los calumniadores de nuestro clima—bañitos muy "refrigerantes" de brisa... ¿No ha go-

zado usted nunca (¡es imposible que no!) el delicioso efecto del contraste del sol que quema y de la brisa que refresca? ¡Puro goce de los trópicos!

"Por otra parte, esa semi-oscuridad del teatro—y no hay sombra caliente—hasta resulta galante, porque, si de cierto no nos permite exhibir bien a las claras nuestros palmitos (el mío ¡psch! es talcualejo) ni atisbar bien con nuestra delicada y felina feminidad, las caras y vestidos de las demás compañeras—lo cual, no crea usted, nos contraría bastante—en cambio nos quita de encima... no sé si voy a decir una barbaridad!... la gravitación del sol.

(El Redactor.—Gravite usted, señora o señorita, gravite al sol o a la sombra, como usted quiera).

Ahí verá usted la galntería: la oscuridad del teatro nos salva de una insolación.

Pues bien, me instalo en una luneta, cuando no puedo pillar un buen palco, desde donde ver bien y donde se ve mejor; enfoco "los gemlos", escudriño ¡Placer de "diosas"! a mis compañeras, y luego "¡zas!" como dice una amiga mía madrileña, "los disparo" hacia el escenario sobre o contra nuestros sabios maestros.

Un nuevo gusto, verá usted. Hay conferencistas... (¿Y por qué escribe usted conferenciantes?)

(El Redactor.—¿Le gusta a usted más el "ista" que el "ante"? Pues vaya por conferencista!)

Hay conferencistas de verano, que vibran y enardecen: verbi gracia, el doctor Cuevas Zequeira... (El Redactor, a Cuevas, que está a su lado en este momento: "A quien Dios se la dió...") y otros de invierno, que aduermen y enfrían, por ejemplo, el doctor Meza... Estos últimos, son mejores para la estación, porque le quitan a una el calor, nutriéndola con vigoroso alimento, como el de los países fríos. Este contraste tiene casi los mismos encantos que el consabido del sol y la brisa.

Otro gustazo. Suenan las tres, y al café... Risas, "risotaditas", helados, dulces, tiquis-miquis, retruécanos, civili-

dad, charlas, comentarios, murmuraciones inocentes y sabrosas, y hasta "flirteos"... Hablamos, a raticos, nerviosamente, enorgullecidas, mimadas,—pero eso sí, Pan bendito, poquito—con Valdés Rodríguez, tan untuoso; con Frades, tan campechano; con Vasseur, tan galante; con Aguayo, tan reglamentista; con Carlitos de la Torre, tan delicioso; con Cuevas, tan arrullador; y si viera usted con qué íntima satisfacción, nos decíamos:

—Chica, me dijo La Torre, o, me manifestó Valdés Rodríguez, o, me advirtió Aguayo, etc., etc. Lo mismo que le pasaría a usted, si hablase de la amistad que tuviese con Girardin, el gran periodista.

(El Redactor.—Señora o señorita: ni Girardin "es vivo", ni picamos tan alto por esta su casa).

Yasí, así mismo como se lo cuento, pasamos desde la una hasta las cinco, dándonos por muy bien servidas, y por muy llevaderos el calor y la oscuridad del teatro. Para nosotras, créame, la Escuela de Verano es una diversión muy atractiva, que reune casi todos los "periquitos" porque nosotras las mujeres suspiramos... Lo que menos me importa, soy franca, es lo que se enseña allí o allí se aprende, aunque siempre pesco algún término técnico, alguna metáfora y algunos tópicos que no lucen del todo mal.

Y dándole un abanicazo,

(El Redactor.—Manos blancas no ofenden, señora o señorita).

pongo punto final, porque me voy a pintar y acicalar para ir a la Escuela de Verano.

Su atenta servidora, HELENA DE ZEUXIS".

(El Redactor.—¡Oh, Páris!)

Por el trabajo de la copia,

Alfredo Martín MORALES.

Del viejo arcón donde guardo papeles de veinte años ha, he querido exhumar el presente artículo, en memoria del ilustre periodista que lo escribió cuando ambos éramos redactores de **El Mundo.**

S. C. Z.

EN DIAS DE GLORIA

EL "LICEO ARTISTICO Y LITERARIO" DE GUANABACOA.—SU FUNDACION Y PRIMEROS EMPEÑOS INTELECTUALES EN 1861.

El 16 de Junio del corriente año cumplióse el sexagésimo aniversario de la fundación de esa histórica Sociedad cubana. Con tan fausto motivo queremos espigar en el campo fecundo y glorioso de su historia, no con objeto de escribir un trabajo abundante en imágenes y colorido, sino animados por el deseo de mostrar datos interesantes y en su mayoría desconocidos.

La copia del expediente de instalación del "Liceo" de Guanabacoa dice así: "Secretaría de Gobierno. Sección de Gobierno. No. 78. Enterado de cuanto V. S. me manifiesta en su comunicación fha. 12 del mes ppdo. acerca de Dn. Baltasar Velázquez y la Sociedad que trata de instalar en esa Villa, he tenido por conveniente disponer que previa citación de cuantas personas de posición se interesen por el sostenimiento de aquella, y luego que se haya nombrado una comisión que se ocupe de la redacción de los estatutos, etc., se proceda a la elección de las personas que han de desempeñar los distintos cargos de Director, etc., remitiéndome V. S. todos los datos necesarios para resolver definitivamente sobre el particular. Dios guarde a V. S. ms. as. Habana, Febrero 6 de 1861. Francisco Serrano. Sr. Teniente Gobernador de Guanabacoa. Guanabacoa, Febrero 12 de 1861. Fórmese una

relación de las personas más visibles de esta Villa, las que serán citadas en cumplimiento de lo que se ordena.—Jústiz.

El 24 de Febrero del mismo año se reunieron en la sala de sesiones del Muy Ilustre Ayuntamiento bajo la presidencia del Sr. Teniente de Gobernador Dn. Juan Jústiz una multitud de personas distinguidas de la Villa, al efecto invitadas por dicho Sr. Teniente de Gobernador, y entre las cuales se encontraban D. Ramón Flores de Apodaca, D. José Antonio Gómez, Ledo. D. José Ignacio Rodríguez, D. Valen-



ARMANDO DEL VALLE

Presidente del Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa

tín Castanedo, Dr. Miguel Francisco Viondi, Ledo. D. Francisco Valdés Mendoza, Ledo. Nicolás Azcárate, D. Baltasar Velázquez, Dr. José Ma. Céspedes y otras. El Sr. Presidente manifestó "que el objeto de la reunión era para tratar del proyecto de una sociedad artístico-literaria, iniciado por D. Baltasar Velázquez y en conformidad de lo dispuesto por el Exmo. Sr. Cap. Gral. en oficio de seis del que cursa, se dió principio al acto, ocupando al efecto su respectivo lugar el

Secretario del Ilustre Ayuntamiento D. Luis Justo Marín". El Sr. Presidente hizo ver en breves discurso el beneficio que reportaría a la Población la fundación de una sociedad de la índole de la que se trataba y después de darse lectura a la comunicación del Exm. Sr. Cap. Gral. se procedió a la elección de los individuos que habían de constituir la comisión expresada para la redacción de los Estatutos, resultando "electos por unanimidad de votos los señores Coronel D. Ramón Sánchez, el Ldo. Nicolás Azcárate, el Dr. Ramón Francisco Valdés, que excediendo a D. José María de Cárdenas y Rodríguez en una mayoría de diez y siete votos quedó también electo y Dn. Baltasar Velázquez, que obtuvo como los primeros la unanimidad en la votación".

Prescindamos de reseñar los trámites necesarios en la fundación de estas asociaciones, algunos de los cuales han sido ya esbozados, y supongamos ya al "Liceo Artístico y Literario" de Guanabacoa en funcionamiento normal. En la primera sesió verificada por la Junta Directiva (el 20 de Marzo de 1861, en la morada del Sr. Presidente, D. Román Sánchez y Hurtado de Mendoza, acuerda esta aceptar como vocales de la Sección Facultativa, a propuesta del Presidente de esa Sección, señor Ramón Francisco Valdés, y entre otros, a los señores Anselmo Suárez y Romero, José Manuel Mestre, José M. Céspedes y Rafael Mendive, personas de reconocida reputación en el desenvolvimiento de las letras patrias.

En junta efectuada el día 27 del mismo mes y año fué propuesto y aceptado como socio personal el que fué, más tarde, eminente literato cubano: Enrique Piñeyro. Igualmente se aceptó como socio de la Institución en junta que tuvo lugar el día 12 de Abril al Sr. D. Ramón Zambrana. En junta celebrada el 8 de Mayo fué admitido con igual categoría D. José Fornaris.

A medida que se introducían reformas en el edificio

que había de ocupar la Sociedad (1) y que se preparaba todo lo necesario para la solemne inauguración del mismo, los donativos de obras para la biblioteca, muchas de ellas notabilísimas y de raro encuentro ya entonces—obras que es lástima que hoy no se conserven—iban "in crescendo". Haré mención de algunas de esas obras: "La Jerusalén Libertada" del Tasso, traducida en verso español por el Marqués de la Pezuela (tomos); "La Historia de las Cruzadas", por Michaud (1 t.); las obras del Duque de Rivas (5 tomos); "Vida de Napoleón Bonaparte", por Walter Scott (18 to-



ELIAS JOSE ENTRALGO
Presidente de la Sección de "Literatura y Bellas Artes" del Liceo de Guanabacoa

mos); "Historia de los Girondinos" por Lamartin (1 t.); "Ensayo político sobre la Isla de Cuba", por el Barón de Humboldt (1 t.); Poesías de Piácido (2 t.); Id. de Santacilia)1 t.); Id. y dramas de Heredia 1 t.); "Elementos de la Filosofía del Derecho o Curso del Derecho Nacional", por D. Antonio Bachiller y Morales; "Historia del Consulado y del Imperio", por M. Thiers (16 t.); "El Protestantismo compa-

(1) El mismo que hoy ocupa.

rado con el Catolicismo'', por Balmes (4 t.); Poesías de Zequeira (1 t.)

En sesión que tuvo lugar el día 29 de Mayo acordóse que la fiesta de inauguración del local se efectuase el día 16 de Junio y en junta verificada el 15 de este último mes se dió cuenta del programa que había de desarrollarse en esa fiesta. Integraban dicho programa una sinfonía compuesta por el señor José M. Martínez, tocada por varios socios del ''Liceo'', tres discursos pronunciados por los señores Presidente, Director y Presidente de la Sección Facultativa, poesías leídas por la señorita Mercedes Valdés Mendoza y D. José Agustín Quiñones y un potpourrit compuesto por el mismo Sr. Martínez. A continuación empezaría el baile que duraría hasta las cuatro de la madrugada.

Y empezó, desde entonces, el ''Liceo'' la carrera de sus triunfos, propendiendo todos sus componentes, y en especial la Junta Directiva, al mayor auge y progreso de la Institución, ora por medio de lícitos esparcimientos, ya con esfuerzos intelectuales de positivo valor. Así vemos que acuerda celebrar todos los sábados ejercicios científicos y literarios bajo la presidencia del señor D. Ramón Francisco Valdés, correspondiendo el señor José Ignacio Rodríguez a la invitación que se le hizo con el ofrecimiento de ser el primer disertante presentando un estudio sobre la novela moderna y su influencia moralizadora. Así vemos que el inspirado poeta Juan Clemente Zenea, entonces Director de la ''Revista Habanera'', es nombrado socio facultativo honorario. Así vemos que la Junta de Gobierno, a propuesta de la Sección Facultativa, nombra socios de honor a D. José de la Luz y Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Felipe Poey, Nicolás J. Gutiérrez, Manuel González del Valle, Antonio Zambrana, Luis Gottschalk, Pablo Desvernine y Fernando de Aristi. Así vemos que la Sección Facultativa eleva a la Junta de Gobierno un proyecto de programa para celebrar unos juegos florales en 1862 y que esa junta de gobierno en sesión posterior nombra a los siguientes señores para integrar el jurado calificador de los trabajos literarios:

Presidente: D. José de la Luz Caballero.
Vice-Presidente: José Silverio Jorrín.
Secretario: José Manuel Mestre.
Vocales: Felipe Poey.
José Cintra.
Antonio Zambrana.
Manuel González del Valle.
Anselmo de Villaescusa.
Anselmo Suárez y Romero.
Francisco Feper.
Rafael M. Mendive.
Francisco Zayas.
Ramón Luis Padilla.
Bernardo del Riesgo.
Andrés Stanislas.
Emilio Auber.
Pedro Martín Rivero.
Fernando Escobar.
Francisco Ruz.

Este otro jurado para decidir sobre el mérito de las composiciones musicales que se disputen el tercer premio: Enrique González, Pablo Desvernine, Fernando Aristi, Luis Gottschalk, José Rodríguez Herrera. El nombrado para adjudicar los premios de pintura y escultura fué el siguiente: Francisco Mendoza y Pérez, Antonio Ferrán, Francisco Cisneros, Juan Peoli, José Zárate.

Y si, sin acudir a muchos pormenores, seguimos hojeando esos amarillentos cuadernos que se llaman "Libros de Actas" veremos que la Junta Directiva autorizó al señor Director para hacer los gastos que considerara necesarios para la creación de un museo de historia natural. Veremos que fueron nombrados socios de honor los señores Conde de Pozos Dulces y Joaquín Santos Suárez. Veremos que la junta aprobó para leerse en una de las reuniones familiares las siguientes composiciones poéticas: "Esperanza", por D. Román Sánchez; "A Guanabacoa", por Joaquín Lorenzo Luaces, y "Lágrima por Lágrima", melodía de Thomas Moore, traducida por

Mendive. Más tarde se dió igual aprobación con idéntico fin a las composiciones "Al Liceo de Guanabacoa" por Saturnino Martínez y "Media Noche", melodía de Thomas Moore, traducida por Mendive.

Ahí tenéis algo de lo que en labores intelectuales hizo, en el año primero de ser fundada, la legendaria institución que ha cumplido sesenta años de existencia, resistiendo al embate de las pasiones políticas en la época colonial y en la republicana, a la carencia de recursos económicos y a la falta de ambiente intelectual y que presidida actualmente por culto y entusiasta caballero señor Armando del Valle, lleva trazas de rememorar sus grandes obras del pasado. Narrar, con estilo sobrio y conciso, la historia tan sólo de sus esfuerzos intelectuales, en los sesenta años que cuenta de existencia, sería obra de algunos volúmenes, al par que tarea concienzuda y tenaz.

Por eso hemos preferido, más que nada para complacer el laborioso y erudito Director de esta publicación, trazar este esbozo histórico, que carece de todo valor literario y bibliográfico.

ELIAS JOSE ENTRALGO

LA QUE NO LLEGA

No te he visto esta noche, Amada mía;
no te he visto esta noche, Novia ingénua,
Hermana de las rosas que se duermen
en el jardín azul de la Quimera...

Han esperado en vano
mis ansias en la reja;
me dieron sus perfumes los claveles,
y su luz las estrellas;
la noche, su misterio envuelto en sombras;
y el aura nocturnal, su cantilena.

...Pero tu amor, Amada,
nó me dieron la noche y las estrellas.

Sintieron mis pupilas la nostalgia
de las tuyas, tan claras, tan serenas,
de tu mirar tranquilo en donde asoma
desnuda el alma que palpita y tiembla,
bajo el ardor de una ilusión que hechiza
como la Primavera...
¡la Primavera, hermana
de tu blonda y rizada cabellera!

En vano te esperaron mis pupilas
fijas en el temblor de las estrellas...

Mis labios, labios sabios,
eruditos de amor, para ti rezan...
Ellos sienten, mi Bien,
la sed que nos enferma,
la que a la carne abrasa,
la que a las almas torturadas quema,
la que lleva al abismo,
o al centro luminoso de una estrella.

¡Oh, la sed de los besos,
infinita, inmortal, y siempre bella!...

Esta noche, mi Bien, todas mis coplas
suenan como una queja;
mi verso es como el canto de una alondra
que gime prisionera.

Te he esperado esta noche,
mirando el cielo azul, sin verlo apenas...

También mis manos, al rasgar los hilos
del viejo mandolín, de miedo tiemblan...
El calor de tus manos otras veces
les daba vida intensa;
¡y es que el contacto de tus manos blancas
remozaba la sangre entre mis venas!

Huérfanas de calor, tal se diría
que son aves sin nido que se hielan.

El jardín, sin tu risa,
bajo la paz del plenilunio sueña,
y bajo el lino blanco de la luna
el chorro de la fuente se lamenta.
Maya un gato en la sombra
con felina pereza

en un cielo optimista, el azul ríe,
con una risa incomparable y nueva;
y en un delirio musical, el grillo,
suena su monorrítmica sirena.

El terciopelo de la noche, en tanto,
me cubre en las torturas de la espera.

¡Oh, Amor, que no has llegado,
esta noche a la reja!...
Estoy triste, muy triste; mis pupilas
de lágrimas se anegan;
y el corazón enamorado siente
la opresión de la angustia y de la pena.

... ...

... ...

Filtro de melancólica amargura
es el amor, cuando se va y nos deja...
Se dijese que entonces es la vida
una noche abrumada de tinieblas.

Cuando el amor nos abandona, todo
parece muerto en la Naturaleza...

¡Y es que el fin de la vida es siempre el mismo!
Esperar a una Novia que no llega...

RAFAEL H. MONAGAS

San Juan, P. R.

UNA FECHA EN EL MES

(EVOCACIONES HISTORICAS)

6 DE JUNIO DE 1598

UNA FLOTA INGLESA DESEMBARCA MIL HOMBRES EN LAS PLAYAS DE PUERTO RICO

Afirman equivocadamente algunos, que el pueblo puertorriqueño es un pueblo JOVEN. Estas biografías probarán a satisfacción, que somos un pueblo ADULTO. En virtud de las condiciones geográficas, que nos atan sobre una roca perdida en la inmensidad del océano, somos un pueblo PEQUEÑO; pero afortunadamente el mar no es un desierto; el mar une; sobre sus ondas se deslizan los bajeles, llevando el comercio de las ideas a todo el mundo; y aquí las hemos recibido, directamente de la vieja metrópoli, y de las demás naciones, con los productos comerciales, dándoles en cambio los frutos de nuestra industria y de nuestras feraces campiñas.

Puerto Rico ha tenido hombres que han desarrollado sus facultades en todos los ramos del saber humano. Se diría, que tenemos aún muchos hombres incultos. ¿Qué pueblo no los tiene? Nuestra tierra es chica, pero de los países más pequeños han salido las más grandes cosas: de la Atica, la civilización del mundo; de la Palestina, la religión de Cristo.

El Capitán Serralta es una demostración palpable de que en Puerto Rico el amor al terruño tiene hondas raíces. Los romanos decían, que era dulce y glorioso morir por la patria. Y Cicerón exclama, en un arranque de patriotismo: "Oh, caro hogar, aquí está mi religión, aquí está mi raza, y aquí las huellas de mis padres. No sé, qué dulce encanto encuentro en este lugar, que penetra mi corazón y embarga mis sentidos". Esta es, pues, una herencia latina, traída por los españoles, también idólatras de su tierra.

Corría el mes de junio de mil quinientos noventa y ocho, cuando se presentó a la vista de la Capital una armada inglesa de diez y nueve navíos. Tres años antes, Francisco Drake y John Hawkins no habían podido apoderarse de la ciudad, porque cinco fragatas de don Pedro Tello de Guzmán estaban en la bahía y ayudaron a los vecinos a defender la plaza. Esta vez no había escuadra y el Gobernador Mosquera tenía que atenerse a sus escasas fuerzas. Comandaba el escuadrón inglés Jorge Clifford, conde de Cumberland, protegido de la reina Isabel de Inglaterra, triunfador en los torneos de la época y que se había batido en la ELIZABETH BENAVENTURE contra la ARMADA INVENCIBLE de Felipe Segundo.

La flota inglesa fondeó en la ENSENADA DE CANGREJOS y en la noche del martes SEIS DE JUNIO echó en tierra mil hombres, que protejidos por los jarales de la costa avanzaron hasta divisar el PUENTE DE SAN ANTONIO, entonces de madera, estrecho, con una fuerte puerta a la entrada, y al otro lado resguardado por un pequeño destacamento. Se llamaba el PUENTE DE LOS SOLDADOS. Una guerrilla volante había dado la voz de ALARMA, y se levantaron barricadas para detener al enemigo. No existía el fortín de piedra de San Antonio (destruído en 1897), ni el de San Gerónimo, que aún se conserva, ni las tres líneas estratégicas, ni las defensas del Escambrón, ni las murallas, ni los inexpugnables redientes de San Cristóbal.

Clifford situó seis piezas de artillería frente al puente y

destrozó la puerta de entrada; no siéndolo posible avanzar por la obstinada resistencia de sus defensores. El Capitán de Milicias don Bernabé de Sarralta, hijo del país, con un puñado de valientes, defendía el PUENTE DE LOS SOLDADOS. Estos hombres tenían detenidos a doce compañías de ochenta soldados, veteranos ingleses, dirigidos por el mismo Conde de Cumberland en persona y por el Escambrón doscientas PICAS, al mando del Capitán Orrel y cincuenta mosqueteros al mando del Capitán Coach para atacar de costado y por la espalda a los intrépidos defensores del disputado puente. Serralta resistió denodadamente hasta que recibió un balazo de mosquete, que le hizo rodar por tierra. A su lado sucumbieron los hermanos Juan y Simón Sanabria, también criollos, y unos cunatos vecinos más, cuyos nombres se ignoran. El lunes 19 DE JUNIO dieron los ingleses el segundo asalto a un FORTIN ROJO, de madera, que había antes de entrar en la ciudad. El Gobernador Mosquera, con su antecesor Suárez y los Oficiales Reales, se acogieron al Castillo del Morro. El miércoles, 21 de JUNIO, capituló Santa Catalina, que para aquella remota época era una plataforma bien artillada con doce piezas de bronce. Entonces Clifford reunió todas sus fuerzas para abrir brechas y tomar por asalto a San Felipe del Morro. Abierta la brecha por el fuego cruzado de las baterías inglesas, Mosquera parlamentó el día 22 con Clifford y el 24 capituló la guarnición, saliendo del castillo con los honores de guerra, conservando cada uno su espada y su daga.

Clifford quiso establecer una colonia inglesa en la isla, pero una fuerte epidemia de disentería diezmó sus tropas; y el catorce de agosto se reembarcó, llevando consigo los Oficiales Reales, que dejó en Cartagena de Indias. Sir John Barkley quedó al frente de la conquistada isla; mas observando que la disentería continuaba haciendo bajas en su ejército, abandonó la ciudad el 23 DE NOVIEMBRE, no pudiendo obtener rescate del vecindario. Los ingleses perdieron setecientos hombres en esta invasión y se llevaron setenta

cañones de bronce y algunos objetos de poco valor. La ciudad estuvo en poder de los ingleses 170 días. Al año siguiente de 1599 vino de España una escuadra, al mando de don Francisco Coloma, con tres mil hombres de desembarco, y a las órdenes del nuevo Gobernador don Alonso de Mercado, para recuperar la ciudad, si aún estaba en poder de los ingleses.

La muerte del Capitán Serralta y de los hermanos Sanabria, en defensa de la Patria, debe perdurar entre nosotros. No siempre toda la gloria es del vencedor. Nuestro cronista Torres Vargas, en 1647, le dedicó estas sentidas palabras: "Bernabé de Semalta peleó con tan heróico esfuerzo, que ha merecido hasta hoy quedar muy vivo en su fama". Si esto dijo nuestro ilustre cronista de la Catedral, justo es que nosotros continuemos conservando la memoria y los hechos del valiente Capitán de Milicias, para que sirva de ejemplo a nuestros hijos, cuando hay que dar vida y hacienda en aras de la patria. Ya lo dijo Víctor Hugo: "No hay muralla tan fuerte como la del patriotismo". El valor desplegado por el Capitán y los hermanos Sanabria no dejaría de influir en los ánimos de Clifford y Barkley para abandonar la ciudad a los primeros contratiempos ocasionados por una epidemia, temiendo un alzamiento a cada intante. También con la resistencia se llega a ser, muchas veces, omnipotente.

CAYETANO COLL Y TOSTE

Historiador de Puerto Rico.

RIMAS

¿Que conoces tan bien a la mujer,
...I es cínica y malvada?
¿Que es frágil, que es voluble, que es infiel
I es un nido de sierpes su pobre alma?

¿Que las lágrimas finge y el amor
I no tiene ideal...?
¿Que sólo ama con todo corazón
Al que halaga su grande vanidad?

Que conoces del mundo las maldades.
Sus íntimos secretos?
Pues para mí, es tanto lo que sabes
Que eres un hombre muerto!

BALDUVINA FERNANDEZ

CURIOSIDADES HISTORICAS

I

Recomendación, que hizo el Ayuntamiento de Sevilla al Príncipe de la Paz, en favor del poeta Meléndez Valdés, autor de "Las Bodas de Camacho":

"Excelentísimo Señor Príncipe de la Paz: Esta Ciudad, "que conoce el mérito de su Teniente segundo, D. Juan Me- "léndez de Valdés, en los empleos y comisiones que ha ser- "vido por el espacio de veintisiete años sin intermisión, y "que S. M. entendido de ellos se dignó condecorarle con el 'hábito de la Real y distinguida Orden de Carlos III, y de "prorrogarle por otro sexcenio en su empleo, hace la más "rendida súplica a S. M. a fin de que se sirva concederle los "honores de Ministro Togado de una de sus Reales Canci- "llerías o Audiencias; y a cuyo efecto ha acordado interesar, "como lo hace, el alto patrocinio de V. E., suplicándole ten- "ga a bien inclinar su Real ánimo para su logro, como así "lo espera; y que V. E. se servirá comunicarle órdenes de "su mayor agrado. Nuestro Señor guarde a V. E. muchos "años, que desea Sevilla, a 21 de Enero de 1797.—Antonio "Fernández Ferrer.—Don José Ruiz de los Ríos.—Martín "de Saravia.—Lope de Olloqui.—Francisco Thamirez y Rive- "ra, Secretario de Cabildos".—(Arch. Hist. Nac. de Madrid. Leg. 3.030.

II

Apunte curioso, que se encuentra en unos "datos auto-

biográficos" y "autógrafos" de Moratin que existen en la Biblioteca Nacional de Madrid, acerca de la fecha de la primera publicación de sus obras más importantes y primera representación de todas las dramáticas.

"Granada rendida": edición de la Real Academia Española, 1779. (Edad del autor, diez y nueve años).

"Sátira contra los vicios de la poesía": edición de la Real Academia Española, 1782. (Edad del autor, veintidós años.)

"El viejo y la niña": comedia original en tres actos, 1790. (Su edad, treinta años).

"La comedia nueva o el café": comedia original en dos actos, 1792. (Edad del autor, treinta y dos años).

"Hamlet": traducción de Shakespeare, con notas, 1798. (Su edad, treinta y ocho años).

"El barón": comedia original en dos actos, 1803. (Edad del autor, cuarenta y tres años).

"La mogigata": comedia original en tres actos, 1804. (Edad, cuarenta y cuatro años).

"El sí de las niñas": comedia original en tres actos. 1806. (Su edad, cuarenta y seis años).

"La escúela de los maridos": traducción y arreglo de la de Moliére, 1812. (Su edad, cincuenta y dos años).

"El médico a palos": traducción y arreglo de la de Moliére, 1814. (La edad del autor, cincuenta y cuatro años)".

III

Tres cartas que indican el éxito de la comedia en tres actos, "El Sí de las Niñas", de Moratin.

(INCA-YUPANGUI A MORATIN)

"Sr. D. Leandro Fernández de Moratin.—Muy Sr. "mío: Siendo Vmd. el digno autor de la comedia original "El Sí de las Niñas, y haber tenido yo grandísima amistad

"con el señor D. Nicolás, su buen padre, me proporcionan el "placer de comunicar a Vmd. el éxito que ha tenido en esta "ciudad, representada por caballeros aficionados. Apenas "llegó la comedia a manos del Marqués de Aguilar, primogé-"nito del Conde de Sástago, concibió el atrevido proyecto de "representarla en el teatro hecho con el fin de dar "La Gra-"biela", "La esclava persiana" y "La Isabela". No tenía-"mos más que cinco días de término, y conociendo lo difícil "de la empresa, casi desistimos. Sin embargo, tuvimos la osa-"día de seguir el pensamiento, sin más ayuda que nuestro "buen deseo y sin más confianza que nuestras débiles fuerzas.

"Toda la ciudad estaba en expectación, y los inteligen-"tes con razón dudaban de su buen éxito; pero, ¿cuál fué la "sorpresa general cuando vieron la naturalidad y la propie-"dad con que se ejecutó? Dudan los conocedores, que en Ma-"drid ensayada por Vmd. haya salido tan bien, y todos de-"seaban a una voz que su digno autor la viese para admirar "el mérito de los actores. En fin, Sr. D. Leandro, según el "común sentir, esté Vmd. seguro que en solos cinco días he-"mos ejecutado el precioso "Sí de las Niñas" y esperamos "salir con igual éxito en cuanto Vmd. componga. Deseo las "órdenes de Vmd. y que me reconozca por su sincero amigo "y servidor que S. M. B., Manuel de la Inca-Yupangui. "Zaragoza 22 de Febrero de 1806". (P. V. 4-Ca. 35-N 12. Sala de Manuscritos. Biblioteca Nac. de Madrid).

MORATIN A INCA-YUPANGUI

"Sr. D. Manuel de Inca-Yupangui.—Muy Sr. mío: Las "noticias que Vmd. me comunica en su estimada carta del "22 del corriente han sido para mí de la mayor satisfacción, "y puedo asegurarle que, después de haber visto la acepta-"ción que ha merecido en la corte la comedia "El Sí de las "Niñas", todavía me lisonjea en gran manera que esta misma "obra haya sido recibida por el juicio público aragonés con el

"aplauso que Vmd. me indica. Quedo muy reconocido a "Vmd. por la gran parte que ha tenido en ello y por haberse "tomado la molestia de comunicarme tan lisonjeras noticias; "pero me habrá de perdonar: todavía no contento con esto, "me atrevo a exigir más de un amigo de mi padre. Sírvase "Vmd. de ofrecer mis respetos a los pies de esas señoras, "asegurándolas de la confusión que me resulta de considerar "que tanto mérito se haya empleado en una obra mía, y por "consiguiente poco a propósito para hacer brillar toda su "sensibilidad e ilustrado talento.

"A los señores y caballeros que las acompañaron, háganles Vmd. presente el aprecio particular que les debo por el "mucho favor que de ellos acabo de recibir. Y a unos y a "otras, y al auditorio cortés que disimuló mis errores, durable "agradecimiento de parte de las Musas castellanas.

"Dios guarde a Vmd. muchos años. Madrid, de Febre- "ro de 1806. B. L. M. de Vmd. su más reconocido servidor, "Leandro Fernández de Moratin".—(P. V. 4.-Ca. 35-N 12. Ya citado).

(INCA-YUPANGUI A MORATIN)

"Sr. D. Leandro Fernández de Moratin.—Muy señor "mío de tod ami consideración y aprecio: Cumpiendo con el "gustoso encargo que Vmd. se sirve de hacerme, he manifes- "tado a todas las señoras y señores que desempeñaron "El "Sí de las Niñas", las atentas expresiones con que Vmd. nos "favorece; y ha sido tal el reconocimiento general, que me "han arrebatado la carta para sacar copias de ella, no sola- "mente los actores, sino también muchísimos espectadores apa- "sionados y amigos del señor D. Leandro. Todos a porfía "ofrecen redoblar sus esfuerzos cuando la suerte proporcione "ocasión con qué desempeñar otra nueva composición de Vmd.

"El Marqués de Aguilar, como cabeza de la atrevida "empresa, da a Vmd. las más expresivas gracias; y yo, por

"mi parte, deposito en Vmd. el cordial y amistoso afecto que "tuve al Sr. D. Nicolás. Le debí infinitas confianzas y lec- "ciones, tanto sobre conducta como sobre poesía; y sin vani- "dad mía, le agradaba mucho mi modo de improvisar, ense- "ñándome el verdadero modo de usar de esta gracia que debí "a la Naturaleza, para proleder por principios y grados en "los asuntos que él mismo me proponía; pero una intermina- "ble cadena de desgracias agotó aquel joven entusiasmo "poético.

"La remesa de ejemplares que se rmitió aquí, se con- "cluyó en cuarenta y ocho horas, y los que disfrutamos al- "gunos, nos vemos acosados por los curiosos, que no conten- "tos con haberla visto, quieren rumiar a sus solas todas sus "preciosidades.

"Esta, en mi corto entender, es la legítima aprobación "de la obra; semejante a la de "Don Quijote", que uno la "tomaba y otro la debaja, con deseos de volver a ella. Todo "es gritar: "¡Moratin es el Moliére de nuestro teatro!" y "todos desean conmigo que el talento de Vmd. produzca sin "cesar iguales prodigios, para gloria de la nación, honor de "Vmd. modelo de autores, regocijo de los amigos y ganancia "de cómicos, no olvidando el de ser verdadero medio de que "se luzcan los aficionados atrevidos, como nosotros.

"Finalmente en todo lo dicho no hay adulación; es un "hecho demasiado notorio, y de consiguiente dignísimo de los "elogios que Vmd. merece, reuniendo a ellos los más since- "ros aplausos de su affmo. amigo por la vida Q. B. S. M., Manuel de Inca-Yupangui. Zaragoza 24 de de Marzo de 1806". (P. V. 4-Ca. 35-N 12. Ya citado).

IV

ACUSACION CONTRA INCA-YUPANGUI.—CARTA DE ESTE A LA JUNTA CENTRAL, CUANDO LA INVASION FRANCESA.

Como es notorio, D. Manuel de Inca-Yupangui Medina y Tinoc era natural del Perú y descendiente de los antiguos

Incas; sirvió en el ejército español y, en 1808, cuando la invasión francesa, estaba destacado en Jaca, donde, después de la rendición de la plaza, fué acusado de haber sido "uno de los principales autores de la entrega y de haberse pasado al serivcio del enemigo". Siendo inocente, dirigió al Secretario de la Junta Central Gubernativa del Reino la carta siguiente:

"Exmo. Sr.: Siendo el honor la vida inmortal que el "hombre debe conservar inmarcesible, ha de tentar los mejo-"res medios para sostenerlo. Siendo V. E. de tanto pundo-"nor, no hallará extraño me acoja a la protección del Trono, "para que bajo los auspicios de V. E. y su justificación sin-"cere mi conducta. Así, pues, me tomo la libertad de dirigir "por mano de V. E. un memorial, para que dándole el curso "que en justicia merece, vaya a los augustos pies del Trono "a gozar del juicio imparcial que apetezco, no como un ver-"gonzoso delincuente, sino como un noble ultrajado por infa-"mes detractores, que han intentado cubrir sus bajezas con "desmérito de la limpia opióión ajena. A Peñiscola me con-"ducen en donde espero el feliz resultado de la justificación "de vuecencia. Dios guarde a V. E. muchos años. Tortosa 5 "de Junio de 1809. Exmo. Sr. Manuel de Inca-Yupangui. Exmo. Sr. D. Martín de Garay".—(Legajo 45. Archivo Hist. Nac. Madrid).

Dr. Manuel GARCIA Y BERNAL

REVELACION

Porque es tu cuerpo música pagana
Y tu hermosura resplandor que ciega,
Al hallarte mi espíritu se entrega
A una emoción en beatitud rayana.

Cuando surges espléndida y lozana,
Mi fe de artista a tus encantos llega
Por adorar tu excelsitud de griega
Y tu ebúrnea opulencia de romana.

Pero tú ignoras mi oblación silente
Y desconoces que un ensueño mío
A todas horas, fervorosamente,

Rinde a tí, de su vuelo el albedrío,
Y deshoja en el campo de tu frente
Cada flor de canciones que te envío.

José de J. ESTEVES.

Puertorriqueño.

ENRIQUILLO

Leyenda Histórica Dominicana.

XX

ASTROS EN OCASO

No pasaron muchos días más sin que Colón, enfermo de cuerpo y espíritu, cansado de las continuas discusiones que tenía que sostener con Ovando para hacer valer sus derechos y restablecer sus mal parados intereses, concluyera sus preparativos de viaje y se embarcara con rumbo a España. Esta última navegación no fué más feliz que las demás de todo su cuarto viaje de descubrimientos. La tempestad furiosa se obstinó en acompañar y maltratar las naves en que iban él y su familia, como si las olas del océano quisieran vengarse del que doce años antes había vencido su resistencia y desgarrado triunfalmente el velo que ocultaba la existencia del Nuevo Mundo.

Invirtiéronse casi dos meses en este viaje de Santo Domingo a San Lúcar, a donde llegaron los buques desmantelados y amenazando hundirse, el 7 de Noviembre. Colón fué conducido a la ciudad de Sevilla, que miraba como un puerto de descanso, y los últimos días de su cansada existencia los pasó dirigiendo a la Corona sentidas representaciones en favor de los indios, cuya desgraciada suerte pintaba con los más vivos colores, y reclamando sus derechos y prerrogativas para su hijo Don Diego, paje de los soberanos. Todo su empeño porque se le hiciera justicia resultó inútil. Postrada su protectora la magnánima Isabel en el lecho de muerte, Colón se vió ingratamente desatendido por Fernando el Católico, que a fuer de político

calculador y egoista, interesado además por sistema en la extensión del poder real, veía con celos el engrandecimiento de la familia del Descubridor y se entregaba a las rastreras inspiraciones de sus émulos.

Murió Isabel en el mismo mes de Noviembre del año 1504, y las últimas recomendaciones que hizo a su real esposo fueron en favor de la raza india, pidiendo perentoriamente el relevo y castigo de Ovando, por sus hechos atroces y sanguinarios. Estas generosas voluntades de la noble reina por de pronto quedaron sin cumplimiento; pero no deja de ser castigo terrible para un malvado ver sobre su nombre el perdurable anatema de sus crímenes, legado a la posteridad en los postreros instantes de una soberana grande y célebre en la Historia.

Colón no tardó mucho tiempo en seguir al sepulcro a su augusta protectora. La lucha moral a que su noble espíritu estaba entregado viendo sometidas a discusión y a evasivas pérfidas sus legítimas reclamaciones; recogiendo por todo premio de sus gloriosos afanes la ingratitud de un monarca infiel, envuelta, como por sarcasmo, en vacías demostraciones de aprecio y cortesía, que, según escribió después las Casas, nunca le fueron escaseadas por el rey Fernando; tantos disgustos y desengaños aceleraron el fin de sus días; y trasladado a Valladolid últimamente, el 20 de Mayo de 1506 se extinguió aquella ilustre y fecunda existencia. Tuvo el consuelo de morir rodeado de sus hijos Diego y Fernando, y de varios amigos leales, entre los que se distinguían el fiel y valeroso Méndez, y su compañero en la heroica travesía de Jamaica a Española, Bartolomé Fiesco.

XXI

EL CONVENTO

Tres años habían transcurrido desde la muerte de Colón. Durante ese trienio, ningún suceso público que interese a nuestra narración hallamos en las crónicas e historias de aquel tiempo. Ovando continuó gobernando a la isla Española, y dando diversión a sus remordimientos—si algunos experimentaba por

la ferocidad de sus pasados actos contra los pobres indios—en el ensanche y embellecimiento de la ciudad de Santo Domingo; en la construcción de templos y edificios piadosos, y en la fundación de diversas poblaciones de las que unas subsisten todavía, como son Puerto Plata y Monte Cristo, y otras han desaparecido sin dejar el menor rastro de su existencia: esta última suerte cupo a Santa María de la Vera Paz.

Allí prosperaba, más que ningún otro institúto de religión y utilidad pública, el convento de padres franciscanos que tenían a su cargo la educación de los caciques del antiguo reino de Jaragua; y entre ellos, mimado y atendido más que ninguno, el niño Enrique.

Varias causas concurrían a la predilección de los reverendos frailes hacia el infantil cacique: en primer lugar la gracia física y la feliz disposición intelectual del niño, que aprendía con asombrosa facilidad cuanto le enseñaban, y manifestaba una extraordinaria ambición de conocimientos literarios y científicos superior a su edad. Todo llamaba su atención; todo lo inquiría con un interés que era la más sabrosa distracción de los buenos franciscanos. En segundo lugar, las recomendaciones primitivas del licenciado las Casas, frecuentemente reiteradas en cartas llenas de solicitud e interés por el niño que había confiado a aquellos dignos religiosos, de quienes en cambio se había él constituído procurador y agente activo en la capital de la colonia, para todas las diligencias y reclamaciones de su convento ante las autoridades superiores, al mismo tiempo que, bajo la dirección de religiosos también franciscanos, hacía los ejercicios preparatorios para abrazar el estado eclesiástico, al que de veras se había aficionado por el hastío y repugnancia que le inspiraban las maldades que diariamente presenciaba. Por último, Diego Velázquez, teniente de Ovando en Jaragua, seguía por su parte atendiendo solícito al infante indio y proveyendo con cariñosa liberalidad a todas sus necesidades, como si fuera su propio hijo, no dejando adormecer su celo en este

punto las frecuentes misivas del eficaz y perseverante las Casas, con quien tenía establecida la más amistosa correspondencia.

De esta manera, Enrique recibía la mejor educación que podía darse en aquel tiempo: desde la edad de ocho años aprendía la equitación con el diestro picador que tenía a su cargo el hato (1) de su padrino y protector, situado a media legua del convento. Dos años más tarde comenzó a ejercitarse en el arte de la esgrima, al que manifestaba la mayor afición, llegando poco tiempo después a merecer los aplausos del mismo Velázquez, cuya habilidad y maestría en la materia no reconocían superior.

Para esta parte de la instrucción de Enrique estaban señalados dos días a la semana, en que el muchacho, discurriendo libremente hasta el hato, seguido de su fiel Tamayo, respiraba con placer el puro ambiente de los bosques. Sin embargo, cuando terminados sus ejercicios volvía por la tarde al convento, al cruzar por la cumbre de una verde colina que cortaba el camino, sus ojos se humedecían, y su semblante, contrariado por un pesar visible, tomaba la expresión de la más acerba melancolía. Desde allí se divisaba la casita que había sido de Higuemota, la pradera y el cahobo de los paseos verpertinos; y este recuerdo, hiriendo repentinamente la imaginación del niño, le infundía el sentimiento intuitivo de su no comprendida horfandad.

Bien había preguntado a las Casas primero, y a los frailes después, por el paradero de Doña Ana y su tierna hija, habiéndose lisonjeado con la esperanza de volver a encontrarlas cuando el licenciado le tomó consigo para regresar a Yaguana. Se le había dicho y se le repetía siempre que estaban en Santo Domingo, y que algún día se vería a su lado; y las Casas, que de todo sabía sacar partido para el bien, le mandaba razón de ellas, estimulándole al estudio y a hacerse un hombre de pro-

(1) Así se denominaron en la Española, desde el principio de su colonización, las dehesas destinadas a la crianza de toda clase de ganado.

vecho para que pudiera acompañarlas pronto y servirles de apoyo. Esta idea echaba naturalmente hondas raices en el ánimo de Enrique, y es de creer qu influyera mucho en su aplicación y en la temprana seriedad de su carácter.

Entre los religiosos que con más placer se dedicaban a la noble tarea de cultivar la inteligencia de las educandos en el convento de Vera Paz, era fray Remigio el que obtenía la predilección de Enrique, y el que con más infatigable paciencia contestaba a sus innumerables preguntas, y resolvía cuantas cuestiones proponía el niño. El padre Remigio era un religioso natural de Picardía, en Francia, y su ciencia y la santidad de su vida lo hacían justamente venerable para sus compañeros, que lo traban con tanto o más respeto que al buen superior de la comunidad. En cuanto a éste, era un fraile muy anciano y taciturno, de quien se decía que en el siglo había sido un personaje rico y poderoso; lo que nada tenía de extraño, pues era muy frecuente en aquellos tiempos que príncipes y grandes señores acudieron a encerrar en el claustro, como a un puerto de refugio, la nave de su existencia, combatida y averiada por las borrascas de la vida; o a expiar acaso con las mortificaciones ascéticas algún crimen sugerido por la ambición y las demás pasiones mundanas (2). Este padre superior conservaba de su real o conjetural grandeza pasada una afición decidida al estudio de la Historia, y su rostro melancólico y adusto sólo se animaba con la lectura que en las horas de refectorio hacían por turno los jóvenes educandos, de algunos de los altos hechos de la antigüedad griega y romana, alternando con trozos de la sagrada Escritura, que de rigor estaba prescrita por la regla conventual.

Cuando la vez tocaba al joven Enrique, era fácil observar

---

(2) En prueba de que no es inverosímil este episodio, consta que el año 1516 pasó a la isla Española en compañía de otros religiosos franciscanos un fraile, hermano del rey de Escocia. Herrera: Década 2a.

la profunda impresión que en su ánimo causaban los rasgos de abnegación, valor o magnanimidad. Mientras que los demás niños escuchaban con igual indiferente distracción las animadas narraciones de Quinto Curcio, Valerio Máximo, Tito Livio y otros célebres historiadores, el precoz caciquillo del Bahoruco sentía los transportes de un generoso entusiasmo cuando leía las proezas ilustradas en aquellas páginas inmortales. Fray Remigio usaba de este medio como el más a propósito para inculcar en el alma de sus alumnos el amor al bien y a la virtud.

Había un episodio histórico que conmovía profundamente a Enrique, y sobre el cual prolongaba sus interminables interrogatorios al paciente profesor. Era la sublevación del lusitano Viriato contra los romanos. ¿Cómo pudo un simple pastor, al frente de unos hombres desarmados, vencer tantas veces a los fuertes y aguerridos ejércitos romanos? ¿Quién enseñó a Viriato el arte de la guerra? ¿Por qué el general romano no lo desafió cuerpo a cuerpo en vez de hacerlo matar a traición? Estas preguntas y otras muchas por el estilo formulaba aquel niño extraordinario; y el buen padre Remigio, entusiasmado a su vez, las satisfacía con el criterio de la verdad y de la justicia, depositando en el alma privilegiada de su discípulo gérmenes fecundos de honradez y rectitud.

De tan plausibles progresos intelectuales y morales se complacía el sabio preceptor en dar cuenta minuciosa, con harta frecuencia, a sus amigos el licenciado las Casas y Diego Velázquez. En todas las acciones del joven cacique se reflejaban los nobles sentimientos que tan excelente educación iba desarrollando en su magnánimo pecho. Manso y respetuoso para con sus superiores, compasivo para todos los desgraciados, sólo llegaba a irritarse cuando en su presencia era maltratado algún condiscípulo por otro más fuerte, o cuando veía azotar algún infeliz indio, sobre el que al punto ejercía la protección más enérgica y eficaz, increpando la dureza del injusto agresor y, en los casos extremos, acudiendo a las vías de hecho con la valentía de un halcón. Siendo cosiderado

po rtodos como si fuera hijo de Diego Velázquez, que gobernaba por delegación casi absoluta de Ovando aquella dilatada comarca, el celo impetuoso y a veces imprudente del actual jovencillo, en vez de proporcionarle riesgos y enemistades, le granjeaba el respeto de los opresores, que admirando tanta energía en tan pocos años, acataban sus reproches llenos de razón, y dictados por un espíritu de justicia y caridad.

Mojica, a quien hemos olvidado un tanto, iba también al convento una vez a la semana a visitar a Enrique, a quien manifestaba mucho afecto por lisonjear a su padrino, el teniente gobernador. Una vez que fué a la capital con objeto de rendir las cuentas de su mayordomía, volvió con recados de Doña Ana y algunos regalillos para el muchacho, que desde entonces sintió borrarse la antipatía que le inspiraba el meloso hidalgo. Este era un buen músico, tañía la guzla morisca con mucha habilidad, y llevó su complacencia hasta dar a su amiguillo, como llamaba a Enrique ,varias lecciones que fueron pronto y bien aprovechadas. Sin embargo, habiendo oído un día al escudero de Diego Velázquez ejecutar en la trompa de caza un aire marcial, Enrique se aficionó a este instrumento que en poco tiempo tocaba con singular maestría, dándole la preferencia sobre el laud árabe.

Por más que parezcan triviales todos estos pormenores sobre el que primitivamente se llamó Guarocuya, ninguno de ellos es indiferente para el curso de nuestra narración; pues según los testimonios históricos de más autoridad, este esmeto con que era educado el infante indio, en los días de la adversidad deblía hacer dolorosa más dolorosa su infeliz condición. (3) Así creemos justificado la amplitud que nos hemos complacidos en dar a este capítulo.

---

(3) Moreau de Saint Mery, siguiendo al padre Charlevait. Este escribió de Enrique: "Et personne ne méritait moins le malheureux sort on il se trouvait réduit",

HOJAS DE ALBUM

A LA SRTA. RAQUEL LARREA

¡Qué lejos van mis suspiros!
¡Qué lejos, qué lejos van!...
Mi pensamiento los lleva
del cielo a la inmensidad...

Antonio REY SOTO

Me ha dicho Carlos Aguirre
que Raquel Larrea es
pequeña como una fresa
y dulce como la miel.

Gustavo S. GALARRAGA

A LA SRTA. MARIA TERESA PRIETO

Para perfumar el ánfora
de oro de tu corazón,
dejo mi firma en tu álbum
como se deja una flor.

Gustavo S. GALARRAGA

Es tu alma como un libro
de páginas muy blancas...
dichoso aquel que grave
su autógrafo en el libro de tu alma.

Carlos de ARMAÑAC

A LA SRTA. OFELIA LARREA

Tu boca es clavel de Mayo.
Tu talle imita la palma.
¡Tienes la noche en los ojos!
¡Tienes la aurora en el alma!

Gustavo S. GALARRAGA

Tienes unos ojos niña
que parecen dos estrellas;
yo quisiera ser el cielo
para que en mí los pusieras.

Carlos de ARMAÑAC

ANTE UN RETRATO DE LA SRTA. ANGELICA BUSQUET

¿Qué buscan en la sombra tus ojos, pensativa?
Como una esfinge fijas profundamente absorta
tus pupilas que tienen la ciencia reflexiva
del que la augusta carga de una abstracción soporta

El taumaturgo encanto de tu actitud votiva,
a la interior pregunta del pensamiento exhorta:
tienes el misticismo de una contemplativa
que hace un ensueño largo de la existencia corta.

Con las pupilas llenas de Ciencia y de Infinito
surges de entre la sombra crepuscular del mito
como una blanca esfinge, bajo la luz furtiva,

Y como el ritmo interno de misteriosa pauta
el Silencio interroga como un cisne argonauta:
¿qué buscan en la sombra tus ojos, pensativa?

Andrés NUÑEZ OLANO

Los Puertorriqueños en Cuba

JOSE SEMIDEY RODRIGUEZ

El vigoroso sentimiento de solidaridad antillana que desde los días remotos de la colonización del archipiélago colombino patentizó su existencia, encontró después ancho cauce para sus más evidentes manifestaciones en la serie de movimientos



JOSE SEMIDEY
Coronel del Ejército Libertador

revolucionarios ocurridos en Cuba a partir del primer tercio de la pasada centuria, hasta terminar felizmente con la inauguración de la República en 20 de Mayo de 1902.

Por lo que a los hijos de Puerto Rico respecta, es bien

notorio que no faltó su concurso a la obra emancipadora de sus hermanos, ni en la fracasada expedición de Narciso López, ni en la gloriosa epopeya iniciada en 1868 por Carlos Manuel de Céspedes, ni en el supremo esfuerzo que dió al fin la victoria definitiva a los ideales en que el pueblo cubano había cifrado su libertad y su gloria durante un largo período de su vida colonial.

Con el mudo testimonio de su heróica muerte confirman esta verdad los que, desde Godoy en Cárdenas, hasta Francisco Gonzalo Marín en la Trocha formidable, fecundaron con sus huesos los campos de la indómita rebeldía, pero no falta por ventura entre nosotros quien pueda certifificar con los datos de su propia vida la eficacia de aquella colaboración a que me refiero, que ahí están diseminados por toda la extensión del territorio nacional los supervivientes de la animosa falange que vino desde las playas borinqueñas a poner su voluntad y su brazo al servicio de la independencia cubana, guerra el 1895 a 1898.

Espigando en el número de estos sublimes idealistas caconocí en la ciudad de Ponce, cuando, jóvenes ambos, era yo maestro municipal, y él dependiente de una casa de comercio. Nacido en la rica comarca en Junio de 1868, dedicado a las tareas mercantiles desde su más tierna edad, no ahogaron éstas en su pecho, los nobles sentimientos y altas aspiraciones, y por eso un día, obediente a la voz de su destino, levantó el vuelo desde la región natal y fué a sumarse al grupo de conspiradores que en la ciudad primada de América, soñaba con la independencia de Cuba y la liberación de Puerto Rico.

Incorpórose en 1895 a la primera expedición que de la república dominicana, salió para Cuba, y fracasada ésta, dirigióse a "Pine Key", donde al fin logró ingresar en el contingente expedicionario que a la sazón organizaban los generales Roloff y Serafín Sánchez, el cual desembarcó felizmente en Tallabacoa de Santa Clara, el 24 de Julio del citado año.

Soldado del Ejército Libertador a las órdenes de los generales Mayía Rodríguez, Serafín Sánchez, González Planas, Juan Bruno Zayas y José Luis Robau, se batió bizarramente en más de cincuenta combates, siendo varias veces herido, y ascendiendo así, por rigurosos méritos de guerra hasta el empleo de coronel.

Con ese grado, y sirviendo a las órdenes del valeroso e inmaculado general José Luis Robau, terminó la campaña, e hizo con las fuerzas de su mando su triunfal entrada en la ciudad de Sagua la Grande, siendo designado inmediatamente para la Jefatura y organización de un Cuerpo de Policía que en los términos de aquella extensa comarca garantizara el orden, y la seguridad personal a todos sus habitantes. Las altas condiciones que en aquel difícil empeño puso de manifiesto, le señalaron una vez más a la estimación de sus superiores, que lo hicieron capitán de la Guardia Rural, en cuyo cuerpo y en el Ejército Nacional ha seguido prestando sus servicios a la República hasta llegar a ser nombrado Coronel.

Leal a los gobiernos constituídos, servidor austero de la nación, espíritu disciplinado y reflexivo, este hijo de mi patria puertorriqueña, hace honor a la tierra en que nació y es por su actuación cívica y por su temple moral un eficaz agente de esa espiritual unión entre Cuba y Puerto Rico, que constituye la aspiración suprema de los buenos antillanos.

Sergio Cuevas ZEQUEIRA

EL SITIO Y TOMA DE LA HABANA POR LOS INGLESES

Conferencia pronunciada en 12 de Marzo de 1921, por JOSE F. VALDIVIA.—Segunda de la Serie organizada por la ASOCIACION DE ANTIGUOS ALUMNOS DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.

SEGUNDA PARTE

ASALTO Y TOMA DEL MORRO

El Conde de Albemarle, conociendo el valor heróico de Velasco y apreciando la noble resolución que lo alentaba a sacrificar su vida entre las ruinas del desmoronado castillo antes que rendirse, le escribió pintándole con franqueza digna de un enemigo generoso la verdadera situación de las cosas y lo inevitable que era la caída del fuerte, invitándolo con tal motivo, en nombre de la humanidad, que le imponía el deber de salvar la vida de sus soldados y la suya propia, a evitar el gran número de víctimas que habían de perecer en el asalto y dejando a su voluntad las condiciones que gustase estipular para rendir la fortaleza.

"Del esfuerzo del rendido generalmente labra el vencedor sus triunfos,—le decía Albemarle—Y a proporción de la resistencia que sostiene es aplaudido el agente que la conquista. Ni V. S. puede ascender a más en su defensa, ni yo llegar a merecer menos con motivos de sus glorias. El aspirar con la muerte a más distinguidos aplausos es privar a su soberano de un tan ilustre capitán y a mí de la complacencia de conocerle: en lo primero interesa a V. S. con su conserva-

ción las reflexiones de su monarca; y en lo segundo consagra V. S. a mi gusto la dulce idea que me ha formado la esperanza de tratarle, amarle y servirle. Estoy persuadido de que si el rey católico fuera testigo de cuanto V. S. ha realizado, desde el día en que comencé el sitio, sería el primero que le mandaría capitular, sin que le estimulase otro objeto, que preservar tan ilustre y distinguido oficial. Los hombres como V. S. no deben por ningún caso exponerse al riesgo de una bala cuando no depende de ese riesgo el todo de la monarquía: conózcame V. S. y hallará verificado cuanto llevo expuesto en cuya consecuencia espero en todo el día de mañana ver a V. S. y darle un abrazo, para lo cual dicte V. S. en las capitulaciones todos los artículos que le sujiera el honor que corresponde a su persona y a las de su guarnición.

Velasco conocía muy bien que el Morro era la única esperanza de la plaza y que tomado, la pérdida de la ciudad era inevitable y apreciando la distinción que se hacía de su valor y capacidad confiándole su defensa, decía al conde: "Este castillo que por fortuna, defiendo, es limitadísimo asunto para que la fama, lo coloque en el número de las heróicas conquistas que V. E. ha conseguido, mas ya que mi destino me puso en él, me es preciso seguir el término de mi fortuna, y dejar al arbitrio de sus acasos la decisión". Refiriéndose a la obligación que el deber militar le imponía de sostener el castillo hasta el último trance de su vida, continuaba: "No aspiro a inmortalizar mi nombre: sólo deseo derramar el postrer aliento en defender a mi soberano, no teniendo pequeña parte en este estímulo la honra de la nación, y el amor a la patria". A la hidalga propuesta de que dictase él los términos en que debía rendir el fuerte, respondía con igual cortesía: "Los tratados de capitulaciones que V. E. me manda formar con las ventajas que me produzca el honor es uno de los muchos rasgos brillantes que V. E. dispensa a sus cuasi prisioneros, manifestando su excelente bizarría, que superadas del enemigo las armas, quedan las suyas rendidas de los que

supieron contrastarlas: de esto y mucho más es digno el que sostiene con aquellas circunstancias la causa de su soberano". Y por último concluye su contestación así:

"No hallando término que una la solicitud de V. E. y la mía quedo con el dolor de que sea en este caso preferente al deseo de servirle la última determinación de las armas".

Listo ya todo en el campo inglés, dispuso el general Keppel empezar inmediatamente el ataque del castillo. Al mediodía, estando Dn. Bartolomé Montes en la batería de San Nicolás reconociendo, por orden de Velasco, una fragata de guerra inglesa que se había acercado por aquella parte, sintió el estruendo causado por la explosión de las minas que tenían los ingleses en el ángulo del caballero de la mar y en el camino cubierto y vió sepultarse entre las ruinas del primero los centinelas avanzadas y los marineros que defendían el orejón de la mar. Este suceso cogió enteramente de sorpresa a la tropa, que estaba tomando el rancho en las casamatas. Al momento envió Montes un recado a Velasco con el capitán Dn. Lorenzo de Milla instruyéndolo de lo que pasaba y pronto llegó allí vestido de peti-uniforme y ceñida la espada el valiente Gobernador, quien viendo los efectos de la explosión, retrocedió al Morrillo y mandó recojer todas las escalas de cabo o que las cortasen a fin de que la guarnición se mantuviera firme en la defensa del fuerte.. Pero no bien había dejado Velasco aquel punto para dirigirse al baluarte, cuando el piquete que dejaba a la espalda, en lugar de obedecer sus órdenes, se arrojó por las escalas a las embarcaciones que estaban atracadas junto al morrillo y se pasó a la Punta.

Desplomados dos lienzos de la batería y abierta una brecha que el general Keppel y el jefe de ingenieros reconocieron y creyeron practicable, subió el teniente Carlos Forles con su piquete de "Royals" y formó en el tope de la brecha desalojando de las murallas a los españoles, que más que en resistirlos pensaban en abandonar el castillo; logrando bajar por las mismas escaleras del morrillo toda la marinería,

los artilleros de brigada y algunos otros y arrojarse fuera del Morro. Abatióse en tal ejemplo, el ánimo de las demás tropas, desoyendo a sus oficiales, se ocultaron en las trincheras y al abrigo de los blindajes que se habían colocado para defensa de las bombas inglesas. Los enemigos se adelantaron con igual éxito hasta la cortadura que había dejado Montes, defendida por el teniente de artillería de marina Dn. Fernando de Párraga, el cual resistió valerosamente el ímpetu del invasor con solo trece hombres de su regimiento, quienes vendieron caras sus vidas, quedando allí todos inmolados con su valiente oficial: ejemplo glorioso que por desgracia tuvo pocos imitadores.

Entre tanto el invicto Velasco, dejando la defensa de las avenidas a cargo de los oficiales Montes y Marqués González; animaba a sus bravos soldados en la bandera y en las tres cortaduras que había en aquella cortina infundiendo valor con su serenidad, aunque atormentado quizás con el triste presentimiento de que la pérdida del castillo era inevitable. Los enemigos se habían aumentado considerablemente, entrándose por el caballero de la mar y la cortina del medio que daba paso al baluarte de tierra; los "Royals" de Mr. Forles, habían avanzado hácia las tres cortaduras y logrado, después de un combate sangriento arrollar a los españoles y se precipitaban hácia la bandera, tal vez con el intento generoso de persuadir a Velasco a que se rindiese y conservase su preciosa vida para acciones de guerra más afortunadas. Pero ya era demasiado tarde.

Después de una lucha titánica en que la valentía, el coraje y el patriotismo rivalizaron, se rindió el Morro tomado por asalto, tras la voladura del Hornillo que con tanto brío defendieron los Habaneros.

La heróica refriega del Morro, como llama a este episodio un escritor, es otra de las páginas más brillantes de la Historia del valor de las cubanos en el siglo XVIII.

MUERTE DE VELAZCO

Herido por una bala enemiga en medio del pecho, durante la refriega, el invícto Velazco había sido retirado del lugar de la acción y conducido al cuerpo de guardia, casi al mismo tiempo que el Márques González espiraba gloriosamente abrazado a su bandera, y alcanzado por certeras balas se veía obligado a abandonar su puesto de honor en el combate.

"Sin jefes ya, dice un ilustre historiador, ni fuerzas para combatir, los pocos valientes que allí quedaban, el General Keppel, que había llegado con gente de refresco y estaba en posesión de la batería de San Nicolás, se adelantó con la suya, y plantó el pabellón britanico en las almenas del castillo, anunciando al consejo de guerra que había perdido la segunda llave de la defensa de la ciudad y que la hora se acercaba en que verían también ondear en sus murallas el pabellón que acababa de plantar sobre la tumba de tantos valientes dignos de mejores jefes".

El General inglés que había podido apreciar el valor heróico del defensor del Morro, no sólo le hizo una visita en compañía de sus oficiales, sino que quiso que se le tributaran todas las atenciones y todos los honores a su alta jerarquía y a su noble condición correspondientes. Pidió Velazco ser trasladado a la Habana, y así se hizo acompañándolo a la plaza un jefe inglés, mas a despecho de cuantos cuidados se le prodigaron al día siguiente entregó su alma a Dios, llorado por los suyos, admirado por los enemigos, y por todos honrado por su lealtad, disciplina, y valentía.

Envió el Gobernador de la Colonia un emisario a la vecina perdida fortaleza, tanto para demostrar su gratitud por las atenciones habidas con Velazco, y por la contribución que los cañones ingleses habían prestado a los honores hechos a su cadáver, cuanto para rescatar el cuerpo del infortunado Marqués González, caído entre los escombros de la fortaleza, pero no fué posible dar con los restos de aquel soldado inmortal.

Era el Marqués González uno de los marinos españoles que tan alto han puesto el nombre de la hidalguía y el honor castellanos; mandaba el navío "Aquilón", de 70 cañones; fué amigo de Velazco y encontró la muerte al ir a auxiliarlo cuando fué herido.

Un eminente orador sagrado dijo en solemne oración fúnebre pronunciada en honor de Velazco y González, refiriéndose a este último: "¿Qué importa que sus cenizas no aparezcan, si la Religión las recoge para colocarlas en el corazón de los cubanos?"

Premió cumplidamente el Rey Católico, el heroismo de Velazco, concediendo a su primogénito un título nobilario, y disponiendo que en la armada española haya siempre un buque con el nombre del defensor del Morro.

Este inmortal caudillo, dice elocuentemente un historiador de aquellos memorables sucesos, "probó sus leales y patrióticos sentimientos con el valor y la abnegación de los mártires, enseñó con el ejemplo la lección serena del poder que tieen en los ánimos esforzados los principios del deber y del honor, y defendió el castillo del Morro hasta exhalar el último aliento antes que rendirse a los enemigos de su país. La historia de Cuba conservará siempre el heroismo de su muerte como uno de los timbres más gloriosos de su corona nacional.

El cadáver de Velazco fué enterrado de acuerdo con la costumbre de la época, en la iglesia de San Francisco.

IDILIO ROTO

I

Era allá muy lejos en las verdes riberas de un lago, donde vivían dos jóvenes: ella suave y delicada como un lirio, y él soñador y enamorado de quimeras. ¡Cuántas veces los vieron por las márgenes del lago, con las manos enlazadas, mirando a lo infinito! ¡Cuántas otras en claras noches de luna, bogando en una frágil barca, se escuchó la dulce música de sus besos, que iba a confundirse con el rumor armonioso de las aguas! Soñaban los dos con un porvenir bello y esplendoroso; él aspiraba a la gloria, al poder; ella se conformaba con su amor. Una noche, como de costumbre, ella acudió presurosa a la cita. Le llamó en vano: ¡Roberto! ¡Roberto! Y el eco de los campos sólo respondió a su voz. Roberto había huído.

II

La gran metrópoli neoyorquina, como el cetáceo que devoró a Jonás, había absorvido la existencia toda ambición de Roberto. Y en la ciudad de hierro, llena de humo, de ruidos, de intensas palpitaciones de vida, daba pábulo a sus sueños de grandeza y poderío el joven; mientras que su amada del lago, divagando como Ofelia bajo los árboles que escucharon tantas palabras de amor y tantos besos de ternura, aún seguía invocándolo y preguntando por él a la rama, al pájaro y a la onda...

III

La voluntad firme y tenaz logra conquistar la ansiada fortuna. Roberto se hace miembro de un importante trust americano, y es admitido en los mejores clubs. El oro de sus sueños palpita entre sus manos, el fausto y la grandeza material le envuelven y llenan las horas de su vida.

Roberto ha llegado a la cima de su aspiración, es lo que soñó; mas de pronto un día, un día cualquiera, siente despertarse en su espíritu no sé qué vaga inconformidad como si el ideal tangible y realizado fuese llenando cada vez menos las profundidades de su ser. No había duda, Roberto no era feliz. Gradualmente, fué haciéndose cada día más irresistible ese oculto torcedor que arruinaba su existencia, y muchas veces, después acaso de algún ruidoso triunfo financiero, le vieron absorto sus lacayos penetrar en su alcoba y llorar largamente, convulsivamente, sobre los fofos almoadones de algún rico diván.

IV

Otra vez nos encontramos en las verdes márgenes del lago. Por ellas corre la voz entre los vecinos de que un caballero de opulento aspecto y pálido rostro ha llegado de muy lejos, quién sabe de dónde. El caballero viene preguntando por una mujer; pregunta ansiosamente, pero nadie sabe responderle.

Al fin una tarde la inscripción borrosa de una piedra deshace las nieblas de su duda. La mujer por quien pregunta ha muerto. Así lo atestigua la tosca losa de mármol bajo la sombra de los cipreses en el cementerio de la aldea.

En aquel triste ambiente evoca el caballero con la faz caída entre las manos quién sabe qué dulces recuerdos de amor y de poesía. Rememora tardes apacibles a orillas de las aguas, y azules noches de luna que ya no volverán. Porque él es Roberto y ella, la muerta, la misma tierna niña de los idilios vespertinos y los besos nocturnos...

Todo aquello quedó muy lejos; está enterrado allí a sus plantas. En aquella fosa obscura duerme el amor. El amor que su espíritu abandonó cegado por los falsos deslumbramientos de la ilusión y de la fortuna; él había preferido la codicia del oro a los goces internos y suaves de la ternura, y ya lo veis: lloraba, lloraba, lloraba...

Carlos AGUIRRE

A LA VIRTUD

Oh, Virtud! Oh, Virtud! que por doquiera
te busca y no te encuentra el alma mía:
¿eres realidad o fantasía?,
eres una verdad o una quimera?

¿Existes ¡oh Virtud! en esta esfera
donde la vida humana dura un día?...
¿O es tu existencia real, que mi alma ansía
encontrar en el mundo, vana, huera?

Te ha buscado solícita, con calma,
ansiosa de abrazarse, siempre mi alma,
y jamás te ha encontrado... ¿Será cierto

que ha dicho la Verdad, llorosa, triste,
que sólo el Vicio en este mundo existe,
que tú, Virtud, en este mundo has muerto?

Tomás TRUJILLO

Cárdenas.

OTEANDO EL PAISAJE

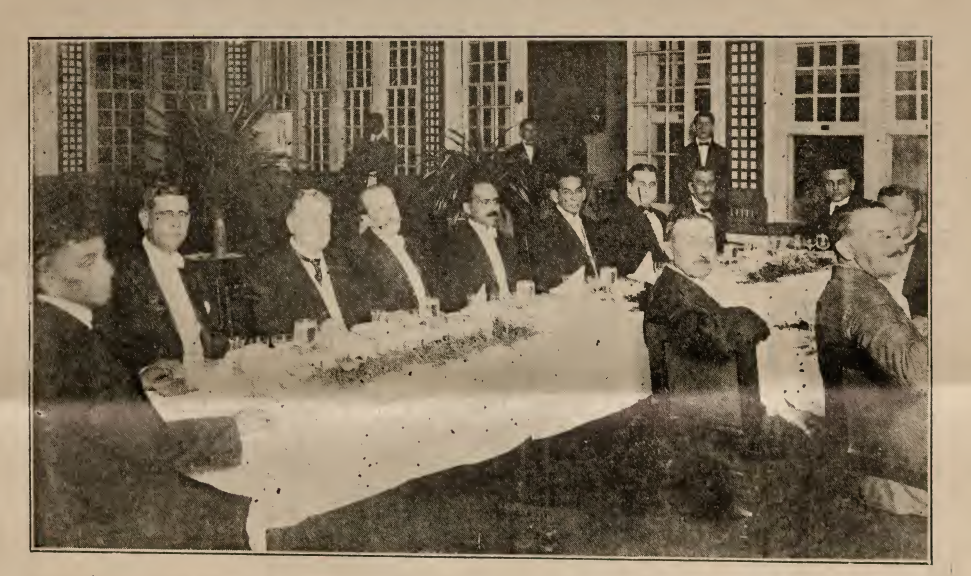
EL BANQUETE.

Porque no vayas, lector a amadrigar falaces ilusiones, quiero, desde "ab initio" y sin más trámites, adverirte que no has de hallar a continuación del sub-título que a estos renglones sirve de cimera, la regalada miel de un "diálogo" platónico, o la deslumbradora magnificencia de un cervatesco "tratado" zurcido con insuperable pericia por la pluma de Don Juan Montalvo.

No a tan alta virtud ni ingenio alcanza, y harto será lector, que en castellano puro y neto tal como mis abuelos lo implataron en estas tierras de América, te cuente cómo, en una cálida noche de verano, los sirios del Líbano, residentes en esta ciudad se congregaron bajo el techo hospitalario del hotel Plaza, para rendir al más eminente de sus hermanos, el filósofo y orador Habib Estéfano, un homenaje de amor y de admiración. Huéspedes de honor en aquella fiesta fuímos algunos profesores de la Universidad Nacional, en correspondencia sin duda a la cordialísima acogida que al insigne maronita dispensó nuestra más alta institución docente.

Tuvo este merecidísimo, cordial agasajo, amén de su organización irreprochable y su magnificencia verdaderamente singular, una signicación especialísima, acaso única en los fastos de nuestra vida mental, orque amén de los discursos inspirados y sentidos de los doctores Juan B. Kouri y Evelio Rodríguez Lendián, se levantó al final de la fiesta como el canto de un ave misteriosa y sublime, la oratoria de Habib

PRESIDENCIA DEL BANQUETE EN HONOR DE HABIB ESTEFANO



De izquierda a derecha: Isaac Estéfano, Arturo Jaén, Sergio Cuevas Zequeira, Carlos de la Torre, HABIB ESTEFANO, Evelio R. Lendián, Salvador Salazar, Francisco Sánchez Curbelo, Juan B. Kouri.

Estéfano que en su lengua materna habló a sus hermanos del Líbano, de sus tristezas, de sus dolores, de sus esperanzas de libertad y de gloria, y lo hizo con tan fervorosa y comunicativa elocuencia, que todos, aún los que no conocemos el árabe lo escuchamos con admiración, y yo, lector, salí de aquella fraternal apoteósis repitiendo una vez más, con perfecta conciencia de que afirmaba una gran verdad: homo sum et nihil humani...

ESPLENDIDO FINAL

La serie de conferencias iniciada en el mes de Febrero por la "Asociación de Antiguos Alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ha tenido brillantísimo remate con la fiesta celebrada el día once de los corrientes, en la cual la ilustre escritora Eva Canel deleitó a la concurrencia leyendo un magnífico estudio sobre aquella magna figura de la historia que se llamó en el curso de su fecunda, noble y gloriosa vida, Isabel la Católica. Hizo la presentación de la eminente dama, con breves y elocuentísimas palabras el M. Y. Sr. Andrés Lago y el ersumen de toda la primera serie de conferencia que en esa noche se terminaba, "el Dr. Sergio Cuevas Zequeira", de quien no puedo decir otra cosa lector, si no es que salió de la noble mansión en que tuvo efecto la magnífica fiesta intelectual profundamente agradecido a las atenciones de que fué objeto.

S. C. Z.

LO IMPOSIBLE

(Psicología humana)

COMEDIA INSTANTANEA, en 3 actos.

PERSONAJES:

Adolfo
Julio
Violeta
Cecilia

CUADRO PRIMERO

ESCENA: Paseo con asientos sombreados).

(En dirección opuesta, llegan).

Adolfo.—Llegaste...? (Se abrazan).

Julio.—Sí, ayer tarde.

Adolfo.—Dime de tu ausencia...!

Julio.—Qué voy a decirte...? Hastiado de la vida, busco lugar de descanso en la tierra bendecida de mis mayores. Y tú? (Siguen paseando).

Adolfo.—Yo...? Tampoco soy feliz! Libando flores delicadas en el huerto engañoso de la alegría aparente, no sé por qué vereda tomar la vida. El ciclo del amor velozmente pasa, y se están forjando en el corazón cansado las hondas arrugas del desengaño.

Julio.—Por qué no te casas...?

Adolfo.—Yo? Ja, ja, ja! Tengo novia, es deliciosa, la quiero mucho, pero no la amo; el abuso del amor fácil ha secado exhúberas fuentes del sentimiento.

Julio.—Y ella, te ama...?

Adolfo.—Con toda su alma; su corazón inocente y senci-

llo es cristalino surtidor de sentimientos delicadísimos, pero que a mí, demasiado ingrato, al tener la evidencia de su pasión castísima, me hastía.

Julio.—No te entiendo... ¡eres indescifrable...! Si yo, que he libado flores de todos los climas, hallará en la trabajosa senda de la vida un corazónasí, sellaría el sagrado pacto de mi felicidad perpetua.

Adolfo.—Así son las cosas...! ¡Siempre lo imposible...! Yo, indigno objeto de amor sincero y casto, que no quiero ni debo aceptar. Tú buscando siempre el soñado amor que no hallas! Mi novia excelente suspirando por felicidad en mi camino; felicidad que yo no puedo forjar; y sabe Dios si otra mujer soñando con tus apasionadas caricias. Así la vida. Lo imposible. Siempre lo imposible...!

Julio.—Pero... tú eres cruel...!

Adolfo.—No: soy desgraciado, pero sincero. Bastante hago que soporto con resignación caricias, ardientes miradas y adorables atenciones de una mujer inocente, bella y sincera que mi corazón rechaza.

Julio.—Y la ves con frecuencia?

Adolfo.—La espero en este momento. Viene aquí todos los días con una fiel amiga que la ayuda a lamentar y sentir sus profundas penas; no debe tardar. (Se sientan).

Julio.—(Pensativo y pasándose la mano por la frente). Con una amiga...? Será acaso la que tú dices que conmigo sueña? Será la mujer que en mi imaginación ardiente dibuja mi corazón sensible con aureos y perpetuos colores de un amor indescriptible? Será la que mi alma busca en todos los climas y nunca halla? (Se levanta y siguen paseando los dos amigos, simulando hablar en silencio, hasta que dice):

Adolfo.—Allá vienen...! (Aparecen en el fondo del paseo dos jóvenes, en conversación silenciosa, accionando animosamente).

Violeta.—(Al ver a Adolfo, se sobrecoge y dice a su compañera): Ay!!! Adolfo.

Cecilia.—Y... con un compañero. Será amigo suyo? Le conoces?

Violeta.—No le conozco. Tú eres feliz, Cecilia, porque eres amada...!

Cicilia.—Amada? Nadie conoce los profundos arcanos del corazón humano; acaso seré amada, pero... no amo.

Violeta.—Es cierto...? (Estupefacta). Por algo dijo un santo, creo que fué San Agustín, que hasta que descanse en Dios, nunca se sacia el corazón humano.

Cecilia.—Yo creo que es verdad, porque cuando más cerca parece estar la felicidad, más lejos se halla.

(Durante este tiempo los dos grupos se acercan, y Violeta, adelantándose alegre y emocionada, saluda a Adolfo).

Adolfo.—(Mientras estrecha la mano de Violeta, dice): Cecilia, V. por aquí...?

Cecilia.—Sí: he querido acompañar a Violeta en su delicioso paseo vespertino, para apartar de su corazón fatigado melancolías que su ingrato desamor le producen, sin esperanza de remedio.

Adolfo.—(Sonriendo). Gracias, Cecilia, por desgracia, V. siempre justa y buena.

Cecilia.—No las merece, porque es justicia. (Con gravedad).

(Durante el rápido diálogo, Julio y Violeta aparecen separados: Julio al lado de Adolfo, Violeta al lado de Cecilia, hasta que Adolfo dice):

Adolfo.—Julio, voy a tener el placer de presentarte a mi idolatrada Violeta.

(Violeta muy emocionada ofrece a Julio la mano, que éste estrecha).

Julio.—Con placer, señorita. (Dirigiéndose a su amigo). Amigo Adolfo tienes una suerte loca; ciertamente debes ser venturoso.

Adolfo.—Y... a su mejor amiga Cecilia!

Julio.—(Al estrechar muy turbado la mano de Cecilia,

dice): Me causa placer sumo conocer a V. (Y dirigiéndose a Violeta): Su amiga es encantadora.

Adolfo.—Y... excelente y generosa.

Violeta.—Y leal y cariñosa y buena como ninguna.

Cecilia.—Gracias; pero era necesario que alguien enjugara las amarguras que la ingratitud forja en el sensible corazón de Violeta...!

(Durante unos momentos pasean Adolfo con Violeta y Julio con Cecilia; deben dar a entender que hablan, los primeros de amor, los segundos de cosas indiferentes. Violeta con gran calor, Adolfo con indiferencia y sonriente. Cecilia y Julio, siguen en pos de los primeros: Cecilia acciona con gravedad, Julio la admira y calla hasta que se detienen).

Adolfo.—Adiós, querida Violeta, estoy ocupadísimo, no podré verte esta noche.

Violeta.—Sabe Dios qué tendrás que hacer. En nuestro camino, siempre lo imposible.

Adolfo.—(Despidiéndose de Cecilia): A los pies de V. Cecilia; entrañablemente agradezco el inetrés que toma por la felicidad de Violeta...!

Cecilia.—Cuando la ingratitud priva de fecilidad a un sencillo corazón amante, la verdadera amistad la suple: yo sé lo que es buscar con intenso anhelo la dicha imposible; sólo la fe es lenitivo a tantas amarguras.

Julio.—(Despidiéndose de Violeta): Adiós, señorita, cuán feliz podría ser Adolfo...! (Violeta baja los ojos).

Adolfo.—(Sonriente). Ella sabe que su fecilidad es mi mayor ventura.

Julio.—Despidiéndose de Cecilia). Feliz si puedo otra vez hallarla en mi senda.

Cecilia.—(Indiferente). Acaso... Muchas gracias. (Se retiran todos).

CUADRO SEGUNDO

SOLOS. (Adolfo y Julio).

Julio.—Chico, eres aventurado; posees la dicha de tener

quien te ame; tu novia es angelical belleza, a quien no correspondes como merece: eres digno del eterno castigo de los in-

Adolfo.—Es cierto: qué quieres? (Encogiéndose de hombros). Lo comprendo: no puedo remediarlo; quiero a ese ángel que respira amor, la compadezco, pero... no puedo remediarlo; amarla es imposible; el amor no se forja.

Julio.—Siempre lo imposible en la vida, siempre! Y la amiga de Violeta? Cuán interesante! Quién es Cecilia?

Adolfo.—Solamente de vista la conozco; ama a Violeta como una entrañable hermana. Sé que su familia es amiga de la de Violeta; no he oído de sus labios más que reproches, le ofende que no ame a mi novia; amiga entrañable de Violeta, la consuela y acompaña a veces; como las cosas de Violeta me hastían, miro con despego a Cecilia, aunque agradezco su generosidad en el fondo, por aquello de que hace menos penosa la angustiada situación de Violeta.

—Julio.—Hasta en eso eres desgraciado...

Adolfo.—No puedo remediarlo!

Julio.—Pues Cecilia, con su generosa amistad por Violeta, ha hecho en mi ser impresión, desconocida en mi corazón hastiado por habituales y livianos flirteos; he experimentado distintas sensaciones a las sentidas al empañar nervioso las flores del delito; su tersa faz y su noble y serena mirada, han producido en mi ser desconocidas sensaciones.

Adolfo.—Estás enamorado, Julio?

—Julio.—Si esa mujer me quisiera, le ofrecería mi mano y sería feliz.

Adolfo.—Pero, estás loco? Sólo minutos has hablado con ella...!

Julio.—Sí... pero es divina.

Adolfo.—Yo no sé quién es! La conozco de vista, pero ignoro su condición y sus cualidades; y le darías tu mano? Indudablemente estás loco!

Julio.—Puedo estarlo; pero... tengo la segura intuición de su moral belleza.

Adolfo.—Impresión pasajera...!

Julio.—En cuanto vuelva a verla, le hablaré de mi extraña "locura"; si es libre le declararé mi amor y le suplicaré venga a mi lado a formar el soñado feliz hogar de un desgraciado, que en el cenagoso campo del amor mercenario halló solamente amarguras.

Adolfo.—Nada, estás loco! La verás pronto; aquí mismo mañana por la tarde.

Julio.—A la misma hora...?

Adolfo.—Sí; a la misma hora. (Se despiden y separan).

CUADRO TERCERO

(En el mismo sitio, sentadas en un banco, sombreado por el follage del jardín, Violeta y Cecilia esperando a Adolfo).

Violeta.—Allá viene Adolfo!

Cecilia.—Y con el amigo de ayer. Es simpático!

Violeta.—Adolfo, que no tiene en cuenta mi desinteresado amor, es un ingrato.

Cecilia.—Algo más que eso, tierna paloma.

(Adolfo y Julio llegan al sitio, saludan con el sombrero y se dan la mano; primero Adolfo a Violeta, luego a Cecilia y Julio viceversa).

Adolfo.—Querida Violeta, pensé ir a tu casa esta tarde, pero fué imposible.

Cecilia.—(Con ironía). Sí, amiga Violeta; el imposible de los ingratos.

Adolfo.—De los ingratos no, de los insensibles, de los desgraciados.

Violeta.—Esto es lo irremediable, no puedo más. (Muy afligida). A mi puro cariño, a mi amor sin límites nadie responde... qué desgracia!

(Los cuatro hablan en silencio y accionan acaloradamente).

Julio.—(Dirigiéndose a Violeta). Señorita, digna es V. de mejor suerte; me consta que Adolfo la quiere con el alma y con pena, pero... sólo Dios puede modelar los sentimientos del indescifrable corazón humano...

Cecilia.—Es la ingratitud que todo lo invade...

Adolfo.—No Cecilia, es la desventura. Tengo gastada el alma; quiero a Violeta y por ella daría con gusto la vida; si la voluntad pudiera forjar el amor, yo cincelaría el amor para consagrarle todo a Violeta, pero es imposible; no me llame V. ingrato, porque soy sincero.

Violeta.—(Triste y angustiada). Es lo imposible, siempre lo imposible: hombres!

Julio.—Los hombres no; todos los hombres no son iguales; yo siento en mi corazón profundos amores y desconozco—mejor—no sé si existe el objeto de mis escondidos anhelos; Adolfo posee el objeto adorable y le falta corazón, y si tiene corazón, carece de sensaciones adecuadas...

Adolfo.—Tengo corazón; siento profundamente, pero... no esas emociones.

Cecilia.—Emociones? Carencia de ellas?

Violeta.—A pesar de eso... no puedo olvidarle: así es la aberración humana.

Julio.—Si en el mundo hubiera una tan bella mujer que me dijera esas cosas, aunque no sintiera, me esclavizaría irremisiblemente.

Adolfo.—Yo no puedo... es lo imposible!

Violeta.—Amor sin esperanza...! Paciencia!

Julio.—Nos hallamos en álgido período de revelaciones. (Dirigiéndose a Violeta). Veo los nobles sentimientos de su amiga Cecilia; es admirable!

Cecilia.—Favor inmerecido! Yo en este caso represento la caridad suprema besando la angustiada frente de la inocencia sin consuelo.

Adolfo.—No, Cecilia, aunque V. reproche mi proceder—acaso con justicia—reconozco que Julio admira lo plausible de su intervención.

Violeta.—(Abrazando a Cecilia, entre sollozos). Eres la generosa amistad que me a la vida. Sin tu cariñoso auxilio, sucumbiría.

Julio.—Más aún... es la esperanza de inesperada ventura que alborea.

Adolfo.—Eterna será mi gratitud para Cecilia que suple con cariños inapreciables el inmenso vacío que no puede llenar mi amor fugitivo.

Julio.—A tu gratitud uniráse respetuosa mi admriación perpetua.

Cecilia.—Gracias, Julio.

Jllio.—Inmerecias; y valga la revelación; ignoro si me ha cautivado la generosidad de Cecilia, y al vivificante calor de su cariñosa generosidad se ha forjado sincero amor que brota de mi pecho a raudales.

Cecilia.—Qué dice V.? (Con gravedad y altivez).

Julio.—Que desde que ayer tuve el inexplicable placer de verla, estoy emocionado, con intensa emoción jamás sentida; anoche ha huído el sueño de mis ojos, pensando en sus moralès prendas, y su bella y deliciosa imagen era dibujada en mil colores por mi calenturienta imaginación; he soñado con momentos de plena felicidad, al recordar su grandeza de alma; he anhelado cordialmente esta hora suprema para estar a su lado; creo que es V. la soñada compañera de mis soledades... y la amo con toda mi alma...!

Cecilia.—(Interrumpiendo con tristeza). No continúe V. Soy casada...!

Julio.—(Volviéndose a Adolfo). Lo imposible! Siempre lo imposible! Ven a mis brazos para fundir en estrecho abrazo nuestras desgracias...!

Cecilia.—(Abrazando a Violeta). Ven a mis brazos para llorar contigo.

Adolfo.—Sí; lo imposible; siempre en los senderos de la vida, lo imposible...!

(Aparecen Adolfo y Julio, Violeta y Cecilia, ábrazados en dos grupos).

(Cae el telón).

Elpidio de MIER.

A bordo del "Antonio López". Escrito en pocas horas para una fiesta benéfica y representado por una compañía española que había perdido su repertorio en un naufragio.

ECOS ANTILLANOS

El general José Miguel Gómez, abre, con su inesperado fallecimiento, el registro de tristes nuevas que en este mes hemos de comunicar a nuestros lectores.

Fué el general Gómez en el curso de su agitada vida, Gobernador de las Villas y Presidente de la República, y acaudillaba últimamente uno de los dos partidos que se disputan entre nosotros el imperio de la opinión.

Ajenos en absoluto a toda filiación política, nos descubrimos con profundo respeto ante la tumba del ilustre soldado que peleó en los campos de Cuba por la independencia, y enviamos al doctor Miguel Mariano Gómez, y a su distinguida familia, la sincera expresión de nuestra condolencia.

Igual mensaje de pésame enviamos al hogar entristecido del doctor Claudio Mimó. Este querido amigo acaba de sufrir un rudo golpe, con la muerte de su esposa, dama que gozaba en esta sociedad de grandes simpatías por su bondadoso corazón y por sus nobles condiciones de carácter.

Ha fallecido también en esta ciudad, sumiendo en hondo duelo a su atribulada familia, el señor Leopoldo Lange, caballero distinguido, que deja entre sus numerosos amigos un recuerdo imperecedero.

Llegue a su viuda e hijos la expresión de nuestra más sincera condolencia.

En Puerto Rico, y en temprana edad, arrebatado a la gloria cuyos cálidos rayos oreaban ya su frente, cayó herido por el implacable golpe de la muerte, Rafael H. Monagas, poeta y literato de altísimos vuelos.

Sobre su tumba depositamos las pálidas siemprevivas del recuerdo, y enviamos a su familia y a la patria puertorriqueña la sincera expresión de nuestro duelo.

Para cerrar con una nota placentera y halagadora este recuento de tristezas, reproducimos a continuación el juicio que a nuestro eminente amigo Manuel Fernández Juncos, ilustre literato hispano-puertorriqueño, ha merecido la obra recientemente publicada de José Manuel Carbonell.

"La Academia Nacional de Artes y Letras" de la República Cubana ha publicado la primera serie de las poesías líricas del doctor José Manuel Carbonell, una de las figuras más brillantes y prestigiosas de la intelectualidad cubana en la presente generación. Es orador elocuente y escritor de hondo pensamiento y de dicción esmerada y enérgica, y un hábil diplomático, pero sobre todo es un poeta inspirado, de robusta y fecunda vena, de noble pensamiento y de forma gallarda y exquisita.

Lamentablemente alejada, como se encuentra aún de nosotros la bibliografía de la República hermana, sólo conocía de este poeta algunas composiciones, pero de mérito bastante para justificar su puesto eminente entre los principales cultivadores del verso en la patria de Heredia, de la Avellaneda y de Julián del Casal.

El primer tomo de la serie, recibido ahora, es el titulado "Mi libro de amor", que contiene gran número de composiciones "primerizas", pero llenas de sentimiento, de espon-

taneidad y de pasión. Se revelan ya en este libro la briosa personalidad de su autor, las inquietudes de su alma y la dirección de sus afecciones morales. Su estilo es ameno, flexible, gracioso, lleno de imágenes naturalmente apropiadas al asunto de que trata.

El amor y la patria parecen ser las cuerdas más vibrantes de su lira de poeta.

No es el menor de sus méritos su respeto a las puras tradiciones de la lengua y de la métrica castellanas. No se muestra innovador novelero por el gusto de serlo, como otros varios poetas hispano-americanos de la época actual. No es ciertamente un esclavo caprichoso de modas literarias exóticas, y viste sus pensamientos con el ropaje gallardo, variado y atractivo de la noble poesía española".

Libros, Folletos y Revistas

REMITIDOS POR SUS AUTORES O EDITORES

L'Université Internationale Documents relatios a sa constitution.—Bruxelles.

Hombres de América, por Arturo Juega Farrulla.

Pons y Naranjo, por varios autores.

"Rubén Darío".—Tributo de Caba a su Memoria.—Tomo II.—El Arbol del Rey David, por Regino Boti.

Fraternidad.—Ponce.—P. R.

Repertorio Americano.—S. José de Costa Rica.

Revista Jurídico Notarial.—Santiago de Cuba.

Revista de Comunicaciones.—Habana.

Revista Municipal.—Habana.

El Fígaro.—Habana.

Labora.—Habana.

Las Baleares.—Habana.

Arte.—Habana

Civilización.—Habana.

Revista de Instrucción Pública.—Habana.

Cuba Contemporánea.—Habana.

Cromos.—Habana.

El Universo.—San Juan de Puerto Rico.

Puerto Rico Ilustrado.—San Juan de Puerto Rico.

Pica-Pica.—San Juan de Puerto Rico.

Revista de Agricultura.—San Juan de Puerto Rico.

La Nueva Democracia.—Nueva York.

Inter-América.—Nueva York.

Los 13.—Guanajay.

LAS ANTILLAS

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Sobre el ingenio americano, por Adolfo Bonilla y San Martín		1
Musa Patriótica, por Sergio Cuevas Zequeira		5
Discurso por el Dr. Mariano Aramburu		10
El Templo Abandonado, por E. Bobadilla		15
Portorriqueño no; puertorriqueño, por E. Fernández Vanga		17
La guerra considerada desde el punto de vista biológico, por Víctor Delfino		22
El Mar Caribe, por Amiama Gómez		34
Una Visita de Ultratumba, por Cayetano Coll y Toste		36
Discurso pronunciado en la apertura del torneo de ajedrez, por S. Cuevas Zequeira		39
Ne Pereant, por Manuel García Bernal	48	165
Las Catacumbas de París, por E. Neuman		51
Psalmos, por R. M. Cuevas Zequeira		56
La Doctrina Brum no debe ser Letra Muerta, por Carlos A. Castellanos		58
El Esclavo, por L. Rodríguez Cabrero		63
Enriquillo, por M. de J. Galván	64. 177, 272, 447	519
Chistes Históricos, por S. Cuevas Zequeira		73
Plausible Iniciativa, por A. Aguayo		76
A Guisa de Prólogo, por S. Cuevas Zequeira		79
Salmo, por M. López Blanco		81
La Vitalidad del Campesino en Cuba, por Carlos Aguirre		82
Por los Míos, por Virgilio Dávila		89
La Obra de un Varón Evangélico		90
Ecos Antillanos	92, 184, 280, 375, 469	551
Libros, Folletos y Revistas	94, 188, 282, 470	554
Alectriomancia, por S. Cuevas Zequeira		95

Muerte de Agramonte, por Ramón Roa 99
Ignacio Agramonte, por Aurelia Castillo 106
Carta de Pésame 107
A Ignacio Agramonte, por Medardo Lafuente 109
A Ignacio Agramonte, por J. J. Govantes 110
Ultimas cartas cruzadas entre Ignacio Agramonte y su esposa 114
Cuba en América, por Eugenio Betancourt 122
Origen y Desarrollo de la Poesía Puertorriqueña, por M. Fernández Juncos 127
El Himno Quisqueyano, por A. Mirabal 141
Paz, por L. Ponce de León 142
¡Cien Años! por R. Zambrana 147
Primeras Voces de Autonomía en Baracoa, por E. de las Cuevas 151
En la Duda, por A. López de Ayala 159
La Dama Enlutada, por Cayetano Coll y Toste 160
Alrededor del Problema de la Vitalidad, por Ramiro Areces 169
Consideraciones, por S. Cuevas Zequeira 174
Máxima Dies, por Sergio Cuevas Zequeira 189
Ley Aboliendo la Esclavitud en Puerto Rico 190
Apoteósis de los Abolicionistas Puertorriqueños 193
Apoteósis de los Esclavos Manumitidos 195
Acosta, por Cayetano Coll y Toste 196
Sobre las Ies, por Sergio Cuevas Zequeira 201
Acta de la Primera Sesión de la Sociedad Abolicionista 204
Nocturno, por Luis Rodríguez Cabrero 207
Epitelúrica, por Sergio Cuevas Zequeira 209
Pax, por J. A. Rodríguez García 213
Las Letras en Puerto Rico, por Sergio Cuevas Zequeira 235
La Jurisdicción del Trabajo, por Marino López Blanco 239
Bayamo, por Manuel García Bernal 245
Película Inicial, por Sergio Cuevas Zequeira 251
Las Clases de Vitalidad en Cuba, por Rosa María Menéndez 253
La Teoría de los Organismos, por Matías González 263
En Turquía, por Francisco J. Amy 270
Algo sobre Altruísmo, por G. Agüero 278

LAS ANTILLAS

Capítulo Tantos, por S. Cuevas Zequeira		283
In Memoriam, por Alfredo Zayas		286
Una Carta del Libertador		299
Máximo Gómez, por Gastón Mora		301
El Gran Caudillo, por, por Diego V. Tejera		303
Al Pueblo Cubano, por Máximo Gómez		305
Máximo Gómez, por Bonifacio Byrne		307
Máximo Gómez, por Francisco F. Falco		308
El Sol de las Antillas, por M. Fernández Juncos		310
Solidaridad Hispano Americana		314
Discurso, por el Sr. Eduardo Labougle		316
La Historia de mi Madre, por D. Sarmiento		322
El Carnaval, por Leopoldo Lugones		336
Trruño, Patria, Humanidad, por José Ingenieros		338
Carlos Octavio Bunge, por Carlos A. Castellanos		350
Hábib Estéfano, por S. Cuevas Zequeira		355
Usquequo domine..., por Juan Marinello		359
Treinta Años de Médico, por Sergio Cuevas Zequeira		361
Poesía Arabe, por Hábib Estéfano		364
A la Srta. Lucila Cuevas Zequeira, por Hábib Estéfano		366
Ecos de una Fiesta, por María Gómez		368
Impresiones, por Gaspar Agüero		370
Oteando el Paisaje, por S. Cuevas Zequeira		372
Carta Abierta, por S. Cuevas Zequeira		377
Haití y la Confederación Antillano, por Antenor Firmín, trad. de Luis Dou	381	475
La Más Fermosa, por Enrique Hernández Miyares		388
La Más Fermosa, por S. Cuevas Zequeira		390
Soledades, por Enrique Hernández Miyares		392
La Bendición, por José Muñoz Rivera		395
Hojas deAlbum	399	526
Don Francisco de Goya Lucientes, por Antonio Rey Soto		401
En el Desierto, por L. Ponce de León		403
El Sillón de la Abuela, por Gustavo Sánchez Galarraga		407
El Sitio y Toma de la Habana por los Ingleses, por José F. Valdivia	409	531

LAS ANTILLAS

Cuba y Puerto Rico son..., por Andrés Segura Cabrera 425
Documentos Históricos, por Manuel García Bernal 429
La Profecía de la Gitanilla, por Cayetano Coll y Toste 439
La Primera Velada Literaria del Liceo de Guanabacoa, por Elías J. Entrialgo 444
Del Senado Puertorriqueño 454
Influencia de la Literatura en la Instrucción Primaria, por M. Fernández Juncos 456
Lincoln, por Francisco F. Amy 460
Los dos Perros y el Lobo, por Bruno V. Miranda 461
Derrumbamiento, por D'Oniger 463
A los Intelectuales y Estudiantes de la América Latina, por A. France y H. Barbuesse 466
A Estudiar Tocan, o Espejo de Pretendientes, por Sergio Cuevas Zequeira 471
Ideas e Imágenes, por Eduardo Meireles 486
Psalmos, por R. M. Cuevas Zequeira 490
Meditando.—Al paso del Vigilante, por S. Cuevas Zequeira 491
Un voto en pro del Calor, por A. Martín Morales 493
En días de Gloria, por Elías J. Entralgo 497
La que no llega, por Rafael H. Monagas 504
Una Fecha en el Mes, (Evocaciones Históricas) por Cayetano Coll y Toste 507
Rimas, por Balduvina Fernández 511
Curiosidades Históricas, por Manuel García Bernal 512
Revelación, por José de Estevez 518
Los Puertorriqueños en Cuba.—José Semidey, por S. C. Z. 528
Idilio Roto, por Carlos Aguirre 528
A la Virtud, por Tomás Trujillo 539
Oteando el Paisaje, por S. C. Z. 540
Lo Imposible, por Elpidio de Mier 543

AÑO II. TOMO V. NUMS. 1, 2 y 3

"Las Antillas"



DIRECTOR:
SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Habana, Enero, Febrero y Marzo de 1922.

SUMARIO

1.—Cinematografía Pedagógica. 2.—Al caer la nieve. 3.—Breves Estudios Orientales. 4.—El Tesoro de la Vida. 5.—La Originalidad Intelectual de América. 6.—La Isla de Puerto Rico en 1829. 7.—27 de Noviembre. 8.—María Adam. 9.—Todo el Mundo es Popayan. 10.—Plumazos. 11.—Beatitud. 12.—El Grito. 13.—"El Tema de Delgadina en el Folk-Lore de Santiago de Cuba". 14.—A Varsovia. 15.—Página Heróica. 16.—Tu Belleza. 17.—La Labor de un Poeta. 18.—El Poeta y la Vida. 19.—Ludibrium. 20.—Una Fecha en el Mes. 21.—A Betances. 22.—Siemprevivas. 23.—Un Autógrafo de Brau. 24.—24 de Febrero. 25.—En el Album de una Deconocida. 26.—Fiesta Universitaria. 27.—Mis treinta Años. 28.—Oteando el Paisaje. 29.—Las Conferencias de Extensión Universitaria. 30.—El Rosal de Margarita. 31.—La Juventud Nacionalista de Oriente a todos los Cubanos y simpatizadores de Cuba. 32.—Ecos Antillanos.

DIRECCION:
TEJADILLO NUMERO 22
HABANA, CUBA.

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de la Habana.

TIPOGRAFIA MODERNA DE ALFREDO DORBBECKER, AGUILA 82, TELEF. A-5054, HABANA.

COMPAÑIA DE SEGUROS "CUBA"

EDIFICIO DEL "BANCO NACIONAL DE CUBA"

TERCER PISO

Teléfonos: Centro Privado, A-0439, A-0440, A-1055

APARTADO 2526.—HABANA

Presidente: AGUSTIN OSUNA

Letrado Consultor: LCDO. VIDAL MORALES

CONSEJEROS:

Regino Truffin. J. M. Tarafa. Saturnino Parajón.

Director General: JULIAN LINARES

Sub-Director General: MANUEL L. CALVET.

Médico Director: DR. J. ORTIZ CANO.

Secretario: RAMON G. OSUNA

NUESTRA PENSION AL OBRERO ES ORO ACUÑADO

NUESTRA POLIZA DE VIDA ES LA MEJOR HERENCIA

NUESTRA POLIZA DE INCENDIO ES LA MAYOR GARANTIA

10

"Las Antillas"

Director Sergio Cuevas Zequeira

AÑO III

Tomo V. Enero, Febrero y Marzo de 1922. Nos. 1 2 y 3

Cinematografía Pedagógica

Al Dr. Antonio Iraizós, mi amigo, mi discípulo y mi compañero muy estimado.

Por aquellos días, de los nuestros más que medianamente lejanos, en que andaba por esos mundos el señor don Quijote de la Mancha, desfaciendo ajenos agravios y amparando doncellas menesterosas y maltrechas, ocurrióle a cierto bandolero sutil disfrazado de empresario teatral, la peregrina idea de obsequiar al famoso caballero con una gratuíta exhibición de sus títeres, mas como en el curso de la representación resonaran desde los fingidos minaretes de una ciudad sujeta a la ley de Mahoma, alborotados repiques de campana, protestó apresuradamente de aquella descomunal incongruencia al insigne hidalgo, velando en tan oportuna sazón, con sus habituales bríos por los fueros de la verdad escénica. No se amilanó al oirle el bellaco de Ginés de Pasamonte, (que éste y no otro era el titiritero de autos) sino que, vuelto el rostro al centro de la estancia, replicó con su acostumbrado desparpajo: "No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso, corren felicísimamente su carrera y se escuchan no sólo con aplauso, sino con admiración y todo?"

Y a fé, lector, que no anduvo por esta vez descarriado, ni desprovisto de cordura y seso aquel empecatado truchimán, porque de la veracidad de sus palabras pueden certificar muy cumplidamente centenares de engendros dramáticos de sus contemporáneos a los cuales no me sería difícil agregar otros tantos que a la menguada inspiración de los nuestros deben la existencia. Y claro está, lector, que bajo la férula de la precedente filípica pueden caber holgadamente todos los espectáculos en el amplio recinto del teatro comprendidos y congregados, porque *el templo de Talía*, como suelen decir todavía algunos cuaternarios recalcitrantes perdidos en el mar tempestuoso de la civilización actual si ofrece cálido albergue a las buenas obras creadas por el genio dramático en horas de feliz inspiración, ha conservado por desgracia, a través de los tiempos, el derecho de asilo para protección y amparo de autores menesterosos de inventiva, cuando no faltos de sindéresis.

Y no será por cierto el cinematógrafo el que me saque en esta ocasión por falsario y embustero, que harto conoces lector, por propia y ajena experiencia la deplorable facilidad con que salen a luz en la pantalla solemnes adefesios, pero no me negarás, porque sé que eres razonable y discreto, que también se exhiben en ella películas admirables, y que es en suma el *arte mudo* un vehículo de estupenda eficacia para difundir por todo el ambiente social el inefable deliquio de la emoción estética.

Mas no paran en esta nobilísima función los servicios que es susceptible de prestarnos aquel audaz invento, porque no vacilo en afirmar que puede considerársele además como poderoso y eficasísimo auxiliar del maestro, si es que al fin nos decidimos a llevarlo a la escuela como su más bello ornato.

En ella, lector, cuando tal suceda, y bien sabe Dios que para mañana me parece tarde, el niño se encontrará a sus anchas, y colmado su espíritu de regocijadas y placenteras impresiones, retornará con planta solícita y pre-

surosa a recomenzar las tareas escolares a su debido tiempo sin que lo empuje el aguijón del castigo o lo expolee la esperanza del premio.

Por otra parte, *la cinta,* ensancha con pasmosa facilidad el campo del conocimiento sustituyendo ventajosamente a ese amigo perenne del hombre, que se llama el libro, mediante la visión efectiva de la naturaleza en sus múltiples aspectos y de la actuación humana en su inagotable complejidad. Y a fé que esa *intuición empírica* ofrecida próvidamente al niño por el cinematógrafo, no sólo le permitirá saber por sí mismo cómo son las cosas, sino que lo libertará de la obligación de creer que ellas son como piensan o quieren otros que sean sirviendo así, desólido fundamente a aquella inestimable condición designada en hombres y pueblos con el nombre de autonomía mental.

Y quién me negará, lector, si es que detiene su pensamiento a considerar este asunto, que el cinematógrafo desarrolla los instintos sociales del niño, y sirve a maravilla para dar pábulo y satisfacción constantes a la curiosidad, esa madre próvida de la ciencia?

Amén de lo que dejo apuntado por delante, aun pudiera decirte muchas cosas atañederas al tema que me traigo entre manos, si no me lo vedara el temor de ser prolijo o pecar de enfadoso, pero creo que hay ya más de lo suficiente en cuanto por hoy hemos departido sobre el asunto para clamar a pulmón pleno que la cinematografía puede llegar a ser eminentemente pedagógica, sin perder un ápice de su carácter estético y recreativo.

Sergio Cuevas Zequeira.

Diciembre, 1921.



AL CAER LA NIEVE

Cuando la nieve en copos descendía,
cubriendo la llanura en albo manto,
sentí que el corazón se me oprimía
y que nublaba mi pupila el llanto.

Hijo de tierra, que en verdor eterno
con torrentes de luz el sol inunda,
el pálido fantasma del invierno
vierte en mi seno postración profunda.

Yo no puedo vivir en donde el hielo
aprisiona al arroyo en sus cristales
y el plúmbeo tinte del nublado cielo
no atraviesa los rayos siderales.

Yo no puedo vivir ni encuentra el alma
encanto alguno a la natura hermosa,
sin oir el murmullo de la palma
y el doliente plañir de la tojosa.

Sin contemplar nadando en la cañada,
cual góndolas ligeras, los huyuyos
y mirar en la noche, salpicada
la ceiba de flamígeros cocuyos.

¿Cuándo a ver tornaré, de gozo lleno,
el arco verde que en la azul llanura
del Anahuac en el profundo seno
traza de Cuba la gentil figura?

LAS ANTILLAS

Virgen dormida en lecho de zafiros,
en su túnica envuelta de esmeraldas,
do la arrullan las brisas en sus giros
y saltan las espumas en sus faldas.

Triste presentimiento que me asalta
y en nostálgico mal me precipita...
Toda ilusión al corazón le falta
y convulsivo horror mi ser agita.

Me estremezco al pensar que en invernales
noches, la nieve con helados besos,
empapará mis lienzos funerales
y en el sepulcro gemirán mis huesos.

¿Cómo no he de anhelar en la honda entraña
del suelo amado reposar un día
sin que cave mi fosa mano extraña,
ni cubra mi sepulcro nieve fría?

Tierra cubana con amante abrazo
guarda el polvo mortal de mis mayores,
dormidos de la madre en el regazo
bajo el fresco follaje de sus flores.

Cielo cubano contemplé en mi cuna
el mismo que mis hijos contemplaron,
y amar la patria sobre cosa alguna
los labios paternales me enseñaron.

Quiero dormir oyendo del solibio
el alegre piar en la yagruma,
y besando mi frente el rayo tibio
del sol que rasga matutina bruma.

En la margen florida de Almendares
que nunca agosta el aterido invierno,

al inefable son de sus palmares,
allí anhelo dormir, mi sueño eterno.

Allí dormir quisiera hasta el instante
en que brille en el cielo el primer lampo
del sol de libertad que rutilante,
seque la sangre que matiza el campo.

Puedan entonces en el mármol yerto
golpear mis hijos con tremantes manos,
y clamar, cual si oyera el padre muerto,
¡ya es libre Cuba, y libres tus hermanos!

No podrá ser que el padre les responda
pero acaso de gozo enardecidos
en las tinieblas de la cripta honda
se agitarán mis huesos carcomidos.

El pálido fantasma del invierno
tiende implacable su nevado manto,
yo evoco a Cuba, ante ella me prosterno
y dejo corra silencioso el llanto.

ALFREDO ZAYAS.



Breves Estudios Orientales

Un Príncipe Poeta.

El Oriente tiene tal seducción por sus misterios y sus leyendas, que todo lo que sobre esta comarca se escirba, lleva por adelantado el que ha de llamar la atención del público. En mis numerosas traducciones rozó mi espíritu con esos hombres envueltos en sus albornoces, y las testas ceñidas por vistosos turbantes, que entreví ya en mis años infantiles, en las páginas de los cuentos de Las Mil y una Noche.

Mas tarde, al estudiar la Historia, se delinearon otras sugestivas figuras, que cabalgando sobre ágiles corceles, y en la fuerte diestra, la corva cimitarra, cayeron como un aluvión sobre la Europa medio-eval. En la Historia volví a hallar, no solo las grandezas del Califato de Córdoba que me ponderaron los historiadores patrios, sino la "realidad" de aquel Califato de Bagdad, de aquella ciudad opulenta y populosa cuyas calles pisó la planta del Visir legendario Haroum-el-Raschid, y por la que discurrían los héroes fantásticos de las narraciones de Scherazada.

Pero más próximo a nosotros, están los poetas árabes, los que dirigieron la mentalidad de esa raza soñadora y entre ellos atrajo preferentemente mi interés el príncipe Abu-Firas.

Esta predilección la inspiró, él antes de conocer su heróica existencia la poesía suya "El tesoro de la Vida" que incluí en mi Antología de poetas Orientales, se afirmó luego con "El mensaje del Cautivo" y como en ésta ya se

marcan afectos personales, profundicé en añejas crónicas buscando las huellas históricas del Príncipe poeta.

Nacido en el año 932, en Siria, y descendiente directo de Nizar, quien a su vez lo era de Maad, uno de los campeones islamitas más ilustres de la Arabia del Norte, corría sangre real por las venas de Abu-Firas y como su familia llevaba el nombre patronímico de los Hamdanitas este subtítulo lo ostenta según la costumbre oriental también el Príncipe.

La lucha entonces en el próximo Oriente se concentraba alrededor de Constantinopla, de los emperadores herederos del gran Justiniano. Regía entonces el Imperio griego Constantino VII, llamado el Porfirogeneta, y aún no se había realizado la primera Cruzada para oponerse a la potencia batalladora del Sultán de Nicea. Los árabes prepotentes en el Asia Menor como en Siria, tenían sus ojos ansiosos fijos sobre Constantinopla que se copiaba rica y plena de luz, en las azules aguas del Bósforo, pero aún no era llegado el tiempo en que en la secular contienda se sustituyera sobre las doradas cúpulas de Santa Sofía la Cruz por la Media Luna.

En esas luchas que no detallo, pues es un breve trabajo literario y no histórico el que trazo, tomó el Príncipe Abu-Firas una parte muy activa. El era, especialmente un guerrero, uno de aquellos campeones del Islamismo que conducían las huestes al comabte y para quienes la guerra era un placer no un oficio, ni un deber. Muy joven y de arrogante figura, si Abu-Firas sintió su corazón conmovido por amorosas pasiones no nos ha dejado muestras líricas de estos afectos. Amigo y émulo de Al-Mutanabi, el más ilustre de los poetas árabes posteriores a Mahoma, Abu-Firas dejó correr su inspiración en cantos guerreros que no pueden llamarse épicos.

Para comprender la alteza y arrogancia del alma del Príncipe Poeta, me permito trascribir esta frase lírica de mi traducción del "Tesoro de la Vida" vertida exactamente.

ra madre, y cuya influencia no había mermado en el corazón del Príncipe, consiguió escribirle, y que a su súplica accediese éste a lo que su arrogancia consideraba como una humillación.

Bien debieron sentir más tarde los capitanes griegos el error que fué el poner en libertad a Abu-Firas porque éste pronto recibió el mandato de su primo el Príncipe Said ad Davla, de ponerse al frente de las huestes mahometanas reunidas en Ierapolis, secundando la lucha de los árabes contra el Imperio Griego. Tan notables fueron sus hechos de armas en esta contienda que a la muerte de Said ad Davla, reinvindicó en su persona como Hamdanita, descendiente directo de Nizar el trono de Alepo.

Por desgracia, la muerte le acechaba, y en 968 a la temprana edad de treinta y seis años cayó mortalmente herido ante los muros de la ciudad de Emesa.

Su poesía fué solamente la expresión de su alma, de su corazón, que latiendo al compás de su heroica vida la expresó así, porque la poesía de los árabes como he analizado en anteriores estudios era el equivalente de su prosa. En forma lírica se escribían las cartas de amor, la arengas guerreras, las crónicas de los hechos salientes, y los poetas no embarazados por las dificultades de los metros modernos que informan el lirismo occidental, preferían el verso, como más sobria expresión de sus pensamientos.

Así, Abu-Firas, en sus horas de ocio y queriendo expresarse enérgicamente empleó la forma lírica, y mucho se le hubiera sorprendido, si al verle entre sus capitanes trazando sobre el pergamino el dístico en que desenvolvía su pensamiento se le hubiera dicho que sería considerado por la posteridad como un poeta.

Este breve estudio no le presenta ciertamente como poeta genial, aunque si como uno de los representantes ilustres de la mentalidad de la raza árabe.

"La vida no se cuenta por los años,
Repasa lo que en ella conseguistes,
Cuéntala en su valor....

Me parece esta definición de las más profundas que puedan darse, no ya en verso, sino en prosa filosófica.

Pero no sólo bajo este aspecto guerrero aparece el Príncipe Poeta en la selección Antológica ni en las crónicas de Sacy y otras que me han servido para estudiar su vida. Aquella alma soberbia tenía un gran amor inspirado por una mujer, y esta mujer era su madre.

Nacido en un serrallo, compartiendo la favorita el amor del heredero de los Handanis, con otras mujeres, viendo a otros Príncipes pasar por delante de su hijo, iguales en la sangre pero más cerca que él de las gradas del trono, la madre de Abu-Firas concentró en éste toda su ambición, toda su felicidad. Al llegar la adolescencia, y marcarse las cualidades guerreras del Príncipe Poeta, su madre no quiso conservarle a su lado como consuelo de su existencia de vieja favorita, y le envió a la guerra, a los combates, a esa palestra en la que los Caballeros musulmanes y cristianos dirimían la contienda secular de la Cruz y la Media Luna.

Llegó una vez en que Abu-Firas mal herido y sin conocimiento fué hecho prisionero y encerrado en una mazmorra de Constantinopla.

Entonces debió entablarse una tremenda lucha en el corazón del Príncipe cuya prisión duró cuatro años, lucha que se refleja en su poesía "el mensaje del Cautivo." Sus parientes anhelaban rescatarle y estaban dispuestos a pagar la crecida suma que exigían los bizantinos por el prisionero, pero Abu-Firas considerando un deshonor el que se pagara por su persona como si se tratase de una odalisca, o de un adolescente, rehusó salir de su encierro, confiando en una evasión atrevida, que por lo bien guardado que estaba representaría solo una muerte heroica.

La antigua favorita que tenía entrañas de verdade-

En medio del caos de esos siglos de luchas, cuando conocemos a los trovadores y a los guerreros cristianos, y por ellos comprendemos la mentalidad de nuestros capitanes y admiramos las canciones de Gesta, y nuestro no igualado, Romancero, las breves composiciones de Abu-Firas nos permiten penetrar en el alma de uno de nuestros enemigos, de iluminar con destellos de lirismo las profundidades no son dadas de las almas de los guerreros Islamitas: ellos fueron grandes y sólo midiendo su grandeza, es como apreciaremos mejor la de los nuestros que supieron superarla.

Carmela Eulate Sanjurjo.

Barcelona, Febrero; 1922.



EL TESORO DE LA VIDA

De Abu-Firas Al- Hamdani

(Traducción directa del hebreo)

No has de contar la vida por los años;
Repasa lo que en ella conseguiste;
    Mídela en su valor,
Empresas, alegrías, desengaños...
Nada valen las horas que sean tristes;
La vida hay que gozarla con ardor.

Los años que he pasado en la realeza,
Por los hombres mi voz obedecida,
    Eso fué mi existir,
Período incomparable de grandeza
Que ha trazado los surcos de mi vida,
¿El resto? De un extraño fué el vivir.

Carmela Eulate Sanjurjo.
Puertorriqueña.

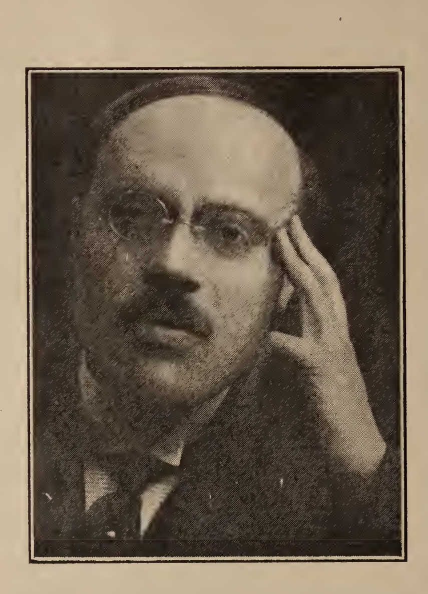
La Originalidad Intelectual de América

Ideas e imágenes llegan a América de la Europa maternal. También allí se canta el misterio de las catedrales góticas y los armoniosos parques de Versalles. Clásicos y románticos se inspiran en modelos españoles y franceses. No obstante, al margen de la literatura importada crece un arte americano, poesía que describe el prodigio tropical y novelas que reflejan la vida de ciudades silenciosas; teatro embrionario que presenta la lucha entre el inmigrante y el criollo, entre la sociedad colonial que declina y la confusa democracia que avanza...

Un poeta venezolano, de admirable cultura clásica, imitador de Virgilio, Andrés Bello, nacido a fines del siglo XVIII, canta en una silva la abundancia de la zona tórrida, hace el elogio del campo y de las faenas agrícolas; es el poeta bucólico de un mundo ignorado. Inicia una poesía americana, y espera un Virgilio que exalte líricamente los rebaños y las mieses de América. Se ha dicho acertadamente que son analíticas sus descripciones. Con ricos epítetos, en menudos cuadros precisos, evoca el paisaje.

Bello, que conocía profundamente la lengua maternal, que fué gramático insigne, ha escrito clásicas poesías por la inspiración y por la forma. No es espontáneo; erudito y reflexivo, aplica al elogio de la naturaleza americana recuerdos de vastas lecturas, imágenes vigilianas, un grave sentido moral que lo lleva a descubrir en el Trópico sanas lecciones de sencillez...

Mas impetuoso y rotundo que Bello es un poeta romántico nacido en 1803, muerto a los treinta y cinco años: el



Francisco García Calderón, ilustre polígrafo hispano-americano.

cubano Heredia, cantor del Niágara. En él la descripción del conjunto, intensa, rápida, se sobrepone al detalle pictórico. A la manera de los demás románticos, considera el paisaje como un "estado del alma," revela su impresión religiosa ante el vértigo de una catarata o el misterio del bosque. La Naturaleza no es un escenario pasivo: se agita, dominada por un genio interior. Creyente como Bello, descubre encantos divinos en la tempestad, y en una pirámide azteca contempla la vanidad del esfuerzo humano...

El paisaje americano suscita, en otros poetas, entre 1830 y 1850, sin esa intensidad ni ese movimiento, la misma impresión de excelsitud. Abunda en los románticos el sentimiento de la naturaleza: la fe los salva, enfrente de un mundo imponente y selvático, de la melancolía de René y de la desolación bayroniana. El argentino Echevarría describe el desierto, la pampa infinita; Mármol en el Plata, canta a los trópicos. Dos mejicanos, José Joaquín Pesado, que se inspira en la Biblia, y Rodríguez Galván, lírico ardoroso, se distinguen por el acento descriptivo...

En el Brasil, un gran poeta, Goncalves Días, cultiva el americanismo, que es el tema central de sus cantos. Como Heredia, traza vastos cuadros, escribe himnos al mar, a la noche, a la tempestad. Evoca la vida indígena, canta a la raza proscrita. Es el iniciador de una literatura nacional americana que cultivaran otros poetas finiseculares: Zorrilla de San Martín, Díaz Mirón, Chocano, Bello, Heredia, Mármol se inspiran en el paisaje y olvidan al indígena moldeado por la tierra.

Zorrilla de San Martín narra en un hermoso poema, *Tabaré* el épico conflicto de indígenas y españoles; su obra recuerda a *los Tymbiras*, del precursor brasileño. Convierte la batalla de las razas en noble símbolo. El indígena es el hombre de la naturaleza, evocado por Rousseau, cuya bárbara simplicidad destruye el conquistador

en nombre de la civilización cristiana. Leyendas y cantos de amor dan al bello poema uruguayo un romántico prestigio que los años respetan...

Chocano quiere ser el poeta de América. "Walt Whitman tiene el Norte, pero yo tengo el Sur," exclama para definir su ambición. Cantor de las selvas, como Goncalves Días, de las antiguas epopeyas de los conquistadores, del moderno tumulto democrático, aspira a revelar todos los aspectos del nuevo mundo español. *"Alma Americana"* se denominan sus poemas, publicados en 1916. En ellos encontramos las parciales descripciones que amaba Bello, las orquídeas "tristes como cabezas pensativas," el maíz cuyos granos "fingen hileras de apretados dientes," piña que se destaca entre hojas punzantes como si "se encastillase entre cincuenta espadas"; y los grandes cuadros épicos donde se confunden cumbres, cataratas y abismos en una poesía vertiginosa. Chocano imita a Hugo, y su fantasía es, como la del poeta de *La leyenda de los siglos*, grandiosa, amplificadora...

En la novela pretendieron algunos escritores revelar el paisaje y sentimientos americanos, *Guarany*, el romántico brasileño José de Alencar, fué popular porque describió las tristezas del indígena vencido, como lo hizo Goncalves Días en los *Tymbiras*. Han sido raros estos ensayos en prosa. En vez de estudiar costumbres de las antiguas tribus o de los imperios extintos, una escuela de tradicionalistas ha evocado dos épocas de grandísimo interés, la conquista y la colonia. Maestro incontestable en este género, admirado en España y en América, es el escritor peruano Ricardo Palma. Otros autores: Obligado, en la Argentina; Batres Jáuregui, en Guatemala; González Obregón, en México; Miguel Luis Amunátegui, en Chile, o se inspiran en las *Tradiciones* de Palma, o no igualan la gracia y la belleza de sus cuadros. Admirable conocedor de la lengua española antigua y moderna, de los refranes y modismos, cristalizaciones de habla tradicional, narra la vida cortesana y fastuosa de las ciudades

coloniales. Parece a veces ingenuo cronista, otras novelador libertino, como en los tiempos de Boccacio. Una fina ironía pasa por esos menudos cuentos, dejando un sabor volteriano. Con leyendas, murmuraciones, símbolos, cháchara de viejos, poéticas tradiciones, ha tejido rápidos relatos que, a defecto de largas historias, son en América amable archivo de cosas añejas. Escritor abuelo, como Mistral, a él piden los jóvenes estímulo y enseñanza.

Existe ya una literatura criolla, principalmente en la Argentina y Venezuela, aunque en ella abunden improvisaciones; el teatro y la novela aspiran a fijar, antes que los destruya el cosmopolitismo invasor, los caracteres de la vida castiza.

Algunos de esos ensayos se han convertido en literatura popular. Al cantar a una figura criolla, han cristalizado la tradición, han levantado sobre la imprecisa leyenda que repiten los americanos a la prole devota, una visión tan intensa que a ella se dirige hoy el entusiasmo de la muchedumbre. Santos Vega, el payador, vive en el poema de Obligado. En otro poema ha inmortalizado José Hernández la figura, muy española y muy argentina, del hombre en lucha con las convenciones sociales, el individualismo no domado, que vive al margen de las leyes, agresivo y solitario. La literatura criolla que reflejaba antes el conflicto entre el gaucho y el hombre de las ciudades cultas, expresa hoy las luchas entre el artesano criollo y el inmigrante en la misma pampa argentina...

Citemos en la flamante escuela a Rufino Blanco-Fombona, maestro en el género; a Carlos Reyles, a Tulio M. Cestero, a Alcides Arguedas, a Martín Aldao, a Federico García Godoy, a Rodríguez Mendoza, novísima falange que va escribiendo la *Comedia Humana* de América...

La naturaleza americana espera a un Turner. Desde Chateaubriand, que comprendió su majestad, se ha renovado el paisaje en la literatura europea. Hemos dicho que

el sentido romántico de la naturaleza vino de América: sensación de lo infinito, exaltación mística producida por la soledad de las planicies inmensas y la vida prodigiosa de las florestas. En pintura y en literatura, debe existir un arte americano. La técnica puede ser europea, pero el asunto será castizo. La descripción minuciosa de Bello, el fervor romántico de Goncalves Días, de Chocano, de Díaz Mirón, son antecedentes de esa literatura continental. Poemas americanos, nuevos estados sentimentales ante el paisaje, lirismo desesperado o creyente que la naturaleza, abrumando al hombre, suscita en los poetas absortos...

Falta el poeta de la democracia en marcha, un Walt Whitman que descubra la poesía bárbara del tumulto inmigratorio. Chocano ambiciona serlo, describe la fundación de las ciudades coloniales y la belleza áspera de la selva.

En el perpétuo conflicto de dos culturas, europea e indígena; en el escabroso avance de nuevos conquistadores, de Alemania y de Italia, halló la intensidad de un drama inevitable. La Graca Aranha ha descrito en *Canaán* el choque de germanos y brasileños ante la tierra prometida.

En Argentina el teatro criollo ha presentado la tragedia cotidiana del gaucho expulsado de la tierra materna por altivo inmigrantes. El drama y la novela pueden revelar estas contradicciones innumerables. Asistimos a la creación de una raza nueva. No se realiza sin choque y sin tragedia esa fundación. Una literatura dolorosa puede surgir del análisis de tales conflictos. El indio explotado por los conquistadores recuerda a los "ex-hombres" de Gorky. Su amor a la tierra, a la comunidad, su estéril lamento, su larga servidumbre, pueden inspirar a una escuela de novelistas americanos...

Gramáticos admirables, como don José Andrés Bello y don Rufino J. Cuervo ,estudian profundamente el cas-

tellano de América y renuevan el análisis lógico del lenguaje. Rivalizan con los más grandes filósofos europeos, un Litré, un Bopp, un Gastón París.

Para alcanzar la completa autonomía, ideal de estas democracias, es tan importante la originalidad del arte, de la filosofía, de la literatura, como la independencia económica. Capital de ideal o riqueza bancaria salvan al nuevo Mundo de deprimente tutela. En el Brasil, donde parece más enérgico el sentimiento nacional, ha triunfado el americanismo: se describe la selva ubérrima o se canta al indio vencido por la civilización. Allí también encauza una academia las corrientes literarias. Es institución nacional, mientras que análogos centros americanos de cultura se denominan tímidamente "correspondientes de la Real Academia Española"...

Por la continuidad de la inspiración, por el respeto de tradiciones que ya son seculares, por la sumisión de las voces profundas de la raza, por la exaltación de los héroes y de los fastos de la tierra materna, serán originales el arte y la filosofía de Ultramar, nuevos avatares en la eterna lucha del espíritu por conquistar la verdad y alcanzar la belleza.

Francisco García Calderón.



La Isla de Puerto Rico en 1829

(*Del Archivo de JOSE A. ESCOTO.*)

Esta Isla que antes del año 1810 no era considerada en el mundo sino como un presidio de la Península Española, hoy se reputa justamente como una de las Antillas más favorecidas de la naturaleza para la agricultura y el comercio.

El intendente, don Alejandro Ramírez, fué el primero que penetrado de toda la importancia de este punto privilegiado de la monarquía española, la empezó a dar a conocer en sus *diarios*, encareciendo su suceptibilidad, y estimulando a sus habitantes por cuantos medios estaban a su mano, a que se aprovechasen de sus ventajas con la sola aplicación al trabajo.

El incremento que ha tomado aquella colonia desde el tiempo del señor Ramírez a esta fecha, pero principalmente en los últimos ocho años, que ha estado de capitán general el señor don Miguel de La Torre, con nada puede compararse sino con el desprecio, con que antes era vista, causando a la Madre patria inmensos costos, que se pagaban con situados de Méjico, y siéndolas por la misma razón una provincia más bien perjudicial que útil, y mucho menos ventajosa para ellas que todos los otros puntos de la América española.

Hoy Puerto Rico no tiene necesidad de situados de Méjico para subsistir por sí misma. Sus ventas interiores y los productos de sus aduanas, la proporcionan todo lo suficiente para pagar completamente su respetable guarnición, las milicias disciplinadas, que existen en todos los puntos de la Isla, y sus muchos y diversos empleados que

en todos los ramos de la administración, sin que por esto dejen de conservarse las fortificaciones de la plaza, bajo un pie imponen, y emprenderse otras obras de conocida utilidad, que harán eterna la memoria de sus benéficos autores.

Antes del Año de 1824, los ingresos de la tesorería estaban tan lejos de corresponder con sus más precisas erogaciones, que las tropas de la guarnición y todos los empleados civiles y políticos estaban a la media paga de sus sueldos, y algunas veces a la cuarta parte de ellos. El general La Torre, atacando este mal en su origen con el infatigable celo que lo caracteriza en sus empresas, logró desterrar en un momento los envejecidos desórdenes que se experimentaban por desgracia en este ramo de la administración. Así es que la Aduana que ahoro pocos años producía solamente 25 mil pesos en el próximo pasado de 1828 ha rentado más de 90 mil: reforma saludable, en la que no han intervenido otros agentes que el desinterés y la probidad, ayudados del innato deseo de contribuir al bienestar de aquellos pueblos.

Entre las obras públicas que más han merecido la atención del jefe de aquella Isla, debemos hacer una mención expresa de las carreteras principales y de los caminos de travesía. Las mejoras que han recibido y van recibiendo unas y otras son tan considerables, que dentro de pocos años la fácil extracción de los frutos de los pueblos intersos, dará impulso extraordinario a su agricultura, convirtiendo las dehesas de ganados en ricos establecimientos de caña, café, algodón y otras preciosas producciones. Si no se abandonase este ramo esencial de la prosperidad de los pueblos, y continuase siendo como en el día un objeto que el gobierno jamás pierde de vista, los habitantes podrían lisonjearse, de que Puerto Rico sería en breve tiempo el jardín de todas las Antillas. Tales son las aspiraciones del señor La Torre, y tales los principios de que parte para atender con preferencia a la construcción de nuevos caminos y reparación de los antiguos, y

sosteniendo tan inmensos trabajos con medidas y arbitrios tan poco onerosos a los pueblos, que no sólo los soportan sin repugnancia alguna, sino que apenas son sensibles para ellos.

El rápido incremento de la Isla, así en población como en riquezas, con nada está mejor demostrado que por la vista de su estado actual con el que tenía el año de 1770, cuando por una Real cédula de S. M. C. se mandaron demoler los hatos, reduciéndolos a estancias de labor. Las poblaciones, antes de aquella fecha, no consistían más que en cuatro o cinco chozas miserables, a donde los vecinos que estaban dispersos en los campos, solían concurrir los días festivos para cumplir con los deberes de la Religión, sin conocer ni gozar los placeres de la sociabilidad, y siendo exóticos entre ellos la industria y el comercio. Empero desde que descendió aquella soberana determinación, y que el Rey concedió a los habitantes la propiedad de los terrenos, pagando un impuesto más que moderado a favor de las milicias de la Isla, todo empezó a tomar en ella un aspecto tan diferente, que hoy cuenta 58 poblaciones, donde la agricultura hace progresos agigantados, donde el comercio está en un movimiento progresivo y donde las artes se establecen con una perspectiva bastante lisonjera.

Mucho ha contribuído a estos adelantamientos la Real cédula de gracias expedida en 1815 y modelada exactamente por la que se libró en años anteriores a favor de la isla de Trinidad de barlovento. La libre admisión de extranjeros, bajo la segura confianza de ser respetados en sus personas y propiedades, ha producido una afluencia numerosa de hombres útiles sobre las costas de la Isla, que dedicados principalmente al cultivo, saben aprovecharse a un mismo tiempo, de la feracidad de los terrenos, y de la favorable posición de aquel punto para hacer el comercio con todas las naciones. Tales y tan vivos ejemplos han servido de un poderoso estímulo a los naturales del país, quienes ya no son hoy aquellos mismos que

a mediados del siglo pasado vivían satisfechos y contentos con los miserables productos de la ganadería, creyendo que su suelo era incapaz de proporcionarles mayores comodidades y riquezas. Todo al contrario: bajo un gobierno paternal, en que gozan de las bendiciones de la paz, de la abundancia y de la justicia, los progresos de la civilización deben ser simultáneos, y tras de ellos han de desarrollarse los gérmenes de la prosperidad general.

Con la decidida protección que el señor La Torre dispensa a la agricultura y al comercio; con las pocas contribuciones que pagan los habitantes, casi reducidas a una sola que se conoce con el nombre de *subsidio*, y con las benéficas providencias que libra el gobierno a cada paso para desterrar la vagancia y alentar al trabajo Puerto Rico gozará muy en breve de la consideración debida, cuando no a la primera, a la segunda de todas las Antillas.

Su subsidio hace muchos años que no excede de 175,017 pesos, contribución muy más que moderada sobre una propiedad territorial de 445 caballerías de tierra clutivadas, que componen 88,356 cuerdas. Así puede decirse que no paga ni la octava parte que el resto de los pueblos de la monarquía; los que además de estar sujetos a multitud de impuestos con diferentes denominaciones, necesitan de otros tantos empleados públicos para su administración y economía. Puerto Rico está libre hasta ahora de este gravamen, que siempre los pueblos lo miran como tal, quedando obligados los mismos vecinos a colectar en cada partido el contingente que les ha cabido, o en que ellos se han encabezado, para entregarlo en la Real tesorería a los plazos que se les designan; y aún del propio subsidio estaría exento, porque füé tal la benéfica intención del Soberano en la Real cédula de gracias del año 1815, si en la alternativa de dispensarse a los habitantes, los diezmos y alcabalas por el término de quince años, hubiesen podido contar los jefes con otros recursos para mantener las cargas indispensables de la provincia.

En ella felizmente no ha soplado jamás el fuego devorador de la discordia. Este bien, de que se vanagloria y que tanto cede en honor suyo, lo debe a sus sentimientos de lealtad y prudencia, rectitud y política de su actual Gobernador y Capitán general, con la conciencia de los beneficios, que han recibido en todos tiempos del gobierno de sus antepasados. No se necesita de otra cosa que de un jefe prudente y justiciero, para mantener aquellos pueblos bajo la dominación en que han vivido, sin que las vibraciones políticas, ni las discusiones intestinas puedan turbar jamás su tranquilidad.

Tenemos a la vista la "Relación circunstanciada de las obras públicas de aquella isla en el año de 1827," y apenas podemos concebir, como el producto de sus aduanas y rentas interiores en el año de 1823 no alcanzó a más que a 363,209 pesos, cuando en el de 1827 ascendieron a 614,339 pesos. Tan prodigioso aumento que aún a los mismos habitantes ha admirado creyéndolo tal vez como imposible, ha debido ser obra de una constancia infatigable, de un desinterés a toda prueba, y de una energía bastante firme para haber podido vencer en tan poco tiempo los vicios y desórdenes de muchos años.

Según la misma relación de obras públicas de que acabamos de hablar, los valores de éstas en el año de 1827 alcanzaron a 162,935 pesos, de cuya cantidad no contribuyó la Real Tesorería sino 20,606 pesos. Así, pues, sin perjuicio de las atenciones a que aquella debe ocurrir con sus ingresos, y por medio tan solamente de arbitrios municipales, que los pueblos satisfacen con tanto mayor gusto, cuanto que están bien convencidos de la utilidad de su inversión, aparecen en contínuo movimiento todos los resortes principales de la máquina de un Gobierno, resultando de su bien dirigida acción la prosperidad de la provincia.

Concluiremos con algunas observaciones estadísticas, que hallamos consignadas en el mismo folleto.

La superficie del suelo de la isla contiene 6,425 caballerías y 115 cuerdas; las que pueden dividirse en la siguiente forma:

	Caballerías	Cuerdas
En tierras cultivadas.	441	113
En tierras incultas.	5.984	2
	6.425	115

La cuarta parte de estas últimas están dedicadas a la ganadería, que es uno de los ramos más productivos de la Isla, y las otras tres están reducidas a montes y malezas, cuya mayor parte es susceptible de toda especie de cultivo.

Puerto Rico contiene una ciudad que es la capital de la Isla, y cincuenta y tres pueblos, que se conocen allí con el nombre de partidos.

Su población total en Enero de 1828 ascendía a 287,673 almas, entre las que contándose 28,418 esclavos, resulta que los individuos de esta clase, con respecto a las personas libres, están en la proporción de uno a diez, a los blancos de uno a cinco; siempre que los que se llaman *agregados* sean de aquella clase como se asegura.

Para cada habitante, hay por la misma estadística, más de cuatro cuerdas de terreno.

No existen datos de su población anterior para poder calcular sus aumentos en número determinado de años.

Tampoco podemos fijar con exactitud el total montamiento del producto de la agricultura en el año de 1827, que es el que nos está sirviendo de tipo: más comparando aquellos con los de los años de 1770 a 1780, de que da razón el señor Winterbothan en su historia de América, no nos queda la menor duda en que han aumentado veinte veces más.

27 de Noviembre

A los estudiantes muertos.

Hermanos: bajo el ala de este día,
lleno de no sé qué melancolía,
en vuestra santa evocación me pierdo,
y al revivir vuestra inmortal caída,
el alma, taciturna y conmovida,
vuelve a encender la antorcha del Recuerdo.

Vuestra memoria dolorosa acude
para halagar mis íntimas congojas:
¡corazones tronchados, cual las hojas
del árbol que la ráfaga sacude!...
¡Yo sé vuestro dolor! ¡Yo que no pude
contener la maldad, como Volumnia,
y que, preso en el yugo de la Insidia,
sentí el dardo traidor de la Perfidia
y el diente de reptil de la Calumnia.

No más que la querella de mi boca,
ante vuestra doliente sepultura,
esperéis, como ofrenda de ternura,
de esta generación menguada y loca.
¿Cuándo el recuerdo del pasado evoca?
¿Cuándo alza el mármol de la fosa obscura?
¡Ella, al goce bestial, le ofrece abiertos
sus torpes brazos, con impuro halago,

y no tiene ni un triste jaramago,
para cubrir la fosa de sus muertos!

Ebria por los deseos, es el oro
la única majestad a que se humilla,
y al Fraude corruptor, cede la silla
del César, profanando su decoro.
La Intriga y el Favor, rigen el Foro,
ante su vista, que insensible brilla;
al trovador corona con la Injuria,
que, cual diadema vergonzosa, ciño
al mármol inviolado de mi frente,
y hasta destierra a Dios, alevemente,
del candoroso corazón del niño.

Ella miró a sus ínclitos mayores
esgrimir el acero, en la contienda;
pero hoy, sin ideal, sube la senda
que le trazaron sus libertadores.
Vende al Mal, a la Fuerza y a la Usura,
a precio vil, su primogenitura,
y muere por picar inmundo cebo...
¡Olvida su tesón heroico y bravo,
y acepta, con el gesto del esclavo,
la coyunda servil del amo nuevo!

Contaminado de su culpa inmensa,
a su voz que lo mueve y que lo inspira,
se hace heraldo del Mal y la Mentira
el divino vocero de la Prensa,
y en él vapor mefítico condensa
para llover oprobio sobre el mundo.
¡Triste generación, que, en su infecundo
paso,—ante el cual la Patria se desploma,
de sus propios cimientos desgajada,—
temo, a veces, que caiga fulminada
por el fuego de Dios, como Sodoma!

LAS ANTILLAS

Dormid, dormid tranquilos en el seno
de la callada fosa que os encierra,
más allá del tumulto de la tierra
que hoy es charca miasmática de cieno.
Y perdonad si turbo la silente
paz de la tumba con mi llanto ardiente....
¡Es que hay mucha tristeza contenida
en el vaso doliente de mi vida!
¡Porque mezcló la Suerte abrumadora
en mi existencia pálida y obscura,
la pena de la Patria, a mi amargura,
y a mi propio dolor, el de la hora!...

Gustavo Sánchez Galarraga.



MARIA ADAM

En el apartado rincón de mi estancia donde a espaldas de la muchedumbre vocinglera que bulle y se arremolina por el atronador recinto de la calle próxima dejo correr las horas dulcemente entregado a la meditación y al estudio, penetró ha poco la diva gentil orgullo y blasón de la tierra camagueyana, a quien no María, sino *Flor de las Marías* debemos llamar todos, si queremos ser con ella tan justos como Dios manda.

Quierólo yo, lector, con toda el alma, y en prenda de ello, pláceme decirte por adelantado, y sobre la promesa de que has de guardarme el secreto, que los soles en el cenit que ella se gasta por ojos, trajeron a mi memoria la imágen de otros, en los felices días de mi pasada edad por mi, bien conocidos, y citados a jurisdicción con estos renglones que a la letra copio, y que, si no son versos de primera, a mí me lo parecieron cuando los escribí, que no fué ciertamente ayer, sino muy antes del otro día, cuando yo tenía negro el cabello y alegre el genio.

Vivo siempre a tus órdenes atento,
Y hago ley para mí de tus antojos.
¡Déjame adivinar tu pensamiento
Leyéndolo en la lumbre de tus ojos!

Mas dejando a un lado, lector, reminiscencias gratas de cosas que fueron y no volverán, es lo cierto que reclinada



SRITA. MARIA ADAM
Eminente
Contralto
Camagüeyana.

a par de mi hija en una butaca, pedestal a su belleza bien mezquino, dejó fluir la joven contralto el tesoro de su argentada voz, y trazó, poniendo en juego corazón y labios, el panorama de su vida matizando el relato con singulares policromías, porque si a veces el rosicler de la esperanza lo iluminaba con dulces resplandores, luego, al recordar horas amargas de justificada angustia ante la indiferencia o la hostilidad de los que no entienden de arte ni de belleza, porque es verdad innegable

'que no sabe de aromas y vergeles
el nómade habitante del desierto".

la incertidumbre y la tristeza ponían en su paleta tonos sombríos.

Por lo que precedentemente dejo apuntado, es fácil comprender que placentera y sonriente me hablara en el curso de nuestra plática, de la noble región, cuna de soldados heróicos y de artistas insuperables donde vió la luz primera y que al referirme las peripecias de su odisea por diversos países de Europa y de América en busca de orientaciones definitivas para su irrevocable vocación artística, señalara como fecha feliz dentro del campo de su memoria la de aquel día en que fué admitida en el conservatorio de Torner, porque es bien sabido que el famoso maestro solo abre sus puertas a los que han evidenciado previamente dotes excepcionales para el canto, y se acercan a él después de haber depurado por el estudio sus aptitudes originales.

Y no es menos explicable, lector, dados los vaivenes de su incierto destino, que corrieran después por el estrecho cauce del dolor las confidencias de la artista que, devuelta a su patria por ineludibles imposiciones de la realidad—tan fría a veces y tan dura—privada de la pensión que disfrutaba y desoída ¡ella que posee tan linda voz! en sus incesantes reclamaciones y súplicas, inclina ahora tristemen-

te la cabeza ante los fallos de la suerte, y resignada pero inconforme, se presta a iluminar con los destellos de su belleza y de su gracia la escena de Martí, bien persuadida no obstante, de que sólo llevando a las tablas las sublimes creaciones de los grandes maestros podría mostrar en todo el esplendor de su magnificencia su maravillosa intuición artística y las excepcionales condiciones de su hermosa voz.

Yo la oía, lector, gozoso a veces, y a veces acongojado, pero siempre con inefable delectación, pues me parecía al escucharla que una flor por incomprensible prodigio llenaba mi estancia de suaves y misteriosas melodías, y cuando rompió el aureo hilo de su narración, no pude menos de decirle mientras la acompañaba en unión de mi hija hácia los umbrales de mi morada: tú glorificarás a Cuba llevando por el mundo entre aplausos y aclamaciones las obras inmortales de los compositores más renombrados porque si es verdad que por bella eres la flor, *Flor de las Marías,* por canora eres ave y agregué luego con irresistible impulso: si eres ave, María..... *gratia plena.*

Sergio Cuevas Zequeira.



Todo el Mundo es Popayán

A un Amigo Madrileño.

Es Madrid la villa y Corte
Prodigio tal de belleza
Que no pudo imaginarlo
Mejor ni la misma estética.
Yo voy, amigo querido,
Con tamaña boca abierta,
Por esas calles de Dios
Andando de zeca en meca.
No hablemos de los palacios,
Museos, Plazas, Iglesias,
Ni de muchas cosas más
Que atañen a la materia;
Que aunque soy muy material
Quiero y basta que lo quiera,
Alabar como merece
La virtud que aquí se encierra.
Todo es virtud en Madrid
Y si algún vicio se encuentra,
Seguro, es más que seguro,
Que lo trajeron de fuera.
Aquí no hay un hombre malo
Ni mujer que mala sea;
Todos son ángeles vivos
Con abanico o chistera.

LAS ANTILLAS

Una encantadora rubia
Vi ayer, tan gentil y apuesta
Qué envia pudiera dar
A la más linda duquesa.
Llevaba espléndido traje
Con el aire de una reina,
Tren de lujo, tiro tordo,
Magnífica carretela,
¿Quién es? pregunto admirado:
Y me dicen que es Lucrecia
Esposa de don Cornelio,
A quien visita y obsequia
D. Facundo el millonario
Que fué Ministro de Hacienda
El marido triunfa y gasta
Y como el otro le deja
La mitad de su "mitad"
Ni se opone ni gallea.
¡Oh matrimonio modelo!
¡Oh dignísima pareja!
Me entusiasmo y en el aire
Pego cuatro zapatetas.
Eso se llama tener
Mucho amor y más conciencia.
Pasemos pues a los órganos
De la opinión vulgo o prensa,
O más claro, a los periódicos,
¿Ha soñado Vd. siquiera,
Una armonía más grata
Que la que entre todos reina?
Uno dice: el Ministerio
Marcha recto por la senda
Del progreso, y la Nación
Agradecida confiesa
Que nunca la gobernaron
Hombres de tanta pureza.
Otro clama: ¡pobre patria!

Los que mandan te degüellan;
El favor ocupa el puesto
De la virtud y de la ciencia
Cunde la inmoralidad,
Esclava quiere la prensa
Y si el poder se sostiene,
Gracias a las bayonetas.
Uno pide el Santo Oficio,
Otro quiere la BERMEJA,
Y en cuanto a las medias tintas
Su variedad es inmensa.
Por mi gorro de dormir
Y mis botas más estrechas
Juro, que no hay en el mundo
Mas cordial inteligencia.

En mi Antilla lo tomamos
De muy distinta manera,
Al que lleva la batuta
Obedecemos a ciegas,
Por mucho que desafinen
Los músicos de la orquesta.

¿Qué mandan a andar a gatas?
Hasta el más viejo gatea
¿Mandan que cabeza abajo?
Pues abajo la cabeza;
Y entreambos se les responde
Con seráfica paciencia,
A uno "laus tibi Christi"
Al otro "flectamus genua".
¡Qué bien dijo aquél que dijo
Que éramos "Veluti pecora!"
Aquí todo es armonía,
Allá todo es inocencia.

Pero ya vuelvo a Madrid
Donde el placer me enajena,
Donde las penas concluyen,
Donde la dicha se alberga,

Donde a la virtud se adora
Mucho más que a las riquezas.
   Donde la mujer no engaña
Ni el hombre se pone en venta
Donde la ignorancia muere,
Donde la ciencia prospera,
Donde... ¡Cómo! ¿usted se ríe?
Riamos pues, y ande la rueda;
O mejor, basta de broma
Que cuando es larga molesta.
   Todo el mundo es Popayán
Y sobre toda la tierra
Andan virtudes y vicios
Mezclados y en guerra abierta,
Madrid tiene sus lunares
Y Puerto Rico sus pecas.
   Aquí van a picos pardos,
Allá no pocos "pardean";
Aquí hay mujer que claudica,
Por allá alguna cojea;
Aquí se adula al poder,
Allá se adula a cualquiera;
Aquí se habla demasiado,
Allá no se habla ni piensa.
Y si allá cuerpos se venden (1)
Aquí se venden conciencias.
   Mas en una y otra parte
Debieran tener en cuenta
Que sin virtud, nada valen
El saber y las riquezas.

Madrid, Sept. 12 *de* 1861.

Manuel A. Alonso.
Puertorriqueño

(1) Entonces existía la esclavitud.

PLUMAZOS

A los que saben de estas cosas, fraternalmente.

Hoy no tenemos ganas de escribir· A nosotros nos ocurre muy a menudo eso. Pasamos horas muy bellas de ensueño acariciando, allá, en las intimidades exaltadas del cerebro, una idea que examinamos, correjimos y pulimos; y ,luego, al instante de trasladarla, con un temblor íntimo mezcla de orgullo y de temor, a la cuartilla virgen del papel que tienta con su impecable nitidez nuestras ansias creadoras, sentimos como avasalladoramente, casi con desmayo de sueño, nos invade cierta abulia tenaz que pone en nuestra mano la flojedad del cansancio y en nuestra mente la placidez del éxtasis, como si el ánfora del pensamiento protestase del intento de vaciar su noble contenido...

A esa nimiedad de nuestro carácter intelectual, cuando nos encontramos pesimistas, nosotros le achacamos como su razón de ser la carencia de estímulos... Entonces, cavilamos sombríamente en lo poco o nada que se aprecia en Cuba la labor literaria. El escritor, aquí, o muere de modorra entre la indiferencia del pueblo inculto, o se abate de tedio entre la indiferencia del Gobierno mezquino. Oh, el Gobierno!—Si el Gobierno pensase, aunque fuera ligeramente, en que la Literatura—y el Arte en general,—de un

Pueblo es el folio expositorio de su "por qué" de vida ante el mundo, parte del dinero que dilapida en tantas pequeñeces, dedicaría a su fomento y desarrollo. Por ejemplo, crearía una Imprenta Nacional para la edición de obras inéditas de autores del país. Sometido cada libro presentado, al juicio de tres grandes de nuestra Literatura,—Varona, Cuevas Zequeira y Aramburo, pongamos por caso;—que integrarían la dirección intelectual de la empresa, no se imprimirían más libros que los verdaderamente dignos de ese honor. Así, ¡cuánta labor anónima valiosa no se extraviaría!... Pero, váyale usted con ternezas al lobo... Eso sí, conste que la idea expuesta no es nuestra: otros escritores antes que nosotros la han tratado. Tenemos gran empeño en decirlo, entre otras razones, por honradez y por picardía: lo primero para demostrar que detestamos el robo ideológico y, lo segundo, para que el desdén "oficial" que seguramente provocará estas líneas sea compartido por varios.

Empero, si ese marasmo para producir literatura, nos cae cuando el optimismo prende en nuestro corazón una amable flor de confianza, nos inclinamos a creer que su origen—el del marasmo,—estriba en el clima. ¡Este calor! A la verdad que con uno tan riguroso como el que padecemos aquí, y casi todo el año, no se puede, no ya escribir, ¡ni vivir!.. De haber nacido en Cuba, Eugenio Sué o César Cantú, no hubieran redactado, de seguro, los enormes tomos de "El Judío Errante" e "Historia General de España", respectivamente. ¡Quiá!... Pero, si hasta se "derrite" uno! La pluma se va humedeciendo, humedeciendo y, a poco, se nos rueda de la mano. Los cabellos desordenados, forman un mazacote sobre la frente. Y, al final, el papel mojado de tinta y de sudor, es una miseria cuyo contenido no descifra ni quien lo escribió!

Lo cierto es que el clima influye mucho en la densidad de la producción intelectual. Por eso, los tórridos "producen" enorme cantidad de poetas, prosistas de crónicas, cuen-

tistas, etc.;—género "chico", como si dijéramos;—mientras que los fríos dan un sin fin de novelistas, historiadores, filósofos... Hay excepciones, desde luego.

—Después de todo: resignación. Al término de la ruta, es igual lo grande y lo pequeño... Nada importa, pues, que algunas ideas, como capullos de rosas cubiertos por la hojarasca, queden ocultas, por abulia o desaliento, en los jardínes milagrosos de nuestra fantasía...

Octavio M. Suárez.

Desde Cárdenas, 1922.



BEATITUD

A BENJAMIN GUERRA

Hay algo en mí de clérigo fustrado;
que en el bullicio de mi vida inquieta,
más de una vez, romántico y poeta,
con la vida monástica he soñado.

Yo soy un noble abate fracasado,
que desdeñó la vocación de asceta,
la molicie claustral, y la secreta
delicia de vivir sin más cuidado,

que holgar con la rutina cotidiana,
sin temor al desastre de mañana;
el pan nuestro yantar de cada día,

y, siempre a furto de la humana gresca,
gozar de una novela picaresca,
en la paz conventual de la abadía.

Rafael Cuevas Zequeira.

Primavera, 1922.

EL GRITO

América, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechúa-español, el araucano-español; pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la lumniosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dílo todo de tu América; dí como se canta en la pampa argentina, como se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua, para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo: Cree en nuestra sensibilidad que puede vi-

brar como *la otra,* manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérnoslo todo, poblarnos los campos, y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia el futuro ineludible: la América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el Dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él *hace,* ejecuta, nos despedazamos mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fé y se hace por esa fé divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, que hermosura, que reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

Gabriela Mistral.

Chile, 1922.

LAS ANTILLAS

"EL TEMA DE DELGADINA EN EL FOLK-LORE DE SANTIAGO DE CUBA"

I

Es sin duda alguna el romance de Delgadina el que más versiones cuenta, tanto en prosa como en verso y a la vez uno de los más arraigados en el Folk-lore cubano.

El romance de Delgadina no tiene antecedente conocido en la tradición escrita; pero según testimonio de don Francisco Manuel de Melo, era ya conocido en el siglo XVII. Narraciones en prosa muy curiosas de él hállanse esparcidas tanto en España como en sus antiguas posesiones y el eximio Menendez Pelayo así nos lo dice en el segundo tomo de su interesantísimo "Tratado de los Romances Viejos".

Demostrado está ya por los doctos el que este romance, lo mismo que las narraciones en prosa, fué inspirado en la novela de Apolonio de Tiro y el poema del Mester de Clerescía, no faltando quien vea en él reminiscencias de la leyenda "La Doncella de las manos cortadas", de la que se han originado la versión castellana y recogida en Francia de Díaz de Gamez; la catalana que aún permanece viva en la tradición oral y "El Recontamiento de la Donzella Carcayona, hija del Rey Nachrab con la paloma".

Del romance de Delgadina han ocupádose la benedictina esposa de don Ramón Pidal en la "Revista de Archivos". Diciembre 1906;—aunque en la versión que publica dicha señora aparece la heroína con el nombre de Silvana, que sin duda será la Silvania que como futura mujer de Apolonio nos da a conocer Juan de Timoneda en su "Patrañuelo", pero que no guarda una estrecha relación con los romances asturianos de Delgadina que son acaso los más rancios;—y Menendez Pelayo en su "Romancero Tradicional", no faltando otros folkloristas muy autorizados.

Entre las innúmeras versiones que han recogídose figuran en primer término las conservadas por la tradición oral—se entiende—en Rioja, Asturias, Navarra, Aragón y en la Serranía de la Ronda, y recopiladas por el insigne cervantista don Francisco Rodríguez Marin.

II

Es curioso el que en la Habana y Camagüey, y quien sabe si en el resto de la Isla, conozcan los niños más que las narraciones en verso de "Delgadina" y que sólo en Santiago de Cuba, Capital de la provincia de Oriente, estén popularizadas las narraciones en prosa,—aunque que con trozos en verso—hasta el punto de desconocerse la composición en verso solo que cantan las niñas en su clásico juego de la rueda.

Por curiosidad y porque en Folk-lore todo tiene importancia, me complazco en insertar dos versiones cubanas del precitado romance que en la Habana y Camagüey, respectivamente, cantan las niñas en el juego líneas arriba citado:

(*Versión a*)

Pues señor, este es un rey,
que tenía tres hijitas,
y la más chirriquitica,
Angarina [1] se llamaba·

(1) En Cuba son sinónimos en este romance Antolina, Ambarina, Angarina y Delgadina.

Un día estando comiendo
que su padre la miraba:
—Papaíto estoy delgada
porque estoy enamorada.
—Corran, corran mis criados
y enciénrrenla en un cuarto:
de beber agua salada;
de comer, migas de pan.
—Hermanitas, hermanitas,
démen un vaso de agua,
que mi pecho ya se abrasa
de la sed que me arrebata.
—No podemos Angarina,
que mi padre nos matara.
—Mamaita, mamaita,
dame un vaso de agua
que allá cerca está la fuente
que me alivia de la sed·
Su padre que así la oyera
a libertarla mandó;
la niña ya se había muerto
y el padre pronto murió.
Angarina fué a la gloria,
los ángeles la llevaban.
El rey se fué a los infiernos
los demonios lo acompañan.

(*Versión b.*)

Pues señor, éste era un rey
que tenía tres hijitas,
y la más chirriquitica,
Angarina se llamaba.
Cuando su madre iba a misa,
su padre la enamoraba,
y cuando su madre volvía,
todito se lo contaba.
—Corran, corran mis criados

y enciérrenme a Angarina
en el cuarto más obscuro
que da para la cocina.
No le dén de comer...
Ni tampoco de beber...
—Hermanita, si eres mi hermana,
me darás un vasito de agua,
que este pecho se me abrasa
y este corazón se inflama.
—Hermanita yo te la diera
pero el rey padre no quiere.
—Mamaita, si eres mi madre,
me darás un vasito de agua,
que este pecho se me abrasa
y el corazón se me inflama.
—Hija mía, yo te la diera
pero el rey así no quiere.
A los nueve días siguientes,
Angarina muerta estaba,
y los ángeles del cielo
repicaban las campanas.
En el cuarto del reycito,
los diablos con los diablitos;
en el cuarto de Angarina
los ángeles y querubines.

III

Entre las varias narraciones en prosa que me han suministrado amigas y condicípulas, estimo como la más interesante la siguiente, que me hizo una negrita costurera.

"Erase un hombre casado que tenía una hija muy bonita que se llamaba Delgadina.

"Cuando su madre salía su padre la enamoraba y cuando su mamá venía Delgadina todo se lo contaba; porque ella no quería enamoretas con su papá.

"El papá vista la oposición de Delgadina la encerró en un cuarto obscuro al pie de lă cocina y sin comer ni beber.

"A los pocos días pasó el hermanito y díjole Delgadina:

Hermanito, hermanito
dame una poquita de agua
que cuando yo salga de aquí
yo seré tu fiel esclava.
—Hermanita, hermanita
yo no te la puedo dar
porque si papá me vé,
juro que me ha de matar.

"Paso luego la madre y Delgadina hízole los mismos ruegos que a su hermano, ruegos que se extendieron a su abuela y a un criado, recibiendo siempre la misma repuesta:

yo no te la puedo dar
porque si el Rey me vé,
juro que me ha de matar".

"Ya estaba Delgadina agonizando cuando el padre acertó a pasar por ahí aunque ya tarde, dejando oir Delgadina, las mismas súplicas:

Papaíto, papaíto
dame una poquita de agua
que cuando salga de aquí
yo seré tu enamorada.
. . . .
. . . .
que cuando salga de aquí
yo seré tu fiel esclava.
—Corran, corran mis vasallos
a darle agua a Delgadina,
en el cuarto más obscuro
que está al pie de la cocina.

"En esto le dán agua a Delgadina, la sacan en una camilla, la ponen en una habitación y dice, ya en brazos de la muerte:

"En la cama de mi madre
ángeles y serafines,
y en la cama de mi padre
los diablos y los demonios,
cucarachas y ratones."

Hay en transcurso de la narración notables divergencias como son el padre de Delgadina que aparece al principio como un hombre vulgar y despues aparece con vasallos, etc.

La narración en conjunto es poética, bien que la repetición de los algún tanto desatinados versos intercalados en ella la hacen algo monótona.

El día en que Cuba tenga una sociedad folk-lórica—como lo indicara el Dr. José María Chacón— con corresponsales en toda la República, aparecerán las innúmeras trovas y variantes de romances castellanos de rancísimo sabor, que andan diseminados. Por otra parte es del todo necesario una recopilación de las adivananzas y cuentos populares si que también de los refranes, exponentes de fresco colorido de la filosofía popular.

Carlos A. Castellanos.

Santiago de Cuba.



A VARSOVIA

I

Es de noche los pájaros duermen
en su albergue de ramas y frondas,
Y del aire las diáfanas ondas
Sin ruido se agitan, se pierden, se van.
Un puñado de bravos aguarda
Que la aurora sonría en oriente,
Como aguarda la lava candente
Que rompa su cráter el muerto volcán.

Amanece: el motín, implacable,
En sus iras frenético, estalla;
Se confunden en recia batalla
Los hijos del pueblo, los siervos del rey.
De alaridos se llena el espacio,
Roja sangre en las calles humea:
Quién saldrá victorioso? ¿La idea,
O el césar que a tiros impone su ley?

En la patria inmortal de Kociusko,
En la ilustre Varsovia se escucha
El rumor de titánica lucha:
Los héroes polacos defienden su honor;
Y entre ruinas y escombros de un pueblo
Que el cosaco orgulloso desquicia,
Nos presenta LA ETERNA JUSTICIA
Vencido el patriota, triunfante el traidor.

LAS ANTILLAS

II

Cuando un día solemne y terrible
El reloj del destino señale,
En que a todos los hombres iguale
Un mismo derecho, un solo nivel;
Cuando caigan los ídolos rotos,
De la nada en el lóbrego abismo,
Y sucumba el audaz depotismo,
Y el déspota altivo sucumba con él;

Los que busquen sucesos que expliquen
De una causa inmortal la existencia;
Los que dejen su libre conciencia
Vagar de ideales supremos en pos;
Contemplando del bien la victoria,
Viendo el mal arrastrarse impotene,
Rendirán homenaje ferviente
A Dios, a LA ETERNA JUSTICIA de Dios.

Pero en tanto que exista un tirano,
Y el poder en su nombre se ejerza,
Y a la bárbara ley de la fuerza
Dobleguen los pueblos su altiva cerviz,
Turbarán el humano cerebro
Sombras negras, tormentas sin calma,
Y la duda en el fondo del alma
Tendrá su profunda y amarga raíz.

Luis Muñoz Rivera.



Página Heróica

EL CORONEL JUAN JIMENEZ

Entre aquellos valerosos jóvenes, paladines gloriosos de la libertad, que secundaron heróicamente el movimiento iniciado en Baire, destácase la simpática personalidad de Juan Jiménez y Castro Palomino.

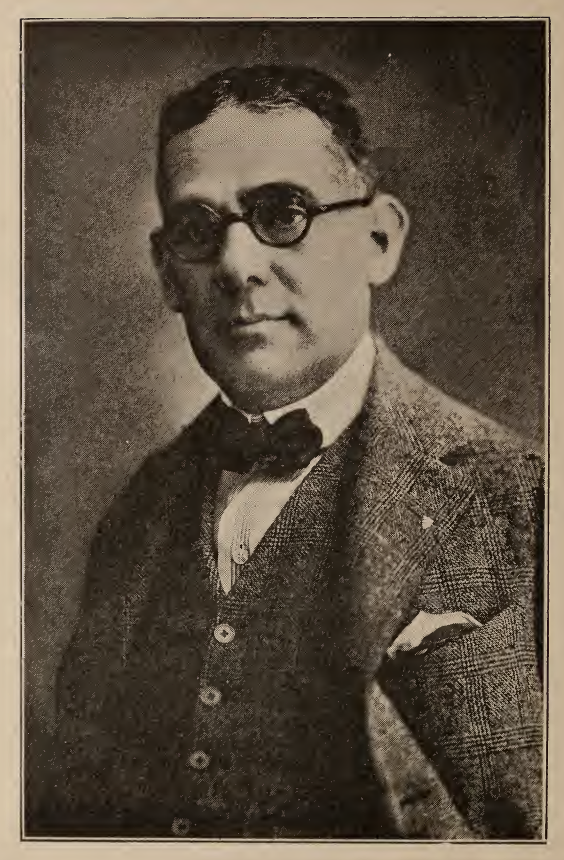
En aquellos tenebrosos días del año de 1875, nació Juan Jiménez, en la ciudad de San Juan de los Remedios, y las brisas revolucionarias de aquella incomparable jornada de martirio, mecieron su cuna....

El nació en el solar glorioso de los eximios patricios, Francisco Carrillo y Pedro Díaz, dos cimas revolucionarias, heredando de ellos, el amor a la Patria, y la firme resolución de pelear por su redención, hasta lograr, con el heroismo de su sacrificio, la independencia de su pueblo.

Educado en un medio poco propicio, dedicado al estudio, al trabajo, al periodismo, figurando entre los jóvenes aficionados a las letras, en un período de restricciones, censuras y persecuciones....

Los fulgores del incendio de Baire, iluminaron su espíritu, adormecido aún en las gasas sutiles de la adolescencia; y las dulces comodidades del hogar, fueron abandonadas, para ser de los primeros, en levantarse en armas, el memorable día 5 de junio del glorioso año de 1895.

Juan Jiménez, al frente del grupo de guerreros, fué el capitán, el guía intrépido, que sin más auxilio que los personales, ni más experiencia que la resolución de pelear por la libertad, o morir, se lanzó a la manigua; mambí so-



Coronel Juan Jiménez
Gobernador Civil de las Villas

bre corcel, desplegando al viento la bandera de la estrella solitaria, que las brisas cubrieron con ósculos amorosos y el sol, el mismo sol de Palo Seco y Las Guásimas, la envolvió con sus radiantes fulgores!

La misma noche del levantamiento, en Ingenio Viejo, se incorporó Juan Jiménez al grupo que mandaba el General Pedro Díaz, donde dió gallardas pruebas de disciplina y de ser magnífico organizador.

Los primeros tiros que sonaron en las Villas, fueron los del combate de San José, el día 24 de Junio, donde Juan Jiménez peleó bravamente, siendo ascendido a alférez efectivo por méritos de guerra, y se reveló el hombre enérgico y valiente, arrogante y tenaz, que en la línea de fuego sobresalía por su temeridad de romper el cerco y caer sobre el enemigo.

Tuvo la suerte de entablar combate, casi diariamente, como los encuentros de San Felipe el 29 de Junio y el célebre de Bellamoto, el 30, donde el enemigo sufrió grandes pérdidas.

Tras peleas contínuas, pudieron los remedianos incorporarse a las fuerzas de los Generales Serafin Sánchez, Roloff y Juan Bruno Zayas.

Entonces tuvo lugar el sangriento combate de Los Pasitos, el día 2 de Julio, en la jurisdicción de Sancti Spíritus.

El brigadier Zayas estimaba mucho a Juan Jiménez, y trató de que pasara a sus fuerzas, pero no lo pudo lograr, por el cariño y confianza que sus jefes le profesaban. La designación de Juan Jiménez para Delegado de Hacienda, fué por orden del Gobierno, y por encargo del General en Jefe Máximo Gómez, desde fines del 95 hasta Marzo de 1896, realizando una magnífica gestión administrativa.

En 3 de Enero de 1897, por sus merecimientos de guerra, fué ascendido a Capitán y felicitado por el General en Jefe Máximo Gómez, por el brillante resultado como Delegado de Hacienda.

Desembarcado el General Francisco Carrillo, y en te-

rritorio de las Villas, al frente de un contigente valioso, el Capitán Juan Jiménez pasó a su lado, como uno de los más valiosos auxiliares.

En aquellos días la lucha era constante y tenaz la persecución, siendo ascendido por méritos de guerra, el 2 de Septiembre de 1897, a Comandante.

Una de las acciones más brillantes de la campaña del 95, ha sido, en las Villas, la toma y asalto de Arroyo Blanco, página llena de gloria y de sacrificios, donde el Comandante Juan Jiménez, al frente de cincuenta hombres, cayó tenazmente sobre el célebre fuerte de La Farola, y solo con diez y ocho, pudo llegar al asalto, cayendo el resto, muertos y heridos; el Comandante Juan Jiménez, en medio de aquella sangrienta escena, ocupó el fuerte, tomó prisionera a la valiente guarnición, capturó quince mil tiros y numerosos maussers y equipos de guerra, siendo ascendido a Teniente Coronel por esa acción y recomendado por los Generales José Miguel Gómez y Francisco Carrillo.

Por orden del General Carrillo tuvo el màndo de la tercera y cuarta Compañía del 2do. Batallón del Regimiento de Infantería Remedios, desde el 29 de Junio hasta el 30 de Agosto de 1898.

Su magnífica ejecutoria de héroe, sus hazañas de guerrero, su temeridad y la abnegación, todo eso que forma al carácter y al hombre, dotándolo de ese don especial y único que Dios pone a los hombres superiores, que rigen y gobiernan a los otros, encarna en Juan Jiménez, de manera admirable.

Hay que tener presente, que al regresar de la revolución, el Coronel Juan Jiménez sólo contaba veinticuatro años de edad.

Y tuvo la gloria de entrar triunfante en Remedios, el 28 de Diciembre de 1898.

¡Qué hermosa y preciosa página de héroe! Escribió con el sacrificio excelso de su heroismo, el capítulo más grande de su propia historia, donde magnífico y noble, se destaca el patriota y el libertador, que al envainar la espada,

consagró sus nuevas ansias y sus iniciativas, a la reconstrución del país, a la administración pública. Designado Tesorero de la Administración Municipal, el 1900 fué electo Alcalde Municipal de Remedios, donde desarrolló magníficas iniciativas, fecundas en provecho del término, cooperando con entusiasmo y celo patriótico a la obra cívica de administración, de buen gobierno municipal, siendo reelecto en períodos consecutivos. Prestó su concurso para la constitución del Ayuntamiento de Zulueta.

El Gobierno Central necesitó sus eminentes servicios, al frente de la Inspección Provincial de Impuestos, y más tarde en la Administración de la Zona del Distrito Fiscal.

Electo Representante a la Cámara en 1918, y en 1920, Gobernador Provincial de las Villas, donde actúa magníficamente.

Tal es, en breve síntesis, la biografía del Coronel Juan Jiménez, quien en todo tiempo ha sabido mantener por sobre las miserias del medio, los grandes ideales de la Revolución.

Podrá la pasión política, a veces, entibiar los afectos, oscurecer merecimientos insignes, grandes virtudes, pero la serenidad reflexiva, vence siempre, la justicia resplandece, para brillar con la excelsa majestad augusta, rindiendo pleitesía a los que, como el Coronel Juan Jiménez, constituyen hermoso y legítimo orgullo de las Villas, al que el destino señala para altos fines.

M. García Garófalo Mesa.

Octubre de 1921.

TU BELLEZA

CUANDO RIES,

en la risa seductora de tus labios carmesíes,
hay arpegios que no sabe modular un ruiseñor;
hay cadencias deliciosas en que bulle la alegría;
y en el pétalo encendido de tu boca de ambrosía,
hay caricias que subyugan y hay perfume embriagador.

CUANDO MIRAS,

en la noche de tus ojos con que anhelos mil inspiras,
hay destellos que los astros no pudieran imitar;
y refulgen tus miradas, de radiante centelleo,
resplandores misteriosos de la hoguera del deseo,
a la luna dando envidia cuando riela sobre el mar.

CUANDO LLORAS,

en tu rostro peregrino con que a todos enamoras,
hay tristezas desoladas que subliman tu beldad;
y en la célica armonía de tu imagen se retrata,
cuando aleve alguna pena te castiga o te maltrata,
de una virgen sin amparo la doliente majestad.

¡Oh, mujer de mis delirios! Cuando alegre tú sonríes
yo me muero por un beso de tus labios carmesíes;
me deslumbra, si me miras, de tus ojos el fulgor;
mas si lloras enmudece con tu llanto mi ansia loca;
y una voz dice en el fondo de mi pecho que te invoca
¡que es sagrada tu belleza con el nimbo del dolor!

R. M. Cuevas Zequeira.

LA LABOR DE UN POETA

"BESO DE QUIMERA", DE MARINO LOPEZ BLANCO

Marino López Blanco es joven, muy joven, no había cumplido la edad exigida por la Ley para doctorarse, cuando terminó sus estudios de abogado, deberá esperar algunos meses para recibir el título, que hace honor a quien lo ob tiene.

A los quince años de haber nacido, publica en la prensa española sus primeros versos: fueron muy celebrados: algunos dudaban de que el autor fuera tan joven, por la intensidad de los conceptos y aún por la misma elegancia de la forma.

Al venir Marino de la Torre, una de las Hadas que mecieron su cuna, le inyectó de la sutilidad necesaria para hacer que viviera su vida por anticipado: le hizo "precoz". Felizmente para los suyos y para la Sociedad en que actúa, la precocidad del niño primero, del joven después y hoy del hombre formado, fué orientada por senderos del bien: Su noble madre moldeó el corazón de su hijo bajo el patrón del suyo y le hizo ser bueno: Su honrado padre junto al nombre limpio que le cedía, por derecho propio, le dió un consejo con una sola palabra:

¡Estudia!

Marino ama intensamente a sus padres y absorvió de

ellos, por entero, sus bondades y sus consejos: "Se ha hecho un hombre correctísimo, caballeroso y sincero su educación refinada le presenta amable y la instrucción que ha grabado en su cerebro le hace interesante siempre.

López Blanco tiene hoy 20 años; hace dos años que publicó el pequeño, pero jugosísimo volúmen "Beso de Quimera", que ha recibido los honores de la critica nacional y extranjera muy halagüeña para el autor y con ventajas para las letras de su Patria, la bellísima Cuba.

Del brazo arrogante, firme y seguro, del ilustre doctor Sergio Cuevas Zequeira, se presenta al juicio de sus lectores, el poeta antillano: el notable profesor fué Maestro de Marino: ¿quién mejor que él puede juzgar al que fué su discípulo?

...'Y es ese, del arte en su más amplia expresión, campo abierto a toda ambición legítima y a todo anhelo generoso; en él, con el sonoro aldabonazo de este libro, viene usted a reclamar un puesto de honor al lado de los que en la lid le precedieron, y yo le auguro futuras consagraciones y un triunfo definitivo, porque he ido anotando una a una las bellezas y uno a uno los aciertos de su obra".

Esas frases constituyen la corona de laurel "premio al mérito", que desde la Grecia inmortal hasta el presente se adjudica a los cantores en el idioma más hermoso de la sensibilidad humana "La Poesía".

Mas juzguemos todos, la labor inspirada de Mraino López Blanco en su obra "Beso de Quimera".

SALMO

Mi bandera flamea sobre un monte cercano
majestuosa y gallarda, con el aire triunfal
que agiganta las olas, en el mar antillano,
bajo el ascua divina de mi sol tropical.

Yo te ofrezco bandera de los nobles colores
caul los sueños inquietos de la novia-princesa
¡Todo el pecho encendido con mis santos amores
Hasta el postrer suspiro de la humilde pavesa!

LAS ANTILLAS

Yo te ofrezco bandera de la estrella brillante,
de las franjas azules y del triángulo rojo,
en el fuego dorado de una rima galante,
mi juventud ardiente! ¡mi juvenil arrojo!
Yo te ofrezco bandera, por amor redimida,
que luchaste en los campos con bravura sin par...
¿qué te ofrezco bandera?... Yo te ofrezco mi vida,
¡es la gloria más grande con que puedo soñar!

Elegancia, virilidad, patriotismo intenso, vibra la lira del poeta en el canto a su bandera: Por lo elevado del concepto y por la belleza de la forma suave, sin rebuscamientos, especialmente por lo último, esos versos son suyos, genuinamente suyos sentidos vividos: Esos versos resuelven el "yo" ciudadano de Marino López Blanco.

Penetra luego, el bardo cubano, en las hondas tristezas y en las hondas amarguras, de la amada que murió, motivo que despedaza el alma; y las ansias por volar desde su tumba al infinito.

CONGOJAS

Conducían su cuerpo mármol-rosa,
en un blanco ataúd,
una tarde invernal, lluviosa y fría,
muy obscura y sin luz.

Acompañaban su cadá ver santo
vestido en albo tul
al cementerio de remoto pueblo
sumido en la quietud.

¡Sí! Y era ella la niña idolatrada
la hechicera beldad
La Musa de mis rimas abatidas
¡Ay! de tanto llorar.

Por eso canto tan sólo congojas
Y amargo dolor
mustios amores, acerbas tristuras,
¡Ilusión que murió!

Sobre la tumba de Mimí, yo ansío
volar adonde está
y al musitar de hinojos la plegaria,
mis lágrimas dejar!

Desde la primera cuarteta, resalta a la vista la facilidad descriptiva del poeta; sin perder los lineamientos harmónicos del fondo del asunto, el juego de palabras se sucede suavemente, interesando en cada verso más.

Pero veamos ahora a Marino López Blanco, colocado en un plano que, por el asunto es resbaladizo en sí y, que lo salva con agilidad de maestro: en los versos que siguen se representa el bardo como profundo conocedor de la sensibilidad de la mujer, en una de sus manifestaciones de "Eva", es decir, el rescoldo orgulloso innato:

FRIVOLIDAD

I

De la maldita boca de una mujer divina
escuché sin consuelo que era un pobre demente·
¡Entonces se esfumara su risa cantarina
y pude olvidar pronto su imágen esplendente!

II

El soñador y el loco tan sólo es tu poeta,
—le dije—compasivo de su grande maldad —
Y ví que se mordía los labios la coqueta
como expresión sincera de su frivolidad...

A una muchacha coqueta, que tiene el cerebro inundado de grandezas y que sueña con un "Príncipe de Oriente", al que se entrega en su locura de oropeles, al verla destrozar un clavel, en su nerviosismo irritante le canta al rimador.

COLOFON

He aquí por que tu hieres
con tus manos el clavel:
es rojo: por eso quieres
que se muera como aquél.

En *Evocaciones,* la pluma de Mariano se torna de oro, cuajada de brillantes, para engarzar versos sentidos, de suavísima tenalidad: En esos versos, se coloca López Blanco en un jardín florido de "pensamientos", cuyos cuerpos de seda, matizados a colores de angustia infinita, se hermanan admirablemente con los sentimientos del poeta: en ellos se pone de relieve la enseñanza que la autora de sus días buriló para siempre en su corazón.

Las cuitas sinceras de un alma que gime
me causan espanto,
absorto me deja su triste congoja
su lúgubre llanto.

La madre que llora la muerte de un hijo
me causa tristeza,
de hinojos me postro escuchando piadoso
su tétrica queja.

Los tiernos lamentos de novia que espera
me causan angustia,
enmudecen mi alma sus dulces suspiros
su hablar de susurro...

Las noches obscuras de cierzo impetuoso
me invitan al rezo,
después que termino de orar por la muerta
me pongo a hacer versos.

Mis versos sentidos son notas postreras
del alma que llora,
nostalgia que evoca un recuerdo y exclama:
¡Ha muerto mi novia!

El misticismo que, se desprende natural de lo más íntimo del autor, la exquisitez del tema tratado y la galana sobriedad de su léxico, son tan elevados y tan hermosos, que me dan la idea de un "himno único", cantado a la humanidad que sufre, la que tiene derecho a todas las veneraciones y respetos: esos versos son alma y son verdad: esos versos son humanos, muy humanos y muy bellos...

En otro momento juzgaré el resto de la labor, tan brillantemente realizada por mi amigo de espíritu suave, sutil, cuyo puesto en el Parnaso escalará hasta los primeros; Artistas de la pluma, la deja correr al compás de su corazón, brotando las ideas de su cerebro, cual de fuente luminosa que en chorros continuados, lanzara formando figuras caprichosas, enormes sartas de pedrerías; de pedrerías finas a múltiples colores.

Bayardo caballero de la edad de oro, sueña con castillos encantados y princesas cautivas: el asaltará los elevados muros de esos templos castellanos y libertará, entre cantos de amor y luchas temerarias, a la niña de sus ensueños, a la dama de sus amores.

César A. Estrada.

Habana, Enero.



EL POETA Y LA VIDA

Como en mi verso diáfano y en mi sonrisa clara
no había externas huellas de mi dolor humano,
la Vida puso en mi hombro su justiciera mano
y preguntóme luego, mirándome a la cara:

—Poeta ¿no conoces mis lágrimas de fuego?
ni has herido tus carnes contra mi dura puerta?
no tienes en tu historia una esperanza muerta
ni tormentosos días o noches sin sosiego?

¡Oh, sereno poeta de la voz armoniosa
que no eleva su grito ni confiesa su llanto!
¿no me has sentido nunca atravesar tu canto
como un puñal ardiente?

Y respondí a la diosa:

—Madre fecunda y fuerte, mi verso es el diamante
que para todos brilla con limipdez de agua,
más no interesa a nadie saber cómo en mi fragua
sufro el martirio lento de su esplendor quemante.

Mis lágrimas son mías: no aumentarán el vasto
caudal, ni mis lamentos irán como oriflama,
ni he de mostrar al mundo las lenguas de mi llama
de las que surge el verso cordial, sereno y casto.

Pues uno al infrangible pudor de mis dolores—
¿menudos? ¿pasajeros? no hay sangre sin herida—
el abnegado intento de embellecer la vida
y ser, hasta en los días sin sol, como las flores...

Rafael Alberto Arrieta.
Argentino.

LUDIBRIUM

Cuando escribí en su elogio
No se detuvo a averiguar mi nombre;
La gratitud no ví.
Esclavo del orgullo,
Indiferente, la mirada esquiva,
Pasaba junto a mí.

Mojada en hiel la pluma,
Certero dardo que envenena y mata,
Llevé a su corazón.
Entonces, suplicante,
Sombrero en mano, a conocermo vino.
Le tuve compasión.

L. A. Ponce de León.
Puertorriqueño.

UNA FECHA EN EL MES

(*Evocaciones históricas*)

11 DE ENERO DE 1842

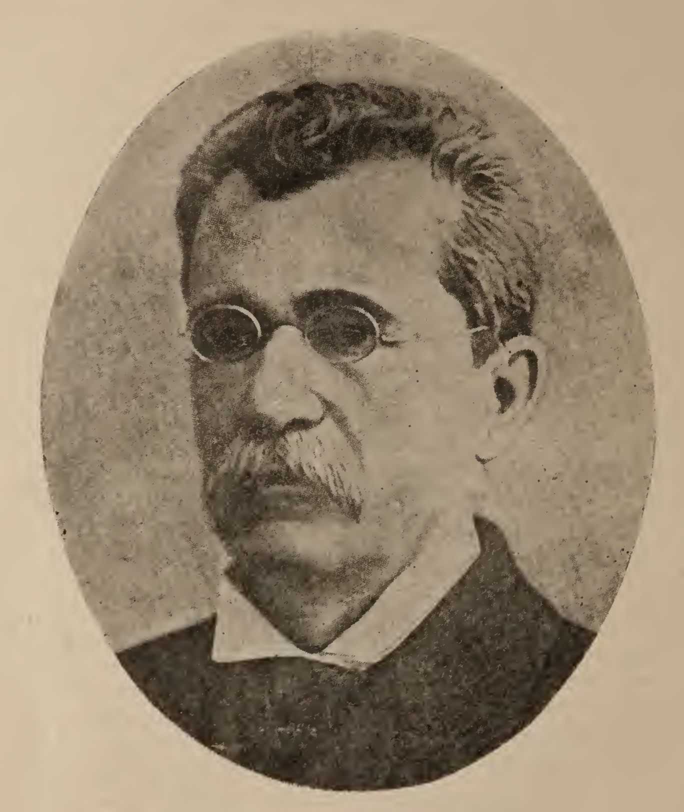
NACIO DON SALVADOR BRAU

Este poeta, autor dramático, historiador y periodista eminente, nació en el pueblo de Cabo Rojo el día once de enero de mil ochocientos cuarenta y dos. Era su padre natural de Cataluña, y su madre pertenecía a una familia venezolana, de las que emigraron a Puerto Rico durante la guerra de la independencia de aquel país.

Cursó en Cabo Rojo la instrucción primaria y tuvo la fortuna de que fuera su maestro don Ramón Marín, educador inteligente y entusiasta publicista más tarde, que figura en la presente ANTOLOGIA. El talento de Salvador fué despertándose con las acertadas lecciones del maestro, y hacía ya versos y componía discursos a los diez y seis años.

No era muy holgada la situación económica de sus padres, y Salvador se dedicó al comercio en calidad de dependiente y auxiliar del escritorio, al terminar su instrucción elemental.

La lectura asidua en las horas de descanso y el estímulo de los pocos que entonces aquí triunfaban en el arte litera-



Salvador Brau

Ilustre poeta dramaturgo e historiador,
gloria de Puerto Rico

1842 - 1912

rio, fueron influyendo en la mente de Brau, y fomentando en él anhelos de triunfo. Poco más de veinte años contaría cuando emprendió la composición de un drama basado en la revolución de los Comuneros de Castilla, en tiempo del Emperador Carlos V. Terminada esta obra, se hicieron de ella varias representaciones en el teatro de Cabo Rojo, en el de Mayagüez y en algunos otros de la isla, y el joven autor, recibió entonces su primer bautismo de aplausos. La obra estaba bien versificada, y estaban escrits con vigor dramático las principales escenas. Si no era un triunfo definitivo, era el indicio de que aquel joven podía dar días de gloria a las letras de su país.

Dió después otras dos obras a la escena, desde Cabo Rojo, tituladas "De la Superficie al Fondo" y "La vuelta al hogar", drama este último de profunda emoción y de escenas vigorosas e interesantes; pero era ya muy estrecho el círculo de aquel pequeño pueblo de la costa para la creciente capacidad literaria de Salvador Brau, y varios amigos suyos le indujeron a trasladarse a San Juan, facilitándole el camino.

Y aquí, en la capital de la isla, llegó a su plenitud el talento literario y político del joven caborrojeño. Ingresó en el periodismo de combate, fué redactor de "El Agente", de "El Clamor del País" y de "El Asimilista"; colaboró en "El Buscapie" y en la "Revista Puertorriqueña", y en todas estas publicaciones dejó impresa la garra del león de su dialéctica formidable, y de su vigor mental de pensador y de polemista. Luchó siempre en favor de las reformas liberales de su país, demostrando su amor a España, a la que se sentía unido por los lazos de la sangre, del idioma y de la tradición.

Publicó también algunos estudios sociales, libros y folletos, como "Las Clases Jornaleras", premiado en un certamen del Ateneo; "La Campesina", "La Herencia Devota", y un hermoso ensayo de novela rural, titulado "La Pecadora".

Llevole de nuevo al teatro su afición a la poesía dramática, y produjo entonces su mejor obra de este género, *Los Horrores del Triunfo*, una de las más bellas y valientes dramatizaciones de las sangrientas *Vísperas Sicilianas.*

Dió luego una serie de conferencias sobre historia de Puerto Rico, en las que demostró notable aptitud para los estudios de crítica histórica, y que más tarde reunió en un volúmen titulado *Puerto Rico y su Historia.*

Hacia el año mil ochocientos noventa y cuatro la Diputación Provincial de Puerto Rico, ganosa de contribuir al acopio de materiales autorizados y verídicos para depurar y continuar la historia de su país, comisionó a Salvador Brau para que investigara con este objeto los archivos españoles llamados de Indias, donde existe la riqueza mayor de datos históricos sobre Puerto Rico. Dando cumplimiento a esta comisión permaneció Brau en la capital de Andalucía cuatro años, escogiendo y copiando preciosos manuscritos, hasta que las reformas autonómicas convirtieron la Diputación Provincial en Cámara Insular Legislativa.

Esta permanecia de Brau en aquella rica fuente de historia americana y en aquel fecundo ambiente literario, dióle a su talento una firme orientación hacia la cual había demostrado ya frecuentes inclinaciones. La investigación y la crítica histórica fueron desde entonces sus ocupaciones preferentes.

En mil novecientos tres, siendo administrador de la Aduana de San Juan publicó una *Historia de Puerto Rico* para las escuelas que, compendiada y sencilla, como para uso de niños, es todavía la mejor que hasta ahora se ha escrito acerca de este país. Tres años después publicó la *Historia de los Cincuenta Primeros años de la Conquista y la Colonización de Puerto Rico*, patrocinada por el Casino Español de San Juan, y cuando se hallaba ya muy enfermo y paralítico, publicó en un volúmen sus poesías líricas con el título de *Hojas Caídas*, en que figuran sus her-

mosos poemas *Patria y Mi Camposanto,* laureados y juzgados con gran elogio por famosos literatos de España.

Las Cámaras Legislativas de Puerto Rico le nombraron Cronista oficial, con una modesta asignación, que le sirvió para mantenerse, ya valetudinario, en los últimos años de su vida, y falleció el día cinco de Noviembre de mil novecientos doce.

Su obra como periodista fué noble, magistral y valiente; como poeta dramático figura a la cabeza de los que hasta hoy han cultivado este género en el país; como poeta lírico era correcto, grave, de inspiración robusta y enérgica, por lo que se dijo de él que era la *Cuerda de Bronce* de la lira portorriqueña, y como historiador fué justo, severo, muy diligente y escrupuloso en la investigación de la verdad.

Dejó sin publicar una voluminosa compilación de documentos interesantes para la Historia de Puerto Rico.

Sus amigos y admiradores tratan de erigir un monumento, que honre y perpetúe la memoria de este ingenio meritísimo ante las generaciones venideras.

M. Fernández Juncos.



A BETANCES

"Servi siam si, ma servi ognor frementi"

Alfieri.

Familia, nombre, bienestar y amores,
de patria en el altar sacrificaste;
libre a la humilde Boriquén soñaste...
¡y fué tu sueño sirte de dolores!
Vencido por flaquezas y rencores,
del Sena en las orillas tumba hallaste,
y dió la insignia que rebelde alzaste
sudario a tus empeños redentores.
En feudo a tu civismo debería
labrarte el lar nativo un mausoleo,
mas de pendón mudó la cofradía
y hay quien ignora hasta tu nombre creo...

SI PATRIA ESCLAVA NO QUISISTE UN DIA,
SIGUE AUSENTE, QUE LIBRE NO LA VEO.

Salvador Brau.

SIEMPREVIVAS

Y los que sepan rezar,
que recen a su memoria
mientras cantamos su gloria
los que sabemos cantar.

José G. Padilla.

Quisiera, lector, sofrenando el tumulto de mis alborotados pensamientos, departir serenamente contigo sobre las virtudes y los talentos extraordinarios de don Salvador Brau, el hijo esclarecido que a la patria puertorriqueña y a la familia hispano-americana acaba de arrebatar el soplo de la muerte, pero harto será si, atribulado el ánimo por la infausta nueva, acierto a depositar sobre esa tumba recien-abierta en el idolatrado terruño, un manojo de pálidas siemprevivas.

El cable, en otras ocasiones menos justificadas, tan solícito y prolijo, enmudeció esta vez y no quiso anunciarnos que al atardecer del día 5(1) se había extinguido en la ciudad de San Juan de Puerto Rico una de las más vigorosas inteligencias que en América ha producido la raza española.

Y esa inteligencia, que en algunas disciplinas ascendió a las más altas cumbres del saber merced a la acción fecundante de la meditación y del estudio, se acrecentó y enriqueció, como la del filósofo Varona, orgullo legítimo de los cu-

(1) El 5 de Noviembre de 1912.—Reproduzco hoy este trabajo para honrar la memoria inmortal de SALVADOR BRAU.

S. C. Z.

UN AUTOGRAFO DE BRAU

A Sergio Cuevas Zequeira
Habana

Como expresiva contestación á tu bondadosa carta de 6 de Enero, se me ocurre enviarte este mi <u>último</u> libro, manojo de ásperos sarmientos reunidos con mejor voluntad que competencia; en que no has de hallar ni el jugo uberrimo ni el perfume castizo del nativo huerto, pero que pueden ofrecer á tus exquisitos sentimientos de patriota y de amigo, doble recuerdo.

El Autor

Sn Juan P R 25 febr 1908.

banos, por partenogénesis; porque don Salvador Brau no frecuentó más aulas que las de la escuela municipal establecida en aquel seminario de patriotas llamado Cabo Rojo donde nació antes de terminarse la primera mitad de la pasada centuria.

Pero no por los amplios horizontes de la especulación filosófica, con la que mal se avenía su espíritu enamorado de lo épico y sublime, sino por el campo de las investigaciones históricas, se esparcieron los ojos avizores del polígrafo borinqueño, que, a semejanza de Enrique Tomás Buckle, el historiador de la civilización inglesa, dedicó al comercio sus primeras actividades, y, más tarde, sin trasponer los umbrales de ningún centro universitario, escribió con pluma sobria, serena y límpida, *La Colonización de Puerto Rico*, libro inmortal en que su autor resucita con no superada gallardía la tradición religiosa e histórica del pueblo hispano en estas Indias Occidentales.

Y no fué sólo un pesquisidor diligente de remotos sucesos, que en estas y otras obras análogas rectificó viejos errores amadrigados por la incuria y por la ignorancia, casi desde los días mismos de la conquista, sino que puesta desde temprano su voluntad al servicio de las libertades patrias, ocupó Brau en el periodismo puertorriqueño lugar tan eminente, que, si pocos pueden aparearse con él, nadie le aventajó en sus extraordinarias aptitudes de sagaz y experimentado polemista.

Y como si a su gloria y a la admiración de los que siempre le tuvimos por maestro no bastara con su intensa labor de castizo prosista, escribió desde su adoslecencia—hijo predilecto de las Piérides—versos robustos, armoniosos, llenos de majestad y de nobleza, y en ellos se complació como en el más adecuado ropaje para sus pensamientos.

No fué Brau un poeta lírico en el estricto sentido de esta palabra, sino un poeta épico a la manera de Núñez de Arce, con quien tiene afinidades evidentes, por la sonoridad

de las estrofas, por la grandilocuencia de la expresión, y por el espíritu trascendente que informa toda su obra poética.

Pero así como descuella *La Colonización de Puerto Rico* entre sus trabajos en prosa, excede en méritos a todas sus producciones en verso, *Los Horrores del Triunfo*, obra que puso definitivamente en manos de Brau, con no discutido imperio, el cetro del arte dramático puertorriqueño.

Es esa creación genial del gran poeta, un trozo, el más doliente de la historia de Sicilia—el de sus *Vísperas* memorables—arrancado a la realidad y lanzado con estro vigoroso a la escena. La histórica figura de Prócida, trágica en su exaltado patriotismo ha sido magistralmente ilustrada por el dramaturgo, cuya mano experta, poniendo en juego la vehemencia de encontradas pasiones arrastra al espectador, con el acicate de una versificación admirable y patética, al más alto grado de intensidad emocional.

Y este artífice que así con tal maestría domina formas tan disímiles de expresión como la prosa y el verso, fué además un gran educador de la conciencia nacional, porque puso su vida y sus obras al servicio de grandes y fecundos ideales y con una y otras contribuyó al engrandecimiento moral de la tierra que le vió nacer.

Su fé arraigada en la solidaridad humana, y su esperanza en el triunfo definitivo de la justicia y de la libertad, inspiraron al recio luchador vencido al cabo por la muerte, esta breve estrofa que acaso sea su mejor epitafiio.

¿Cayó un obrero? ¡Bendecid su nombre,
y a proseguir sin tregua la tarea!
La obra no muere, porque muera el hombre.
¡La idea es inmortal! ¡Gloria a la idea!

Sergio Cuevas Zequeira.

24 DE FEBRERO

Hubo una larga pausa en el sangriento drama;
Hubo un resurgimiento de ensueños y de afán
Y diecisiete años avivaron la llama
Que ardiendo en cada pecho se convirtió en volcán.

Se oyó el grito de Baire que libertad reclama,
Resplandeció una estrella en medio al huracán
Y en el fulgor de oro que el símbolo derrama
Apareció un Apóstol de mano de un titán.

Febrero veinte y cuatro; un cuatrenio de guerra;
Y después que la sangre se extendió por la tierra,
Para que germinará la siembra de Martí;
Entre pliegues azules y entre pliegues de armiño,
Una estrella tan pura como un sueño de niño,
Ascendió por un mastil, engarzada en rubí·

Rubén Martínez Villena.

En el Album de una Desconocida

No te conozco; pero se que eres
por el nexo patriótico, mi hermana;
por la belleza plástica, Citeres;
por tu desdén al opresor, cubana.

Concha es tu nombre y con tu nombre basta
para que sienta yo tu alma sin verla:
Concha es el nácar que la mar engasta
y el alma de la concha es una perla.

Yo también para tí no tengo nombre,
ni éste tampoco al Universo inquieta:
soy lo que sobra, lo vulgar: un hombre;
soy lo que gime en el montón: poeta.

Mi verso rudo en el papel estampo
como huella de fiera en una alfombra
¡Pobre página ésta que era un lampo
bañada por mi verso que es la sombra!

Confórmate; yo soy un peregrino
llegado al hemiciclo de la guerra
para inquirir de todos el camino
del honor, que conduzca hacia mi tierra.

Y hasta que libre Puerto Rico sea,
o al fuego hirviente mi heredad consuma,
por un fusil detestaré la idea,
por un machete olvidaré la pluma.

Francisco Gonzalo Marín.
Puertorriqueño

FIESTA UNIVERSITARIA

Los estudiantes de la Universidad de la Habana, aliados con el Club Rotario, ofrecieron el pasado día 20 de enero una magna fiesta en el Teatro Nacional.

Su fin, noble y elevado; de extraordinario interés para la Universidad y para la patria misma, era el de recolectar fondos para la construcción del Stadium; lugar donde los alumnos podrán desarrollar sus facultades físicas en terrenos y con instrumentos adecuados.

De magna, de grandiosa, puede calificarse la fiesta estudiantil; alegre como todas las de su género; brillante por su excelente y nutrido programa; y noble por el fin que en ella se pretendía.

Mucho antes de las ocho y media de la noche, hora señalada para dar comienzo a aquel espectáculo que resultó un acontecimiento; el público, en cifra numerosísima, ocupaba sus localidades. En palcos, en lunetas y en butacas habían tomado asiento todo lo que más vale en nuestro mundo social e intelectual; una sola no quedó desocupada. En las altas localidades se encontraban los estudiantes; que con sus "cheers", sus bélicos toques de cornetas y sus cantos peculiares, daban un tono más de alegría...

...Oyóse una salva de aplausos atronadores y prolongados. El doctor Carlos de la Torre, nuestro queridísimo Rector, ocupaba el grillé derecho del gran coliseo: todos los

esutdiantes del país saludaban al sabio don Carlos, a nuestra más ilustre figura universitaria, alma de aquella fiesta.

Con profundo silencio fué oido el Himno Nacional ejecutado por la Banda del Cuartel General, bajo la dirección del Capitán José Molina Torres.

Acto seguido el culto ingeniero Luis de Soto, ofreció una breve conferencia sobre el atletismo, indicando con frases oportunas, la obra que se pretendía hacer. Fué muy aplaudido el conferencista.

Modestín Morales, nuestro simpático compañero, hizo a las mil maravilas el papel de una bañista francesa, y su voz, a tono con la nacionalidad que representaba, iba anunciando los números subsiguientes:

Anunció la bella bañista que el flamante graduado Vicente Valdés Rodríguez, que entiende tanto de "maquietismo" como de Códigos, imitaría a varios célebres oradores de nuestro patio Y Bustamante un señor Cura de Belén y el Dr. Cuevas Zequeira,—el querido director de esta revista y el popular y querido maestro de la Universidad,—fueron imitados a las mil maravillas por Valdés Rodríguez.

Las caricaturas relámpagos de Massaguer, qué sucedieron al número de imitaciones fueron muy aplaudidas por el respetable. Con una velocidad asombrosa trazó sobre el lienzo el excelente caricaturista las figuras de los principales personajes cubanos; habiendo dejado de exprofeso para último turno la del Honorable Presidente de la República, que por encantamiento del propio Massaguer fué convertide en una figura animada. Efectivamente; como en prólogo del inmortal "Payasos", desplegando con elegancia la cortina aterciopelada del teatro del Centro Gallego apareció un joven que era en aquellos instantes la caricatura del Presidente de la República. Pronunció un discurso a semejanza de los del Primer Magistrado. ¿Quién era el imitador? No puedo decirselo a Vds.; sólo puedo comunicarles que nunca lo he visto de frente; y si lo hizo bien o mal...

allá ellos; porque yo me ruborizo al hablar del fugaz Presidente.

Delfín el único, como justamente rezaba en los programas cantó magistralmente. Sus canciones cubanas acompañadas de su guitarra, única también, merecieron ovaciones sucedidas del auditorio.

Y como final de la primera parte se presentaron dos cuadros plásticos de una vista sorprendente y de un gusto refinadísimo. El Alma Mater y Cuba Coronando a los Sport fueron los títulos de los bellísimos cuadros. Quedamos encantados.

En la segunda parte se representó la ópera en un prólogo y tres actos "I Cavagliere de Narunkestumkensberg", llevada a la escena por estudiantes de la facultad de Letras y Ciencias. El público rió sin cesar durante la simpática parodia, donde se oyó la música de Aida, Lucia, Rigoletto; pero que no fué obice para que también se esclucharan los acordes de la Chambelona y de Mujer Perjura, y los couplets de La Verbena de la Paloma y de la Corte de Faraón. Las decoraciones y el Vestuario de dicha ópera fueron lujosísimas, y la orquesta estuvo muy acertada bajo la dirección del Comendador Julito Díaz Horta, nuestro estimado compañero.

Cerca de las dos de la madrugada eran cuando el público abandonaba el teatro.

Pueden todos los universitarios sentirse satisfechos del grandioso éxito alcanzado.

Octavio Valdés de la Torre.



MIS TREINTA AÑOS

Cuando miro el espacio que he corrido
desde la cuna hasta el presente día,
tiemblo y saludó a la fortuna mía,
más de terror que de atención movido.
Sorpréndeme la lucha que he podido
sostener contra suerte tan impía,
si tal llamarse puede la porfía
de mi infelice ser al mal nacido.
Treinta años ha que conocí la tierra,
treinta años ha que en gemidor estado
triste infortunio por doquier me asalta.
Mas nada es para mí la cruda guerra,
que en vano suspirar he soportado,
si la comparo ¡oh Dios! con lo que falta.

Juan Francisco Manzano.

Acerca de este bellísimo soneto ha dicho el Dr. Rodríguez García lo siguiente:

"Para juzgarlo es necesario tener en cuenta que la compuso un hombre nacido esclavo, que no había recibido apenas instrucción y que aprendió a escribir solo, recatadamente, porque no se quería que supiese tanto. Conocida la vida espantosa de Manzano, asombra que pudiera escribir tal soneto. En aquel desventurado negro, si hubiese recibido la debida cultura, habríamos tenido, a no dudarlo, un lírico de talla".

N. de lo D.

OTEANDO EL PAISAJE

¡EUREKA!

Aunque sea yo, lector, aquel que en las historias dicen Manuel Márquez Sterling, Gastón Mora, y otros padres de la iglesia, que hice antaño, desde la tribuna pública innúmeras proezas, es lo cierto que advertido al cabo, más a fuerzas de zarpazos que a ley de buenas razones, de lo mucho que me cumpliría apartarme de la emprendida peligrosa ruta, dí en el felice acierto de acojerme al dulce arrimo del hogar, donde ahora me estoy *procul negotiis,* más no en vitanda ociosidad mecido, sino tratando de contribuir en la medida de mis fuerzas al acrecentamiento de la cultura patria y a la realización de grandes y fecundos ideales.

Mas no vayas a creer, lector, que este voluntario aislamiento sea tan cabal e irrevocable, que del enredo político, y del desbarajuste económico que al presente a todos nos envuelve, no lleguen hasta la soledad de mi retiro rumores suficientes a persuadirme de que hoy, como siempre que el desconcierto impera si los audaces bullen y se imponen, los astutos se escabullen después de haber hecho su agosto.

Ni de unos ni de otros, que aunque aparentemente disímiles, son en realidad lobos de una camada haría cuenta,

lector, si no supiera yo de buena tinta, por pasadas experiencias de que hay constancia fidelísima, que estos empedernidos embaidores, luego al punto que empiezan a resonar por los ámbitos de la república los preludios del clarín electoral, se allanan, envueltos en la clámide del patriotismo, que acaso hurtaron del guardarropa de algún probo ciudadano, a codearse entre aspavientos de fraternal expansión, con los ingenuos hijos del pueblo, a quienes ofrecen, a cambio de su voto, gollerías sin cuento y felicidades sin medida.

Mas como quiera lector, que según dijo el otro, y a fe que dijo bien, al hombre harto, hasta las cerezas le amargan, luego que los sicofantes susodichos logran posar la planta en el terreno firme de alguna jugosa prebenda, hacen ascos de la democrática compañía que días atrás les parecía más dulce y regalada que la miel híblea, y así se curan de dar cumplida satisfacción a sus promesas, como yo de entonar himnos en honor del pedestre tiranuelo que sobre mi amada tierra puertorriqueña, para purgarse sin duda de ineptos politicastros, ha lanzado la *república modelo*..

Mas por fortuna lector, no es orégano todo el monte, ni son analfabetos con cerebro empedrado de malas ideas, y la voluntad movida por apetitos malsanos, todos cuantos aspiran entre nosotros a la conquista del voto popular, y en prenda de que no ando errado, como muchos de los que nos mandan.... sabe Dios a donde, quiero hablarte de cierto candidato a representante que ha surgido allá en la región oriental, cuna de nuestras libertades, y nido cálido de una juventud generosa y entusiasta, hacia la cual me siento inclinado por una viva simpatía.

César Gandarilla, que así se llama el futuro legislador que me complazco en presentarte, lector, fué mi discípulo en el aula universitaria, y allí empecé a conocer sus no vulgares condiciones intelectuales, y las altas prendas de su carácter.



Dr. Julio César Gandarilla
Candidato a Representante
Por la Provincia de Oriente.

Aquí donde a fuerza de no hacer nada, o de hacer cosas inconfesables han llegado muchos ciudadanos acéfalos o cuando menos rematadamente alalos, a las más eminentes posiciones políticas, es cosa de echar a vuelo las campanas del entusiasmo al darnos de manos a boca con la designación de este joven sobre cuya frente luce el halo resplandeciente del desinterés, y cuya vida ha sido siempre campo de noble y fecunda actividad.

Yo, lector, lo proclamo candidato y lo presento con intenso regocijo al cuerpo electoral, porque sé que, limpio de toda sospecha, ajeno a los estímulos de la simonía, y a las tentadoras sugestiones de la vanidad estulta, es un sereno contemplador de la verdad, y será en la República, un legislador ejemplar, por la pureza de sus intenciones, y por integridad de su carácter.

Sergio Cuevas Zequeira.



Las Conferencias de Extensión Universitaria

La serie de conferencias con que viene contribuyendo desde hace años a la cultura patria la Facultad de Letras y Ciencias de nuestra Universidad ha dado comienzo brillantemente en el presente curso, con la magistral leccción que a continuación aunque en breve síntesis, nos complacemos en reseñar.

LA LINGUISTICA Y SUS CREADORES

Así tituló el Dr. Dihigo la admirable conferencia que pronunciara el 19 de Noviembre y en la que refutando la célebre frase de Hamlet al decir que sólo leía palabras, palabras, palabras quiso demostrar lo que ha significado en sentido opuesto la obra de los creadores de esta ciencia, prescindiendo de la significación que han tenido los esfuerzos de los indos y las especulaciones filosóficas de los griegos para hablarnos del singular papel de Bopp, al sistematizar los estudios de gramática comparada dándonos a conocer su tema sobre la flexión basada en la de Schlegel, el carácter de las raíces, la significación de los sufijos personales y las leyes físicas y mecánicas que expusiera para señalar el equilibrio entre el tema y la desinencia. Y así como Bopp tiene en la historia de la ciencia del lenguaje

determinada representación, Gumm fué el fundador de la gramática histórica comparada estudiando las fases históricas y étnicas para explicar las leyes de la evolución desde el ário, formulando su famosa ley de la rotación que no ofrece excepciones como se ha dicho, puesto que Grassmann y Veiner explican científicamente las mutaciones en la estructura de las voces y sobre los trabajos de tan sobresalientes maestros funda Pott la norma para el análisis etimológico cristalizado en las maravillosas páginas de sus *Investigaciones etimológicas* despertando respeto por las leyes fonéticas y ofreciendo etimologías que en su mayoría se tienen por justas. Fué continuador entusiasta de Bopp, decíanos el Dr. Dihigo el gran lingüista Augusto Schleecher que dejó sentir en sus obras el influjo de las ciencias naturales, considerando al lenguaje como un organismo con método igual al de aquellos; sus estudios sobre el eslavo eclesiástico, sus exploraciones en el idioma lítuano y más que nada su *Compendium* que es síntesis de la gramática comparada de Bopp acusan dominio sorprendente en esta esfera permitiéndole la reconstrucción del ário en que se revela del todo original.. Ocupa puesto asimismo prominente como gran pensador, por el aprovechamiento de las doctrinas de Bopp, su discípulo y traductor Breal, admirable expositor de las ventajas que la ciencia del lenguaje ofrece para la explicación de los mitos, que en el campo de la etimología nos ha legado una labor fecundísima siendo su obra *Las Tablas Eugubinas* el gran triunfo alcanzado antes que ningún otro en la determinación de la gramática umbría y sus estudios sobre la forma y la función de las palabras, las ideas latentes en el lenguaje y su bellísimo trabajo sobre semántica le han hecho acredor a un puesto distinguido en esta hermosa falanje de propulsores del movimiento lingüístico. Y no son de olvidarse tampoco por lo que tan significado en los estudios de lenguage griego Jorge Curtius con su interesante exposición de la cronología en la formación de las lenguas indogermánicas, como Corsenn se ha

hechó célebre en la rama latina siendo Federico Diez el fundador de la ligüística románica tan admirablemente superado en la misma por W. Meyer Lubke. Y como Max Müller, decía el Dr. Dihigo con su labor en esta rama ha formado una personalidad así le ha acontecido a su sucesor, el muy notable profesor Sayce que en sus libros ha *señalado* error de la Escuela de Schleicher, ha impugnado los ídolos de la familia aria dando gran valor a la influencia analógica en la explicación de los cambios en el lenguaje como se ha mostrado opuesto al sistema de aglutinación y a que las desinencias, según el criterio boppiano, fuesen pronombres personales. Tiene merecido renombre, decíanos el conferencista el gran Ascoli por sus lecciones de fonología comparada, por las indagaciones de la forma gramatical; por lo que significó, y siempre significará su Archivo Glotológico, por la ilustración del idioma celta en el estudio que diciera del Codice irlandés de la Ambrosiana, y por su firme criterio en la debatida cuestión del nexo ario-semítico expuesto en famosa carta a Kuhn. Junto con los anteriores y no con menores prestigios, se destaca la figura interesante de Whitney, el gran orientalista americano con su traducción de Surya-Siddhanta, su edición del Praticakhya del Atarva-veda, su Taittiriya-Praticaklya en que no se sabe que debe admirarse más, si la maravillosa ciencia en detalle de los eruditos indos o la exposición magistral de su ciencia, su gramática sánscrita su "Language and the Study of Language" y su "Life and Grouth of Language", justificando el natural orgullo queel pueblo americano siente por tan elevado pensador. Y sigue Brugmann como fundador de la Escuela de los neo-gramáticos con su Gramática comparada de las lenguas indogermánicas, con su conjusta de las nasales y líquidas sonantes, y al lado de él aparece la figura del celebérrimo De Saussure obteniendo gran predicamento su gran Memoria sobre el sistema sistema del vocalismo indoe europeo que ha sido base del estudio que sobre el *Ablaut* hiciera más tarde Hirt. En esta exposición sintética de las grandes ideas sustentandas en el cam-

po del lenguaje, tiene su puesto el famoso lingüista Bej. J. Wheeler determinando las causas de la uniformidad en los cambios fonéticos y más que nada su valioso trabajo sobre la Analogía superior a lo dicho por Paul, por Esthoff y por Henry. La significación de Meillet con sus extraordinarios estudios en el amplio campo del lenguaje, el valor de las tesis que sustentan y su fecunda labor en la Sociedad Lingüística de París, lo colocan a la altura de los grandes pensadores enumerados como Hatridakis, el notable lingüista griego, ha llegado a altura envidiable con las magníficas exposiciones que ha hecho en esta esfera, con su seria investigación sobre la cuestión de la lengua escrita neogriega y su inspirado trabajo leído en el Congreso último de Orientalistas *Peri tu helenikú lexicús.* Terminó el Dr. Dihigo, dándonos a conocer la obra extraordinaria del Abate Rousselot traducida en los aparatos que inventara y en las ideas que ha consignado en las páginas admirables de sus Principios de Fonética Experimental; después de ésto dijo que no era posible pensar que las palabras fuesen simplemente estructuras sin ideas que las acompañasen.

El conferencista recibió los plácemes unánimes de la concurrencia, a los cuales unimos los nuestros.

Clemente Marot.



EL ROSAL DE MARGARITA

Tiene una historia maravillosa,
llena de encantos que yo conservo,
y me parece que en cada rosa
flota un suspiro, flota un recuerdo.

Era una tarde de primavera;
en occidente ya el sol moría
vertiendo sobre su cabellera
de hilos de oro, luz, poesía...

En el teclado de un viejo piano
posaba inquieta su mano leve;
¡oh el gesto hermoso de aquella mano
que era cual símil de blanca nieve!

"Vamos bien mío—díjome ella,
abandonando con intención
el piano alegre, la estancia aquella
grata a los sueños del corazón.

A ver las flores que he cultivado
con el sublime convencimiento
de que es el alma noble si ha amado
la flor nacida del pensamiento.

Y, paso a paso, charlando a solas,
de nuestros sueños, por el sendero,
oyendo un suave rumor de olas,
y entre un suspiro y un "yo te quiero".

Juntos llegamos al viejo huerto
donde ella alegre tronchó una flor,
sonrió indecisa... luego, te advierto
dijo—en ofrenda pura de amor!

Y quiero en prueba de que me amas,
aquí en mi huerto verte sembrar
junto a la sombra de estas retamas,
este fragmento de un "gran rosal".

Dijo—y con gesto noble y altivo,
me dió la planta que yo sembré
diciendo, sabes que por tí vivo,
¿cómo olvidarte, niña, podré?

Después tornamos a su morada,
entre coloquios muy halagüeños,
que cuando amamos es nuestra amada
todo el encanto de nuestros sueños!

Veloz el tiempo se ha descorrido,
y en el archivo de mi memoria,
al ver la planta que ha florecido
surge el recuerdo de aquella historia.

Por eso en hondas meditaciones
amo el recuerdo que al alma excita,
pues tiene encantos, tiene ilusiones
el rosal pulcro de Margarita.

Que fué sembrado por dos amantes
en el sueño de un yó te adoro;

LAS ANTILLAS

¡hay pensamientos que son diamantes
como hay recuerdos que son de oro!

Nada en el alma deja una nota
que en ella dure toda la vida,
como esa dulce pasión que brota
del beso ardiente que a amar convida·

Tiene una historia maravillosa
llena de encantos que yo conservo,
y me parece que en cada rosa
—flota un suspiro, flota un recuerdo—

El rosal lleno de blancas flores,
frutos preciados de aquella cita,
mudo testigo de los amores
que un día me unieron a Margarita!

Féliz Duarte Pérez.

Cuba, 1921.



LA JUVENTUD NACIONALISTA DE ORIENTE A TODOS LOS CUBANOS Y SIMPATIZADORES DE CUBA

Por este medio invitamos a todos los habitantes de Cuba, mayores de 16 años, sin distinción de sexos, e identificados con nuestros ideales, a demostrar que somos capaces de concebir y mantener un concepto elevado de nacionalidad, organizando en cada Cabecera de Término Municipal o en cada Población importante de la República, una Delegación de la Juventud Nacionalista Cubana, de acuerdo con lo que prescribe nuestro Reglamento.

Artículo 2o.—La Asociación ha de llenar los siguientes propósitos:

(a) Afirmar y defender el concepto de la plena soberanía de la República de Cuba como un credo nacional; protestar contra toda ingerencia extranjera que intente lesionar esa soberanía y que por lo tanto no se ajuste a la recta interpretación de los Tratados vigentes y de los principios generales del Derecho Internacional.

(b) Fortificar el sentimiento nacional cubano, contribuir a la educación cívica del Pueblo y a la formación de Ciudadanos conscientes, así como a la armonía política y social entre todos los elementos que constituyen el pueblo cubano.

(c) Contribuir a la mayor difusión de la cultura pública, por medio de cursos libres, semejantes a los de Universidades Populares de Conferencias y Publicaciones.

(d) Mantener una estrecha alianza con las Asociaciones de igual nombre y tendencia que existan en las demás Provincias, y constituir con ellas, por medio de deter-

minado número de delegados por cada Provincia, la Junta Central de la Juventud Nacionalista Cubana, que residirá en la Capital de la República y resolverá sobre la actuación conjunta de las expresadas agrupaciones provinciales sin perjuicio de la autonomía de cada una de ellas.

Artículo 3o.:—Las Delegaciones Municipales serán autónomas. En cada Capital de Provincia habrá una Delegación de carácter Provincial que resolverá sobre la actuación de las Delegaciones Municipales sin perjuicio de su autonomía.

Esperamos que los buenos Ciudadanos, nos escribirán solicitando informes sobre la mejor organización, y nos ofrecerán su concurso en esta obra que, apartándose de la "Política de partidarismo sin tendencia definida" será de verdadera regeneración nacional, que nos hará dignos de nuestros antepasados y nos librará de la vergüenza del concepto en que nos tienen algunas Repúblicas de América, como puede verse por lo que dice un argentino, Manuel Ugarte, en el prólogo de "El Porvenir de la América Española."

Conciudadano: Diríjete a nosotros, y serás debidamente atendido.—*Rafael Rodes Tomassevich,* Presidente Comisión de Propaganda. Apartado 372; Santiago de Cuba.



ECOS ANTILLANOS

Ha fallecido recientemente en la capital de España el Excelentísimo señor don Francisco de Elzaburu y Vizcanonde, Marqués de las Claras, Caballero de la Legión de Honor, y Presidente de varias corporaciones económicas españolas.

Era Elzaburu miembro de una ilustre familia de patricios puertorriqueños, y fué amigo fraternal y condicípulo muy querido del Director de "Las Antillas".

Nosotros registramos con hondo duelo su eterna desaparición, y enviamos a todos sus deudos en la isla hermana, la expresión de nuestra más sincera condolencia.

Arrebatada por la mano aleve del destino al entrañable amor de sus hijos, ha dejado de existir en esta ciudad la señora Herminia Alonso, viuda de aquél ilustre periodista que se llamó en vida Nicolás Rivero, y madre del actual Director del *Diario de la Marina.*

Por sus virtudes excelsas y por sus bondades sin cuento, la señora Alonso de Rivero fué amada y admirada por cuantos tuvieron oportunidad de conocerla.

Llegue al noble hogar, hoy desolado y triste, que los esposos Rivero formaron en Cuba, la seguridad de que compartimos cordialmente su dolor.

Angélica Busquet, la niña gentil que toda Habana aplaude y admira, porque une a los dotes de su belleza y de su

gracia, las de una insuperable intuición artística pasa hoy por el más duro de los dolores; ha perdido, víctima de repentina y traidora dolencia a su amantísima madre, la señora Angela Hernández viuda de Busquet.

Nosotros nos asociamos con toda el alma al inmenso duelo de Angélica.

El Dr. José Lorenzo Castellanos orador elocuente y político de grandes prestigios que ocupó, merced al voto popular, altas posiciones en la vida pública, ha caído también al golpe de la muerte, y esta pérdida, irreparable para su partido y para su patria, lo es más aún para sus hijos amantísimos, a quienes acompañamos en natural dolor.

Y otro político de indiscutible popularidad en las filas del partido liberal, Rafael Martínez Alonso, se desplomó trágicamente en el fragor de una conitenda fratricida, dejando con su muerte el triste recuerdo de su inmerecida inmolación y la huella sangrienta de imperdonables discordias políticas.

A sus deudos todos, enviamos sentido mensaje de pésame

Igual manifestación de confraternidad en el dolor, queremos hacer llegar a nuestro querido amigo el Dr. Salvador Salazar el joven y eminente profesor de nuestra Universidad, con motivo del fallecimiento de su señor padre acaecido recientemente.

Modelo de virtudes privadas, caballero excelente y probo ciudadano el señor Diego Salazar ha caido, rodeado del amor de su esposa y de sus hijos, y de la estimación de cuantos le conocieron.

Nosotros reiteramos a toda la familia Zalazar la seguridad de nuestra condolencia.

Un noble hijo de España arraigado desde hace muchos años en la isla de Puerto Rico, don Pedro Arsuaga y Beraza, ha dejado de existir en la ciudad de San Juan, y del sen-

timiento que su muerte ha producido, dará fiel testimonio el documento que a continuación reproducimos:

"Por cuanto, don Pedro J. Arsuaga Beraza se hizo acreedor al cariño y agradecimiento de este Pueblo:

Por tanto, Resuélvese por la Asamblea Municipal de la Ciudad de San Juan, Puerto Rico:

SECCION UNICA.—Expresar públicamente.

Que la muerte del ciudadano don Pedro J. Arsuaga Beraza es motivo de duelo no sólo para la Ciudad de San Juan, sino para la isla de Puerto Rico; y, en tal virtud, la Asamblea Municipal de la Ciudad de San Juan de Puerto Rico, reunida en sesión ordinaria, suspende sus trabajos como homenaje a la memoria del ilustre fenecido; que el nombre de don Pedro J. Arsuaga Beraza debe ser recordado siempre como el de un gran benefactor; y que esta Asamblea Municipal, interpretando el sentir popular, se asocia fervorosamente al dolor de los familiares del señor Arsuaga.

Copia certificada de esta Resolución será remitida a la señora doña Rosario Dabán, viuda de Arsuaga".

"Las Antillas" comparte el duelo de Puerto Rico, y saluda respetuosamente en esta magna tribulación a la señora viuda de Arsuaga.



VAYA A LA LIBREIRA

DE

"A L B E L A"

BELASCOAIN, 32 Y COMPRE UN EJEMPLAR

DE ESTE NUMERO EN

U N P E S O

ALLI ENCONTRARA LIBROS DE TODAS

CLASES, MUY BARATOS.

NEW YORK BAR

SAN RAFAEL, 2.

En este establecimiento, el más acreditado en su clase en la Habana, se encontrarán licores finos de las marcas más afamadas.

Fernando J. Geigel
Habana.
Agto. 27. 1943

Las Antillas

Director: Sergio Cuevas Zequeira

AÑO II

Tomo III. Marzo, 1921. Núm. 3

MAXIMA DIES

El 22 de Marzo de 1873, la Asamblea Soberana de la Nación Española, decretó, entre entusiastas aclamaciones, la emancipación inmediata de los esclavos existentes a la sazón en la isla de Puerto Rico.

Esta rectificación inmortal que proyectará eternamente sobre sus autores el respiandor augusto de la gloria, venía incubándose en la hispana conciencia desde la época de la famosa "Información" en que los representantes de la Colonia borinqueña pidieron la abolición inmediata de la servidumbre "con indemnización o sin ella", y se impuso al cabo, por la acción decisiva y eficaz de aquellos diez diputados puertorriqueños que en los agitados días de la constitución de la República, fueron en cierto modo árbitros de los destinos del Congreso.

Esta liberación, homenaje el más alto que se ha rendido en América a la fuerza inmaterial de la palabra, se realizó para asombro del mundo, y para orguilo de los hijos de Puerto Rico, sin resistencia por parte de los dueños de esclavos, y sin represalias por parte de los siervos emancipados.

Nunca, en ningún momento de la historia de pueblo alguno de la tierra, se dió el espectáculo maravilloso de una transformación tan radical, realizada entre cánticos y bendiciones, sin una lágrima y sin una gota de sangre derramadas en holocausto de la recién conquistada libertad.

Por eso, en esta fecha, la más gloriosa de nuestra vida colonial, vuela mi pensamiento hacia la tierra idolatrada donde ví la luz primera, y con ternura infinita, la proclamo capacitada para el ejercicio de todos los derechos y digna de la poseción de todas las libertades.

Sergio CUEVAS ZEQUEIRA.

Ley Aboliendo la Esclavitud en Puerto Rico

"La Asamblea Nacional en uso de su soberanía, decreta y sanciona la siguiente ley:

Artículo 1.—Queda abolida para siempre la esclavitud en la isla de Puerto Rico.

Art. 2.—Los libertos quedan obligados a celebrar contratos con sus actuales poseedores, con otras personas o con el Estado. por un tiempo que no bajará de tres años.

En estos contratos intervendrán, con el carácter de curadores de los libertos, tres funcionarios especiales nombrados por el Gobierno superior con el nombre de protectores de los libertos.

Art. 3.—Los poseedores de esclavos serán indemnizados de su valor en el término de seis meses después de publicada esta ley en la Gaceta de Madrid.

Los poseedores con quienes no quisieran celebrar contratos sus antiguos esclavos, obtendrán un beneficio de 25 por 100 sobre la indemnización que hubiera de corresponderles en otro caso.

Art. 4.—Esta indemnización se fija en la cantidad de 35 millones de pesetas, que se hará en efectivo mediante un empréstito que realizará el Gobierno sobre la exclusiva garantía de las rentas de la Isla de Puerto Rico, comprendiendo en los presupuestos de la misma la cantidad de 3.500,000 pesetas, anuales. para intereses y amortización de dicho empréstito.

Art. 5.—La distribución se hará por una Junta compuesta del gobernador superior civil de la isla, presidente: del jefe económico; del fiscal de la Audiencia; de tres diputados provin-

ciales elegidos por la Diputación; del síndico del Ayuntamiento de la capital; de dos propietarios elegidos por los 50 poseedores del mayor número de esclavos y de otros dos elegidos por los 50 poseedores del menor número. Los acuerdos de esta Comisión serán tomados por mayoría de votos.

Art. 6.—Si el Gobierno no colocase el empréstito, entregará los títulos a los actuales poseedores de esclavos.

Art. 7.—Los libertos entrarán en el pleno goce de los derechos políticos a los cinco años de publicada la ley en la Gaceta de Madrid.

Art. 8.—El Gobierno dictará las disposiciones necesarias para la ejecución de esta ley y atender a las necesidades de beneficencia y de trabajo que la misma hiciera precisas.

Lo tendrá entendido el Poder Ejecutivo para su impresión, publicación y cumplimiento.

Palacio de la Asamblea Nacional, 22 de marzo de 1873.—Francisco Salmerón y Alonso, Presidente.—Eduardo Benot, Representante Secretario.—Federico Balart, Representante Secretario.



HOMENAJE DE "LAS ANTILLAS" A LOS LIBERTADORES
DEL ESCLAVO PUERTORRIQUEÑO

Apoteosis de los Abolicionistas Puertorriqueños

(Fragmento del discurso pronunciado en el Parlamento español el día 20 de Junio de 1870, por Emilio Castelar.)

. . . .

"La abolición inmediata y simultánea la pidieron los comisionados de Puerto Rico elegidos en tiempos reaccionarios, bajo la administración de Narváez. Los comisionados de Puerto Rico dieron un dictamen que será su honra, su gloria, dictamen que el porvenir colocará junto a la declaración de los derechos del hombre en el 4 de agosto de 1789. Todos eran propietarios, y todos pedían la abolición inmediata y simultánea con organización del trabajo o sin organización del trabajo, con indemnización o sin indemnización. Yo me lamento de que, después de la revolución de septiembre, ninguno de aquellos varones se haya sentado en estos bancos. Yo no sé por qué no habrán venido aquí todos ellos, cuando tantos títulos tenían a la consideración de Puerto Rico y a la consideración de la patria.

Vinieron, decía, los comisionados de Puerto Rico y presentaron un luminoso informe en el cual no sabemos que admirar más, si la copia de noticias o la abnegación sublime con que, siendo en su mayoría propietarios de esclavos demandaban la abolición simultánea, inmediata, con plazo o sin plazo, con indemnización, o sin indemnización. Allí recordaban que la esclavitud había sido la obra del derecho civil, y que su ruina debía provenir del derecho público.

Efectivamente, así que el espíritu universal humano de los

estoicos penetró en el derecho antiguo, la esclavitud comenzó a vacilar sobre su base de crímenes. El derecho civil establece las relaciones particulares, y el derecho público las universales. No puede el interés privado sobreponerse al derecho humano.

Allí demostraban que no debía atribuirse exclusivamente a España la introducción de la esclavitud en América. Efectivamente aquellos extranjeros que vinieron aquí con Carlos V a traernos el absolutismo cesáreo, fueron a Puerto Rico y a Cuba a llevar la negra servidumbre. La codicia del oro, la ausencia del trabajo libre, y el sistema prohibitivo acabaron de perpetuar y eternizar el crimen. Hoy no tiene más fundamento ese crimen, que el miedo a la ruina económica de la isla. Pero ni siquiera ese miedo puede aducirse válidamente en Puerto Rico. La raza esclava ha decrecido, y la libre se ha aumentado. Esta disminución del trabajo servil ha aumentado la prosperidad de la isla. Ante esta consideración caen hasta los argumentos de los utilitarios. Ante esta reflexión, comprobada por innumerables datos, no hay excusa. La necesidad obligaría al negro a trabajar como obliga al blanco. ¿Puede, pues, correr peligro la riqueza? No. Aunque se resintiera un poco la producción del azúcar, el azúcar no es ni la sexta parte de la producción total de la isla.

Y después de todas estas reflexiones pedían la abolición inmediata y simultánea de la esclavitud.

"Permitidme, señores Diputados, consagrarle a aquellos ilustres varones un elogio, al cual se asociará sin excepción en sus elevados sentimientos toda la Cámara. Desde la renuncia de los señores feudales a sus privilegios en la Constituyente francesa, no se ha vuelto a ver abnegación tan sublime. El patriciado colonial no ofrece en ninguna parte ese ejemplo, ese gran ejemplo.

. . . .

APOTEOSIS DE LOS ESCLAVOS MANUMITIDOS

(Fragmento del canto a Puerto Rico, de José Gautier Benítez.)

Brilló una aurora de feliz memoria
en que cesaron lágrimas y duelos,
borrándose una mancha de tu historia.
y mil y mil acentos
dieron tu nombre, ¡Libertad sagrada!
a los montes, los valles y los vientos.

¡Y ni una sola represalia impía!
¡ni una venganza profanó tu suelo!
¡bendiciones y cantos, patria mía,
perdiéronse en las bóvedas del cielo!

Extraño cuadro! que en el ancha tierra
al vencer la opresión en lucha santa
de entre el lago purpúreo de la guerra
la libertad sangrienta se levanta.

Dios debió sonreír viendo a su hechura
hacer del paria hermano cariñoso
y del ángel tomar la investidura
al realizar un acto tan hermoso.

Y bendecirte conmovido y tierno
porque sólo en tu suelo hospitalario,
al dulce influjo de tu mundo externo
se vió la Redención sin el Calvario.

ACOSTA

El licenciado don José Julián de Acosta y Calbo nació en San Juan el año 1825. Estudió en el Seminario Conciliar, que fundara el obispo Gutiérrez de Cos y concluidos sus estudios partió para Europa en 1846. Terminó su carrera en Madrid con el grado de Licenciado en ciencias físico-matemáticas. En 1853 regresó a su país con un caudal de conocimientos obtenidos en Madrid, París, Londres y Berlín.

Dedicóse don José Julián a la enseñanza, la que ejercía con amor y entusiasmo, especialmente en su cátedra de "Agricultura" en la escuela de Comercio, Agricultura y Náutica (1851) fundada por la junta de fomento. Tenía también preferentes afanes por el estudio de la "Historia" y consagróle sus vigilias, anotando cuidadosamente la obra de fray Iñigo Abad y Lasierra sobre Puerto Rico; cuyas notas "per se" constituyen una labor importantísima, que le valiera el título de Socio Correspondiente de la Real Academia de la Historia: distinción honrosísima que le fué conferida en 1867, y único para aquella fecha que ostentara en Puerto Rico ese galardón.

Se destaca Acosta en la vida pública al ser nombrado por la Municipalidad de San Juan miembro de la Junta de Información sobre reformas para las Antillas, en 1866, Junta solicitada por D. Antonio Cánovas del Castillo como Ministro de Ultramar. La capital designó a nuestro biografiado, el Municipio de Arecibo a don Manuel de Jesús Zeno y Correa, el de Mayagüez a don Segundo Ruiz Belvis y el de San Germán a don Francisco Mariano Quiñones. No estando de acuerdo en la primera sesión tenida los informadores de Cuba y Puerto Rico, el Ministro dispuso que dieran sus informes por separa-



JOSE JULIAN ACOSTA Y CALBO

do. Entonces, unidos Acosta, Ruiz Belvis y Quiñones, de quienes disentía Zeno Correa, presentaron al Gobierno de Madrid, el 10 de abril de 1867, aquel célebre documento en que se pedía para la pequeña Antilla la abolición inmediata de la esclavitud con indemnización o sin ella.

Al colocarse Acosta del lado de la Moral y de la Justicia, en defensa del siervo y oprimido, tomó puesto con sus nobles compañeros en la legión de los inmortales; pero en su contra lanzó el averno reaccionario las sierpes de la calumnia. Desde luego, nuestro ilustre abolicionista fué tachado de "Sospechoso", y no impunemente se llevaba a cuestas este sambenito por estas tierras. Con motivo del movimiento revolucionario de Lares, del cual era violento agitador Betances, fué detenido D. Pepe, y clausurado en la cárcel de Arecibo, donde fueron concentrados todos los presos de aquella rebelión separatista. Siendo "inocente" salió de allí "amnistiado"... y gracias.

Fundó entonces don José Julián, en la capital un periódico político, titulado el "Progreso", en unión de Blanco, Morales, Aguayo y Abad, defendiendo en él el "Credo Asimilista" y formando al mism otiempo en las primeras filas del Partido Liberal Reformista Tuvo necesidad ya para esa época de defenderse de la tacha de "filibustero", porque el gobernador Echagüe, en 1862, había dado cuenta a Madrid, que en la botica del licenciado Babel se había constituido un "Club Separatista" y que los cabecillas eran Acosta y Baldorioty por sus ideas antiespañolas.

La denuncia prendió, y en 1869 formáronle a don José Julián un expediente "reservado" (a sus espaldas) y le privaron de su cátedra de "Agricultura", con perjuicio de una generación de educandos, y de los derechos adquiridos en ella por el profesor, con calificación en tan inicuo documento oficial de que era un "separatista".

Llegado el período electoral de 1871, el departamento de San Germán honró al ilustre patricio con su representación, eligiéndole su Diputado a Cortes. Tuvo por lema Acosta ante el Parlamento español, la libertad del esclavo y la libertad del

ciudadano; pero aquellos momentos históricos del Congreso fueron presa de terribles controversias político-sociales sobre la "Internacional", que empezaba a conmover a Europa con sus ideas socialistas.

Vuelto a la patria en 1872, dedicóse de nuevo don José Julián a enaltecer en "El Progreso" la idea política de "La Asimilación", como régimen para esta Antilla, y la gran necesidad de la descentralización administrativa de Puerto Rico, siendo en 1873 electo Presidente del Partido Liberal Reformista.

Acosta era un buen liberal, de ideas avanzadas, pero sin exageración alguna. Conocía el campo donde operaba, y sin dejar jamás de predicar la necesidad de la política para redimir el país, era más "retranca" que "acicate" dentro de su partido.

Como la tendencia de algunos elementos nuestros, sobre todo, los burgueses, desconocedores de que la administración es una rama de la política, ha sido siempre pedir una buena administración para el país y nada más, absolutamente nada de política, por no convenir a nuestra sociedad, oigamos al ilustre puertorriqueño discurrir sobre este particular:

"No escasean las personas para quienes de muy buena fe, los partidos políticos son meramente ficticios y representan exclusivamente un mal que conviene prevenir y atajar por todos los medios. No extrañamos este modo de discurrir en los que han permanecido alejados de estas cuestiones. Los que así piensan, ignoran que los partidos políticos son un producto espontáneo de las sociedades humanas, organismos necesarios para un pueblo, desde el momento en que se decide a disfrutar de los beneficios de la libertad política y de la comunicación amistosa con los pueblos civilizados. Para las sociedades no existen más que dos caminos, dos sistemas: o el régimen del silencio con todos sus dolores, o el de la libre emisión del pensamiento con toda su virilidad."

Al caer la República en España con el golpe de Estado de Pavía, se inició la reacción conservadora en Puerto Rico. El sable del general Sanz, venido a regir los destinos de nuestro

país, por segunda vez, echó por tierra parte de las libertades adquiridas; y los años de 1874 al 78 fueron de "silencio" y paz varsoviana. Acosta perdió su cátedra de Geografía e Historia en el Instituto Provincial, por sus avanzadas ideas liberales, y también se le despojó de la Dirección de dicha casa docente, siendo sustituido por el coronel Potous, y todo esto lo hacía un gobernante que hacía gala en Madrid de ser "milité liberal".

Vinieron las elecciones de 1879 y el distrito de Quebradillas eligió a don José Julián su Diputado a Cortes; y allá fué el noble criollo a luchar en el parlamento español nuevamente por las reformas ultramarinas. En 1882 retornó a las nativas playas y el gobernador Despujol le nombró Director y catedrático del Instituto Provincial. El daño que había hecho un gobernante atrabiliario como Sanz lo subsanaba un gobernador te de más talento y mejor orientación como Despujol. En esa época el gobierno de Madrid honró a nuestro compatriota con la Gran Cruz de Isabel la Católica, por sus reconocidos méritos. Fué Director del Instituto hasta 1884, que renunció, para ocupar la cátedra de "Agricultura", que tuvo hasta su muerte.

Al evolucionar el Partido Liberal Reformista en 1887 y crearse el Partido Autonomista, don José Julián no quiso aceptar las "nuevas" ideas y se retiró a la vida privada como hombre político. Su obra estaba terminada: y a nuevas ideas correspondían hombres nuevos; pero siempre se le conservó como Néstor puertorriqueño. Y todavía en 1890, desempeñó la cátedra de Historia Universal en la Institució nde Enseñanza Superior del Ateneo puertorriqueño.

El 26 de Agosto de 1891 rindió la jornada de la vida. La pérdida del prócer abolicionista fué muy sentida. Su retrato decora el salón principal del Ateneo. Y la memoria del ilustre patricio es venerada por todos los puertorriqueños.

Dr. Cayetano COLL Y TOSTE.

SOBRE LAS IES (1)

Bondadosamente solicitado por el señor director de "Cuba" para que ponga mi punto correspondiente sobre las íes atañederas a la independencia de Puerto Rico, doy por sentado, al tratar de satisfacer lo más cumplidamente que me sea posible tan halagadora petición, que nadie, con algún conocimiento de las condiciones topográficas del terruño en que nací, y de la mentalidad de sus habitantes, supondrá a estos capaces de pensar en inverosímiles aventuras que por su misma imposibilidad ni siquiera la épica grandeza de un inmenso desastre podrían ofrecernos por remate.

Pero si no por la mano fantástica de una revolución, irrealizable, por la actuación vigorosa de una propaganda inteligente y serena podemos los puertorriqueños levantar en los Estados Unidos fuertes corrientes de opinión que favorezcan primero e impongan después la concesión del gobierno propio a los hijos de Puerto Rico, en las más favorables condiciones. Y porque no sonrían irónicamente al leer las precedentes declaraciones los desesperanzados eternos, los absortos ante el momentáneo eclipse del ideal, permítaseme que traiga a colación lo ocurrido precisamente en Puerto Rico con motivo de la abolición de la esclavitud, porque a mi juicio, es ejemplo elocuentísimo bastante a demostrar la virtualidad y eficacia de la propaganda, aun en aquellos empeños tenidos por irrealizables.

(1) Reproduzco ahora, por las referencias que en él hago a la abolición de la esclavitud, el presente artículo escrito hace tiempo, a instancias del señor director de "Cuba".

Es el caso que los individuos a quienes les iba bien en el machito con el negocio de la esclavitud, afirmaban un día y otro, que nunca España había de consentir en la manumisión de los esclavos, y que eran unos locos perturbadores de la tranquilidad moral de la isla, los que alentaban las esperanzas de aquellos infelices y que a éstos en último extremo perjudicaba la propaganda abolicionista porque mantenía y avivaba las suspicacias de los dueños de ingenio que jamás consentirían que se les despojase de lo que ellos consideraban su propiedad y sin embargo, Vizcarrondo, Labra, Corchado, Padial, Acosta, Baldorioty y otros ilustres abolicionistas laborando firmes y serenos con fe en el porvenir ilustrando la opinión puertorriqueña y la opinión española llegaron a conseguir lo que todos sabemos: la abolición inmediata de la esclavitud, votada entre fervorosas aclamaciones por la Asamblea Nacional, en aquella memorable sesión del 22 de marzo de 1873, sobre la cual proyectará eternamente la gloria sus más vivos resplandores.

Pero eso fué posible, porque el Partido Liberal encaminó sus gestiones a la consecución de ese fin, haciendo que el pueblo puertorriqueño quisiera unánimemente la abolición, y que la opinión española la impusiera con inapelable resolución a sus representantes en el Congreso.

¿Y si un día frente a intereses que parecían intangibles logró la austera tenacidad de nuestros padres una transformación tan radical en el orden político y económico, resultará para los hijos, empeño inasequible y temerario el de recabar de los poderes públicos en la gran democracia americana, las sucesivas modificaciones que sean precisas para que vaya pasando, sin prisa, pero sin tregua, tras el proceso de una evolución cimentada sobre sólidas experiencias, el gobierno del país a manos de sus habitantes, sin exclusivismos mezquinos y sin pretericiones vejaminosas?

No, no me parece la de conseguir el gobierno propio, empresa más ardua que lo fué la de abolir la servidumbre, y vivo persuadido de que no será esta incruenta victoria la única que obtendrán en mi tierra borinqueña los "clarines del pensamien-

to", que no en vano soy de la propia raza del poeta, que un día, en versos inmortales, ante el magno espectáculo de aquella "redención sin calvario", que también contemplaron atónitos mis ojos, afirmó, refiriéndose a la patria, que los hados benéficos le permitirán en el vario curso de su historia,

Libertad alcanzar, ciencia y ventura
Sin dejar en las zarzas del camino
Ni un jirón de su blanca vestidura.

Acendran mi fe en los venturosos destinos de la isla amada, de una parte, las experiencias del pasado, y de otra, la seguridad que aliento, de haber interpretado en las afirmaciones precedentes el pensamiento y la voluntad de la inmensa mayoría de mis paisanos. A robustecer esa opinión bastaría, la pacífica cruzada que meritísimos hijos de Puerto Rico inician al presente por los vastos territorios de la América española, y la ratificación de los poderes otorgados por el pueblo de Puerto Rico, para que lleve su voz en el Capitolio de Washington, a Luis Muñoz Rivera, el recio luchador singularmente capacitado para hacer ante el juez que ha de fallar nuestro pleito el recuento de nuestras tristezas y la enumeración de nuestras esperanzas, por su patriotismo, por la historia de sus sacrificios, y por sus excepcionales condiciones de estadista, circunstancias todas, que han hecho de él, el ídolo de su pueblo, el más alto símbolo de la comunidad puertorriqueña, el "primero" en fin, en el corazón de sus hermanos.

Sergio CUEVAS ZEQUEIRA.

ACTA

DE LA PRIMERA SESION CELEBRADA PARA CONSTITUIR LA SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA, EL DIA 2 DE ABRIL DE 1865.

(Del archivo particular del Dr. Coll y Toste.)

Abrióse a las dos de la tarde en el local de la Academia de Jurisprudencia, con asistencia de un numeroso público, convocado al efecto, ya por medio de anuncios insertos con la anticipación debida en los periódicos, ya por esquelas invitaciones que también se repartieron oportunamente.

Ocupó la presidencia, como una de las personas de más edad entre los circunstantes, el señor D. Antonio María Segovia, diputado a Cortes, individuo de varias corporaciones científicas, y de la Junta Directiva interina de esta Sociedad.

Actuaron como secretarios los señores D. Julio L. Vizcarrondo, escritor público, y D. Mariano Carreras y González, catedrático y publicista, antes de la Junta Directiva interina.

Dióse principio al acto por algunas breves palabras del señor Presidente, manifestando que el objeto de la reunión era "constituir una sociedad para propagar el principio de la Abolición de la Esclavitud", y estudiar los medios más convenientes para llevarla a cabo lo más pronto posible en las Antillas españolas.

El señor Vizcarrondo dió cuenta en seguida de los trabajos preparatorios que se habían hecho para fundar la Sociedad, e invitados por el señor Presidente a inscribir sus nombres aquellos de los circunsatntes que quisieran pertenecer a la misma, lo hicieron los señores que constan en el Registro de la Secretaría.

El señor Carreras leyó un proyecto de circular para dar a conocer el pensamiento cardinal de la Sociedad, proyecto que se discutirá en Junta Directiva y se publicará una vez aprobado por la misma.

El señor Vizcarrondo dió después lectura de las Bases que se acordó proponer a la Sociedad en las reuniones preparatorias de sus fundadores; y abierta discusión sobre ellas, promovióse un ligero debate en que tomaron parte los señores Presidente, Bona, Delgado y Medina, siendo aprobadas en la forma que contiene el documento anexo.

Procediéndose, por último, a la elección de la Junta Directiva, el señor Presidente propuso y la Sociedad acordó que se hiciese como es costumbre en estos casos, por medio de una comisión nominadora, la cual designara a la aprobación de la misma Sociedad las personas que habían de componer dicha Junta.

A propuesta del señor Presidente y también por acuerdo de la Sociedad la mesa designó para formar la comisión nominadora a los señores D. Félix Bona, D. Joaquín María Sanromá, D. Emilio Castelar, D. José Mariano Carreras, D. Julio L. Vizcarrondo y D. José Delgado Tugo.

Suspendióse entonces la sesión para lugar a que conferenciasen estos señores y pasados breves momentos, volvió a abrirse, dándose lectura por el señor Vizcarrondo a la siguiente candidatura de la Junta Directiva:

Presidente: Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga; Vice-Presidente: D. Antonio María Segovia, Excmo. Sr. Marqués de Albaida, D. Laureano Figuerola, Iltmo. Sr. D. Juan Valera, Excmo. Sr. D. Fermín Caballero.

Vocales: Excmo. Sr. D. Luis María Pastor, D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Gabriel Rodríguez, D. Seguismundo Moret, D. Eugenio García Ruiz, D. Ricardo Alzugaray, D. Julián Santín de Quevedo, D. Francisco de P. Montaner, D. Tristán Medina, D. Calixto Bernal.

Secretarios: D. Julio L. Vizcarrondo, D. Mariano Carreras y González.

Aprobada por unanimidad esta candidatura, se acordó también que formasen parte de la Junta Directiva los señores Bona ,Sanromá, Castelar, Carreras y Delgado, que con el señor Vizcarrondo habían compuesto la comisión nominadora.

Y después de dar las gracias el señor Presidente a la reunión por el respeto que había mostrado a la autoridad de su señoría, siquiera fuese interino, y de felicitar a todos los socios por el importante acto que acababa de verificarse, dióse por constituida la "Sociedad Abolicionista Española", y se levantó la sesión a las cuatro y media.—Madrid, 2 de abril de 1865.—El Presidente, M. A. Segovia.—El Secretario, Julio L. Vizcarrondo.

NOCTURNO

Es de noche. A mi alcoba solitaria
   llega, en alas del viento,
la dulce voz conmovedora y tierna
de una madre que arrulla a sus pequeños.
Escuchando el monótono estribillo
á mi mente se agolpan los recuerdos
y evoco los cantares que en la infancia
   arrullaron mi sueño...
Hoy lo arrulla el fragor de los combates
que libran por la patria y sus derechos,
los dignos hijos de la pobre sierva,
víctima sin rescate en su aislamiento!...
   Y oigo cual se levantan
de los campos estériles ó yermos
maldiciones, plegarias y gemidos,
   sollozos y lamentos.

*
* *

Apacible la noche y sosegada,
llena de magestad y de misterio,
   avanza lentamente...
Es la hora del reposo y del ensueño...
Diana, poco después, pálida y triste,
   como la faz del siervo
á quien el hambre y la miseria abaten
su mortecina luz vierte en el cielo.
En torno de mi lámpara, que oscila
con rápido y continuo parpadeo,

negros mariposones
giran y pasan con volar siniestro,
y mi espíritu asaltan y conturban
hondos presentimientos...
Fijo en el porvenir pienso y medito
Todo es calma y silencio.
Sólo una voz á intérvalos resuena...
¡Pobre madre que arrulla á sus pequeños!

*
* *

¡Pobres seres que duermen al arrullo
de ese cantar conmovedor y tierno!
Cuando la vida real, inexorable,
reclame sus esfuerzos,
vagarán por los ámbitos del mundo
errantes y dispersos,
en busca de refugio y de trabajo,
sin patria, sin bandera y sin afectos!
No en el materno idioma
lanzarán su plegaria ó sus requiebros;
en regiones distantes
recordarán la patria como un sueño
y hallarán la olvidada sepultura
que no han de hallar en el nativo suelo...
¡pobres madres que educan a sus hijos
para la servidumbre ó el destierro!

Luis Rodríguez CABRERO.
Puertorriqueño.

EPITELURICA

A mi querido amigo el ilustre periodista Francisco de Paula Coronado.

Algo ha llovido, lector, desde cierto día, para mí deplorablemente histórico, en que yo, caballero a la sazón de unos siete años no cumplidos, puesto en pie ante un hermoso retrato del general Prim, que adornaba en uno de sus testeros la principal estancia de mi casa, pronuncié una catilinaria de tomo y lomo contra el caudillo triunfante de la revolución de Septiembre; pero a despecho del tiempo transcurrido desde aquellas kalendas, doy por cierto que de ellas arrancan y de su influjo maléfico, las malandanzas de mi vida y los vaivenes, no siempre verosímiles que la han ido amenizando.

Por decontado, aquella inoportuna ingerencia en los negocios púbiicos, para constituirme, contra el unánime sentir de toda mi casta, en airado paladín de doña Isabel de Borbón, imprimió carácter como si fuera un sacramento político, a toda mi actuación posterior, y aquí me estoy donde entonces—al lado de los perdidosos y alicaídos—sin que a hacerme variar de condición hayan bastado, ni las mudas lecciones de la experiencia, ni el elocuente ejemplo de ciertos ciudadanos con quienes tuve alguna vez que andar al paso, y que así son capaces de "consolar al triste", como yo de meterme a concejal.

Duélome, y mucho, lector, de que "aquella primera salida", no del todo disímil "a la de marras", tuviera la más estupenda impunidad por inmerecido gaje, y no tanto por las razones

arriba apuntadas, cuanto porque si una mano próvida, acudiendo a tiempo a donde es uso en casos tales, hubiera puesto doloroso remate a la aventura, tras de enseñarme que la caridad bien entendida empieza por donde todos debemos saber, habríame despojado desde "ab initio" de todas aquellas condiciones y circunstancias que llevan a un ciudadano a andar perennemente metido en la renta del excusado, o lo que tanto monta, en el gobierno del mundo y sus monarquías, como dijo un poeta felicísimo que de uno y otras hizo vaya en sus versos regocijados.

No por tan blando cauce, sino por otro de ásperas piedras alfombrado, ha ido constantemente el agua al molino "del que suscribe", porque cobrando alientos en la pasada y lamentable impunidad, en vez de escribir letrillas, epitalamios, cantatas u otra cosa que me tuviera alguna cuenta, seguí en mis trece, puesta en los públicos intereses toda mi consideración, y en la constitución de comités, asambleas y comisiones, empleando una buena parte de mis días, amén de consumir no pequeña porción de mis noches perorando de mitin en mitin, o, como decía un provecto ciudadano, diputado provincial allá en mi tierra durante los días del antiguo régimen: "de metinge en metinge".

Y no es lo malo lector, que a fuerza de desojarme mirando por el derecho de los otros, haya quedado el mío, tras rudísimos reveses, maltrecho y desamparado, sino que la beatífica placidez de mi alma, nacida de una fervorosa confianza en la sabiduría del plan que rige los orbes siderales y dispone, para nuestro bien, la marcha de los humanos eventos, sufrió tan ruda prueba, que a pique estuvo de perecer al recio embate de reiteradas experiencias aparentemente con ella inconciliables.

Es el caso, lector, dejándome, por supuesto, en el tintero, la suma casi total de aquellas experiencias, que oí un día a "respetable conciudadano, miembro prominente de aquellas asambleas" a que hice antes deferencia, apoyar sus opiniones—opiniones valiosísimas—en textos tomados, según propia afirmación del "Quijote de Quevedo", y no sé si fué en el propio infolio o en

otro, procedente de la misma biblioteca, donde un orador, no menos digno de estimación, encontró las ricas preseas con que revistió desde lo alto de pública tribuna, al Cid campeador, dejándolo en tal guisa, que a la mismísima Ximena le costaría sudores y fatigas el conocerlo. Aunque bien pudiera ser que lejos, muy lejos de ello, lo confundiera con Herbert Spencer, Stuart Mill, Epaminondas, Montesquieu, y otros muchos personajes de quienes conservo en la retina imágenes pavorosas, las mismas con que a mis ojos atónitos se mostraron en diversas ocasiones durante la celebración de diferentes fiestas políticas a las que concurrieron convocados por algunos de mis más furibundos correligionarios, con el sólo propósito de sustentar opiniones peregrinas, incongruentes con lo que de ellos y de su vida nos cuentan historiadores y exégetas, seguramente mal informados.

Y al ver, lector, cómo bullían y se arremolinaban en torno mío, ceñida la frente a veces con el laurel de la victoria, políticos de la misma estameña que los precedentemente citados, reformadores de la Historia, entre cuyas páginas, para ellos vírgenes, tejían, arácnidos imperturbables, la tela de sus narraciones grotescas, llegué a temer—como lo temieron por algún tiempo de los conquistadores castellanos los indios borinqueños—que los tontos fuesen inmortales...

La eternidad de tales bípedos incomprensible a mi razón, e inconciliable con mi fe en la prevista finalidad de todo lo creado, ponía en mi ánimo el espanto que a los grandes desastres morales acompaña, y en la imposibilidad de plagiar el procedimiento que para salir de dudas emplearon con Diego de Salcedo los indígenas de mi país, sumergiendo en el Almendares a... —¡oh halagadores nombres propios, detenéos!—decidí esperar, puesto en lo alto mi pensamiento, que San Expedito me iluminara con el viático de un buen milagro.

Y como lo pedí, lector, me fué concedido, porque a poco de haber formulado "in pectore" la petición, vino un amigo a invitarme para asistir a una sesión espiritista.

Seguíle maqunalmente, y no sin cierto recelo, oí, una vez

dispuestas las cosas pertinentes al caso, que iba a comenzar la evocación de los difuntos.

La idea de que iba, como quien dice, a escupir en corro con un respetable número de muertos, despertó en mí un imperioso deseo de ponerme en cobro, y encaminarme rápidamente hacia la puerta, plantándome de un salto "en la del rey" sin miramientos ni repiqueteos de inútiles cortesías, pero me atornilló en la silla, siquiera me quedara turulato, trémulo y sudoroso, la curiosidad ardiente de escuchar las inauditas y recónditas verdades que en aquella noche habrían de ser a los mortales reveladas.

Hablar, sí que hablaron los señores difuntos y aún si no pareciera irreverencia, te diría, lector, que lo hicieron hasta por los codos, pero yo te juro por todo cuanto hay de epitelúrico en el Universo—y ya ves que no me quedo corto—que por la elevación del concepto y la novedad de las ideas, más que gentes venidas del otro mundo parecían Representantes de los que, para nuestra desdicha, usamos a veces en éste, cuando no Presidentes de tal cual corporación no inferior desde el punto de vista intelectual a la gloriosa "Cofradía del bendito San Crispín," por Mesoneros Romanos en donosísimos versos inmortalizada.

Solicité humildemente, después de haberlos escuchado por buen espacio de tiempo, permiso para retirarme, y cuando hube llegado a la puerta, abrazando con efusión al dueño de la casa, que me acompañaba, le dí las gracias.

Bien las merecía, lector, supuesto que había contribuído con la experiencia de aquella sesión a convencerme de que no son, como por lamentable espejismo yo había pensado, inmortales los tontos de capirote.

Sí, a Dios gracias, mueren también los tontos, pero no tan pronto ni en tal número como a tí y a mí, lector, que somos discretos, nos convendría.

Sergio Cuevas ZEQUEIRA.

PAX

I

Hay novelas hispanoamericanas cuya lectura deja penosa impresión, porque los autores nos presentan una sociedad perversamente constituida. Así, la "Amalia" que dió nombre a Mármol, libro de combatiente. Análoga es "La novela de la sangre", en que Bunge estudia la misma época; y aun Ciro Bayo supo darle novedad al asunto en "Aucafilú", cuando ya en el aspecto novelesco parecía agotado.

No digamos nada de "Facundo", singularísima producción del célebre Sarmiento, formidable ataque a Quiroga y a Rosas, la cual, como las citadas, analiza el período histórico más terrible de la Argentina.

Como ellas, no pocas más tienden a combatir por la libertad rectamente entendida, por la educación popular, por el cambio radical en la constitución de los partidos y los procedimientos gubernamentales. Han sido esos novelistas nobles campeones del patriotismo, celosos defensores de la civilización.

*
* *

Algunos, dotados de brillantes cualidades, como Díaz Rodríguez, han producido verdaderas obras de arte al estudiar su patria y presentárnosla en sus relatos. Palma vivió espiritualmente en los tiempos coloniales. Obligado es el Palma argentino. Cirilo Villaverde retrató una época interesante de la sociedad cubana. Ocantos, al contrario de estos autores, lleva a sus lienzos personajes que se nos antojan conocidos nuestros.

El sentimiento alcanzó quizás su más delicada expresión en

la "María" de Jorge Isaacs, joya de las letras colombianas, y la "Inocencia", de un vizconde brasileño, perlita de esa literatura.

Si la novelística de la América española no alcanza toda la riqueza que a ojos vistas tiene su poesía, no es insignificante, por la cantidad, bastante considerable, porque la lista de los cultivadores de la novela es dilatada; y por la calidad, porque, si bien es cierto que, como en todas partes, abunda lo malo y no escasea lo de poco valor, libros hay en este género que bastan para darle crédito e importancia, desde el punto de vista literario, a la tierra en que se produjeron, si no ha de procederse obedeciendo a prevención injustificada, con escasas noticias, o careciendo por completo de ellas, de lo que se pretende juzgar, y se condena así, por ignorancia o nada racional aversión. Hemos leído que la América es "un continente estúpido", lo cual, después de todo, "carece de sentido".

*

* *

Las novelas que obtienen más lectores no son, generalmente, las de mayor valor literario.

Para diez que hayan leído "Pepita Jiménez", doscientos admiran las hazañas de "Juan Palomo", "Los siete niños de Ecija", "Luis Candelas", "Miguelito Caparrota" o cualquier otra voluminosa relación de las "hazañas" de un héroe patibulario.

"Bandidos de levita" o en mangas de camisa, burladores de los agentes policiacos, atraen millares de lectores. ¿Cuántos años hace que se reimprime "Rocambole"?

Las aventuras, cualesquiera que sean, aparte de las criminales, gustan a muchos: Verne, Salgari, Wels, otros, se leen siempre, cautivada la atención, movida la curiosidad.

Los más no aprecian el estilo ni son capaces de estimar el mérito literario, la sagacidad de la observación, la destreza con que se describe o narra, se presenta un personaje o el escenario en que actúa. "Van a lo que pasa en el libro", a ver "en qué para aquello", y no más.

La sensiblería tiene numerosos adeptos: Pérez Escrich y sus análogos hacen la delicia de muchísima gente.

*
* *

Pero la novela "escandalosa" es la que vence a todas en el éxito.

Escándalo, si en ellas se alude a personas conocidas, cuyos vicios, reales o supuestos, sean preferente materia de conversación, a causa de la novela.

Escándalo, por el acometimiento rudo del autor, que va contra personas o instituciones determinadas.

Escándalo, por la licencia de las costumbres o del lenguaje, por los cuadros de lascivia, por el chiste obsceno o inmoralmente intencionado; en suma, porque muestra en su desnudez lo que el decoro manda ocultar, y lisonjea, excita o promueve la sensualidad del lector.

Declárase insigne al que produce "eso"; afírmase que conoce la naturaleza humana, como si ésta se redujese a bajos apetitos y su satisfacción, y logra "buen negocio", sobre que le nombren mucho, el autor que coopera de semejante suerte al envilecimiento de algunos y a la decadencia general de las costumbres.

Amasado está con lodo el pedestal de la estatua que ellos se erigen, o que levantan sus dignos admiradores.

II

Si traslado al papel cuanto me sugiere la vista de "Pax", "novela de costumbres latinoamericanas", seguramente que al correr de la pluma hago un folleto, sin llegar a escribir una sola palabra sobre el libro. Cortemos, pues, por lo sano, yéndonos directamente al asunto.

Ignoro si don Lorenzo Marroquín ha publicado otros volúmenes. Paréceme al leer éste, que cabe la aplicación del vulgarísimo dicho; "no es la primera zorra que desuella".

Colaboró aquí don José María Rivas Groot, según la advertencia que se ve en una de las páginas preliminares.

La tercera edición (única que conozco) incluyóse en la serie de "Escritores españoles y sudamericanos", editada por la casa parisiense "Librería Paul Ollendorff", lo cual habrá facilitado la circulación del volumen.

Ignoro por qué aparecen como suramericanas (es inaceptable la *d* en el primer elemento de esta palabra compuesta) individuos que nacieron en alguna de las Antillas o en Méjico, e ignoro por qué habrían de excluirse los otros países de habla castellana. Pero es distracción o error, pues ya vemos que no existe la exclusión esa.

He aquí uno de los inconvenientes de no llamar las cosas por los nombres que sirven para designarlas.

III

Imposible seguir la obra paso a paso. 495 páginas de 19x13 centímetros, bien aprovechadas, con letra regular, dan mucho de sí. Cuarenta capítulos nutridos pueden originar un tomazo que en esto del escribir apenas hay límites cuando la materia se presta al examen y al comentario.

Nos hallamos en Colombia, país que ha motivado tantas novelas, alguna harto desagradable para los colombianos ciertamente.

En los "Bocetos", que forman el primer capítulo, entablamos conocimiento con varios de los personajes más importantes. El procedimiento es sencillo y natural: se reunen aquéllos en una comida y el objeto de ésta nos inicia en el principal asunto del libro.

El obsequiado es el conde Hugo Dax-Bellegarde, representante de una poderosa compañía francesa que, entre otras importantes obras proyectadas, se propone canalizar el caudaloso Magdaléna. Sería incalculable el beneficio para la nación: nueva existencia, florida, y venero inagotable que llevaría el país a la opulencia.

Doña Teresa y Doña Ana, de las cuales la primera es ma-

dre de Inés y la segunda de Roberto, rica la una, en decadencia la otra, son hermanas. "Hacen los honores de la casa". Tal vez deseen unir ambas ramas de la familia, casando a los primos.

El general Romderos, ministro de la guerra y encargado también de la Hacienda, hombre de carácter noble, excelente patriota.

El doctor Miranda, sacerdote muy culto, de muy agradable trato.

La conversación amena, interesante, variada, revela cultura en los comensales. El gobernante promete apoyo a la empresa.

Dos personajes más de quienes nos enteramos por la charla: Alejandro, joven dotado de altas cualidades, autor de unos bocetos sobre los cuales se discute para darles nombre, y un F. Landáburu, que envía un telegrama al general: "Vengo haciendo propaganda favor paz", dice, y aquél supone que con ello anuncia la guerra. Y Colombia para llegar a la grandeza no necesitaba más que la paz.

*
* *

Tubalcaín Cardoso es un aventurero, que estuvo en Cuba y en Centro América. Revolucionario por naturaleza, de él no cabe esperar más que la discordia.

La mujer es una literata, que publica una revista. Forman una magnífica pareja.

El poeta Mata escribe maravillas; por ejemplo:

> En el triunfo cenizo de evanescentes pintas,
> al surgir la apoteosis para las medias tintas,
> Yo quiero que se rompa el canto de mi lira
> junto a la fija Esfinge, que mira, mira, mira,
>
> Y en el arenal cálido, que un sueño blando finge,
> ser el eterno novio de la silente Esfinge...

¡Etcétera!—Y he aquí su prosa:

"Viajaba el Sobrehumano por una lauda desierta, sin sol y sin árboles. Su sombra no lo seguía; él seguía a su sombra. atravesaba el caos sangriento. Llegó a las puertas de una ciudad, la ciudad de los hombres, más monos que los mismos monos.

"Y dijo el Sobrehumano: Os anuncio la buena nueva. He matado lo supraterrestre; he matado el amor; he matado el alma.

"No creáis a los farsantes ermitaños que os hablan de lo supraterrestre, del alma, del amor. No hay más que una soberanía: la soberanía del genio; no hay más que un amor: el amor donisiaco.

"No hay más que un Dios, el hombre Sobrehumano. ¿No veis pos tres cadáveres de los tres grandes Muertos? ¿No os apesta la putrefacción de las cosas divinas? Romped las trampas del Estado despótico. No seáis el deber, sino la voluntad. Ni sigáis imitando al giboso camello que obedece y bebe el agua sucia de las cisternas, y dice: "Yo bebo". Imitad al asno testarudo que se resiste a su dueño y va diciendo: "Yo quiero". Ascended, buscad el zenit de la voluntad. Regocijáos: os doy la buena nueva; ya no hay pecadores, porque he matado la Virtud. Ya no hay engañadores, porque he matado la Verdad.

"Por encima del Bien y del Mal, por encima de la Verdad y la Mentira, por encima de esos grandes Muertos, no queda ya en pie sino el Yo Sobrehumano."

Esa caricatura de Nietzsche tiene admiradores, y no en corto número.

*

* *

Sánchez Méndez, que dirige "La Integridad", es el "despechado" que, para satisfacerse, cambia de partido, y escribe dicterios contra los mismos que poco antes alababa.

"El Escorpión", papelucho digno de su título, maneja como única arma la difamación.

El consultor técnico, doctor Karnoloff (que no es Karnoloff ni docto en nada), diserta pomposamente sobre lo que menos

entiende; "capitán de puentes y calzadas" que no sabe a derechas una jota de cuanto concierne a su destino de consultor, cita leyes que no existen y toma por un canal, porque comienza por esta palabra, "el nombre de un drama".

Esa gentecilla constituye un obstáculo... ¡pero qué obstáculo!, a la realización de un proyecto que se aparte de la rutina, a mil leguas, ¡los mezquinos! de toda grandiosa concepción. Discute, barbariza, insulta, chilla, lo saca de su cauce todo, y es para fastidiar enojando al más pacienzudo y al más santo. ¡Pobre conde Bellegarde y pobre Roberto Avila, su generoso ayudante!

*
* *

El cual, para cumplir sus compromisos, vende la espléndida morada y las tierras que, siglo tras siglo, eran patrimonio de los Avila. Generoso, de muy variadas aptitudes, pero sin asiento y firmeza para seguir hasta el fin uno de los caminos que pudo escoger, determina secundar con todas sus fuerzas al conde, para lo cual liquida su hacienda.

Montellano es quien adquiere la magnífica posesión. Enriquecido, no tiene más debilidad que su hija Dolores. Uno de tantos, que obseso por atesorar, no alcanza más vida que la del negociante. El lo convertiría todo en dinero, y fuera de éste nada ve. "Lola" es sentimental y delicada; ¡fiero contraste!

Roberto y su anciana madre salen de la señorial casa, cuyos orígenes se pierden en los de la conquista. Allá quedan los magníficos rosales, cuyo cuidado era tradicional en la familia; allá recuerdos y esperanzas que tuvieron fin, y el mote legendario colocado a la entrada, adornando el dintel: "Gloria y Duelo".

*
* *

Mata continua su labor poética. Siempre tiene libros en preparación. Toma una jeringuilla, disimuladamente se inyecta morfina en una pierna y allá van alejandrinos pareados, o,

variando, desde el disílabo hasta el renglón de veinte sílabas, que en la variedad está el gusto, según afirman.

Landáburu prosigue la campaña de paz... buscando la guerra. Sánchez Méndez, el antiguo amigo de Rondelos; Karnoloff, disgustado porque el minstro apoya la canalización, cuando la "ciencia", que es él, se ha declarado en contra; Socarrás, uno de tantos bullangueros; Alcón, subsecretario, de la madera que sirve para hacer traidores; González Mogolión, eterno proyectista, que trata de concertar cosas incompatibles; Montellano, y más, lisonjean al "héroe", perturbador incorregible, Tubalcaín Caldoso.

El cielo se va encapotando por momentos y hay indicios de tempestad.

*
* *

Prescindamos de muchos incidentes, aunque son interesantes, como una función de ópera, donde se ven y oyen cosas muy buenas, donde los partidarios de la "Revaluación' acuden siguiendo su costumbre, a perturbar; donde se luce, conforme lo hace siempre, el ínclito Karnoloff, que ha reformado el teatro... haciéndole perder su condiciones acústicas, y donde se nos está muriendo de amor el inspiradísimo poeta, cautivo de la Rondinelli, cantante de ópera y paseante por ambos mundos.

Unas cuantas páginas más dedicadas a Montellano en su domicilio nuevo, aparte de servir para completar el retrato de varios individuos, dan de cuerpo entero el del millonario. Allí, el inevitable Karnoloff, ya titulado coronel, ha construido admirablemente, sólo que hubo un derrumbe; allí, hermanas de la Caridad solicitan limosnas y el acaudalado les saca la cuenta de lo que ellas poseen, les dice que se hallan mejor que él, por lo cual deberían ayudarle, hasta que al fin, trabajosamente, les da cantidad insignificante; allí, el doctor Alción, inteligente, ambicioso, y con él varios de la Revaluación tienden sus redes; allí, el noble Alejandro que vendió sus terrenos, para

adquirir acciones de Bellegarde, es descaradamente robado por el potentado; allí, variados cuadros de la miseria humana.

Con semejante hombre vese precisado a trabajar Roberto, en la que fué su casa. El talento y la cultura al servicio del tosco adinerado. Halla en aquel lugar espléndido campo de observación, empleo a su tendencia epigramática y satírica. Perdida la fe en su porvenir, abúlico, ni termina un soneto, ni acaba una biografía, ni nada de lo que comienza, y hasta vacila entre amar a Dolores o a Inés, o huir de ambas. Sin firmeza en el intento y vigor en cumplirle, derrota segura.

*

* *

Matrimonio delicioso el de doña Aurora del Campo, la directora de "La Mujer Independiente", con el hombre de negocios. Ella pide bruscamente ¡un lápiz!, ¡un papel!, porque, ¡se le va la inspiración!, y se pone a concluir una novela que publicaba en su periódico; y él mientras lo casan piensa en la mejor forma de redondear una operación. Boda singularísima de dos viudos, en que la viuda no ha enviudado, pues reaparece el Cardoso, y la supuesta viuda se queda casada y el supuesto casado viudo.

Quien se murió de veras fué el pobrecillo Mata, que se pegó un tiro. Aparatoso hasta en el suicidio, pretendió llamar la atención, pero cae donde no se le ve, contra lo que pensaba. El, que se había calificado de "genio", "el primer poeta de Hispano-América", y así, muere sin que se advierta por nadie, y el cuerpo exánime, entre bastidores, lo apartan desdeñosamente porque lo toman por un ebrio.

Y si los berrinches mataran, habría muerto el campeón de los revolucionarios cuando su caballo es vencido por la yegua de Avila, ante gran concurso y mediando crecidas apuestas. ¡Afortunado Roberto! Amado por Inés y Dolores, vencedor en aquellas carreras y con porvenir lisonjero. Sin embargo, duda siempre.

Su triunfo en el Senado es resonante. Bellegarde, que ama a Inés, se sacrifica y le cede el paso. Las acciones de la cana-

lización, en que ha colocado los restos de su fortuna, han triplicado de valor. Nada anima al vacilante joven, física y moralmente enfermo.

*

* *

Cambio de ministerio. Concesiones a los revolucionarios. Libertad al jefe, corto tiempo en prisión. Se crece Montellano, unido al flamante ministro, el cual se hincha con la subida, naturalmente dispuesto a satisfacer la ambición de mando y riqueza.

Estalla la revolución, que, con hombres como Cardoso y Landábura, era inevitable en país donde abundaba gente levantisca.

La narración de los sucesos consiguientes y las oportunas descripciones no son menos vivas que las anteriores, pues el libro no deceae en ninguno de sus capítulos. Disposiciones de los gobernantes al consabido Karnoloff, que consigue la resolución ministerial para que lleve el ejército a la guerra, en cada morral, "el libro de oro del soldado colombiano", en folio; Sánchez Peñanegra, insigne autor de un cañón y de innumerables inventos más, igualados en el éxito... de no hacerles caso nadie; no pocos personajes, no escasos incidentes.

El más chistoso es el del señor Sandoval, que se apoda Karnoloff, el cual como "consultor técnico", se encarga de armar ciertos cañones japoneses. No pequeño es el trabajo: arma y desarma, pero siempre le sobran piezas. El, impertérrito, afirma que se equivocaron los ingenieros del Japón, y los cañones. deficientemente armados, forman el novísimo sistema "Tamagata-Karnoloff". Naturalmente, cuando traten de utilizarse fallarán.

Plena guerra civil. Bellegarde es secuestrado, lo libertan, pero muere. Alejandro y Roberto se baten heroicamente: la principal defensa del orden estriba en la energía de Ronderos, el ayer postergado, la salvación hoy, que antepondrá la patria a todo, aunque le cueste la vida. Los revoltosos asuelan y matan. Montellano, que ha de aumentar constantemente su cau-

dal, gana en compra de ferrocarril trescientos sesenta mil dólares, y como él ¡cuántos ganarían inmensas sumas, en tanto que otros se arruinaban! Luchas fraticidas que sirven para eso: destruir la propiedad, engendrar desconfianzas, ser ocasión de ruines odios, satisfechos con inmerecidos agravios o daños, efectuados hasta por pasatiempo.

Y un Karnoloff sube, sube: ya es general.

A su vez, un Cardoso, un Landáburo, si triunfan, son amos, para saciar su apetito, hasta que se le abre a otro de su calaña y los condena al mismo destino; si no, nueva conspiración. Triunfantes o vencidos, no tarda en surgir la discordia entre ellos, porque los díscolos, cuando no luchan contra otros, combaten entre sí.

La novela termina describiendo el combate decisivo, terrible por sus efectos para ambas huestes. Roberto Avila muere, muerte que completa el desastre de la proyectada canalización, que ha costado la existencia de sus principales defensores, ha consumido inútilmente fortunas y ha demostrado esa vez la impotencia del bien ante la maldad.

IV

Lo que particularmente llama la atención en el libro (a lo menos la mía) es la variedad considerable de personas que el autor nos hace conocer. Así como a un general de tres al cuarto no le cabe un considerable ejército en el cerebro, ni operación alguna complicada, pues no sabe qué hacerse con tales masas y tantos incidentes, así un escritor de menos alientos que don Lorenzo Marroquín se habría visto frecuentemente apurado para mover tantos personajes y para darle a cada uno caracteres distintivos, de suerte que no resultase confusión.

Habrá sus excepciones, quizás en buen número: mas yo los estimo copiados de la realidad. Mata, por ejemplo: ¿no es el desventurado Silva? El extenso canto que finaliza uno de los capítulos, ¿no es imitación en parte, o parodia, de la poesía

que fué como el inicio de su celebridad? El fin desgraciado ¿no es el mismo? Ignoro si, como el poeta de "Pax", sería engreído y vano; ignoro si, como él, se daría "bombo" y con desusada modestia se aplicaría los adjetivos más encomiásticos; ignoro si también sería un morfinómano, lo cual estoy inclinado a creer, porque en casi toda esa literatura (la de Mata y sus afines) trascienden la morfina (u otras "inas") y el alcohol. Poetas y prosistas hay que se creen inspirados y están borrachos; en lugar de escribir prosa o verso, lo prudente sería dormir la mona. Ese hipo, la exaltación esa, el alocamiento de la imaginación, esas rarezas en los procedimientos artísticos, ese rencor u odio a quien no se queda pasmado ante la "genial" producción, todo absolutamente, ajenjo, coñac, ron. Si no bebieran, manifestarían alguna cordura y no su acostumbrada "verborrea".

Ese Mata, como generalmente sus "congéneres", tiene ribetes de politicastro. Sus ripios y extravagancias le abren muchas puertas. Si no muere, le veo pasear sus dísticos, naturalmente a costa de la nación, lejos del terruño; darse regalada vida con alguna sinecura, porque, inútil para todo, si le colocan, le regalan el sueldo; ocupar elevados puestos literarios o alternar con verdaderos literatos, con especial lucimiento de su asombrosa ignorancia. Pero digo mal, superior es Mata, que a la postre vale algo y habría valido más, de no perderse en el camino; superior es a los individuos con quienes acabo de confundirlo. Existe bastante semejanza, por ciertos rasgos comunes, pero no identidad.

Ya que mencioné a Silva, debo añadir que lo considero "incomparable" con Mato. Está muchos codos arriba, cualesquiera que hayan sido sus defectos y errores. Era poeta.

*

* *

Cardoso, Landáburo y Socarraz, tres personas distintas y una sola calamidad verdadera.

Los díscolos de siempre, que jamás satisfacen sus ambicio-

nes: huecos, declamadores, farsantes , encubriendo con lindas palabras malvados propósitos, llevando en pos a los bullangueros ,a los codiciosos, a los que tienden al homicidio y al robo. y se regodean con el bullicio y la revuelta. Pluma y lengua son en ellos puñales. Cuando no pueden perturbar su tierra van a laborar la anarquía a otra. Y hallan séquito: la gentuza que, seducida por cuanto la halaga, sirve de coro y se presta a secundar los aviesos planes; ambiciosos capaces de venderlo todo, para satisfacer la codicia, en tanto alardean de las cualidades que mayor falta les hacen; los ilusos a quienes conquistan las bellas voces y los programas irrealizables: creen pensar, creen tener ideas propias, y son ecos de las ajenas. A éstos una palabrita los lleva a cualquier parte: "la Revaluación!" ¡ahí es nada! ¡Oh, caricatura de Nietzsche!

Socarraz publica "El Escorpión", libelo infamatorio, cuyo título parece el nombre del todo adecuado al redactor. Del periódico a la partida, más de bandoleros que de otra cosa: ¡lo mismo da!

No faltan los que, recatándose, aguardan la ocasión de hacer su negocio. Harán la corte al que triunfe.

Ni los que, sin descender a tan bajo terreno, sacrifican la delicadeza, la gratitud, el deber, a las ventajas de codiciada posición.

Y aquellos que por enojo o despecho secundan a los adversarios y combaten a sus afines: traidores a sus principios, porque a la traición los llevan pasioncillas.

*

* *

Los buenos son numerosos, pero no tanto como los indiferentes.

Los buenos comprenden la farsa infame y su imagincaión los lleva a combatirla.

Una revolución debe estar plenamente justificada. Cuando se es víctima del atropello, y en vano es reclamar en solicitud de la justicia; cuando son inútiles las vías legales, y lo más

sagrado es sólo mero nombre con que se encubre lo más indigno; cuando al vejamen, a la constante injusticia, es imposible oponer con éxito resistencia; cuando la vida moral y aun la material se hacen penosísimas, ¿qué otro recurso sino tratar de romper la cadena opresora?

Pero en el caso contrario, ¡qué infamia!

*
* *

El antiguo lema de célebres hojas: desenvainar la espada con razón, no envainarla sin honor.

Ser valentón es de villanos; cumplir serenamente con el deber, ofrendando la vida, es noble, es heroico.

Luchar por la patria engrandece; combatir contra ella, acción villana.

Destruir por sacrificarlo todo a la tierra en que nacimos es abnegación; destruir sin necesidad en daño a los nuestros, es puro bandolerismo, llevado a muy abominable extremo.

Amemos a nuestra madre, tributémosla respeto, aun cuando nos hiera su desvío o nos desgarre el pecho su desamor; unámonos para contribuir a su felicidad; no labremos su desventura con la lucha fraticida ni rencores de Caín.

V

Posible es (y yo lo temo) que este prolijo relato haya cansado al lector. Afirmo, en descargo mío, que he tratado de abreviarlo, aun corriendo el riesgo de ser menos claro con la supresión de pasajes que importaba no omitir.

Son numerosos los personajes y de todas las clases sociales; son muy variados los lugares a que nos lleva el autor, pues concurrimos a funciones de ópera, a tertulias en casas ricas; al hipódromo, a la plaza pública, al Senado, a diferentes sitios campestres y a diversos de la ciudad; vemos preparar una revolución, presenciamos su estallido, asistimos a varios combates; nos ponen en comunicación, ahora con los defensores del gobierno constituido, ahora con los que le atacan; tratamos ban-

queros, negociantes, periodistas, sacerdotes y religiosos, gente rústica y urbana, facciosos y soldados, inventores y arbitristas, generales de "verdad" y otros improvisados, damas y dami selas... Vasto escenario lleno constantemente de actores. Un "momento" de la vida colombiana (que espacios de tiempo así, aunque abarquen años, no son sino "momentos" en la historia de un pueblo), interesantísimo, pero de cuya exactitud sólo podrán juzgar los colombianos o los que conozcan de cerca la nación.

Para mí, el cuadro está lleno de vida, el pintor es hábil y su destreza origina impresión profunda en quien contempla la obra.

Claro está que aun sin afanarse mucho, se podría exponer algún reparo, pero no soy de los que se desojan para darse el gusto de señalar faltas cuando se ha acertado en lo principal, porque entienden que la crítica se reduce a censurar, o, a lo menos a reducir el mérito de lo criticado. Algún que otro descuido, tal palabra o expresión que no debe admitirse, un cabo aquí, otro allí, que no fueron atados, ¿qué importan en tran nutrido volumen, de complicada acción, riquísimo en pormenores, diestramente unido todo por pensamiento inspirador de esas numerosas páginas?

Aplaudo al novelista, porque lo es y nada vulgar: aplaudo al observador que sabe mirar y posee destreza para presentarnos su observación; aplaudo al patriota, al pensador, pues le inspira elevado propósito, manifiesta sana intención.

VI

Sana, muy sana puede ser la intención, y los medios para realizarla inadecuados. Antonio de Trueba, Teodoro Guerrero, María del Pilar Sinués, y una turbamulta de escritores, más cercanos al segundo que al primero en el valor literario, son predicadores constantes del bien o de lo que ellos consideran tal; pero la deficiencia artísaica, la pobreza de sus concepcio-

nes, la vulgaridad de sus pensamientos, no van más allá que a entretener a personas de escasa o mediana cultura, no a recrear entendimeintos superiores, no a la conquista del que siente o piensa de manera distinta u opuesta al sentir o pensar de esos autores.

Alejandro Dumas hijo solía plantear o resolver a su modo importantes cuestiones sociales que trataba en sus libros y frecuentemente llevaba a la escena. Promovían generales discusiones. El talento del escritor, del dramaturgo, salvaba siempre la obra desde el punto de vista literario o del éxito "material".

El interés que despiertan "Cañas y barro", "La Barraca" y "Entre naranjos" en todos los lectores, a no estar desprovistos de ciertas cualidades, no lo origina "La Catedral", que agrada mucho a cuantos simpatizan con las ideas del héroe, pero no a los contrarios. Lo mismo podría afirmarse de otros libros compuestos por el fecundo Blasco Ibáñez. Cuando más se acerca a la naturaleza, con ocasión de utilizar sus grandes facultades pictóricas, más acierta.

Como don José María de Pereda, admirable en la "pintura" de su "gente" el pueblo montañés, ya sea el mar, sea el campo, sea la montaña, en ello inimitable. Pero cuando traza los "Cuadros edificantes de la vida de un solterón" (El buey suelto...), o escribe "De tal palo tal astilla" (aquí mismo hay páginas magníficas en tipos y descripciones), queda a mucha distancia de "Sotileza", "La Puchera", "Peñas Arriba" y "El sabor de la tierruca", aunque en "Pedro Sánchez" haya tenido un acierto suficiente para inmortalizarle.

Alarcón es, sobre todo, el autor de narraciones deliciosas, como "El sombrero de tres picos" y sus tomos de cuentos; de preciosos viajes ("La Alpujarra", "De Madrid a Nápoles"); de relatos tan intensos que producen el mayor encanto, como el "Diario de un testigo de la guerra de Africa". Si "El Escándalo merece estimarse en alto precio; si son valiosas "La Pródiga", "El Niño de la Bola" y las restantes novelas, es

porque su ingenio, su extraordinario arte, las salva, aunque falle el propagandista, que no demuestra nunca nada de cuanto se propone demostrar.

No pasará así con el antiguo. ¡Con qué destreza hace ver don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza la fealdad de la mentira y de la murmuración! Es el público quien saca la consecuencia a que le conduce maravillosamente el insigne dramático; no la predica impertinente y enojosa, sino que la desenvuelve en acción natural, desarrollada, a cuyo término se dice el espectador: "¡Verdad!"

Pero no dejemos correr la pluma, que, sin advertirlo, sale un volumen. Abreviar importa.

No se puede condenar ni aprobar el arte docente "por sí". Lo uno o lo otro depende, no de que exista una tesis o deje de haberla, sino de las condiciones del artista y del valer de su obra. Si el autor de "Consuelo" y de "El tanto por ciento", dotado de singulares dotes dramáticas, acertó a desarrollar su doctrina realizando arte, verdadero arte, al producir aquellas preciosas comedias, otros que no valían menos, y muchos, que le eran inferiores, fracasaron en sus tentativas, porque la tesis hubo de sobreponerse, aplastándola, a la producción artística.

*

* *

Este acierto, a mi ver, no cabe negárselo al señor Marroquín. Lo que él pretende a la vista está: la demostración de que la patria de Cuervo, los Caro y tantos varones insignes, Colombia hermosa, con extensísimo territorio, escasa población, enormes riquezas inexploradas, no necesita más que paz, a fin de utilizar los dones naturales.

No faltarían capitales, pues acudirían los extranjeros, acrecentando el nacional; aumentarían los habitantes; se extendería la cultura; el bienestar se esparciría por todo el país.

Es sencillamente la obra de la civilización, que, realizada, por premio da la bienandanza común.

Los buenos, altruistas, patriotas, aspiran a que se cumpla tan hermoso programa, y por ello se sacrifican.

Los malos, egoístas, patrioteros, viviendo en perpetua farsa, arrastran muchedumbres ignaras en provecho suyo, deshacen la fábrica, no terminada, impiden que se rehaga y ejecutan el mal en todas las formas posibles.

La lucha se entabla. En eso se hallan, en mayor o menor grado, casi todas las naciones.

VII

El problema es grave, de una gravedad extraordinaria. En imoprtancia ninguno lo supera.

No es nuevo. Es tan viejo como la democracia.

La libertad es un arma de dos filos que, torpemente manejada, hiere la mano del que la utiliza.

Los demagogos griegos causaron la decadencia primero y la ruina después del gobierno popular.

Los demagogos romanos originaron que la república democrática se convirtiera en militar, la cual a su vez engendró el imperio.

Las demasías revolucionarias en Inglaterra traen consigo la restauración monárquica, y cuando por los excesos de los realistas sobreviene otra revolución, impiden con su amargo recuerdo que se instaure la república.

Algunos escritores preparan la Revolución en Francia, el pueblo la hace, la torpeza de los realistas la robustece, el patriotismo la engrandece y afirma, y la plebe la deshonra.

¡Siempre lo mismo! Por la demagogia la reacción otra vez; el Consulado, el Imperio. Alos generales heroicos de la República sustituyen los mariscales de Napoleón I.

En la propia nación se renueva la historia, y en Italia, y en España, y en todos lados.

Análogamente, en los países monárquicos. Me concretaré a una cita: de treinta y dos reyes godos, una veintena muere o

acaba el reinado de mala manera. ¿Y a qué se debió que España fuese conquistada por un puñado de moros (escasos miles) en un par de años? A que de los Pirineos al Estrecho se odiaba la dominación de los príncipes y nobles, y a que del Estrecho a los Pirineos la corrupción era general en aquéllos. La "masa" no perdía en el cambio de señores, más bien ganaba.

Los abusos de los monárquicos han traído las revoluciones; los abusos de los revolucionarios han producido la reacción, o la vuelta a la monarquía, o la dictadura. Prueba entre muchas: España en el siglo pasado.

*
* *

Una centuria hace que América se desangra, pagando el pecado original de haber aspirado a ser libre sin poseer las condiciones indispensables para disfrutar de la libertad.

La libertad y la independencia no son fines, sino medios: en sí no resuelven nada. Error de las muchedumbres, que creen resolverlo todo con la independencia y la libertad.

Bienes inestimables, porque sirven de condición para cumplir los sociales fines, que, sin la "personalidad" nacida de la independencia y sin la elección de los procedimientos convenientes de las leyes adecuadas, procedimientos y leyes posibles por la libertad, no se alcanzan, ni cabe que se alcancen, pues por suave que sea una servidumbre, el siervo ha de atender a los intereses del señor, no a los propios (si se les permiten): exclusiva o principalmente, el amo ha de quedar servido, pueda o no pueda atender a lo suyo el sujeto a esta dependencia.

Lo que acabo de escribir me lo ha inspirado la afirmación de cierto famoso catedrático y escritor, el cual asegura que los cubanos éramos criados de los españoles. La frase justifica la independencia, porque el reducido a servir es natural que aspire a gozar posición independiente, y si la oportunidad se le presenta, ha de aprovecharla.

Yo le hago más justicia a España: ni acá ni allá tomó a los hispanoamericanos. descendientes de los conquistadores, como a criados. En el siglo anterior, Quesada, los Concha, Ros de Olano, Pezuela y cien más ocuparon elevados cargos en la milicia, sin que nadie cuidase de su nacimiento, y justamente en estos días varios de los principales generales que operan en Marruecos nacieron en Cuba.

Lo mismo en lo civil ,en la literatura, y de Ruiz de Alarcón a nuestros días abundan los ejemplos. El señor Unamuno, que es varón de gran talento y cultura, se permite cada ocurrencia...

No nos tomaron como criados. Lo que pasó se explica facilísimamente con el dicho latino "nemo dat quod in se non habet": España no podía dar buen gobierno, buena administración, cuando ella misma se despedazaba en luchas intestinas; todavía no ha resuelto sus problemas capitales y parece que tardará mucho en resolverlos.

Si Prim, León, Dulce, O'Donnell, Narváez, Espartero, Pavía, se disputaban el mando entre los isabelinos, Zumalacárregui, Cabrera, Maroto eran objeto de intrigas en el campo tradicionalista: uno muere por torpeza o quizás por crimen; otro se hace más tarde alfonsino, el último, años antes, reconoce la legalidad.

¿Pudieron los españoles mantener su república? Ministerios relámpagos, cantones hasta en pueblos, desórdenes en todas partes.

Si territorios de la propia España trataron de hacerse independientes, si hoy mismo nofaltan separatistas en algunas regiones, lo cual creo que es gran error. ¿no habían de pretender la independencia inmensas tierras situadas a enorme distancia de la metrópoli?

Y si España no supo regirse, en el primer gobierno constitucional que originó la tremenda reacción sabida de todos, ni en el breve período constituyente y republicano, que originó

la restauración, y no quiero apartarme del siglo XIX, ¿cómo habían de gobernarse prudentemente pueblos nuevos, de razas mezcladas, con abrumador número de incultos, a quienes seducía la libertad, a quienes enamoraba la independencia, sin conocer a derechas lo que entrambas significan?

Muchos eran monárquicos: el ilustre general San Martín lo fué, y a Bolívar le propusieron hacerle monarca.

Cuando en la península se extienda y arraigue la instrucción, para que la multitud no siga a los charlatanes que la explotan, e imponga una buena administración, que sepa aprovechar los recursos naturales, suprimir gastos ociosos, desposeer a los zánganos de sus granjerías, dotar espléndidamente la enseñanza y abrir, abrir enteramente la nación a los adelantos de las demás; cuando haga eso, que hombres de valía le sobran para lograrlo, entonces gozará de cuantos beneficios disfrutan los países más favorecidos. Harto dilatada ha sido su existencia para que continúe en proceso constituyente; y si aquélla en largo espacio fué gloriosa, ¿por qué no ha de volverlo a ser?

Y en el mundo colombino, cualesquiera que sean los males presentes, el porvenir será de grandeza. Ríos que semejan mares, bosques de maravillosa exuberancia, tierras generosas que producen abundantes y sabrosos frutos apenas cuidadas, colosales macizos que encierran incalculables riquezas, fauna variadísima, ¿qué falta? Escuela, muchísima escuela, para "sanear", para "purificar", para "civilizar". Lo mismo, absolutamente lo mismo en esta banda que en la otra: causas iguales o parecidas, efectos análogos o semejantes, y acaso aquí sea más fácil de resolver el problema y esté más cercana la solución ,que, al fin, ventaja es de las sociedades nuevas ser menos resistentes a la mudanza. La Argentina, el Uruguay, el Brasil, Chile, algún otro pueblo, se hallan en el camino de la salvación, a lo que presumo; no es fácil que le abandonen ya, a lo menos de un modo decisivo, y cual esas naciones bien podemos esperar que, rectificando sus errores, una mayoría bien inten-

cionada impida que los mal avenidos se salgan con la suya y den al traste con el bien común.

Abramos el corazón a la esperanza; recordémonos del inmortal poeta norteamericano: "¡Excelsior!"

¡Pidamos paz! ¡Paz! Pero no sólo esa paz material, bien ficticia y endeble cuando se basa en la fuerza; sino la paz moral, la que, nacida del corazón, mantiene el ánimo dispuesto a la cordialidad.

Resolvamos amistosa, fraternalmente nuestras divergencias, unidos en el amor a la patria, a nuestra América, a nuestros hermanos en Cervantes, y hagámonos de esta suerte por completo dignos de poseer los bienes que disfrutamos dulcemente, cuando tanta sangre, tantas lágrimas costaron; no seamos como los párvulos que construyen penosamente sus castillos y casas, para luego derribar la trabajosa fábrica con ligero soplo.

ADVERTENCIA

Escrito cuanto precede he tenido cumplida noticia de don Lorenzo Marroquín, su vida y sus obras, la cual noticia no pude aprovechar oprtunamente.

Lo que averigüé no importa nada, sin embargo, al modestísimo trabajo que dedico a la obra capital del escritor colombiano.

José A. RODRIGUEZ GARCIA.

Fernando J Geigel
Agosto 21-1943 Habana

LAS LETRAS EN PUERTO RICO (1)

BREVES APUNTES PARA SU HISTORIA

En los primeros años del siglo actual, era la de Puerto Rico, una colonia "desmedrado y pobre", (2) de civilización puramente rudimentaria, desprovista de escuelas públicas, huérfana de periódicos, y entregada a la enervante somnolencia a que la convidaban de consuno, el clima, con sus abrumadores días tropicales en que toda actividad psíquica parece atrofiarse, y las instituciones políticas de una colonización errónea, cuya rectificación ha impuesto al cabo la experiencia con repetidas y dolorosas lecciones.

Precisa recurrir a las cualidades que constituyen el genio de la raza puertorriqueña, resignada y sufrida, pero resistente y tenaz con la melancólica tenacidad de los débiles, para explicarnos cómo ha podido, combatiendo victoriosamente aquellas fatalidades de la naturaleza y de la historia, crear en poco más de media centuria una literatura regional, desprovista de originalidad, es cierto, puesto que su carácter predominante es el de la imitación a determinado número de escritores peninsulares, pero exponente de una cultura a la que tal vez muy pocos pueblos de la tierra en igualdad de tiempo y circunstancias hubiesen llegado.

(1) Este artículo se publicó en "El Fígaro" de la Habana, el día 10 de abril de 1898; es, pues, un documento del siglo pasado.

(2) Coll y Toste: Bosquejo Histórico.

Entre las manifestaciones de esa literatura, hasta ayer en pañales y hoy relativamente pujante, la primera en el orden cronológico, y desde su aparición hasta la fecha la más fecunda y rica es la poesía lírica, en el amplio sentido que del uso corriente recibe esta última palabra. Un tomo de poesías es la primera obra literaria que se publica en la isla, y de poetas son, con muy limitadas excepciones, los nombres esclarecidos e ilustres, pocos, como lo han sido siempre los escogidos, que podemos inscribir en el libro de oro de nuestras modestas glorias regionales.

Dos fases presenta, a nuestro juicio, esa poesía.

Desde 1843 en que aparece el "Aguinaldo puertorriqueño" hasta 1870, la versificación es, por lo general, espontánea, sencilla e incorrecta, y la influencia casi exclusiva de Espronceda y Zorrilla, se advierte apenas hojeamos cualquiera de los "Cancioneros" o "Almanaques", que por entonces se publicaban.

En 1870, se abren nuevos horizontes a la literatura española y se inicia un nuevo período en la de Puerto Rico, que llega a la plenitud de su desarrollo, cuando proclamada la República en la metrópoli, abolida la servidumbre del negro y concedidos al colono los derechos del ciudadano, en toda su integridad, deja de ser la isla

"un átomo perdido
que al ver su propia pequeñez se aterra",

y los poetas sienten inusitada inspiración cuando en vez de la atmósfera de la colonia, envenenada por la esclavitud, respiran auras de libertad y reparadora justicia.

Todo aquello, menos la inmortal rectificación impuesta por los abolicionistas a la conciencia nacional, pasó rápidamente por causas que no atañen al propósito que informa este artículo, pero quedó subsistente la evolución intelectual provocada en el país, que el pensamiento es ave, que, una vez abiertas sus alas, no rerocede aunque en ello se empeñen los más grandes poderes de la tierra.

La poesía siguió bebiendo su inspiración en la literatura peninsular, pero sin ceñirse ya a contado número de escritores, y el poeta, a despecho de los defectos inherentes en cierto modo a su condición de hijo de los trópicos, se levantó a cantar asuntos más altos, se hizo sobrio, tendencioso y reflexivo, y tal parece que adoptó por lema el "paulo majora canamus" del dulce hijo de Mantua.

Corresponden al primer período, ya porque murieran antes de comenzar el segundo, ya porque voluntariamente hayan enmudecido, María Bibiana Benítez, Ursula Cardona, Carmen Hernández, Pastrana, los hermanos Vidarte, Vasallo, Alonso, Sáez, Comas, Ramón Marín, y Aranzamendi.

Florecieron en el segundo período, y como todos los que anteceden, menos uno (Marín) han muerto, Corchado, Dekes, Soler, Puente Acosta, Pérez, Balseiro, Monje, Tapia, Alejandrina Benítez, José Gautier Benítez, José Gualberto Padilla, Padilla Dávila, Ruiz Gandía, Salvador Brau Zuzuárregui, Alvarez y Morales Ferrer. Viven aun por fortuna para las letras patrias, Lola Rodríguez de Tió, Salvador Brau (el maestro incomparable de la presente generación de escritores y poetas), Muñoz Rivera, Fidela Matheu, Patria Tió, Coll, Sama, Zeno Gandía, Rafael del Valle, Gordils, de Diego, Luis Rodríguez Cabrero, Mariano Abril, Matos Bernier, Ferrer, Casanova, Negrón Sanjurjo, Rafael Sama, Palés, Domínguez, Lugo, Torres, Escudero Miranda Astol, Rivera, Martínez Rosselló, Ramón Brans, José Mercado, Machiavelo, Figueroa, Toro Soler y José Daubón.

Puede afirmarse sin vacilaciones que la aptitud poética es la predominante en el intelecto puertorriqueño.

Por eso, estudiando el nacimiento y desarrollo de nuestra poesía, se tendrá la clave de toda nuestra historia literaria: el drama y la novela, manifestaciones relativamente importantes de nuestra cultura, obedecen en su evolución a las mismas leyes históricas que la poetía lírica, y de tal manera es esto evidente, que no hay un solo novelista o dramaturgo de cualquiera de los dos períodos a que hemos hecho referencia cuyo

nombre no esté incluido en los que a estos renglones preceden. Tal sucede también, salvo un corto número, con los prosistas: la obsesión poética les acompaña, y por eso, sólo citaremos a continuación a los que como Acosta, Baldorioty, Pablo Morales y Manuel Elzaburu, bajaron a la tumba sin haber adquirido notoriedad por alguna composición poética, aunque no nos atrevamos a jurar que una indagación sagaz no diera por resultado el descubrimiento de algún pecadillo rimado de aquellos insignes varones, gloria y prez de la tierra en que nacieron.

Viven todavía y dan gallarda muestra de su ingenio, Fernández Juncos, (puertorriqueño por adopción y por su indiscutible influencia en nuestra literatura), Bonafoux, Degetau y Antonio Cortón.

Engañaríase quien creyera que a título de secritores de primer orden hemos hecho comparecer a todos los que figuran en este artículo. No, al lado de nuestros bardos y prosistas más ilustres por la elevación del pensamiento y la belleza de la expresión, figuran entre los precedentemente enumerados otros que no rebasan los límites de una honrosa medianía, tan distante de las groseras concepciones del "populacho literario", como de las aureas elucubraciones del genio, y aunque alguien, recordando la vieja y sabidísima sentencia de Horacio, por ello nos censure, le replicaremos que no es el nuestro, trabajo de crítica o de selección, sino labor histórica encaminada a aportar datos para estudiar un aspecto interesante de nuestra vida regional y a enaltecer los esfuerzos de un pueblo para sobreponerse a las sugestiones malsanas que parecían condenarle a eterna inferioridad.

Y si aun persiste quien lea estos renglones en tildarnos de benévolos en demasía le contestaremos con las siguientes palabras de un ilustre escritor: (1) "En cuanto al amor patrio que suele abultar el mérito y sublimar el valor de las cosas, falta es de tan noble origen, que por él se obtiene la más completa absolución libre de toda penitencia."

(1) Don Juan Valera: Disertaciones y juicios literarios.

Sergio CUEVAS ZEQUEIRA.

La Jurisdicción del Trabajo

CONFERENCIA DADA EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES DE LA HABANA, POR EL DOCTOR MARINO LOPEZ BLANCO

Muy ilustre señor Rector:

Señores Academémicos:

Si en el anmarañado campo de las relaciones contractuales mantienen lucha denodada las siempre contrapuestas y separadas doctrinas del "socialismo" y del "individualismo", esto es, las que abogan respectivamente por la completa intervención del Estado o por su abstención más decisiva, casi por su desaparición, en este nuestro empeño de referirnos de soslayo a la jurisdicción del trabajo, vuelven a percibirse los clamores de dos opiniones distintas que chocan y entrechocan ante la voluntad impasible y la fría resistencia de sus mantenedores.

Pero si recia y terca es la lucha con que sostienen sus discrepancias las referidas tendencias, ya en el orden práctico, ya en el de la más elevada especulación científica, lo cierto es, que la sorprendente y casi maravillosa intensidad de la vida de relación, ha acentuado—vivamente en unos pueblos, lenta y paulatinamente en otros—la actuación intervencionista del Estado, que ante la constante multiplicación de conflictos entre el capital y el trabajo, acude con su presencia a armonizar intereses disímiles, a dirimir discordias entre patronos y obreros, a dictar reglas de procedimiento, a distinguir y avalorar los

derechos y deberes de los elementos que integran la producción.

Por esto fácilmente podemos explicarnos estas conquistas del intervencionismo meditando quietamente en la dúplice función jurídico-social del Estado, en cuanto que protege intereses íntimamente ligados al perfeccionamiento de la vida en común.

Si como ha dicho Vidal "el hombre nace para trabajar como el ave para volar", que tanto quiere decir como que trabajar es ley ineludible de la vida, necesita el hombre para el cumplimiento de este deber ingénito garantía suficiente para ejercitar el derecho correlativo de que goza; de ahí que la función ordenadora que al Estado se le confía intervenga regulando las condiciones del trabajo por medio de normas de derecho objetivo y reconociendo o anulando, según su conformidad o inconformidad con éste, determinadas situaciones jurídicas.

Cuando Laveley dice que "si el Estado interviene en favor de los débiles y desheredados, según mandan todas las religiones dignas de este nombre, no hace más que reparar un daño causado", produce enojo la dejación imperdonable y poco humana que las legislaciones civiles han hecho de esta relación jurídica "sui géneris", considerándola variedad de la "locatio", por rutinario tradición romana y no precisando que el objeto de este contrato especialísimo es un ser racional y libre: el propio sujeto de la ciencia económica.

Por fortuna se pone coto a males tan antiguos con la aparición de un completo Código del trabajo, que algunos atendiendo a su naturaleza denominan legislación social y que otros en atención a los más inmediatamente beneficiados intentan conocerla por legislación obrera, pero que poco monta para el fin que hoy perseguimos tan insignificante cuestión de nombre cuya discusión aplazamos para edad más venturosa del género humano: cuando esta paz vacilante y enferma que hoy disfrutamos haya recabado firme y duradero asiento.

Y entrando de lleno a recordaros la fisonomía propia de la

jurisdicción del trabajo—ya que por vano desecharía el propósito de ilustrar a esta sapientísima corporación—permitidme que remonte mi pensamiento hasta los medios primitivos de armonizar las relaciones entre patronos y obreros. Primeramente analizamos La Conciliación—o los llamados en Francia Consejos de fábrica, o Cámaras de explicación en Bélgica—mostrando caracteres de instituto ante-procesal, porque nacida en una época en que el derecho adjetivo que diría Bentham, apenas si se había remozado con los aires de la especulación jurídica, ni intensificadas las relaciones humanas con la fabulosa complejidad que hoy la vida industrial alcanza, es natural que sólo pretendiese evitar el conflicto surgido conciliando a ambas partes contendientes sin ulterior intervención de tercero, sin trabas ni sujeciones de ninguna índole, y sólo subordinados al libérrimo veredicto de sus deseos. Materia esta en la que no todos los autores están contestes pues el carácter peculiarmente privado que en principio manifiesta, dificulta su exacta determinación y brinda un vasto y anchuroso campo a la inventiva. Un tratadista de cimentado renombre, Fromont de Bouaille, explica la Conciliación al anotar las diferencias que la distinguen del arbitraje, institución que vino inmediatamente a sustituirla.

Dice a este respecto "que la Conciliación se caracteriza por el hecho de que los interesados discuten libremente entre sí la cuestión que les importa tratando de llegar a un arreglo, pero no ceden en favor de nadie ninguna parte del derecho que les es propia de discutir sus asuntos. En el arbitraje por el contrario, interviene un tercero—árbitro—que puede ser elegido especialmente para un caso dado, o designado de antemano por un convenio de arbitraje, o impuesto por la ley, pero que posee esencialmente el derecho de formular una opinión pernal y su decisión tendrá siempre el carácter de una sentencia".

En esta diferencia que apunta el sabio jurisconsulto citado por Casais, se atisba el proceso evolutivo de uno a otro organismo que sólo obedece al progreso incesante de la humanidad y al nacimiento de nuevas e imperiosas necesidades.

Pero enseguida el insaciable anhelo de perfeccionamiento lleva a los hombres por nuevos derroteros, el trabajo constante a que se entregan en amigable agrupación los une tan estrechamente, que multiplican sus actividades hasta un punto inconcebible y despierta en el ánimo de todos el aletargado sentimiento de la humana solidaridad. Es entonces cuando el tan repetido verso de Terencio "soy hombre y por lo tanto nada de lo humano me es indiferente" recibe su consagración, y a nadie más que a esta gloriosa avanzada del progreso, que aquilata valores e indemniza injusticias, le corresponde el laurel de tan significada conquista.

Cuando la necesidad lo reclama, se piensa en una jurisdicción del trabajo, única competente para conocer de las cuestiones que la aplicación del Código del trabajo suscitare.

Y con su aparición se plantea uno de los problemas más interesantes del Derecho Procesal, puesto que la "unidad de jurisdicciones" principio fundamental de esta ciencia emanado del Derecho Político, quiere por algunos mantenerse incólume, mientras que otros más en lo cierto a mi ver, fustigan tal rigorismo y abonan en razón de su aserto razones tan poderosas como la existencia de jurisdicciones especiales—Guerra y Marina, Senado, Cuerpos Colegisladores—que en nada pugnan con el sentido real que debe informar al derecho; y que por otra parte están justificadas por circunstancias especiales de la materia o del sujeto que en condiciones poco vulgares—muy propias dentro de la heterogénea actividad del hombre—no pueden recaer bajo el dominio de la jurisdicción ordinaria, caracterizada por la amplitud de su comprensión al mismo tiempo que por la unidad genérica de los sometidos.

Esta jurisdicción especial que defendemos, tan necesaria como cualquiera de su clase, aporta en favor de su reconocimiento el hecho innegable de que las relaciones del trabajo son excesivamente fecundas en conflictos para que una sola jurisdicción, ya de suyo grávida de labor, realice concienzudamente el fin que se pretende.

Y si tenemos en cuenta que la solución de estas contiendas sociales requieren para su mejor atención Tribunales *ad hoc*, es decir, integrados por personas que además de probada prudencia tengan la pericia consabida, de sobra comprendo como en vuestro proyecto de Código del Trabajo, desechasteis por absurda la teoría unitaria y abrazasteis como útil, necesaria y justa la que clama por la especialidad de jurisdicciones.

Y ahora que menciono el Proyecto elaborado por esta colectividad voy a referirme, siquiera sea brevemente, a dos de las más felices soluciones que en él se encuentran.

Se estatuye con relevante originalidad el acto conciliatorio —abolido por errado espíritu de síntesis en nuestra Ley de Enjuiciamiento—evitándose con tan prudente medida los numerosos inconvenientes que a los interesados brinda la iniciación del juicio.

Y ofrece la novedad de ser la primera legislación de esta clase que resuelve el problema de si deben ser o no obligatorios la tentativa de Conciliación y el Arbitraje. Muchas han sido las opiniones y varios los sentidos en que se han manifestado. Para unos debieran ser voluntarias ambas instituciones, a este grupo pertenecen los individualistas un tanto transigeetes; para otros sólo debiera de ser obligatoria el arbitraje; pero se ha llegado a más, pues como observa Charles Gide en su "Curso de Economía Política", la Ley del Canadá, refiriéndose a los servicios de utilidad pública impone obligatoria tan sólo la tentativa de conciliación, pero si con ella nada puede lograrse, el derecho a la huelga subsiste como "última ratio".

Es pues, nuestro Proyecto, el que con una nunca bien ponderada iniciativa, define el carácter obligatorio de ambas instituciones, no alejando su pensamiento de lo que está más en consonancia con una verdadera actuación intervencionista.

También luce su tacto exquisito esta Academia, cuando en la composición de los Tribunales se atiende cumplidamente—como advierte nuestro ilustre rector—a las dos inmediatas necesidades: la de la representación y la de la imparcialidad.

Y es de notar que no existía hasta el presente legislación alguna que con tanta precisión imprimiese a los Tribunales estos preciados elementos de garantía.

Y ya que queda sentada la necesidad imprescindible de la jurisdicción del trabajo, de buen grado continuará exponiéndoos los puntos más salientes que la ley debe reglamentar y las doctrinas que sobre el particular se han construido, pero aunque soy profundo conocedor de vuestra benevolencia, no se me olvida la poca amenidad que ofrecen los temas de puro corte procesal y quiero dar por terminada mi encomienda.

He dicho.

BAYAMO

(Notas tomadas en la Ciudad heroica el 10 de Octubre de 1919.)

Bayamo fué una de las primeras ciudades fundadas por Diego Velázquez, al colonizar la Isla de Cuba en 1514.

Comprendía su territorio más de la mitad de la Provincia de Oriente e integraban su demarcación los actuales Municipios de Jiguaní, Holguín, Gibara, Manzanillo, Tunas, Puerto Padre, Campechuela y Niquero.

Ciudad interior, núcleo de un foco de colonización, vegetó durante el período colonial, progresando lentamente "junto a su anchurosa vega y su cristalino río", mientras aumentaba su población, compuesta de un cierto número de familias distinguidas fundadas algunas de ellas por los compañeros de Velázquez, tales como los Tamayo y los Vázquez de Coronado.

La ciudad llegó a tener una legua de extensión, y contaba con ocho o diez Iglesias y capillas; y fué famosa por la riqueza y hospitalidad de sus moradores.

Los bayameses, siempre resueltos y valientes, se distinguieron en la Historia de Cuba desde el año 1602 en el que rescataron, capitaneados por Jácome Milanés y Gregorio Ramos, al Obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano, de las garras del francés Gilberto Girón, en una hazaña militar que costó la vida a éste y a casi todos sus secuaces, y sirvió de asunto a uno de los primeros poemas de la literatura cubana, escrito por Silvestre de Balboa.

A pesar de la escasa difusión de la cultura en la primera época colonial, Bayamo disfrutó desde 1571, de una institución de enseñanza fundada merced al cuantioso legado que hiciera



LA TORRE DE LA IGLESIA CONVERTIDA EN HELIOGRAFO POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS DURANTE LA ULTIMA GUERRA.

para esa obrapía el Capitán Francisco de Paradas, la cual pasó en 1700 a los frailes dominicos, en cuyas manos mejoró notablemente, y permitió a no pocos bayameses iniciarse en el estudio de las letras y las ciencias, en las que algunos sobresalieron de modo extraordinario.

El primer pensador cubano José Antonio Saco, que alcanzó universal reputación como publicista, y fué autor de la monumental "Historia de la Esclavitud", era de Bayamo y allí hizo sus primeros estudios.

Manuel del Socorro Rodríguez, que figuró a fines del siglo XVIII entre los primeros cultivadores de nuestra literatura era también hijo humilde de Bayamo, y brilló en literatura, escultura y pintura, siendo asombroso que hubiera podido adquirir allí tan variados conocimientos. Obtuvo del Rey de España la concesión de ser examinado en tales materias, y como resultado de su examen fué premiado con el cargo de Bibliotecario de Santa Fe de Bogotá, en cuya ciudad fué uno de los fundadores del periodismo colombiano.

En la Iglesia parroquial de Bayamo esculpió y pintó el famoso Altar Mayor, que fué destruido cuando el incendio de la ciudad, y se le atribuye el notable retablo de madera de la capilla anexa al templo.

Bayameses ilustres fueron también, contemporáneos y posteriores a Saco, los poetas Juan Clemente Zenea, José Joaquín Palma y José Fornaris, el portentoso orador sagrado Tristán de Jesús Medina, la dulce poetisa Ursula Céspedes de Escanaverino, los jurisconsultos Joaquín Muñoz Izaguirre, y... José María de Céspedes, Tomás Estrada Palma, Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, y otros muchos que sacrificaron vida y hacienda por la libertad de Cuba.

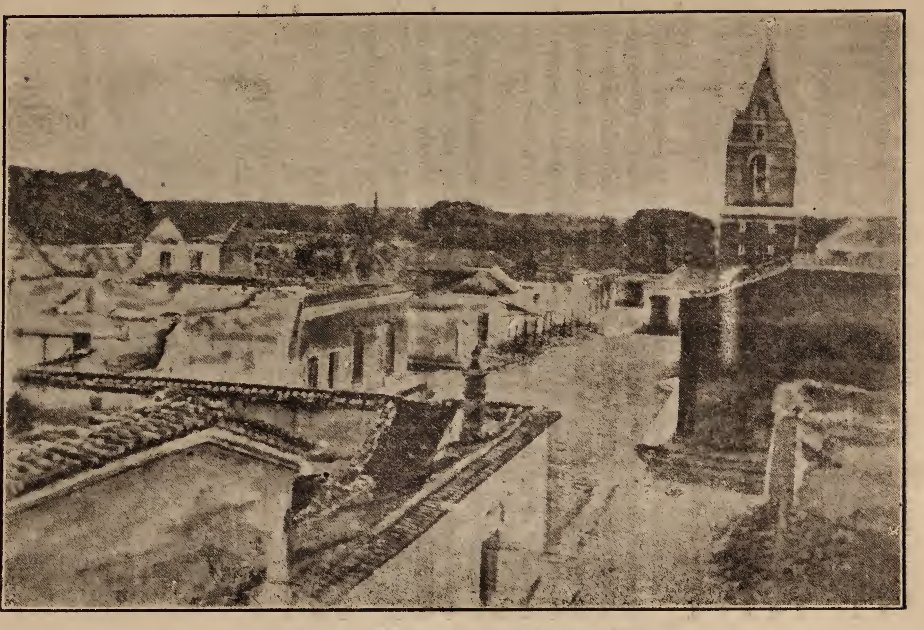
En 1868, al entrar Céspedes al frente de los libertadores, toda la ciudad secundó la revolución; y, como dice el historiador de la revolución de Yara:

"Bayamo fué declarada capital provisional de la República y asiento del Gobierno de la Revolución. Nombróse Gober-

nador Civil al esclarecido abogado Jorge Carlos Milanés; organizóse el Ayuntamiento en el que figuraron tres peninsulares y dos hombres de color; terminóse la organización del Ejército, y el carro de la Guerra, empujado por el brillante triunfo, marchó formidable y orgulloso hacia Occidente."

En la Iglesia Mayor se bendijo la bandera cubana. El arte reproduce hoy aquella escena en el arco toral de dicha iglesia. Don José Jiménez Cruz, describe este cuadro, diciendo: "El Reverendo octogenario, Padre Bautista, rodeado de sus acólitos, con cruz alta, ciriales e incensario, bendice, lleno de unción evangélica y patriótica, aquella preciosa enseña nacional que había sido enarbolada en la madrugada del 10 de Octubre, allá en la Demajagua, al grito varonil de "Independencia, o muerte" y al democrático y altruista de "Libertad a los esclavos". Actúa de abanderado, el Oficial señor Felipe Sánchez, y están presentes el caudillo protagonista de la misma, el inmortal Carlos Manuel de Céspedes, el venerable Padre de la Patria Don Francisco Vicente Aguilera, el valiente Donato Mármol, el dominicano Luis Marcano, (instructor y asesor de aquellas bisoñas fuerzas cubanas, que en un período tan breve de entrenamiento militar, realizaron un acto de gran resonancia y prestigio bélico, como era el tomar aquella ciudad, después de tres días de asedio), a la derecha de Marcano, figuraba el incansable luchador General Calixto García Iñiguez, le sigue el inolvidable autor del himno nacional, el enamorado de los ideales patrios, el joven "Perucho" Figueredo, viniendo después el General Vicente García, primer sitiador y vencedor de Victoria de las Tunas."

Meses después, ante el temor de que cayera en manos del enemigo la rica y patriarcal ciudad fué incendiada por sus propios hijos y reducida a cenizas. "La conflagración, dice José María Céspedes, fué horrible. Allí alcanzaron igual suerte la casa del rico y la choza del pobre. Nada quedó en pie: las llamas devoradoras se cebaron sin piedad en edificios, muebles y papeles, incluso los archivos en que se custodiaban los



BAYAMO DESTRUIDO POR LAS LLAMAS

instrumentos públicos, partidas bautismales, censos, capellanías, etc.'' Bayamo, muestra todavía sus escombros, como su mayor timbre de gloria.

En aras del amor patrio, los bayameses supieron copiar el sacrificio heroico de Numancia y Sagunto, y si éste es timbre de gloria para la hispana gente, Bayamo y los bayameses son eslabones magníficos de esa cadena de heroísmos que los siglos respetan y los hombres admiran y que hacen de la familia hispano-americana, la más grande de la historia.

En la ''heroica ciudad'', como en Camagüey y en Trinidad, se conservan las antiguas familias criollas, depuradas por largos años de cruzamiento entre ellas y sin recibir influencias extrañas, y por su amor al suelo natal, y el ejercicio de las virtudes, acendraron en el alma de los bayameses el noble y generoso espíritu de sacrificio que demostraron en su holocausto por la patria.

Recordamos con agrado entre esas familias las de Céspedes, Tamayo, Figueredo, Vázquez, Estrada, Milanés ,Aguilera, Palma Izaguirre, Fornaris, Téllez Castillo, Luque, Cisneros, Oduardo, Saco, Ramírez de Avellaneda, Moreno y otras.

Después de la Independencia renace Bayamo de sus cenizas, aunque de un modo lento y trabajoso. ''Empero, como dice Márquez Sterling, es para los cubanos el altar de las generaciones futuras.''

Dr. Manuel GARCIA BERNAL.
El Vicario del Arenal.

PELICULA INICIAL (1)

Yo no sé, lector, si acertaré a interpretar fielmente en esta plática que ahora contigo inicio, el pensamiento cabal de los jóvenes editores de esta "Revista", que han tenido la bondad de confiarme la misión halagadora de saludarte amigablemente en este día venturoso de su primera salida al mundo de las periodísitcas hazañas, y exponerte, además, de la mejor manera riodísticas hazañas, y exponerte, además, de la mejor manera los guían, y las lisonjeras esperanzas que abrigan.

Vienen ellos, lector, animados de un entusiasmo fervoroso, a llenar en las nutridas fiias de la prensa habanera, una función utilísima y beneficiosa, porque todavía no hay, que yo sepa entre nuestras múltiples publicaciones periódicas, ninguna que se consagre, con exclusiva dedicación, a lo que me atrevería a llamar, con permiso de los doctos y experimentados en la materia, la literatura cinematográfica.

Quiero decir, lector, que siendo el cinematógrafo una manifestación artística íntimamente relacionada con el teatro propiamente dicho, del cual, si en ocasiones se nos ofrece como un sustituto y hasta como un rival, en más de una oportunidad resulta un auxiliar diligentísimo e insustituible, puede y debe tener sus colaboradores, sus intérpretes y sus críticos entre la falanje animosa de literatos y escritores que, para legítimo orgullo nuestro, poseemos.

Por otra parte, lector, no cabe negar sin estar ciego, que es el cinematógrafo un activísimo instrumento, el más adecuado

---

(1) Prólogo de un periódico, al cine consagrado.

de cuantos hasta hoy ha inventado la audaz iniciativa del hombre, para hacer llegar a las regiones últimas del edificio social, el conocimiento de las grandes creaciones del arte, depurando así, por la acción educadora de la emoción estética, el gusto de los humildes desheredados de la foituna.

Por eso, lector, porque vivo convencido de la eficacia educadora del cinematógrafo, creo que ha de llegar en el reloj del progreso, que es fijo como el sol y nunca atrasa, la hora feliz y no ciertamente muy lejana de que cada escuela tenga como uno de sus más indispensables auxiliares una instalación cinematográfica para dar el debido cumplimiento a aquel su deber supremo, de instruir deleittando.

Tampoco, lector, es posible negar que esta estupenda creación del humano ingenio ofrece campo amplísimo a una serie de aplicaciones eminentemente beneficiosas, ya que no hay acaso en la actualidad otro medio con el cine comparable para la difusión rápida de conocimientos útiles, y para llevar a la muchedumbre, bien sujeta en las redes de la tendencia imitativa, a la ejecución de prácticas saludables y beneficiosas.

Pues bien, lector, a la propagación de estas ideas que aquí en embrión voy esbozando, se dedicará con todo ahinco esta "Revista", y a dar a conocer al público y a las empresas cuanto respecto a tema tan fecundo y ámplio pueda despertar legítimo interés, y yo doy por sentado que no ha de faltarles, ni el calor de tu simpatía, ni el imprescindible viático de tu concurso material.

Y por si acaso se te ocurrió preguntarte allá en tu fuero interno quién me dió vela en esta conematográfica procesión que ahora tan gallardamente comienza, déjame recordarte, lector, que es la juventud cubana quien a su frente, gallardamente a mi lado se codea con nobilísimos bríos y con insuperables arrestos y que yo soy, como reza cierto libro que pusieron en mis manos, allá en los lejanos días de mi vida escolar, "el amigo de la juventud".

Sergio Cuevas ZEQUEIRA.

LAS CLASES DE VITALIDAD EN CUBA (1)

No abrigo la pretensión al redactar este trabajo, sobre las Clases de Vitalidad en Cuba, de ofrecer una exposición completa de datos y demostrar conocimientos que estoy muy lejos de poseer, porque la índole del mismo, me priva de textos apropiados que pudieran servirme de fecunda fuente de información; es sólo el deseo de cooperar con mi humilde esfuerzo a las iniciativas de nuestro sabio Catedrático Dr. Sergio Cuevas Zequiera, en el curso de esta interesante Asignatura, lo que me induce atrevidamente quizás, a poner mi pobre inteligencia y tenaz empeño al servicio de su atinado proyecto.

Sólo espero que él, guiado por la gran benevolencia que es su característica, sabedor de que soy el último de sus alumnos en valer, aunque de los primeros en sentir y obedecer, juzgue benignamente lo que como ya he dicho, no tiene otro mérito, que el deseo de secundar todo aquello que abriéndonos nuevos horizontes, descorra el tupido velo en que aun se hallan envueltas nuestras juveniles inteligencias.

Voy a pasar al Tema que nos ocupa y al hacerlo, quiero demostraros su incalculable importancia, sintetizando en un solo párrafo, en una sola interrogación, toda la inmensidad de su contenido.

¿Quién no ha observado el doloroso contraste que se ofrece en este suelo, tan rico, tan pródigo con sus hijos natales y adoptivos, entre la rica organización de los que gozan de la exuberancia de sus fértiles campiñas, en medio del verdor de su ex-

(1) Trabajo presentado en el Aula universitaria por la distinguida alumna de Sociología, señorita Rosa María Menéndez Herrero.

celente vegetación y las suaves brisas que agitan dulcemente las magníficas plantaciones de nuestros bosques seculares, y aquellos infelices, que desheredados de esa loca que algunos han llamado la "Fortuna", viven muriendo en esos inmundos barrios hacinados de los que por desgracia, surgen a cada paso ante nuestra vista en esta populosa ciudad? Infelices, carentes de todo aquello que pueda contribuir a enriquecer o por lo



ROSA MARIA MENENDEZ HERRERO
Alumna de Sociología

menos, sostener nuestro organismo, ven minarse rápidamente su existencia, cual si hados fatales ciñesen sus fieras garras sobre su mísera naturaleza.

Antes de entrar de lleno en el curso de mi Tema, creo necesario decir brevemente qué son las Clases de Vitalidad.

El eminente sociólogo Franklin E. Giddings, de la Universidad Colombina de New York, dice que las Clases de Vitalidad son los resultados directos más simples de la asociación, originándose de la combinación de los inferentes elementos en la herencia y circunstacias de cada individuo. Y concluye: Que el principal factor que rige esa combinación es la Conciencia de la Especie.

Los indicios de las Clases de Vitalidad son las proporciones de su natalidad y de su mortalidad. Estas Clases de Vitalidad comprenden tres sub-clases: De alta vitalidad, de media vitalidad y de baja vitalidad.

Y una vez planteado el problema pasemos a estudiarlo aplicado a la Isla de Cuba.

Es indudable que nuestra Patria es una de las Naciones en que con mayor facilidad puede desarrollarse la Sub-Clase de Alta Vitalidad, por sus excelentes condiciones climatológicas y la sorprendente feracidad de sus campos que la hacen uno de los países agrícolas más ricos del Continente Americano.

Basta haber residido breve tiempo en cualquiera de sus deliciosas campiñas, para ver cómo la vida invade al organismo, la salud quebrantada se repone al instante y siente uno nuevos hálitos para la lucha constante del vivir.

El aire puro que se respira en esos lugares, desprovisto de las malsanas emanaciones de las grandes ciudades, ensancha los pulmones, favoreciendo las funciones del aparato respiratorio, tan necesarias para la salud.

Los alimentos sanos y frugales como son las legumbres, las viandas, las frutas, que en el campo se dan como en ninguna otra parte de la Isla, debido a la exuberancia de su terreno y a los cuidados agrícolas del campesino, maestro en estas faenas a las cuales dedica su existencia.

La leche pura y fresca, libre de esas manipulaciones a que se la somete en la ciudad y que la hacen perder sus excelentes condiciones nutritivas.

Y esto en realidad es poco, comparado con la dulce tranquilidad que se goza en esos lugares alejados del mundanal bullicio, donde la uniformidad de las costumbres y de la existencia traen la paz al espíritu y al organismo tan necesaria para robustecerlos.

En efecto, las costumbres sobrias del campesino cubano, esa vida que pudiera calificarse de monótona, que comienza al despuntar el alba, cuando todo es alegría y termina cuando los últimos rayos solares, iluminan las doradas mieses, siendo re-

emplazados por las vagas sombras del crepúsculo, esa vida, repetimos, es manantial de salud y fortaleza. Las rudas tareas de labranza, tan penosas para los que jamás se han entregado a ellas, favorecen su hercúlea constitución, robusteciendo sus músculos y vivificando su organismo.

Además, sus sencillas diversiones desprovistas de la agitación de los paseos y espectáculos de las grandes ciudades, de esa delirante sucesión de fiestas, que cual caravana impulsada hacia la consecución de un ideal soñado y tras el cual en vano corre sin cesar, trayendo como consecuencia, el abatimiento físico y moral.

¡Qué horas de intenso placer y bienestar, son aquellas que se pasan en medio del religioso silencio de los campos de Cuba, sólo interrumpido por el ligero batir de las agrestes palmas, o el murmurio del río, oyendo a lo lejos los suaves gorgeos de las aves huéspedes de nuestros bosques y aspirando el fresco aroma de la incomparable vegetación cubana!

Y es así en medio de esa vida tranquila, sosegada, monótona si se quiere, donde hallamos la clase de alta vitalidad, donde los nacimientos exceden a las defunciones y donde los males se apartan para dar paso a la salud que invade el organismo, al paso que la tranquilidad se apodera del espíritu.

Todas las causas que acabo de exponer nos demuestran palpablemente, su gran influencia sobre la conservación y mejoramiento de la salud; no obstante, las Estadísticas de mortalidad rural serían muy inferiores, si a nuestros campesinos se les diese aunque fuera someramente lecciones de Higiene, si se les hiciese ver los peligros que les rodean, si se les ayudase a perfeccionar sus viviendas y el medio en que la mayoría de ellos viven.

Si hacemos una ligera excursión y nos fijamos en los enemigos que rodean a nuestros hombres de campo y que atenúan en mucho los laudables efectos que en ellos deben de producir el aire puro, la sana alimentación y demás factores que he expuesto anteriormente, tendremos que sus casas: construidas de

yagua y guano, en una proporción de un 77.1|2 por 100 con las demás casas de campo, constan sólo de tres departamentos, el cuarto dormitorio, la cocina y un cuerpo intermedio que hace las veces de sala y comedor, teniendo por pisos la tierra ligeramente apisonada, piso que las más de las veces es un depósito de fango.

Estas casas de construcción primitiva y de defectuosos materiales, reciben y dan paso a su interior por las innumerables hendijas que tienen, a la neblina ,y a las aguas pluviales, proporcionándole a sus moradoes un ambiente húmedo, causante del reuma y de un sin número de afecciones que reconocen por causa la humedad.

El agua de que se sirven los campesinos en general, proviene de pozos y ríos y es traída a las casas en una pipa, sostenida en una rastra o triángulo de madera. Dicha pipa descubierta y casi al sol, deposita un agua, que se renueva cada tres o cuatro días y que contiene gran número de gérmenes, que la convierten en un líquido nocivo.

Otras veces, esta agua es llovediza y antes de llegar a los depósitos, lava las pencas de guano del techo y las canales de palma, arrastrando un sinnúmero de detritus y gérmenes que la hace altamente nociva. Unamos a sus malas cualidades su gra nescasez para los usos domésticos, y podremos asegurar sin temor a mentir, que nuestros campesinos carecen del elemento más necesario para la vida.

Los habitantes del campo por lo regular viven hacinados, la pequeña área de cubicación de sus habitaciones, no guarda ni remotamente proporción con el número de moradores que en ellas residen, proporcionándoles una atmósfera viciada.

Las excretas son arrojadas en los alrededores de las casas, y estas excretas, unidas a las deyecciones de los animales, gallinas, palomas, perros, cerdos, caballos, etc., que viven en comunidad con las familias, forman una capa en el suelo, que está constantemente en contacto con los niños minando su existencia.

Unamos a estos perniciosos factores, la proximidad de las

lagunas, pantanos, etc., donde se descomponen y pudren infinidad de materias orgánicas, y donde reciben la vida multitud de insectos, entre ellos el mosquito, y especialmente, su variedad anopheles, propagador del paludismo que diezma tanto la población rural.

Si consultamos las Estadísticas, veremos el sinnúmero de niños que mueren en el campo de tétano infantil, pues a medida que ellas arrojan en cuatro años, una mortalidad de 272 en la Habana, acusan en dos años una mortalidad de 2,566 en el resto de la República.

Gran número de campesinos que debieran de vivir, mueren, por la falta de recursos con que sufragar los gastos de su curación, por las grandes distancias que los separan de los médicos y que los priva de una asistencia regular y necesaria y por la inepcia del gran número de curanderos que los asisten.

Muchas causas más, pudiera citar, que abrevian la vida del hombre de campo, y que de no existir así como las que acabo de enumerar, harían indudablemente que la Estadística de mortalidad rural fuera sumamente más pequeña, y más grande por consiguiente la clase de alta vitalidad en esos lugares.

Si de esa clase de habitantes de los campos pasamos a la que puebla las grandes ciudades de Cuba como la Habana, Cienfuegos, Santiago de Cuba, etc., ¡qué diversidad de caracteres nos encontraremos!

Pero he aquí, que aun en medio de esos seres que constituyen los grandes agregados de población, tenemos que hacer una distinción para diferenciar en ellos los que forman la Sub-Clase de Media Vitalidad y la de Baja Vitalidad.

Hay factores nocivos a la salud, que son comunes a todos los habitantes de las grandes poblaciones; ellos tanto perjudican a la Sub-Clase de Media Vitalidad como a la de Baja Vitalidad.

¿Quién no ha observado en uno de esos hormigueros que en Europa podemos llamar París, Londres, en los Estados Unidos, New York y en Cuba, la Habana, los innumerables agentes perjudiciales tendentes a debilitar el organismo más robusto?

Es evidente que el excesivo número de habitantes, produce el enrarecimiento del aire ambiente, tan necesario para la salud; dando a cada individuo una cantidad menor de la que normalmente necesita para vivir; también es motivado ese enrarecimiento por la exagerada altura de los edificios, indispensable para poder contener el inmenso número de seres que pueblan esas grandes poblaciones.

Por otra parte, los alimentos hijos las más de las veces de los fraudes que la odiosa codicia de algunos desheredados de conciencia realizan, resultan propicios para contraer gran número de enfermedades, o insuficientes para reparar las pérdidas ocasionadas por el trabajo, no son comparables a aquellos puros, nutritivos, sustanciosos, que vimos al estudiar la clase anterior y de que gozaban los campesinos; en la ciudad generalmente los alimentos no adulterados no son tan escogidos, son más raquíticos, pues las legumbres, cereales, frutas, etc., pierden gran parte de sus condiciones nutritivas, y escasamente sirven para satisfacer nuestras más perentorias necesidades.

Y decimos generalmente, porque no siempre sucede así, pues las clases acomodadas, pudientes, poseedoras de recursos suficientes no experimentan tanto esas privaciones a que están sometidas las clases pobres, y gozan de productos en mejores condiciones.

Y es así que lentamente iremos observando las diferentes condiciones que rigen las clases de media y baja vitalidad, que me propongo describir.

Uno de los alimentos que en todo tiempo ha sido considerado como uno de los más saludables, excelentes y completos, es la leche; es casi imposible obtenerla en la ciudad en toda su pureza, dadas las alteraciones que la hacen sufrir especuladores sin escrúpulo, haciéndola perder sus magníficas cualidades nutritivas, y convirtiéndola en elemento nocivo que en vez de fortificar, mina lentamente el organismo; y esto creo que a diario lo vemos los que residimos en esta ciudad, no obstante sus múltiples adelantos.

Creo firmemente que si fuera posible observar sin contem-

placiones las severas imposiciones de la higiene en esta delicada materia, lo mismo en lo que respecta al cuidado y alimentación de las reses vacunas, que en la manipulación y venta de la leche, derivarían de esta observancia no escaso beneficio las clases de media y baja vitalidad.

Por otra parte, la vida afanosa de la ciudad, la circulación constante que agita y abate debilitándolos, los organismos más poderosos, las diversas ocupaciones que mantienen al individuo durante sus horas de trabajo en lucha tenaz, todo eso, tiende a desgastar rápidamente la constitución orgánica de los seres que pueblan las ciudades populosas.

Y si a esto añadimos los espectáculos, paseos y diversiones cuya influencia es tan peligrosa en los grandes focos de población y de que afortunadamente están privados los tranquilos habitantes de los campos, nos bastará para forjarnos una rápida idea de los múltiples elementos que torturan y amenazan constantemente la salud en la población y a los que es necesario oponer tenaz resistencia para vivir en ese medio, a veces tan hostil.

Mas, todas estas dificultades, todos estos obstáculos ¿podemos decir que afectan realmente a las clases acomodadas de la población y aun a aquellas que no gozando de una opulenta posición disponen no obstante de los recursos económicos suficientes para vivir desahogadamente, tales como los profesionales, comerciantes, etc.? Creo que no, y para confirmarlo nos bastará observar los múltiples medios de que disponen esas clases afortunadas, para defenderse de las asechanzas del medio, conservando su bienestar físico y moral.

Tienen a su disposición todos los adelantos de la ciencia para combatir tenazmente la influencia perniciosa de las compactas poblaciones, logrando arrancar de una muerte cierta a los que sin tan certeros recursos serían otras tantas víctimas inmoladas, como veremos más adelante, a las fatalidades del medio.

Y es esta clase de media vitalidad, aquella en la cual los nacimientos y defunciones se equilibran, y en la que una vez vencidas todas las hostilidades del medio gozan de todas las maravillas de la civilización y de toda la magnificencia de las

Ciencias y las Artes; pues ¿dónde se obtienen más fácilmente las mejores manufacturas de la industria? ¿dónde se disfruta de los mejores centros de instrucción? ¿dónde en fin, se gozan los múltiples espectáculos que a medida que avanza el progreso más deleitan y cautivan el espíritu? Indudablemente que en esos grandes centros de población, poderosos focos de civilización y de cultura a que me vengo refiriendo.

¡Qué diferencia, en efecto, entre las múltiples comodidades que disfruta un habitante de la Habana, Matanzas, Cienfuegos, etc., o cualquiera otra de las grandes ciudades que pueblan nuestra Isla y las que pueden gozar los vecinos del interior, donde bien es verdad que las costumbres simplicísimas disminuyen notablemente las necesidades!

En Cuba, esta clase de media vitalidad, abunda mucho, siendo extraordinario el número de profesionales por ejemplo, que pueblan todos los lugares de la Isla.

Y pasando a la última etapa de nuestro tema, haré una breve exposición—puesto que la he mencionado algo al describir todos los obstáculos de la vida en la ciudad—de lo que significa para un ser pobre, desheredado de la fortuna, vivir en una populosa población.

¿Quién no ha visto o al menos oído relatar, la espantosa miseria que hace terrible la existencia de esos infelices que habitan los barrios verdaderamente pobres de la Habana?

Ellos carecen de alimentación, de aire, de luz y de agua; visitemos una casa de vecindad o "ciudadela" de nuestra capital y ella nos podrá servir de modelo para las demás de nuestras ciudades populosas. Todas—como decía en un brillante trabajo un ilustre Catedrático de nuestra Universidad—obedecen a este principio general: "almacenar en el menos espacio, el mayor número de individuos".

En las casas grandes, con amplias habitaciones, éstas se dividen y subdividen, con mamparas de lienzo o tablas, de poca altura, viviendo todos en comunidad.

En otras casas construidas para "ciudadelas", todos los cuartos, altos y bajos, dan a un pequeño patio; una puerta y una ventana pequeña que se abren al mismo, constituyen su solo medio de ventilación; la luz del sol no penetra en ellos, sus

rayos no vivifican aquellos hogares; el aire jamás se renueva, sus propiedades bioquímicas no benefician a estos seres; el medio en que ellos viven carece de ventilación. El agua es sumamente escasa, el aseo de las personas deja mucho que desear.

En cada cuarto, cuyas dimensiones son muy reducidas, vive toda una familia, padre, mujer e hijos; sólo el padre trabaja, resultando insuficiente su jornal para la manutención, casa, vestidos, etc., de toda la familia; dan preferencia al pago de la casa y quedan desatendidas la alimentación y demás necesidades, sus hijos se ven obligados a estar desnudos, descalzos, sucios y mal alimentados.

El número de casas de vecindad en la Estadística que presentó el Dr. Tamayo en un luminoso trabajo, es de 2,899, dando todas ellas un conjunto de 33,230 habitaciones, donde se albergan 86.000 personas, de todas las condiciones, razas y edades.

Ahora bien, sabiendo que sólo tiene esta sub-clase de baja vitalidad mala y escasa leche para los niños, poca y adulterada alimentación para los adultos, que vive hacinada en estrechísimas moradas, y que carece casi en absoluto de luz y de aire, fácil nos será comprender por qué la fiebre tifoidea existe con caracteres endémicos entre nosotros, y por qué la tuberculosis pulmonar, favorecida por las condiciones de nuestras casas de vecindad, produjera, sólo en el término municipal de la Habana, en el decenio de 1902 a 1911, 10,119 defunciones, y no menos fácil explicación encontraremos a estos datos pavorosos: en la Habana mueren al año 1,809 niños de gastro-enteritis, y 1,308 de meningitis como complicación gastro-intestinal, y en el resto de la República, en igual período de tiempo, 4,184 pequeñuelos sucumben víctimas de la primera de las citadas dolencias.

Bien pudiéramos afirmar sin temor de equivocarnos que hay en nuestra sociedad un grupo misérrimo de desheredados sometidos al férreo yugo del infortunio, que sólo conocen "de la ciudad", los influjos malsanos en el orden físico y en el orden moral, y a quienes la más elemental previsión aconseja redimir de tan dura suerte, antes que la consideración de su inmenso desamparo, agoste en sus lacerados corazones el sentimiento de la solidarida humana.

Rosa María MENENDEZ HERRERO.

La Teoria de los Organismos

—Y dice usted, M. Dorat, que es uno de los casos más curiosos...?

—Curiosísimo, amigo mío: en los veinte y cinco años que llevo al frente de este manicomio, jamás había conocido otro igual.

—Entonces, ese loco debe ser terrible...

—Nada de eso.

—Extremadamente melancólico...

—No puede decirse que lo sea: se muestra afable con todo el mundo, y á pesar de su edad avanzada, da muy poco qué hacer.

—Tendrá alguna monomanía...

—Sí, señor, y precisamente en esa monomanía está lo particular.

—Cuál es...?

—La de explicar á todos los que le vistian una teoría extravagante llamada "de organismos", la cual teoría no es más que una invención de su cerebro, enfermo á causa de la mucha ciencia que ha querido acumular en él.

—Y no se podría hablar con ese sujeto...?

—Cuando usted quiera.

—Pocos minutos más tarde me encontraba frente á frente de M. Grappin, que así se llamaba el alienado.

Era un viejecito como de 70 años, barbilampiño, de ojos negros muy vivos y mirada penetrante. Tenía su cabeza tan blanca como la nieve, y su delgado cuerpecillo casi se perdía en su ancho carrique que le llegaba hasta las orejas.

Cuando me vió penetrar en su celda se levantó de la butaca, en donde estaba sentado, se sonrió como sonríen los viejos, y tendiéndome la mano, sin darme tiempo para saludarle, me dijo con acento tranquilo:

—Oh, caballero. . .! Sin duda viene usted á ver al loco. . .

—Vengo a ver a M. Grappin—le contesté.

Agradecióme el anciano estas palabras, pues volviendo á estrechar mis manos con cariño, repuso:

—Siéntese usted, caballero; precisamente tenía deseos de conversar con alguna persona, y usted llega á tiempo. Ya usted sabrá, aunque por delicadeza lo disimule, que en estos momentos está hablando con un demente. La sociedad entera me ha considerado como tal, apresurándose llena de miedo, á encerrarme en estas cuatro paredes, sin preocuparse por otra parte de los muchos criminales que con el título de "cuerdos", se agitan en su seno, y que le ocasionan más perjuicios que beneficios pudiera yo proporcionarle con mi "teoría".

—Y no podréis vos, M. Grappin, explicarme esa teoría. . . ? —Añadí yo, temeroso de que no se volviese á presentar otra ocasión tan propicia para satisfacer mi curiosidad.

—Con mucho gusto—respondió el anciano.

Y acomodándose en su butaca, empezó a expresarse en estos términos:

—Ante todo ha de saber usted que fuí educado en Alemania. Concluidos los primeros estudios, dediquéme por completo al cultivo de la Física, la Química, la Historia Natural y la Astronomía. En poco tiempo, todo lo que hasta aquella época se había escrito sobre estas ciencias fué de mi dominio, y no hubo autor antiguo ni moderno que para mí no fuese tan conocido como el mejor de mis amigos. En seguida dediquéme a viajar. Observé con los ojos del cuerpo lo que hasta entonces sólo había observado con los del espíritu, y comprendí que aun en los libros científicos se escriben muchas necedades y no menos inexactitudes. Visité después los principales observa-

torios astronómicos del mundo, rectificando mis cálculos y haciendo otros nuevos. Veinte años pasaron de este modo, que con los treinta empleados en mis estudios, completaron los cincuenta. Entonces combiné lo que había estudiado en los libros con lo estudiado en la naturaleza y pude descubrir mi "teoría".

Al llegar a este punto, M. Grappin hizo una pequeña pausa, mientras parecía reconcentrar sus ideas. Yo no me atrevía a mover un dedo, sugestionado por los penetrantes ojos de aquel hombre que se clavaban en los míos, como si por sus pupilas quisiera comunicarme el fluido de sus pensamientos.

De pronto haciendo un brusco movimiento, se acercó más a mí, y con voz algo temblorosa me dijo:

—Caballero; mi teoría se llama la "teoría de los organismos". Una cosa tan sólo rige y compone el Universo: la matería. Esta materia se divide en "organismos": el primer organismo es Dios; el último..., hasta ahora el microscopio, por su deficiencia, no ha podido revelarlo, pero indudablemente que existe. De la reunión de los últimos organismos han resultado otros superiores; éstos a su vez han formado otros, y así, sucesivamente ,hasta llegar a los que por el auxilio de los grandes telescopios conocemos. Los mismos animales están constituidos por estos principios "microgénicos" que la ciencia descubre a cada paso. Al final se vendrá a ver que cada tejido está formado en todas sus partes por estos mismos elementos. Y lo que acabo de decir no acontece tan sólo en el reino animal, sino que también en los mal llamados "vegetales" y "minerales". Ha de saber usted, caballero, que no hay ni puede haber tal división; la materia es una sola, y si "vive" en un estado tiene que "vivir" en el otro. Si la materia "vive" en el animal, "vive" también en la piedra; si "siente" en el animal, indispensablemente ha de "sentir" en la planta. Se dice que el organismo muere: esa es una paparrucha aceptada por la humanidad. Los organismos no mueren, la muerte no existe, lo que sólo existe es una metamórfosis, una transformación. Cuando la oruga se encierra en su capullo (que bien

pudiera llamarse sepultura) ¿no la vemos salir más tarde, transformada en mariposa...? Se le ocurriría decir al más ignorante que la oruga ha muerto...? Indudablemente que no. Pues lo mismo sucede con los organismos.

—M. Grappin—interrumpíle yo—los animales tienen alma; los minerales y vegetales no.

El viejo se sonrió por un instante, y contestóme:

—Alma...! Y usted cree en el alma...? Lo que existe es una fuerza "atómica", peculiar de la materia, y que produce el movimiento y desarrollo de los órganos.

—Decía usted antes que unos organismos formaban a otros...

—Sí, señor; ya le había dicho a usted que otros organismos inferiores venían a constituirnos a nosotros; pues bien, amigo mío. nosotros, es decir, los animales, los minerales y las plantas formamos el organismo "Tierra".

—Cómo...? Y queréis hacer también de la Tierra un ser organizado...?

—Ni más ni menos.

—Con vida...?

—Ya he dicho a usted que todo ser material la tiene, y la tierra no podría separarse de esta ley'

Es decir, que estamos viviendo sobre un monstruo, sobre un animal enorme que tiene algo más de 6,300 kilómetros de radio, 40,000 de circunferencia y 510.000,000 de kilómetros cuadrados de superficie...?

—Sobre, no: estamos formando parte de él.

—M. Grappin, eso es inconcebible... Y ¿cómo nosotros no escuchamos su voz ni percibimos uno sólo de sus movimientos...?

—Su voz...! Preguntad a los organismos que componen el bronce del cañón si oyen su estampido... Y con respecto a sus movimientos, ignoráis los de rotación y traslación...? Ignoráis sus terribles convulsiones que destruyen en un segundo poblaciones enteras...? Ignoráis sus erupciones volcánicas...?

—Pero eso no puede ser: nosotros hemos recorrido nuestro planeta palmo a palmo y jamás se ha podido descubrir señal alguna de vitalidad en ninguna de sus partes.

—Nosotros no hemos recorrido la tierra más que en su superficie; desconocemos su organización interior y gaseosa; es decir, nos pasa como a los "organismos" de nuestra piel, por ejemplo, que ni soñarán en nuestras "vísceras" ni nunca podrán figurarse que el "monstruo" que ellos habitan tenga "dientes". Hasta aquí, caballero, se ha vivido en un grave error; todo lo hemos querido hacer pasar por el estrecho círculo de nuestros sentidos, y principiando por la pretensión de fabricar un Dios a nuestra semejanza, intentamos hacer lo demás del mismo modo. Es materialmente imposible que todos los "organismos" manifiesten la vida de igual manera; porque siendo cada uno órgano a su vez de otro "organismo", claro está que a cada organización superior ha de corresponder de por fuerza diferente manifestación vital. Esto mismo podemos observarlo en nuestro propio cuerpo: la mano no ve, los ojos no escuchan, los oídos no andan, los pulmones no digieren. Quiere decir, que el "organismo" Tierra no necesita "sentir" cmo nosotros, para ser, como lo es, un ser organizado. Y aun así, nótase en la constitución de nuestro planeta cierta semejanza con los demás seres organizados que nosotros conocemos. En efecto en el interior de la tierra hay un núcleo de fuego que bien pudiera llamarse el "corazón"; por su superficie ha ymares, ríos y afluentes que simulan con bastante propiedad las "arterias", "venas" y "sistema capilar" de los animales; esta misma superficie está cubierta de vegetales como el cuerpo de "pelos"; sus cordilleras y montes semejan la protuberancia de la piel y ofrecen otras muchas coincidencias que sería prolijo enumerar. Según está constituido el "organismo" Tierra, estanlo con poca diferencia los demás planetas, formando, reunidos, lo que nosotros llamamos un sistema planetario, cuando en realidad no es otra cosa que un "organismo" más cuyo centro-vital viene a ser el mismo "sol". De este organismo sistema planetario, hasta los niños de las

escuelas conocen su organización. Infinidad de sistemas planetarios como el nuestro, forman a su vez reunidos otro ''organismo'' superior, y millones de estos otros más elevados, hasta llegar por este orden al organismo supremo o sea el ''Organismo de Dios'', el cual, como usted comprenderá, es la suma o total de todos los restantes.

—Y bien, M. Grappin—le dije—siendo todo materia, y estando los organismos inferiores sujetos a la muerte, o a la transformación, como usted dice, los superiores también lo estarán...

—Y quién le ha dicho a usted que no lo están...?

—Es que desde el principio del mundo no se ha visto morir ni transformarse a ningún planeta...

El loco sonrió con indulgencia diciendo:

—Y ¿cuánto cree usted que tiene el mundo de edad?

—Cerca de 5,900 años—respondíle.

—Eso según el cálculo de los hombres; pero, suponiendo que tuviera esa edad, sabe usted cuánto representa ese tiempo en el ''organismo sol...?'' Pues mucho menos de ''una cien millonésima'' parte de un ''segundo''. Esto en el ''sol'', que en los ''organismos'' superriores, el tiempo va desapareciendo a medida que se aproxima al ''Organismo Dios'', donde ya no se conoce.

—Aun se me ocurre una idea.

—Cuál es...?

—Siendo Dios materia, deberá ser finito, porque la materia lo es.

—Qué equivocado está usted, caballero...! Eso de ''finito e infinito'' lo hemos inventado los hombres, como hemos inventado otras miles tonterías. Nada en el mundo tiene ''fin'' ni ''principio''; los ''organismos'' no hacen más que evolucionar en un sentido, para transformarse después, y seguir evolucionando con más fuerza vital de la que tenían. De ahí que en vez de decaer, aumenta esta fuerza en los ''organismos''

superiores, siendo matemáticamente imposible que el "Organismo Supremo" deje de existir.

Al concluir M. Grappin de pronunciar estas últimas palabras sentí una fuerte risotada a mi lado.

Era M. Dorat, el director del Manicomio.

El anciano al escucharla, se puso pálido como un cadáver y se hundió en su butaca.

Al salir le dije al alienista:

—No debiérais ser tan cruel con ese infeliz...

—Es un procedimiento que tengo para combatir su locura —contestóme.

—No creo que le dé resultado.

—Por qué...?

—Porque la burla podrá llegar al corazón, pero nunca al cerebro del sabio.

—Pero aquí—me dijo—se da el caso de un "sabio loco".

—Más a mi favor: el remedio sólo sería eficaz para un "loco sabio".

Matías GONZALEZ GARCIA.

EN TURQUIA

(CONSEJA.)

Pues esta era una vez que allá en Turquía
Ocurrió una terrífica sequía;
Los turcos todos con fervor insano,
Por agua a Alá rogaban,—pero en vano.

Cien cabezas de astrólogos de nota
Rodaban por el suelo,—mas ¡ni gota!
Y reunidos los sabios en consejo,
—"¡Lleva ésto mal cariz!"—exclamó un viejo.
"Fuerza será acudir a los impíos:
"Probemos el rogar de los judíos."

Dicho y hecho: la tribu de Israel
Cayó a rogar con ansiedad cruel,—
Como que era cuestión de vida o muerte.—
Sin que su afán lograse mejor suerte.
El sol seguía quemando, y todo en torno
La atmósfera abrasaba como un horno.

Muertos de sed los turcos, con urgencia
Llamaron a una nueva conferencia,
"Si esto sigue"—observó un augur profundo,—
"De esta vez se achicharra todo el mundo,
"Pero un albur aun queda en nuestras manos:
"Decretemos que rueguen los cristianos."

Cada cristiano púsose en seguida
Sin tregua a orar, so pena de la vida;
A su lado un jenízaro, blandiendo,
Con siniestro ademán, su alfange horrendo,
Dispuesto a darle irremisiblemente
Muerte, sino llovía al día siguiente.

LAS ANTILLAS

Rogaron con fervor indescriptible,
Hasta cumplirse el término terrible;
Cuando rompió a llover, y la descarga
Del líquido elemento fué tan larga
Y recia, que los turcos alarmados,
Viéndose a pique de morir ahogados,
Mandaron que de nuevo se rogase
Para que broma tan atroz cesase.

Vuelto a lucir de la bonanza el día,
Nadie se acordó ya de la esquía;
Y los hijos de Agar, ardiendo en celos,
Furiosos renegaban de los cielos,
Que así sus oraciones desairaban,
Y a las de los infieles contestaban.

Y exclamaba la turba compungida:
—"Ya nos nos quiere Alá,—ya nos olvida.
"¡Dueños son los cristianos de su afecto!"
Cuando un viejo alfaquí de astuto aspecto,
Gritó:—¡Ciegos! ¡cuán grande es vuestro error,
"Pruebas da Alá de su inmutable amor;
"Pues son tan gratas siempre a sus oídos
"Las preces de sus hijos escogidos
"Qua la lluvia tardaba en depararnos
"Por el placer tan sólo de escucharnos,
"Mientras que tanto y tan de veras odia
"De esos perros cristianos la salmodia,
"Tal aversión la inmunda grey le inspira,
"Que ya impaciente y rebosando en ira,
"Mandó la lluvia, y la mandó con creces,
"Por no escuchar sus importunas preces!"

Así la torpe y ciega intransigencia.
En lugar de rendirse a la evidencia
Cual cumple a la lealtad, siempre a su modo
Y a favor suyo lo interpreta todo.

Francisco J. AMY.

ENRIQUILLO

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA

XVI

EL SOCORRO

No tuvo tiempo las Casas, al despedirse de Yaguana, de ver a Diego Méndez enviado desde Jamaica por el náufrago y desamparado Colón en demanda de auxilios. Los dos eran muy amigos, pero ya se sabe que el licenciado tuvo que disposer en breves horas su viaje en cumplimiento de las estrechas órdenes del irritado Gobernador. Siete meses estuvo el leal emisario del Almirante instando en vano al duro y envidioso Ovando para que enviara los ansiados socorros a los náufragos de Jamaica. Bajo un pretexto y otro, el comendador difería indefinidamente el cumplimiento de un deber tan sagrado como importante. Por último el infatigable Méndez obtuvo licencia para retirarse a Santo Domingo a esperar barcos de España, a fin de asistir a aquel importante objeto. Después de un penoso viaje a pie, desde Jaragua hasta el Ozama, llegó por fin Méndez a la capital, donde fué cariñosamente recibido y hospedado por las Casas.

Lo que estas dos almas generosas y de tan superior temple experimentaron al comunicarse recíprocamente sus aventuras, sus observaciones y sus juicios; la indignación en que aquellos dos corazones magnánimos ardieron al darse cuenta de la ingratitud y dureza con que era tratado el grande hombre que

había descubierto el Nuevo Mundo; como de la crueldad que iba diezmando a los naturales de la hermosa isla Española, sería materia muy amplia, y saldría de las proporciones limitadas de esta narración. Baste decir en resumen que aquellos dos hombres, ambos emprendedores, enérgicos y de distinguida inteligencia, no se limitaron a deplorar pasivamente las maldades de que eran testigos, sino que resolvieron combatirlas y corregirlas por los medios más eficaces que hallaran a la mano, o en la órbita de sus facultades materiales e intelectuales.

Desde entonces el nombre de Cristóbal Colón resonó por todos los ámbitos de Santo Domingo acompañado de amargos reproches al Gobernador Ovando. En todas las reuniones públicas y privadas, en la casa municipal y en el atrio del templo como en la taberna y en los embarcaderos de la marina; a grandes y pequeños laicos y clérigos, marineros y soldados, hombres y mujeres: a todos y a todas partes hicieron llegar las Casas y Méndez la noticia del impío abandono en que Ovando dejaba a Colón y sus compañeros, en Jamaica privados de todo recurso y rodeado de mil peligros de muerte. Esta activa propaganda conmovió profundamente los ánimos en toda la colonia, y cuando Ovando regresó al fin, de Jaragua encontró la atmósfera cargada de simpatías por Colón, y de censuras a su propia conducta; pero altivo y soberbio como era, lejos de ceder a la presión del voto general, se obstinó más y más en su propósito de dejar al aborrecido grande hombre desamparado y presa de todos los sufrimientos imaginables.

Tal era la disposición de los ánimos en la capital cuando llegó la noticia de que los indios de Higüey se habían rebelado. El terrible Cotubanamá,—el bravo indio, sublevado anteriormente, fué reducido a la obediencia por el valor y la sagacidad política de Juan de Esquivel, tomó en señal de amistad el nombre de su vencedor, y cumplía los capítulos pactados con estricta fidelidad—había vuelto a dar el grito de guerra contra los españoles, porque Villaman, teniente de Esquivel, contra los términos estipulados por éste al celebrar la paz, exigía de

los indios que llevaran los granos del cultivo obligatorio a Santo Domingo. Los soldados españoles vivían además muy licenciosamente en aquella provincia, y a su antojo arrebataban las mujeres a los pobres indios, sus maridos. Estos después de mil quejas inútiles, colmada la medida del sufrimiento con las exigencias arbitrarias de Villaman, se armaron como pudieron y con su caudillo Cotubanamá al frente, atacaron un fuerte que había construido Esquivel cerca de la costa, lo quemaron, y mataron la guarnición, de la que no se escapó sino un soldado que refiririó en Santo Domingo los pormenores del trágico suceso.

Ovando creyó buena la oportunidad para ocupar poderosamente la atención pública y desviarla del vivo interés que la atraía hacia el náufrago Colón. Pero se engañaba. Al mismo tiempo que Juan de Esquivel volvía a salir contra los sublevados indios de Higüey, los vigilantes amigos del Almirante, Casas y Méndez, no dejaban alormecerse los compasivos sentimientos que había logrado suscitar en su favor.

Casi dos años hacía que los frailes franciscanos, en número de doce habían pasado al Nuevo Mundo con Ovando, instalándose en la naciente ciudad de Santo Domingo. En su convento, modestísimo al principio, recibieron la instrucción religiosa muchos caciques de la Isla, sus hijos y allegados, con arreglo a las próvidas órdenes comunicadas por la Reina Isabel al Gobernador.

De este mismo plantel religioso salieron para ejercer funciones análogas los buenos frailes que ya hemos mencionado, en Jaragua, encargados por las Casas de la educación del niño Enrique, antes Guarocuya, señor del Bahoruco.

El licenciado y Diego Méndez fueron solícitos a hablar con el Prior de los franciscanos, el Padre Fray Antonio de Espinal. Era este un varón de ejemplar virtud y piedad, muy respetado por sus grandes cualidades morales y más aun por el hábito que vestía. Recibió placenteramente a los dos amigos, siéndolo muy afectuoso de las Casas, en cuya compañía había

venido de España en la misma nave. Convino con ellos en que era inicuo el proceder de Ovando respecto de Colón, y se ofreció a hablarle, para reducirlo a mejores sentimientos.

Así lo hizo en el mismo día. Ovando recibió al buen religioso con las mayores muestras de veneración y respeto, y cuando supo el objeto de su visita, se mostró muy ofendido de que se le juzgar acapaz de abrigar malas intenciones respecto del Almirante.

—Mientras aquí se me acrimina,—dijo,—y se supone que miro con indiferencia la suerte de un hombre a quien tanto respeto, como es Don Cristóbal, ya he cumplido con el deber de mandarle un barco, el único de que pude disponer en Juragua, después que su emisario Méndez se vino para aquí, a encender los ánimos con injustas lamentaciones.

Ovando, con esta declaración equívoca, lograba salir del paso difícil en que se hallaba. Cierto era que después de la partida de Diego Méndez de Jaragua, había enviado a Diego de Escobar con un pequeño bajel, que por tod osocorro conducía para Colón un barril de vino y un pernil de puerco, (1) fineza irónica del Gobernador de la Española, para el Descubridor del Nuevo Mundo; pero por lo demás Escobar no llevaba a los tristes náufragos otro consuelo que la expresión del supuesto pesar co nque Ovando había sabido sus infortunios y la imposibilidad de mandarles un barco adecuado para conducirlos a Santo Domingo, por no haber ninguno entonces en la colonia; aunque ofreciendo enviarles el primero que llegara de España.

Cumplido este singular encargo, a calculada distancia de los barcos náufragos, Escobar se hizo nuevamente a la vela, dejando al infortunado Almirante y a sus subordinados en mayor aflicción que antes de tener semejante prueba de la malignidad del Comendador. Este, sin embargo, se refería equivocadamente a la comisión de Escobar, cuando hizo entender

(1) Histórico: casi todos los hechos de este capítulo están ajustados a la verdad histórica.

a Fray Antonio "que había mandado un barco a Don Cristóbal". El buen religiosose se retiró muy satisfecho con esta nueva, que momentáneamente tranquilizó a Casas y Méndez, quienes jamás pudieron figurarse el cruel sarcasmo que la tal diligencia envolvía.

Esperaron pues, más sosegados, el regreso del barco, en el que contaban ver llegar a los náufragos; pero su asombro no tuvo límites, ni puede darse una idea de su indignación, cuando a los pocos días regresó Escobar con su bajel, y por confidencia de uno de los marineros tripulantes, supieron la verdad de lo sucedido. Volvieron a la carga con más vigor, revolvieron todas sus relaciones en la ciudad, que eran muchas, y refirieron el caso a Fray Antonio, que participó del enojo y la sorpresa de los dos amigos.

Entonces se empleó contra el malvado gobernador un resorte poderoso, terrible, decisivo, en aquel tiempo. El primer domingo siguiente al arribo de Escobar con su barco, los púlpitos de los dos templos que al principio eran los únicos en que se celebraba el culto en la capital de la colonia resonaron con enérgicos apóstrofes a la caridad cristiana olvidada a los deberes de humanidad y gratitud vilipendiados en las personas del ilustre Almirante y demás náufragos abandonados en las playas de Jamaica. (1) Hasta se llegó a amenazar a los responsables de tan criminal negligencia con la pena de excomunión mayor, como a impíos frtricidas. El golpe fué tan rudo como irresistible; el sentimiento público estaba profundamente excitado, y el perverso Gobernador, vencido y avergonzado, expidió el mismo día las órdenes necesarias para que saliera una nave bien

(1) "Quejábase mucho el Almirante del Comendador, etc., y dijo que no lo proveyó hasta que por el pueblo de esta ciudad se sentía y murmuraba, y los predicadores en los púlpitos lo tocaban y reprendían."

Las Casas.—Historia de Indias,
Cap. XXXVI, libro II,

equipada y provista de toda clase de auxilios en busca de los náufragos.

Al mismo tiempo hizo Ovando facilitar a Diego Méndez las cantidades que había recaudadas de las rentas del Almirante, creyendo que el fiel emisario las llevaría consigo a España antes del arribo de aquel a la colonia; pues sabía que el mayor deseo de Méndez era cumplir en todas sus partes las instrucciones de Don Cristóbal, pasando a la corte a ventilar sus asuntos con los soberanos; y no e pesara a maligno gobernador que Colón, hallándose sin aquellos recursos a su llegada a Santo Domingo, acelerarse al término de su residencia en la colonia, que era lo que más convenía a la ambición de Ovando, siempre alarmado con los legítimos derechos del Almirante al gobierno de que él estaba en posesión por efecto del injusto despojo ejercido contra aquel grande hombre por los celos políticos de Fernando el Católico. Diego Méndez usó mejor de aquel dinero: con la menor parte de él compró una carabela de buena marcha, que cargada de provisiones y cuanto podía necesitar Colón, fué despachada en horas con rumbo a Jamaica, desluciendo así el tardío socorro enviado por Ovando; y el resto lo entregó a Fray Antonio para que lo pusiera en manos del Almirante a su arribo a las playas de Santo Domingo. Sólo entonces emprendió el valeroso y leal amigo de Colón su viaje a España.

ALGO SOBRE ALTRUISMO

A mi ilustre profesor y amigo
Dr. Sergio Cuevas Zequeira.

Voy a tomarle ojeriza a abrir el diccionario. Lo confieso. Por un lado temo adquirir la manía advertida por Montaigne en aquel personaje suyo, el cual no soltaba tal libro de las manos y hubo de consultarlo hasta un día que creyó tener "sarna" cerca de la "rabadilla". para saber el significado de esas palabras: "sarna" y "rabadilla". Por otra parte estas consultas no nos satisfacen las más de las veces. Dígalo si no Roque Barcia. quien me dejó petrificado el otro día con esta afirmación: "Bellas, o nobles artes, son las que tratan del dibujo y del diseño". ¿Tan feas y plebeyas serán la Poesía y la Música?

Ahora acabo de leer en el diccionario de la Academia:

(14a. edición, 1914) "Altruismo". Del francés "altruisme" y éste del latín "alter", otro por contraposición a egoismo, yo ...."

No estoy conforme con tal etimología. Debiera decir: "del francés "altruisme" y éste del italiano "altri" otro.." etc. Además debió haber consignado que el neologismo fué debido a Augusto Comte, o Compte, como escriben algunos

Al tratar de bautizar el vocablo. es probable que por la imaginación del insigne filósofo pasara el "alter" latino. "Egoísmo, se diría. viene de "ego", yo... lo contrario será "alterismo" de "alter", otro ..." Pero Comte que tenía como todo espíritu superior, alma de artista, no seducido por esa voz "alterismo", (alterisme en francés") la rechazó incontinenti y desde-

ñando la rutina no le fué óbice esquivar el camino trillado del latín para acuñar un nuevo término científico, acudiendo a otros idiomas decidiéndose por el italiano que le proporcionó el "altrui", otro.

No se diga que el "altrui" italiano viene a su vez del "alter" latino. Sería una sutileza. De "alter" nacieron también, el francés "autre", el castellano "otro", el inglés "other" y quizás el alemán "ander".

¿Todas estas composiciones: "alterisme", (Recuérdese que Comte era francés) "autrisme", "otrisme", "otherisme", "anderisme", no pasarían por su mente? Debe suponerse; pero ninguna le agradó en sonoridad y armonía como la procedente de la lengua de Boccio, la lengu amusical por excelencia.

Por ello aceptó "altruisme". Palabra que, por cierto, me recuerda siempre un viejo refrán italiano: "maledetto coluí che á bisogno d'altrui," maldito "quien tenga que necesitar a otros"...

Diríase que el proverbio parece demostrar la escasez del verdadero altriusmo, pues si en este mundo abundasen las personas prestas a "complacerse" y a esmerarse por el bien ajeno a costa del propio", no sería cosa de maldecir el necesitar de nuestros prójimos.

No faltan quienes nieguen la existencia del sentimiento altruista. Este no es en lontananza, dicen, sino la máscara de un refinado egoismo. No me atrevería a aceptar esta teoría; pero cuando observo tantos que se brindan presurosos a "sacrificarse por la Patria" postulándose para elevados cargos... pienso en el "altruismo" de la ballena que se tragó a Jonás en señal de cariño, altruísmo no tratado por Comte, ni por el Diccionario de la Real Academia..

Gaspar AGÜERO..

Libros Folletos y Revistas, Remitidos por sus Autores o Editores

Colón, Español, por J. Rodríguez Martínez.
Repertorio Americano, San José de Costa Rica.
El Universo, San Juan de Puerto Rico.
La Nueva Democracia, Nueva York.
Inter América, Nueva York.
Revista Municipal, Habana.
Labora, Habana.
Las Baleares, Habana.
El Fígaro, Habana.
Arte, Habana.
Civilización, Habana.
Cromos, Habana.
El Debate, Habana.
Revista de Instrucción Pública, Habana.
Actualidades, Santiago de Cuba.
Los 13, Guanajay.
Cuba Contemporánea, Habana.
Pica-Pica, San Juan de Puerto Rico.

Un solar en la Playa de Marianao es una magnífica inversión. Vaya a la Plays y vea como aquello se ha transformado. ¡Parece un sueño!

CORTINA Y CESPEDES

REAL STATE, O'REILLY No. 33.

TELEFONO A-0546

"Casa Ball-llovera"

— DE —

A. Ball-llovera y Co.

TRAJES PARA CABALLEROS, HECHOS Y A MEDIDA

Habana 96.—Telf. A-8022.—Apartado 350.—Habana.

Cable y Telégrafo "Gilber"
Clave: A. B. C. 5th. Edition.

NEW YORK BAR

SAN RAFAEL 2

En este establecimiento, el más acreditado en su clase en la Habana, se encontrarán licores finos de las marcas más afamadas.

INTERCONTINENTAL TELEPHONE & TELEGRAPH Co., Inc.

Oficina Principal:
80 Maiden Lane, New York City.

Poseedora EXCLUSIVA del derecho de uso de la Patente MUSSO para telefonía y para telegrafía rápida submarina a grandes distancias.

Agente General para la Isla de Cuba:

PASCUAL PIETROPAOLO

Manzana de Gómez, Dptos. 307 al 311.

Apartado 1707. **Habana.**

